

**LOS PÍCAROS BORBONES
DE FELIPE V A ALFONSO XIII**

José María Solé

**LOS PÍCAROS BORBONES
DE FELIPE V A ALFONSO XIII**

JOSÉ MARÍA SOLÉ

la esfera  de los libros

Primera edición: marzo de 2005

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© José María Solé, 2003

© La Esfera de los Libros, S.L., 2005

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos.

28002 Madrid

Teléf.: 91 296 02 00 - Fax: 91 296 02 06

Pág. web: www.esferalibros.com

Diseño de cubierta: Opal Works

Imagen de cubierta: composición sobre *La Venus del espejo*, de Velázquez

Ilustraciones de interior: Archivo Arlanza

ISBN: 84-9734-290-9

Depósito legal: M. 8.454-2005

Fotocomposición: IRC, S.L.

Impresión: Cofás

Encuadernación: Martínez

Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

<i>A modo de reflexión</i>	9
Polvo y sangre para <i>el Animoso</i>	11
«Corona de espinas... Sueño de muerte»	41
Los vapores de <i>el Melancólico</i>	53
Los Reyes se divierten	77
Un <i>bárbaro</i> final	105
Luces y devociones	117
Una intransigente soledad	145
«La Puta, el Cabrón y el Alcahuete»	171
Tiempos de deshonor y de infamia	205
La pluma del rey José	233
El Rey infame y felón	247
Una herencia envenenada	275
Sobre amores y negocios	295
Farsa y licencia	317
El Rey Caballero	345
El romántico sensual	355
Nacido para la leyenda	377
En los dominios de la puritana	403
«¡No se ha <i>marchao</i> , que lo hemos <i>echao!</i> »	437
<i>Bibliografía</i>	451

A MODO DE REFLEXIÓN

Todos juntos, configuran una variopinta —nunca mejor dicho— galería de presencias, llenas de fulgores y sombras. Portadoras siempre de toda suerte de aderezos y en las que el paso del tiempo parece hacerse visible sobre todo en sus cabezas. Efectivamente, aquellas testas —que nunca se vieron materialmente coronadas— presentan todo un muestrario capilar que habla de evolución y cambio, desde la empolvada peluca hasta la brillante gomina.

Al situarse frente a ellos, los sentimientos o la mera sensación que inspiran pueden ser muy diferentes, variados y enfrentados. Son, sin duda, capaces de suscitar en el observador desde una positiva comprensión e incluso una bondadosa compasión hasta el más abierto rechazo. Una reacción esta última susceptible de llegar incluso a alcanzar alguna perversa forma de vergüenza ajena. Algo, por otra parte, absolutamente injustificado a día de hoy.

Lo cierto es que una aproximación a la serie de personas que, a lo largo de dos siglos y un tercio más, se sentaron en la cúspide de las instituciones estatales de España, difícilmente puede dejar indiferente al

lector interesado. Al abrirse el siglo XVIII, la dinastía borbónica entró aquí como un turbulento y necesario reactivo, que el país a todos sus niveles precisaba con extrema urgencia. Ciertamente que muchas de las bases que fueron instrumentadas por su espíritu reformista ya existían y solamente precisaban de aquel impulso «soberano» para ponerse en marcha. La diferencia de formas y velocidades empleadas en la tarea no puede en ningún caso separarse de la persona que, en cada sucesiva etapa, impulsaba, amparaba o detenía tal progresión.

Desde una perspectiva actual, ceñida exclusivamente a la personalidad de todos aquellos elementos elegidos «por la Gracia de Dios», no puede evitarse hacer clasificaciones entre ellos. Clasificaciones que llevan necesariamente al establecimiento de preferencias o, en su caso, irritados desprecios. No es ésta una Historia de la España borbónica. Se trata, por el contrario, de una perspectiva que recorre todo un largo tiempo. Y lo hace desde la personalidad que —en cada momento y solamente porque le tocó en suerte— estuvo situada de forma incuestionada en lo más alto del poder.



POLVO Y SANGRE PARA EL ANIMOSO

El Rey de España ha dado una corona a vuestra majestad. Os aclaman los nobles, el pueblo desea conoceros y yo consiento en ello. Vais a reinar, señor, sobre la más vasta Monarquía del mundo y a dictar leyes sobre un pueblo esforzado y generoso, célebre en todos los tiempos por su honor y lealtad. Os encarezco que le améis y que, por la dulzura de vuestro gobierno, os hagáis merecedor de su amor y confianza.

Aquel 16 de noviembre del año 1700 era un día frío y neblinoso. Los suntuosos y espectaculares salones del Palacio de Versalles, llenos de espejos y doradas cornucopias, lucían la más brillante iluminación de los días de celebraciones especiales. Ante la Corte, desplegada en toda su pompa y brillantez para aquel acto, había hablado Luis XIV, el *Rey Sol*, el más poderoso monarca de la Europa del momento. Con su más enfático tono, el astuto y viejo zorro, que desde hacía décadas manipulaba toda la política del con-

tinente, hablaba a su nieto Felipe, duque de Anjou, que todavía no contaba diecisiete años de edad.

A continuación, el experimentado abuelo volvió a aconsejar a su nieto: «Sed buen español, pues tal es ahora vuestro primer deber. Pero acordaos de que nacisteis francés para mantener la unión entre ambas naciones; tal es el medio de hacerlas dichosas y de conservar la paz en Europa.» En ese momento, se pronunció allí la que después sería tan difundida frase de «¡Ya no hay Pirineos!», que nunca se sabría a qué oportunista adulator o simple ingenuo atribuir. En aquel incomparable conjunto palaciego, verdadero corazón del continente, la Historia de España comenzaba a dar un viraje decisivo.

Poco más de dos semanas antes, el Día de Difuntos, había muerto en el lúgubre Alcázar de Madrid Carlos II, el patético Rey de España y último representante de la que había sido gloriosa y temida dinastía Habsburgo. Sus últimos años habían transcurrido entre sombras, sospechas, suspicacias, traiciones y miserias. Todos querían aprovecharse de aquel pobre guiñapo humano, tratando de arrancarle cualquier jirón de sus oropeles, que al final únicamente servían para agobiarle todavía más. Él, llevado por una infinita debilidad, simplemente se había dejado ir. Ya había sido demasiado larga y dura la lucha... Ahora, que viniera otro, a ser posible joven y fuerte, a sustituirle en aquella abrumadora tarea que había acabado con él. La muerte

del mísero Carlos había sido verdaderamente el fin de todo un mundo para España y su Imperio.

El Rey Hechizado había legado al joven Felipe en herencia todos sus inmensos dominios, sobre los que todavía durante un siglo no habría de ponerse el sol. A pesar de la larga decadencia en que se encontraba postrada, la Monarquía hispánica era todavía por entonces el mayor imperio mundial, extendido sobre cuatro continentes. Ello había hecho que la cuestión de la sucesión del moribundo monarca español hubiese desatado ya las más agrias polémicas y luchas de interés entre las potencias europeas. Hasta este momento, sólo habían sido presiones y roces diplomáticos, pero a partir de ahora iban a abrirse los campos de batalla. Con España y su Imperio, el poder de los Borbones era ya demasiado grande, al punto de que sus poderosos enemigos no eran capaces de admitirlo sin tratar de contenerlo presentándole batalla.

Había nacido Felipe en aquel esplendoroso Versalles el día 19 de diciembre de 1683, segundo hijo del Gran Delfín Luis, heredero del trono, y de la princesa María Ana de Baviera. Cualquier influencia debida a los caracteres personales de sus padres no podía ser más negativa. Él había sido un ignorante libertino, dominado por la superstición, carente de sentimientos y solamente interesado en largas cacerías y fugaces aventuras eróticas. Ella había sido su perfecto contrapunto, un ser siempre angustiado por la más intensa hipocondría. Había tenido la suerte de morir pronto, corrompido

totalmente su organismo por el compulsivo y descontrolado consumo de pócimas y remedios, curadores de verdaderos y de pretendidos males.

Habían pasado Felipe y sus hermanos una infancia solitaria en el interior de aquella fastuosa Corte, modelo que imitaban todas las demás de Europa y que funcionaba por medio de una complejísima y perfeccionada etiqueta. En medio de aquel lujo y ostentación, los muchachos se manifestaron muy pronto como seres inseguros, tímidos y huraños, con tendencias cada vez más manifiestas a unos episodios de melancolía que, con el paso de los años, acabarían por desembocar en profundos e irreversibles estados de depresión. A su alrededor y sin disipar las tinieblas internas que los invadían, todo era brillo y esplendor, dirigidos a la mayor gloria de aquel *Rey Sol*, convertido en una verdadera divinidad para sus contemporáneos.

Estricto y temible educador del joven Felipe fue el célebre eclesiástico y pedagogo Fénelon, que formó su carácter sobre unas estrictas formas de moralismo que alcanzaron niveles casi místicos. Todo para él era pecado; cualquier pensamiento agradable estaba prohibido; todo pequeño disfrute significaba la caída... Todo ello era más que suficiente para acabar imponiendo en aquella infantil mente la absoluta necesidad de seguir las más escrupulosas y rígidas normas de comportamiento. Víctima de esta perversa educación, estaría así durante toda su vida dominado por un permanente y angustioso terror al pecado y jamás

sería capaz de arrancarse del ánimo la sombra del complejo de culpa.

El *Rey Sol* había sabido mover con gran habilidad todos sus hilos para conseguir el trono español para su nieto. Pero hubo de enfrentarse a un poderoso rival, el archiduque Carlos de Austria, que aducía mejores títulos que los del francés para convertirse en Rey de España. A este pretendiente imperial le apoyaban Inglaterra, Holanda y otras potencias menores, decididas a evitar tal engrandecimiento del poder de los Borbones. La importancia de lo que estaba en juego justificaba la guerra. Así, mientras Europa se preparaba para lanzarse a la lucha, Felipe marchaba en aquel otoño hacia su nueva patria, en un lento recorrido, jalonado por fiestas y celebraciones de toda clase, que le hizo tardar más de cuarenta días hasta llegar a su capital.

Era la hora del cambio de chaqueta y los miembros de la vieja nobleza española se acomodaban a la nueva situación y no cesaban de darle muestras de sus mejores homenajes y pruebas de lealtad. Si hasta este momento habían servido a los Austrias, no tenían inconveniente alguno en pasar ahora a convertirse en los más fieles del nuevo rey Borbón. Si habían manipulado a su antojo al desdichado Carlos II, ahora trataban de medir las capacidades del joven francés y calcular cómo podían convertirle en manipulable pelele de sus intereses.

Ciertamente, a Felipe las comparaciones con su antecesor le favorecían de forma absoluta. Tras la penosa

imagen de Carlos II, cuyas miserias e intimidaciones habían sido pasto de murmuración y abierta rechifla y conmiseración, el Borbón mostraba juventud, gallardía y un agradable físico. Todo ello, junto a su exquisita cortesía, no dejaba de asombrar a la nobleza y al pueblo de una ruda España, desconocedora de las sutilezas y refinamientos versallescos. Felipe entraba en un mundo para él desconocido y lleno de desconcertantes e insospechadas sorpresas.

Aquel largo viaje sirvió así como fértil ruta de aprendizaje de nuevas experiencias, como las que sintió cuando por vez primera se vio ante el sangriento espectáculo de las corridas de toros. Sus acompañantes pudieron comprobar que, tras la natural sorpresa y rechazo iniciales, la violencia de la fiesta acabó atrápan্ডole, incapaz de apartar su voraz mirada de aquella orgía de sangre y vísceras, envuelta en polvo, quejidos y olor de rasgada carne viva. Era su primer y fascinante encuentro con la sangre y la más estremecedora y latente casquería.

El nuevo Rey había venido acompañado por un amplio grupo de personas, en general jóvenes aristócratas, con quienes se puso a vivir en *petit comité* dentro de las inmensidades, los recovecos y los misterios del Palacio del Buen Retiro. Con ellos pasaba toda la jornada y se solazaba en sus momentos de ocio, que ocupaban sobre todo con juegos infantiles. La lectura y la música, junto a las largas y tranquilas conversaciones en francés, entraban también como un fenómeno

nuevo en las estancias de aquel palacio, urbano y campestre a la vez. Era aquel un verdadero laberinto de cientos de salas y habitaciones, oculto entre frondosa vegetación que nacía en las afueras orientales de la capital y que tan bien había conocido Velázquez medio siglo antes, como pintor de cámara de Felipe IV.

Pero aquel joven extranjero rodeado por un grupo de paisanos suyos, con los que hablaba en su lengua propia y que eran los únicos con los que se comunicaba, no tardó en desencadenar la airada reacción de los viejos cortesanos. Veían peligrar su poder, hasta aquel momento absoluto e incuestionado, en beneficio de los odiados «recién llegados», que no tardaron en verse acusados de controlar la voluntad del monarca. Una situación que los más viejos del lugar inmediatamente compararon amenazadoramente con lo sucedido doscientos años antes. Entonces, la venida del joven Carlos I, con sus cortesanos flamencos y borgoñones, había provocado un malestar en las alturas que mucho había tenido que ver con las guerras comuneras y agermanadas que inmediatamente se encendieron con gran virulencia.

Mientras, siguiendo los consejos de los experimentados asesores que se había traído, Felipe explotaba tanto la imagen de su misma juventud como todos sus posibles atractivos. Sus repetidas presencias en actos y ceremonias públicas, que se rodeaban de un gran aparato escenográfico hasta entonces jamás visto en España, servían como efectivos instrumentos de propa-

ganda de la nueva dinastía. Vestía habitualmente a la última moda francesa, que ya para entonces era *el último grito* en Europa. Pero, para demostrar su enraizamiento con la nueva patria, aquel verdadero figurín no había tenido problema alguno en hacerse retratar ataviado con negros y severos ropajes, iguales a los que habían usado aquellos austeros Habsburgo cuyo trono ocupaba él ahora.

Interesaba mostrar también aquella *gravedad española* que algunos habían visto en su porte, expresión y maneras, como directa herencia de la sangre habsbúrgica de su abuela María Teresa, niña pintada por Velázquez y casada luego con el abuelo Luis. Una *gravedad* que para muchos no era más que una fachada que ocultaba un espíritu simple, un carácter abúlico y una general indiferencia, premonitorios de desórdenes mentales de una enjundia realmente nunca imaginada. En el orden práctico, nada más llegar, mostró Felipe muy a las claras sus propósitos de actuar como el monarca absoluto que su abuelo esperaba que fuese. Así, prometió dedicar cuatro horas al día a despachar los asuntos de Estado, recibir sistemáticamente a los nobles que lo solicitasen, acudir a todas las reuniones de los Consejos y participar en las discusiones de todas las cuestiones que en ellos se planteasen. Algo realmente revolucionario y nunca visto en un rey hispano.

Aquel puritano muchacho no se planteaba siquiera buscar desahogo sexual alguno si no era previamente santificado. Así, la cuestión de mayor urgencia que se

planteaba ahora era la de buscarle esposa. La elegida fue una niña de trece años, María Luisa Gabriela, hija del Duque de Saboya, el «Zorro de los Alpes». Luis XIV se aseguraba con esta boda la alianza de este pequeño pero estratégico país, necesaria para el gran enfrentamiento de ámbito europeo que ya se anunciaba. Parece que, en un primer momento, la muchacha se rebeló ante la idea de tal matrimonio. Una necesidad por su parte, en cualquier caso, pues no eran tiempos en los que una princesita podía negarse a la voluntad paterna. Pero, por lo visto, se tomaron allí la molestia de hacerle algunas consideraciones sobre el desconocido joven que iba a ser su marido. Todo ello, junto con la promesa del «glorioso destino» que le esperaba como soberana de tan importante Reino, acabó finalmente decidiéndola a aceptarle de buen grado.

Las bodas por poderes se celebraron en la capilla del Santo Sudario, de la catedral de Turín, en septiembre de 1701 y la joven partió inmediatamente hacia su nuevo país, en el que entró por la costa de los Pirineos catalanes. Por su parte, desde que se había acordado el enlace, Felipe apenas soportaba el sinvivir que le torturaba, esperando el momento de encontrarse por fin con su esposa. Una vez santificada su unión, podía entregarse a unas prácticas que hasta entonces solamente habían sido fantasías vividas bajo el terror del pecado, a sabiendas de que, al día siguiente, debía declararlas avergonzado ante un adusto confesor.

Así, en ansiosa busca, partió hacia la frontera. Según un edulcorado relato muy divulgado desde entonces, ya cerca de Figueras, la localidad fronteriza fijada para el encuentro, el impaciente Felipe avistó el cortejo que traía a su desconocida esposa. Conservando el anonimato, lo acompañó hasta el momento preciso en que se dio a conocer, ante la alegría de la saboyana, que naturalmente ya había fijado su atención en tan gentil como desconocido caballero.

Con ella venía un personaje muy especial que iba a tener una muy destacada actuación en la escena cortesana de los siguientes años. Era Ana María de la Trémouille, princesa viuda Orsini, nombrada camarera mayor de la nueva reina por decisión personal de Luis XIV, de la que iba a actuar como principal agente de información. Inmediatamente rebautizada por el pueblo como Princesa de los Ursinos, fue desde un principio la absoluta *factotum* en Palacio. El *Rey Sol* no estaba en absoluto dispuesto a permitir cualquier veleidad de autonomía a su nieto en la gobernación de una España a la que veía ya absolutamente integrada en la órbita francesa.

Era María Luisa, a decir de testigos y crónicas, de agradable aspecto, expresión viva y lógica índole infantil, que muy pronto sin embargo iba a verse sustituida por la insospechada prudencia de sus actuaciones. Era, como suele generalmente decirse, muy madura para su edad. Tras la ceremonia nupcial, los novios pudieron entregarse libremente a las delicias del matrimonio y,

un mes más tarde, la de los Ursinos escribía al abuelo Luis: «No parece haber forma posible de que el rey abandone la alcoba y por su gusto se pasaría todo el día en la cama con la reina.» Y confiaba también a Madame de Maintenon, vieja y sabia amante y segunda esposa del *Sol* de Versalles:

El rey no se levantaría en todo el día si no recorriese yo el cortinaje de su cama, y sería una especie de sacrilegio que penetrase quien no fuera yo en la cámara real, cuando SS. MM. están acostados.

Parece que, tras alguna complicación dilatoria a la hora de la consumación del matrimonio, Felipe V conocía por fin todas las tan imaginadas realidades del sexo. Solamente la bendición eclesiástica había dado naturaleza «legal» a unas prácticas cuyo desconocimiento las había convertido para él en una verdadera obsesión. Como efecto de su propio carácter y de una larga contención, su apertura al mundo de los sentidos se manifestaba bajo unas exageradas formas que iban a determinar toda su vida. El Duque de Saint-Simon, privilegiado testigo de la época e ingenioso chismoso sin remisión, escribió sobre ello:

De placeres sólo concede la caza y el matrimonio, y si algo puede abreviar la larga vida que le promete su temperamento nervioso, vigoroso, sano y de buena complexión, será el exceso de comida y de ejercicio

del deber conyugal, en el que trata de excitarse con algunos socorros continuos [...]

Da la impresión de que entre los Reyes brotó un amor verdadero y se fraguó algo no menos importante: un buen entendimiento mutuo. Muestra del pragmatismo del experimentado abuelo fueron los consejos que, acerca de su flamante esposa, había transmitido a su bisoño nieto: «Puesto que tiene talento, verá que no le toca hacer otra cosa más que agradaros», y, yendo más allá: «La reina es vuestra primera súbdita, y en calidad de ello y de esposa vuestra, debe obedeceros.»

Muy poco tiempo duraron, sin embargo, estos goces y deleites. La guerra lanzada por las potencias anti-borbónicas había estallado en Italia y, fracasados todos sus intentos por evitarlo y retrasar la marcha, a primeros de abril de 1702, Felipe se vio obligado a partir hacia allí. Muy a su pesar, hacía frente con manifiesta desgana a sus obligaciones bélicas en defensa de la causa dinástica. Pero, sin embargo, parecía moverle ante todo un profundo y parece que sincero sentido del deber cuando manifestaba: «Dios me ha puesto la corona de España sobre la cabeza; la sostendré mientras tenga una gota de sangre en mis venas: se lo debo a mi conciencia, a mi honor y al amor de mis súbditos.» Cuando su barco se alejaba camino de Italia, dejaba en Barcelona a una desconsolada Luisa, que en realidad no era más que un valioso rehén que aseguraba el retorno a España del marido.

Aquella estancia italiana sería fundamental en la trayectoria personal de Felipe. Allí se manifestaron en él los primeros síntomas visibles de la enfermedad que iba a acompañarle fielmente hasta el fin de sus días. Estando en Milán, un insuperable estado depresivo, definido por unos denominados *vapores* ya bien conocidos en algunos de sus familiares, fue achacado a la forzosa continencia a que le sometía la obligada separación de su mujer. Ello parecía quitarle todo sentido a su existencia, buscaba la más absoluta soledad y le hacía proclamar a gritos que «tenía la cabeza vacía» y que «se le iba a caer».

Cualquier episodio masturbatorio al que se viese obligado a recurrir se convertía para él en fuente de las más aniquiladoras torturas morales, sumiéndole en profundas postraciones. En el Palacio Real de Nápoles protagonizó más adelante públicos episodios de abierto masoquismo exhibicionista, como cuando, ante el estupor de los cortesanos, obligaba a sus propios bufones a golpearle con dureza y a escupirle en el rostro. Muy poco antes, había mostrado una desproporcionada, anómala y morbosa fascinación ante el relicario donde se producía la tradicional licuación de la sangre del milagroso san Jenaro, patrón de la ciudad.

Fue también durante aquellos meses cuando la otra faceta de su doble personalidad se manifestó de la forma más espectacular. Lanzado al campo abierto de batalla, todos aquellos deprimentes *vapores* desaparecían. En los combates de Santa Vittoria y Luzzara,

tuvo su bautismo de fuego y en ellos dio pruebas de un arrojo que demostraba más temeridad e inconsciencia del peligro que auténtico valor combativo. Desde lo alto de su caballo, gritaba y gesticulaba como un poseso, arengaba con gran ardor a sus tropas y se lanzaba inmediatamente al más espeso fragor de la lucha, sin preocuparse de los peligros que podía encontrar. Las imágenes y olores de las corridas de toros se repetían ahora con seres humanos y peligro real, pero el abismo de la fascinación parecía ser igualmente irresistible.

Ante las advertencias de los avezados generales franceses sobre los innecesarios riesgos a que se exponía, él sabía encontrar hermosas razones justificadoras: «Todos sacrifican su vida por mí y en esta ocasión la mía no debe quedar reservada para mayor importancia.» Y, cuando regresaba del campo de batalla, agotado y sin duda disfrutando al verse cubierto de sangre ajena, declaraba, consciente de su papel: «Si yo expongo mi vida al frente de ellos, derramarán igualmente voluntarios su sangre para no perderme.» Estas temerarias actuaciones, que sin duda hablaban de una clara problemática mental, le valieron muy pronto el halagador sobrenombre de «el Animoso». Desde los lejanos tiempos del Emperador Carlos V, ningún monarca español había puesto pie en un campo de batalla y, desde Felipe V, habrían de pasar casi dos siglos para que otro *Rey Soldado*, Alfonso XII, se expusiese a la acción de las armas adversarias.

Mientras tanto, en Madrid, la jovencísima reina mostraba unas sorprendentes habilidades como regente. Con la Princesa de los Ursinos organizándolo todo en la Corte, María Luisa podía dedicarse a cultivar sus relaciones con el pueblo, ante el que se mostraba desde un balcón palaciego para dar personalmente cuenta de los hechos de la guerra. Y una bienintencionada coplilla popular se canturreaba por las calles de la Villa:

*Yo no soy la reina,
Soy la mujer de un soldado
Que está en la guerra.*

Nunca hubiera podido imaginar su marido un mejor agente de relaciones públicas, en apoyo de una dinastía cuya supervivencia en el trono no podía ser más precaria. Debilidad a la que contribuían sus poderosos adversarios —muchos de ellos, dentro de la misma Corte— cuando fomentaban los rumores de una supuesta infertilidad de la Reina. No había sin embargo que olvidar que Felipe, obligado por su juramento y sintiéndose decididamente respaldado por su abuelo, había lanzado una clara advertencia: «No dejaré jamás España con vida.»

Cuando la Guerra de Sucesión se trasladó a la Península, el Rey se vio obligado a regresar para dedicarse a la tarea material de preservación de su trono. Era el mes de enero de 1703 y el reencuentro entre los dos esposos pareció devolverle la estabilidad emocional, a pesar de que los avatares bélicos no mostraban

siempre un rostro positivo. En un momento dado, la Corte se vio obligada a instalarse en Burgos, abandonando Madrid a la ocupación de los ejércitos del pretendiente austriaco. Cuando Felipe regresó a la capital, se lanzó a aplicar los más duros castigos contra los colaboracionistas. Muchos altos personajes se enteraron entonces de lo que era ser acusados de traición; fueron arrancados de sus castillos y mansiones y conocieron en carne propia la sistemática tortura y las más prolongadas y despiadadas penas de cárcel. La propia Mariana de Neoburgo, viuda de Carlos II, fue alejada de la capital, debido al expreso apoyo que había mostrado a su paisano germánico, el Archiduque.

Y, una vez más puesto en situación de urgencia y peligro, Felipe recuperó aquel exaltado ánimo, que volvió a causar la mayor sorpresa entre quienes le veían habitualmente alicaído, ausente y únicamente interesado en la cotidiana práctica sexual con su mujer. Ésta ejercía un pleno dominio sobre la voluntad de su marido, pero tenía la prudencia de evitar manifestarlo de forma demasiado visible. Además, no debe olvidarse que la abrumadora y cada vez más insoportable presencia de la Princesa de los Ursinos, organizando y controlándolo todo en la Corte, «hacía buena» cualquier actitud de María Luisa, por muy manipuladora de la persona del Rey que se la supusiese.

Cuando, en agosto de 1707, nació el primogénito, al que se puso naturalmente el nombre de su gran

bisabuelo, la nueva dinastía se sintió fortalecida, a pesar de que sus adversarios, internos y externos, no cejaban en su empeño de derribarla. Hacía demasiado tiempo que en Palacio no venía al mundo vástago real alguno y el pueblo podía ahora cantar por la calle:

*Cuarenta y seis años son,
con éste que va corriendo,
que España un Príncipe pide
al Señor de tierra y cielo.*

En 1709 nació otro hijo, Felipe, que vivió solamente unos días. Los estados de postración del Rey iban adquiriendo con el paso del tiempo unos tintes cada vez más negros, que anunciaban ya el paso hacia una abierta demencia.

En 1710, la batalla de Almenara, en Aragón, fue escenario del último de aquellos sus sorprendentes ataques de arrojo, seguidos por la consabida postración. Volvió allí a disfrutar del riesgo del peligro físico en medio de aquel caos bélico, que actuaban sobre él como impulsores anímicos de inusitada fuerza. Su vehemente deseo y necesidad de experimentarlos le hacía olvidarse de todo, convirtiéndole en un héroe sin intervención alguna de su voluntad. Pero, naturalmente, la vida no podía ser una permanente batalla y aquel «Animoso» desapareció definitivamente de la escena para dar paso al «Melancólico». Mientras tanto, la salud de la Reina se deterioraba de forma imparable, lo que

no impidió otros dos embarazos y partos: Felipe Pedro, nacido en 1712 y que vivió hasta los siete años, y finalmente, Fernando, en 1713, que sucedería a su padre en el trono.

A lo largo de todos estos años de permanente zozobra, la Princesa de los Ursinos, además de intervenir muy activamente en los asuntos de Estado, fue para el Rey una presencia de permanente aliento y apoyo moral, cuando las circunstancias se presentaban negativas y todo parecía perdido. Distinguida y llena de *charme*, digna y discreta, perfecta conversadora y amable compañera de reunión, tenía una enorme capacidad organizativa. Pero también era una verdadera esclava de la pasión del poder, además de una gran intrigante. Frente al papel de *buena* que la Reina representaba, la de los Ursinos se ganaba, día a día y por muchas razones, el de una declarada y cada vez más detestada *malvada*.

La suerte de la guerra está echada a partir del momento en que la muerte del emperador de Austria alzó hasta aquel trono al archiduque Carlos, que al trasladarse a Viena se vio obligado a abandonar sus pretensiones a la Corona española. Pero Luisa Gabriela apenas vivió para ver la esperada paz. En vista de su estado, el abuelo Luis envió a Madrid a la mayor eminencia médica de la época, el prestigioso y anciano doctor Helvetius, para estudiar su mal y pudo, saltándose, por ser quien era, el rígido principio que lo prohibía de forma expresa, palpar el cuerpo de la Reina en

busca de las posibles manifestaciones físicas de su enfermedad.

Murió «la Saboyana» de una dolencia de naturaleza poco concretada en su momento: irreversibles lesiones de hígado y riñones, «calentura continua» y pulmonía... o, lo más probable, una tuberculosis galopante, el día 14 de febrero de 1714, a los 26 años. Dejaba a su marido desconsolado y, sobre todo, rampante de insatisfecho deseo físico. Pero, nuevamente, la rigidez moral que le ataba le impedía recurrir a vías que consideraba inaceptables. Atormentado ya por esta cuestión durante la larga agonía de su mujer, presa de una gran cólera, había llegado a desterrar a uno de sus íntimos cortesanos que había osado recomendarle el trato de una amante para tranquilizar tanto su mente como su organismo. Se había ganado ya a pulso el calificativo de «el más marido de los maridos», que algún malévolo ingenioso le adjudicó.

La Princesa de los Ursinos reforzó entonces más si cabe todo su poder, ante un Rey entregado de forma absoluta al morboso disfrute de su profunda soledad y el más absoluto desinterés por todo, empezando por sus propios hijos. No faltaba quien comentase a media voz que pudo a ella pasársele por la cabeza la descabellada idea de casarse con el monarca, aun considerando que contaba ya más de setenta años. De hecho, era la primera en tener constancia del negativo efecto que la viudez tenía sobre el ánimo de Felipe y se lanzó por tanto a la tarea de buscarle una nueva

esposa. Era éste un asunto que, evidentemente, le interesaba tener absolutamente controlado desde un principio, si quería seguir conservando su privilegiada posición. A la vista del pueblo, el Rey y sus hijos eran ahora verdaderos prisioneros de la odiada camarera mayor.

La cuestión de la real abstinencia y de sus perniciosos efectos se convirtió así en el problema básico de los círculos dominantes y no tardó naturalmente en trascender a todos los ámbitos. Y, como había sucedido no muchos años atrás con la impotencia y los supuestos hechizos del desdichado Carlos II, ahora tanto en los informes de los embajadores como en las tabernas y mercados se comentaba abiertamente y en detalle acerca de los alivios físicos de que precisaba el Rey. Era por entonces encargado de los asuntos del Duque de Parma en Madrid un inteligente arribista, el rechoncho y vivaz abate Giulio Alberoni, experimentado en el tan difícil arte de establecer relaciones con los poderosos y de acabar convirtiéndose en indispensable. Y, como «Dios los cría y ellos se juntan», no tardó en establecer estrecho contacto con la camarera mayor. El tan propalado asunto de la preocupante situación de Felipe fue puesto de inmediato sobre la mesa.

Aquellos dos manipuladores no tardaron en hacer buenas migas y muy poco después, la de los Ursinos demostraba al abate suficiente confianza como para escribirle acerca de la soledad del rey:

[...] a cada instante que transcurre se hace más urgente la necesidad de buscar una esposa para el Rey. [...] La incontinenca produce violentos dolores de cabeza y sudores a S. M. Y no es posible siquiera apelar al simple remedio de una amante, ya que la conciencia del Rey continúa siendo tan fuerte como su ardor temperamental. [...]

Vio Alberoni una espléndida posibilidad de prestar un señalado servicio a su señor y propuso a la camarera mayor una buena solución para cortar de raíz aquella situación: una boda que solucionase el fundamental problema pendiente de «satisfacer la masculinidad» del monarca. Le habló de Isabel, una de las sobrinas del Duque de Parma, a la que describió como físicamente insignificante, ignorante y únicamente interesada en comer. Era precisamente algo así lo que la de los Ursinos quería oír y deseaba encontrar: una nueva esposa que solucionase los problemas íntimos del Rey, pero que –cuestión de la más absoluta prioridad– no tuviese la más mínima tendencia a inmiscuirse y ni siquiera interesarse en las cuestiones de Estado y de Corte.

Solamente habían pasado seis meses desde la muerte de Luisa Gabriela cuando se anunció oficialmente el matrimonio del inconsolable viudo con Isabel de Farnesio. Para la Corona española, la novia aportaba los valiosos derechos dinásticos a los Ducados de Parma, Plasencia y Toscana. Por su parte, los opulentos Far-

nesio encontraron en la boda una interesante posibilidad de reforzar su posición en una Italia dividida y decidida a librarse de una vez por todas de la dominación austriaca. En la elección había influido también el hecho de ser la madre de Isabel hermana de Mariana de Neoburgo. Vivía ésta ahora un dorado retiro en una verdadera corte que se había organizado en la ciudad fronteriza francesa de Bayona. Desde allí, con cuatrocientas personas a su servicio, curas y enanos incluidos, ejercía una fuerte influencia en la escena nacional y no había personaje de paso hacia Madrid que no le rindiese visita, de interés o de mera cortesía. Construía por entonces el Palacio de Marrac, que nunca llegaría a ocupar y que legaría a Isabel de Farnesio. Palacio que, un siglo más tarde sería escenario de las vergonzosas escenas protagonizadas ante Napoleón por Carlos IV y su hijo Fernando. Pero, volviendo al relato, solamente hay que añadir que era Mariana por entonces una de esas personas con las que más valía llevarse bien...

Alberoni había comentado que las necesidades del rey se reducían a un cura como confesor y a una mujer como esposa legal y, en un lenguaje más crudo, anotaría: «No tiene más que un instinto animal con el cual ha pervertido a la reina, y no precisa más que una mujer. [...]» Ahora, gracias a él, Felipe podía volver a tener las dos cosas. Pero la gran sorpresa que este gran cínico le preparaba a la de los Ursinos estaba por llegar. Con veintidós años, «la Parmesana», como inmediatamente fue denominada por el pueblo con el menor de los

afectos, no era la jovencita tonta, ignorante, despistada y fácilmente manipulable que los amos de la Corte esperaban encontrarse.

A un rostro marcado por una antigua viruela, unía un agradable y opulento aspecto general. Pero no era para nada la gruesa campesina nutrida sólo a base de grasiento queso y de manteca, de la que algunos despectivamente habían hablado. Era inteligente e ingeniosa, conocía varias lenguas y dominaba todas las habilidades que se esperaban de una joven de su posición: danza, música y pintura, equitación y caza; era una verdadera melómana y su impronta enseguida marcaría los rumbos de la vida cortesana.

Antes de entrar en España, Isabel visitó en aquel diciembre de 1714 a su tía Mariana en Bayona y ésta, sin duda, la puso en antecedentes de todo lo que se iba a encontrar. Tuvo así clara conciencia del lugar al que venía y de qué clase de personas eran tanto su futuro marido como los que le rodeaban. Sobre la concreta e importante cuestión de la camarera mayor, Isabel no estaba en absoluto dispuesta a entrar en el juego de nadie, así que decidió atacar por sorpresa y aniquilar a la posible rival antes de que ésta pudiese siquiera reaccionar. Y no tardó en demostrarlo de la forma más radical.

Una delegación de la Corte presidida por una obsesiva Princesa de los Ursinos, se adelantó a recibirla en el castillo alcarreño de Jadraque. Aquí pudo por vez primera demostrar Isabel la fuerza de su carácter

y su expeditiva forma de actuar. Ha sido tarea de la *petite histoire* discutir las razones que la llevaron a ordenar la fulminante destitución e inmediata partida de la camarera, en aquella víspera de la Nochebuena. Nada más verse una frente a otra, sobre la marcha firmó Isabel —utilizando incluso como soporte sus propias rodillas— la orden que privaba a la otra de todos sus cargos y decidía su inmediata expulsión. Perdida el habla ante tan tremenda sorpresa, la caída todopoderosa se vio así arrojada a los helados caminos y bajo una fuerte ventisca de nieve en dirección a la frontera, escoltada por un contingente armado y viendo que el Rey no acusaba recibo de ninguna de sus desesperadas peticiones de ayuda. Lanzado por la espiral de la lujuria de inmediata satisfacción, Felipe ahora solamente pensaba en el momento de encontrarse con su nueva esposa. Todo lo demás, le tenía absolutamente sin cuidado.

Otras versiones apuntan un motivo mucho más trivial para tan drástica reacción. Sería el haberse enterado la italiana de algún irritado comentario de la camarera real acerca de la larga espera a que la había sometido o quizá de alguna venenosa pulla femenina acerca de su gordura. Pero, a la vista del carácter de Isabel, cabe pensar que las razones que la movieron tuvieron más que ver con una cuestión de pulso de poder que con una motivación tan simple y «casera» como ésa. En fin, sea por la razón que fuere, tras deshacerse de tan molesta presencia, escribió a su anhelante novio, «lamen-

tando» que la conducta de la Princesa la hubiese obligado a tomar tal decisión.

Y Felipe, que seguramente estaba a aquellas alturas ya muy hartado de aquel largo dominio, nada objetó. Tampoco Alberoni, el principal artífice de aquel engaño, hizo nada en su defensa. La vía hacia la instauración de «la Corte de la Farnesio» estaba así abierta. Más bien, comenzaba «la era Alberoni», ya que durante cinco años y gracias al personal favor de la nueva Reina, el astuto eclesiástico que llegaría a cardenal tuvo todo el poder en sus manos y dirigió una eficaz política de reformas y desarrollo con una habilidad que ni siquiera sus muchos enemigos pudieron negar.

Los Reyes se encontraron así en aquellas Navidades y hasta la todavía tan lejana muerte de Felipe ya no volvieron a separarse nunca. De forma espontánea, se estableció entre ellos una perpetua e indestructible alianza de mutuo interés en todos los órdenes. Alianza en la que cada uno de ellos obtenía lo que necesitaba y buscaba. La problemática y débil personalidad de Felipe halló su más perfecta compensación y complemento en el decidido carácter de Isabel, dispuesta a todo con tal de mantener el absoluto dominio que inmediatamente consiguió. Corrió pronto el rumor de que había aceptado sin problema alguno participar en un macabro capricho que Felipe tuvo nada más llegar con ella al Buen Retiro. Él habría insistido en yacer con ella sobre el mismo lecho donde pocos meses antes había expirado su antecesora, en una asfixiante y oscura

cámara que desde su muerte había permanecido cerrada a cal y canto.

Muy pronto considerada ella como una «estricta ama dominante» de un marido esclavizado por una permanente necesidad erótica, no era ciertamente amable la imagen pública de la real pareja, de la que se decía que «el tálamo es su auténtico reino». Sobre esto, no tardó en hablarse en detalle de la copiosa dieta cotidiana que mantenía la Reina, aconsejada para asegurar su salud frente a las permanentes prestaciones físicas exigidas por su marido. Junto a un monarca que, cada vez con mayor frecuencia, elegía la vía de la huida de la realidad, aparecía esta mujer de difícil carácter. Era agradable con quien quería, pero sabía ser arrogante y agria cuando así lo decidía o le interesaba. Se veía además permanentemente acusada de apartar al rey del amor de su pueblo. Una acusación que a ella parecía causarle poca preocupación, como demostró el altanero y despectivo, pero también fantástico, comentario que le hizo al Duque de Saint-Simon: «Los españoles no me aman, pero yo también les odio...»

Uno tras otro llegaron los hijos, siendo el primero Carlos, familiarmente llamado *Carletto*, el futuro Carlos III, nacido en enero de 1716. A continuación, y a lo largo de los siguientes trece años, fueron viniendo otros seis más. La pareja real pasaba junta la mayor parte del día, desde el momento de saltar del lecho común hasta las horas de las comidas, la recepción de los ministros, las reuniones y fiestas, las celebraciones

religiosas y los paseos fuera de Palacio. También, las largas cabalgadas y jornadas de caza en los montes próximos a Madrid. A la mejor manera versallesca, cada mañana, la prolongada *toilette* de la reina suscitaba un agradable momento, durante el que Felipe charlaba distendidamente con los aristócratas y altos eclesiásticos que a ella asistían. Por otra parte, la más íntima vida de los Reyes nunca dejaría de ser materia de animada conversación; para entonces, un atento testigo escribía: «El rey decae a ojos vistas por el excesivo comercio con la reina [...] vigorosa y que lo soporta todo [...]»

La culta Reina implantó en la Corte unas actividades hasta entonces nunca vistas. Se celebraban frecuentes funciones de teatro y de ópera, conciertos de música instrumentales y vocales y muy brillantes bailes, festines y reuniones, donde la aristocracia podía rivalizar en la exhibición de sus mejores galas. La de Madrid fue en este momento calificada de magnífica y espléndida Corte, propia de un gran monarca. Enfrente, el pueblo también recogía algunas migajas de este fasto, cuando a su vista se desarrollaban actos al aire libre y de asistencia gratuita, como los traslados de la familia real para celebraciones religiosas y la marcha hacia los Reales Sitios, los ceremoniales de los embajadores y las fiestas dadas por las onomásticas y los cumpleaños de la familia y los nacimientos de los infantes.

La presencia de Isabel fomentaba la afluencia de italianos en busca de buenas oportunidades al calor de la política reformista que imponía el absolutismo

borbónico, lo que naturalmente provocaba la irritación de los naturales, que veían reducirse sus posibilidades de medro. También decayó la fuerte influencia francesa que había marcado la pauta durante los primeros tiempos del reinado. Tras la caída de Alberoni, propiciada por la Reina, impulsó ella a su marido a tomar por sí mismo las riendas del gobierno, prestándole todo su apoyo, lo que realmente significaba tener todo el poder efectivo en sus manos.

El nuevo espíritu reformista que Felipe había importado comenzaba a dar sus frutos y nuevos hombres se incorporaban a las tareas de gobernación del Reino. Entre ellos, la formación y el mérito personales eran lo que decidía sus ascensos y nombramientos. Los seculares títulos nobiliarios habían dejado de servir para encumbrar a quienes los portaban por herencia. La existencia de estos administradores fue lo que hizo posible que, a pesar del largo y progresivo deterioro de la salud del monarca, los asuntos del Estado en ningún momento dejaran de estar adecuadamente encarrilados y el progreso y las transformaciones se evidenciaran en todos los órdenes de la vida del país.

Durante sus muy frecuentes jornadas cinegéticas en los parajes serranos próximos a Valsáin, había descubierto Felipe una pequeña ermita dedicada a san Ildefonso, propiedad de los monjes jerónimos. Atraído por la belleza del entorno y por su mismo aislamiento, en el verano de 1720 adquirió la granja, el claustro y los terrenos contiguos, con la intención de

edificar allí una residencia campestre de verano a donde retirarse cuando su necesidad de tranquilidad así lo exigiese. Fue el arquitecto Teodoro Ardemans el encargado de dirigir las obras. El proyecto fue luego adquiriendo una mayor grandiosidad, en manos de maestros de primera magnitud, como Juvara y Sacchetti.

En La Granja, las originales ideas de directa inspiración francesa irían dejando sitio a las de gusto italiano, en un marco definido por los jardines. Estaban diseñados a directa imitación de los del siempre añorado Versalles, a pesar de las enormes diferencias físicas que existían entre ambos lugares, pero que otorgaban aquí a las formas del modelo una estética en verdad sorprendente y bellísima. Allí, la real pareja encontraría su verdadero hogar y hasta él vendrían a la hora del retiro, provisional muy pocos años después y ya definitivo para Isabel tras la muerte de su marido. Allí depositaban amorosamente todas las magníficas piezas de pintura y escultura que iban configurando sus dos espléndidas colecciones privadas.



«CORONA
DE ESPINAS...
SUEÑO DE MUERTE»

A Felipe V ya cada vez le resultaba más difícil mantener una simple conversación superficial. Sus interlocutores apenas podían comprender lo que decía, mientras que su aspecto iba degenerando de forma muy visible, al negarse a realizar el más mínimo aseo personal. Una y otra vez reiteraba su deseo de abdicar en su hijo Luis, Príncipe de Asturias, todavía un adolescente. De esta forma, podría retirarse a su refugio serrano y prepararse para bien morir, lo que se había convertido en su gran obsesión. Finalmente puso en práctica la idea, y el día 10 de enero de 1724 hizo público el decreto de abdicación. En él anunciaba su retirada para, «libre de todos los demás cuidados, entregarme al servicio de Dios, meditar acerca de la otra vida y trabajar en la importante obra de mi salvación eterna [...]».

Toca pensar cómo se tomaría la autoritaria Isabel esta decisión, si fue cierto que su marido la tomó —como

se dijo— sin pedirle permiso. Era una decisión que los apartaba del absoluto centro del poder, convirtiéndolos en «un matrimonio particular». Eso sí, espléndidamente alojados y atendidos, por numerosa servidumbre y con una fabulosa renta anual, en su feudo de La Granja. La verdad es que si estas motivaciones religiosas hubiesen sido las verdaderas y únicas de tan trascendental determinación, Isabel se habría opuesto a ella con todas sus fuerzas, haciendo todo lo posible por impedirlo. Por eso se apuntaron otros motivos muy diferentes, y con mayores visos de verosimilitud, para justificar tal retirada.

Efectivamente, si muchos creían en aquella versión «espiritual» y pública de su alejamiento del poder, la realidad parecía ser bien distinta. Por encima de sus escrúpulos morales y la salvación de su alma, la precaria salud de Luis XV parecía abrir ante Felipe la posibilidad de ocupar el trono de Francia. Pero era un espléndido sueño ante el que se alzaba un importante escollo: el hecho de ser Rey de España. Las disposiciones establecidas para su acceso a la corona española le impedían ser rey en los dos países a la vez. En esta tesitura, una estratégica retirada a la espera de los acontecimientos parecía ser por el momento la mejor solución. Primero, se trataba de hacerse con la corona de Francia, que de las dos era la que para él tenía mayor importancia. Luego, ya se vería. Por el momento, poner en el trono a su joven e inexperto hijo, manteniéndolo bajo un estricto control, parecía ser una buena

medida. Esto podría explicar muy bien la pacífica aceptación por Isabel de un abandono del poder que en ningún caso podía agradarle.

El célebre memorialista Coxe describió, acerca de esto, una escena bastante alejada de cualquier idea de retiro espiritual:

En San Ildefonso se hicieron todos los preparativos necesarios para un viaje a Francia, empaquetando los diamantes y plata de la reina y, en conclusión, de tomar todas las precauciones posibles a fin de emprender la jornada tan luego como se recibiesen nuevas de la muerte del joven monarca Luis XV, como se esperaba de un momento a otro.

Por lo visto, la pareja se vería ya sentada en el trono de San Luis, en aquel Versalles idealizado por la distancia y el tiempo. Pero la vida suele dar muchas vueltas y las cosas acabarían saliendo de forma bastante distinta a lo previsto.

Luis I fue así proclamado rey, a los diecisiete años, en medio de un entusiasmo general, ya que desde siempre había gozado de todas las simpatías populares, que lo habían visto como a un pobre chico sin madre, ignorado por su padre y hostilizado por una madrastra solamente preocupada por sus propios hijos. De natural tranquilo y bondadoso, nunca había planteado problemas ni a sus padres ni a sus educadores y su vida había transcurrido plácida, entre jornadas de caza y

ceremonias cortesanas. Sobre él corría una historia que no dejaba de otorgarle una cierta aureola de misterio y que, tras su rápido final, sería aireada como eficaz y terrorífica premonición. Según ella, una gitana que le había abordado en el parque del Buen Retiro y que le cogió la mano para leérsela, le habría anunciado, en lúgubres palabras: «Corona de espinas, sueño de muerte, será tu reinado.» Algo que, sin duda, habría sido tremendamente turbador para cualquier inseguro adolescente. Sin haber hecho nada especial, aquel Luis, el primer rey Borbón nacido en España, ya se había ganado el sobrenombre de «el Bien Amado».

Dos años antes de su coronación se había concertado su matrimonio con Luisa Isabel de Orleans, llamada Mademoiselle de Montpensier, hija del Duque de Orleans, Regente de Francia. Era Luisa dos años más joven que el novio y su nacimiento e infancia en aquel brillante Palacio de Versalles no le habían proporcionado siquiera la más básica formación. De hecho, al anunciarse su compromiso matrimonial, se comprobó con sorpresa que, ya con doce años, todavía aquella niña salvaje no había recibido sacramento alguno. Así, tuvo bautismo, primera comunión y confirmación por la vía rápida y de una misma sentada.

Fue el Duque de Saint-Simon, que sería autor de unas inapreciables memorias sobre los personajes y la vida de la época, quien dirigió el cortejo que llevó a la niña hasta Madrid, tras la preceptiva parada en Bayona para saludar a Mariana de Neoburgo. Al mismo

tiempo, se había acordado una boda paralela, tan característica entre las familias reinantes de la época. Era la del enfermizo Luis XV de Francia, de once años, con la infanta María Ana Victoria, llamada en familia *Marianina*, la tercera hija de Felipe e Isabel, que solamente tenía cuatro. Paralelamente a la venida de Luisa Isabel de Orleans, la niña era enviada a Versalles para ser educada en la larga espera de la realización material de aquel matrimonio.

La boda de Luis y Luisa Isabel se había celebrado en la localidad burgalesa de Lerma el 22 de enero de 1722 y, dada la edad de los contrayentes, se mantuvo por el momento solamente como una unión simbólica. Saint-Simon, hecho Grande de España por el rey Felipe, describía entonces a Luis como «alto, delgado, endeble, delicado pero sano» y añadía: «Es rubio, tiene bonitos cabellos y feo el rostro.» Evidentemente, con un físico «muy mejorado» lo retrataron los halagadores pintores áulicos de la época, como Houasse y Ranc.

Ahora, nuevamente una cuestión íntima de la familia real española volvía a ser motivo de sugerentes comentarios y picantes murmuraciones. Otra vez era una cuestión de alcoba, la escabrosa y siempre atractiva cuestión de la consumación o no del matrimonio de los jóvenes. Para algunos, la unión física de la pareja jamás tuvo lugar. Varias cartas dirigidas por el muchacho a su padre, dándole sobre esto unos detalles en verdad sonrojantes, servirían para fundamentar esta idea.

Fuese esto cierto o no, la verdad es que aquel matrimonio entre dos personas apenas salidas de la adolescencia no funcionó en ningún sentido y no tardó en dar lugar a algunos de los más comentados episodios que tuvieron como escenario la Corte española.

Luisa Isabel carecía por completo de educación y era en extremo ignorante y, lo que era peor, absolutamente estúpida. Ello le hizo seguir llevando en el Buen Retiro —primero como Princesa de Asturias y luego como Reina— el mismo tipo de vida, sin orden ni concierto de ninguna clase, que había mantenido hasta entonces. Desordenada y caprichosa, capaz de protagonizar sin rubor los mayores ridículos, acostumbraba a tratar con excesiva familiaridad a la servidumbre, abandonaba sus obligaciones en provecho de juegos y pasatiempos y, algo en lo que se complacen morbosamente en repetir los cronistas, solía andar por los pasillos y jardines palaciegos en *robe de chambre*.

Era una Reina que no guardaba las más mínimas formas y que se dejaba tutear por sus criados, con los que jugaba, en ocasiones de forma no demasiado recatada, y que, para rematar tal desastrosa imagen, se permitía despreciar abiertamente a los más dignos cortesanos. En más de una ocasión no se había molestado en ocultar los efectos de su ebriedad. Una horrible impresión, en fin, que el estricto Marqués de San Felipe resumía cuando afirmaba que la Reina «no comprendía los inconvenientes de aflojar ni declinar de

aquel alto decoro y sostenimiento que compete a la Majestad».

Luis no cesaba de quejarse a su padre de esta desordenada conducta y, en un momento dado, ordenó que su esposa fuese encerrada en las estancias destartaladas e inhóspitas del viejo Alcázar. El pueblo seguía con pasión la historia, en la que se enfrentaban «el Bien Amado» y la que sobradamente se había merecido el despectivo apodo de «la Gabacha». Con su mujer encerrada al otro extremo de la capital, Luis y sus amigos celebraron su recuperada libertad con alegres e infantiles diversiones en los jardines y melonares del Buen Retiro. Pero también —que una cosa no quitaba la otra— con salidas nocturnas en busca de aventuras eróticas poco selectas en los barrios bajos de la capital. Habría sido durante estas semanas cuando Luis pensase en pedir la anulación de tan desastroso matrimonio, que solamente problemas le había traído. Mientras, «la prisionera» le bombardeaba desde su encierro con repetidas llamadas de auxilio y promesas de una absoluta reforma a cambio de su liberación.

A las pocas semanas, el blando Luis no pudo seguir resistiendo y accedió al retorno de su mujer. De débil carácter, como su padre, no sufría sin embargo los problemas morales de éste en cuanto a la práctica del sexo eventual. Por ello debió de pensar que no estaría mal llevar una vida doble, conservando su matrimonio para la galería y manteniendo al mismo tiempo sus prácticas privadas. Siempre, naturalmente, que se guar-

dasen las formas. Bajo la amenaza de un nuevo encierro, ella se esforzó entonces en cambiar su comportamiento y parecía que las cosas podían encarrilarse adecuadamente. Muchos optimistas pensaron incluso en la posibilidad de que hubiese sucesión, si la tan debatida relación física entre la pareja entraba también por las vías normales.

En su tan breve etapa de reinado, el joven monarca estuvo asesorado por una junta, a la que se denominó «gabinete». Era la primera vez que se utilizaba este término y, rápidamente y como no podía ser menos, se ganó las burlas populares, que celebraban satíricamente a sus integrantes, siempre sospechosos de interesada actuación en propio beneficio:

*Le pusieron Junta
De Gabineteros;
Siete son las culpas
Y siete son ellos.*

Pero de hecho, todos tenían conciencia de que funcionaban entonces paralelamente dos Cortes en España: la oficial de Madrid y la «vigilante» de La Granja. Los contumaces miembros de la vieja aristocracia, que formaban el denominado «partido español o castizo», lamiéndose todavía las heridas de la dura represión sufrida, estaban decididos a detener y anular toda posibilidad de cambio. Vieron ahora la oportunidad de hacer desaparecer a aquellos odiados nuevos hombres de gobierno, procedentes de las clases medias y deci-

didos partidarios de la política reformista. Estos sectores *tradicionalistas*, que nunca habían aceptado la mentalidad renovadora del Borbón, creyeron poder dominar al joven monarca y retornar a sus amados y fructíferos viejos usos y costumbres. Pero, en definitiva, fue la misma fugacidad del reinado lo que anuló cualquier posibilidad de éxito.

La verdad es que nadie tuvo tiempo para nada. Víctima de la viruela, moría Luis I el 31 de agosto de 1724, después de solamente siete meses de reinado. Se comentó mucho acerca de las causas de tan repentino final y llegó a difundirse la especie de que había sido envenenado —inoculándole alguna mortífera ponzoña— por el denominado «Clan de los Parmesanos», encabezado por su madrastra. Un grave hecho que recogería persona tan fiable como Melchor de Macanaz en sus *Memorias*, pero que nunca pudo ser demostrado. Aparentemente reconvertida, su esposa le había atendido de la forma más abnegada durante los días de la enfermedad, llegando en su fervor a contagiarse ella misma de la viruela. Cuando por fin Luis murió, solicitó ella el pago de una indemnización al haber quedado sin recurso alguno.

Aquí intervino ya directamente Isabel de Farnesio, nuevamente en poder de las riendas de la situación. No solamente se negó a tal concesión, aduciendo que nunca se había recibido pago alguno por su dote, sino que la obligó a regresar inmediatamente a su país de

origen. Para ella, la francesa era alguien a la que nunca tomaría siquiera como criada. La inmediata reacción de la ofendida Corte francesa fue la «devolución» a sus padres de María Ana Victoria, «la reina niña» a la que en Versalles se preparaba para convertirla en esposa de Luis XV. Isabel de Farnesio encajó como un verdadero insulto personal aquella forzada vuelta de su querida *Mariannina*, a la que hubo de mantener a su lado a la espera de otra posibilidad matrimonial.

Bajo la protección del rey francés, Luisa Isabel de Orleans se instaló en un convento de monjas de París y, posteriormente y hasta su muerte, en 1742, en el Palacio de Luxemburgo. Allí —sin declinar nunca su calidad de Reina de España— pudo libremente recuperar y lanzarse a desarrollar ya sin control ni medida de ningún tipo sus iniciales costumbres. Entre escandalosas y alcohólicas reuniones, frecuentadas por sospechosos elementos de la más evidente raíz delincuente y prostibularia, mantuvo feliz hasta el fin unas formas de vida que en ningún momento dejaron de ser motivo tanto de las más divertidas habladurías como de las más ácidas censuras.

Luis, moribundo, había hecho testamento devolviendo a su padre la corona de España. Tras el óbito, Felipe e Isabel se dispusieron a regresar en la recuperada plenitud de sus derechos. Pero una junta de teólogos, en la que figuraba el mismo confesor del Rey,

no admitió la validez de este testamento y consideró que el regreso del ex Rey al trono era «éticamente reprobable», ya que a su expresada voluntad de retirarse de forma definitiva se unía su delicado estado de salud mental. Solamente llegaban a admitir la posibilidad de que Felipe actuase como regente, a la espera de la mayoría de edad del infante Fernando. Pero ahora volvió a intervenir personalmente la Reina y ya aquellos sesudos varones nada más tuvieron que decir.

Lo cierto es que, durante aquellos siete meses, en ningún momento la real pareja y sus hombres de confianza habían dejado de controlar la gobernación del Reino. Éste había seguido estando dirigido desde La Granja, lo que daba la impresión de que, efectivamente, la abdicación no había sido más que una acción táctica. Una operación que, en definitiva, concluyó debido a dos hechos prácticamente simultáneos. En efecto, a la inesperada muerte de Luis se unieron las noticias de la recuperación física del monarca francés, que venía a anular toda esperanza de Felipe de coronarse rey de su país natal.



LOS VAPORES DE EL MELANCÓLICO

La gran dureza que el Borbón había aplicado sobre quienes habían colaborado con sus enemigos durante la Guerra de Sucesión volvió a demostrarse tras su recuperación del trono. A principios de septiembre de aquel año 1724 tan movido, proclamaba Felipe que aceptaba con resignación «sacrificarse por el bien común de la monarquía y el mayor bien de sus vasallos» y ordenó una dura operación represiva contra aquellos a quienes la encolerizada Isabel había calificado de «acólitos renegados». Los aristócratas que habían hecho la apuesta desafortunada fueron destituidos de sus cargos, desterrados o arrojados a prisión. Triunfaban así los reformistas, que volvían a recuperar la tranquilidad para sus tareas. Pero los derrotados que se habían salvado de la quema, una vez recuperados del desastre e inasequibles al desaliento, ponían ya sus ojos en Fernando, Príncipe de Asturias, cuyo apocado carácter parecía anunciar en él un futuro Rey fácilmente manejable.

En calles, ferias y mercados, los romances de ciego cantaban las múltiples desventuras más íntimas de aquel malhadado monarca, que del santoral popular pasó a caer inmediatamente en el más profundo olvido:

*Bien amado, bien amado,
tu dolor y tu tristeza
aparta, y busca la noche
alivio para tu pena;
allá en el barrio que sabes,
la que tú sabes te espera;
como los tuyos, sus ojos
ni se cansan ni se cierran;
ojos que acusan a un rey
sin desvelos de una reina,
ojos de noche sin alba
que sólo la noche esperan.*

Para Felipe, habían sido muchas y muy fuertes cosas para tan poco tiempo. Pero fue precisamente este conjunto de desafíos lo que le abrió una de sus más prolongadas etapas de estabilidad emocional. Ante la complejidad de la situación, su tan especial naturaleza volvió a reaccionar de la forma más sorprendente. Era igual que cuando, en las antiguas batallas, se lanzaba inesperadamente a las más insensatas acciones, apenas salido de las brumas de profundos hundimientos psíquicos.

Ahora, las cosas habían vuelto al orden. La real pareja podía entregarse a sus habituales quehaceres y

distracciones. Felipe dejaba confiado el gobierno en manos de sus ministros e Isabel controlaba por completo todos los espacios cortesanos. Muy interesada también en los dimes y diretes de la calle, disponía de un amplio «equipo» de informadores y correveidiles, desde arrogantes arzobispos a simples peluqueras, que la mantenían puntualmente al día de todo cuanto se comentase o murmurase en palacios, conventos, tabernas y esquinas de la Villa. Fue en este momento cuando entró en escena un muy singular personaje: el turbio e ingenioso aventurero holandés Juan Guillermo Ripperdá.

Hijo de distinguida familia, militar y diplomático, como embajador de su país en Madrid había conseguido tener íntimo trato con los monarcas y había intervenido activamente en las manipulaciones que decidieron la caída de Alberoni. Ahora, con el segundo reinado de Felipe, iniciaba Ripperdá su etapa más gloriosa. Prometió a los Reyes gestionar con éxito el matrimonio del príncipe Fernando con una hija del Emperador de Austria y sus grandes capacidades de persuasión acabaron llevando a la real pareja a prestarle todo su apoyo en meteórica carrera de privanza, que en dos años le llevó a acumular los cargos de responsable de Asuntos Exteriores, Marina, Guerra y Hacienda. El Rey le nombró además duque y grande de España. Algo realmente desmesurado y ofensivo que sus poderosos enemigos no podían consentir de brazos cruzados y así, el mismo carácter meteórico que había tenido

su ascenso lo mostró su caída, en 1726, que le llevó a prisión y a una huida final al extranjero.

Se instalaba la Corte a principios de enero en El Pardo para mayor disfrute de la caza en sus montes y allí permanecía hasta Semana Santa. Desde entonces hasta el 22 de junio era en las suavidades climáticas de Aranjuez donde hallaba bienestar. Durante este período, una antigua tradición obligaba a pasar el Día de Corpus en Madrid, donde la familia real se mostraba al pueblo durante la procesión portadora del Santísimo. Tras un mes en la capital, el 21 de julio se efectuaba un nuevo traslado, en esta ocasión a la residencia favorita de la pareja, la tan querida Granja de San Ildefonso. En ese magnífico paraje transcurrían sus días hasta el 14 de octubre, en que marchaban a un Escorial nada deseado, con el que tenían que mantener, sin embargo, una especial consideración protocolaria, debido a su carácter de lugar de reposo eterno de los antecesores en el trono. Por último, el año acababa con el último desplazamiento a la capital, donde pasaban las fiestas navideñas para, una vez terminadas e iniciado ya el nuevo año, volver a empezar nuevamente el ciclo.

El temor a morir en pecado había ido transformándose en Felipe en una verdadera obsesión. Nunca había sido capaz de ocultar el verdadero horror que sentía en el Panteón Real escurialense, donde se apiñaban los ataúdes de todos los que antes que él habían ceñido la corona española, acompañados por aquellas de sus esposas que habían sido madres de rey. Al lado,

el Panteón de Infantes y todos los demás lúgubres espacios destinados a depósito de muertos configuraban un ámbito cuya visión no era capaz de soportar sin estremecerse. De ahí su decisión, plenamente compartida con Isabel, de reservar un espacio para su enterramiento en la nueva Cartuja de La Granja, su verdadero y elegido hogar, frente a los demás Reales Sitios, cuyo uso y frecuentación les venían impuestos por inamovibles tradiciones y protocolos.

El Rey se pasaba días enteros hundido en el lecho, sin querer ver a nadie más que a su mujer. Sufría constantes alucinaciones y terrores. Uno de ellos, especialmente llamativo, trascendió muy pronto: era su convencimiento de que estaba amenazado de ser envenenado a través de la ropa blanca. El desastroso resultado fue su cerrada negativa a cambiarse de vestimenta, que venía a unirse con la ya vieja costumbre de abandonar por completo su aseo personal. Testimonios de embajadores hablaban de que les recibía envuelto en su sucio y maloliente camisón, con las piernas al aire y, sobre una cabeza de catastrófico aspecto, una peluca torcida coronaba tal visión. Debido a la longitud de sus uñas, las manos y pies del desdichado se habían convertido en verdaderas garras.

Largas fases de insomnio se acompañaban con ataques de bulimia. Todos los habitantes o frecuentadores de Palacio estaban ya acostumbrados a las noches jalonadas por explosiones de gritos destemplados, desenfrenadas carreras por los pasillos, profundas crisis

de llanto y, en algunos casos, incluso episodios de auto-lesión. Cada vez con mayor angustia veía Felipe la hora de su muerte, para la que trataba de estar adecuadamente preparado y limpio de pecado, hasta el extremo de exigir que en su antecámara nunca dejase de haber un confesor «de guardia» al que recurrir para descargar la conciencia cuando llegase el tan esperado y temido momento. Y de forma cada vez más acusada, volvía nuevamente a rondarle la idea de la abdicación, en este caso a favor de Fernando. Sabedora de esto, Isabel no le dejaba a solas por ninguna razón, sometiéndole a una constante vigilancia para evitar cualquier decisión que volviese a empujarla a un nada deseado retiro.

Todo ello sirvió para redoblar la astucia de Felipe que, como suele decirse llanamente, «estaba loco, pero no era tonto». En junio de 1728 y a espaldas de su vigilante esposa, llevó a la práctica su voluntad de abdicar nuevamente. Valiéndose de un oscuro burócrata, hizo un nuevo testamento renunciando a la corona y le ordenó entregarlo al presidente del Consejo de Castilla. Tras recibir la inesperada y tan temida sorpresa, la encolerizada Isabel reaccionó de inmediato y ordenó de forma absolutamente incuestionable que se suspendiese toda acción en este sentido. Ahí naufragó este segundo y último intento de Felipe por abandonar el trono.

Pareció buena oportunidad para levantar el ánimo de todos la celebración de la doble boda que se había

pactado con la Corte portuguesa. Los infantes Fernando, Príncipe de Asturias, y María Ana Victoria –la *Mariannina* «devuelta» por Versalles– eran respectivamente casados con los príncipes portugueses Bárbara de Braganza y José, heredero de la Corona.

La persona más interesada en el matrimonio del heredero era la Reina, ya que en definitiva su futuro dependía de él. No podía dejar de pensar que una incapacidad o la muerte de su marido no solamente la apartarían del poder sino que, algo mucho peor, la arrojarían a un ostracismo insoportable para su enérgico y activo carácter. Sus relaciones con el hijastro Fernando no habían planteado nunca problemas, pero estaba claro que entre ellos no existía afecto ni armonía. De ahí su especial preocupación por hallar para el joven una esposa de carácter dócil y fácilmente dominable. Algo así como la que la Princesa de los Ursinos había buscado en su momento para Felipe, sin imaginar que iba a enfrentarse con todo lo contrario de lo esperado.

Fernando tenía una personalidad apática, que en general le aseguraba buenas relaciones con los demás, con los que nunca entraría en conflicto. Jamás había dado motivos de preocupación o habladurías por aventuras de ningún tipo, ya que en cuestiones de moral personal se asemejaba bastante al rigorismo de su padre. Llegado el momento de la elección de esposa, prefirió dejarse llevar por la voluntad de quienes decidían en la Corte antes que tomarse la molestia de ponerse

a buscar novia a distancia o, simplemente, a elegir de entre todas las propuestas. Era precisamente en esta dejadez donde su madrastra veía su mejor baza en el asunto. Tras las habituales consultas, la opción portuguesa pareció la más interesante. Por una parte, colocaba al plato de segunda mesa que era María Ana Victoria y, por otra, lo que sabía de Bárbara hacía pensar a Isabel que daba perfectamente el perfil de la nuera que deseaba.

Desde el momento en que se empezaron a realizar las gestiones para el matrimonio, las noticias recibidas en Madrid sobre la princesa portuguesa hablaban de sus virtudes personales, de su encanto y de su gran cultura. Cosas que, además de las huellas de una pasada viruela que marcaban su rostro y su tendencia a la gordura, la asemejaban en alguna medida a su futura suegra. De señalada fealdad, según todos los testimonios, incluso los más benévolo, tenía Bárbara dos años más que su marido. Sus características físicas habían hecho que se le hubiese ocultado al novio, prácticamente hasta el último momento, todo retrato de ella. Se trataba así de evitar cualquier posible sorpresa que acabase en horrorizada retirada.

El embajador español en Lisboa, Marqués de Montecatratro, hubo de pugnar así mucho para poder conseguir un retrato de Bárbara, que la Corte portuguesa se negaba una y otra vez a proporcionarle para que se lo enviase a Fernando. Sobre ellos, escribiría aquel marqués en un informe:

Mientras que el príncipe es bonito de cara, la de la infanta ha quedado muy maltratada de las viruelas, y tanto que afirmase haber dicho su padre que solamente sentía hubiese de salir de su reino cosa tan fea...

Pero Fernando, carente de voluntad y obediente hijo, no mostró problema visible en aceptar buenamente incluso aquel verdadero y flagrante embolado que se le había preparado. En Madrid, la siempre fértil maledicencia popular inmediatamente encontró en estas negativas características físicas sabrosos motivos de sátira a añadir a los muy abundantes a que daba lugar la existencia cotidiana en el interior de Palacio.

El intercambio de parejas se llevó a cabo durante un espléndido acto que se celebró el 19 de enero de 1729, sobre un puente que cruzaba el río Caya, que separa Extremadura del Alentejo y marca la frontera entre los dos países. En medio de unos espectaculares decorados producto del mejor Barroco ceremonial, Fernando pudo finalmente conocer a su prometida. Ella, tratando inútilmente de ocultar su lamentable aspecto, se había convertido para la ocasión en una enorme masa de encajes y velos, que apenas se movía, cubierta de oro y diamantes. Tras la ratificación de los esponsales en la catedral de Badajoz, la primera noche en común de la nueva pareja mereció, como no podía ser menos, algún que otro comentario, como el bien conocido del Marqués de Brancas, cargado de malevolencia: «No parece que ella haya quedado muy

satisfecha del príncipe, su marido.» De la otra pareja del momento se sabe que el ritual consumatorio del matrimonio, que tanta importancia poseía para la realeza, no se produjo hasta tres años más tarde, dada la edad de los interesados. Sería a través de esta infanta española como iba a introducirse en la familia reinante en Portugal la maligna herencia del desquicio mental de los Borbones.

Después de tan suntuosos y espectaculares ceremoniales, la Reina y sus próximos habían preparado para Felipe un muy especial *tour* del que esperaban obtener unos benéficos efectos para sus problemas psíquicos. Lo que se preveía como una reposada visita a Andalucía se convertiría en una prolongada estancia. Así, entre los años 1729 y 1733, la Corte española se instaló en Sevilla, algo que no se había producido desde los tiempos bajomedievales. Todos aquellos personajes dieciochescos, con sus pelucas y casacas, símbolos del más expresivo espíritu de la Ilustración, llenaron entonces los mágicos y misteriosos espacios moriscos de los Reales Alcázares, que habían permanecido inalterados desde que los habían habitado los fantasmas torturados y enamorados de Don Pedro el Cruel y de su amante, Doña María de Padilla.

Era por entonces Sevilla una gran ciudad en plena decadencia, en la que quedaban manifiestas muestras del enorme auge que había tenido décadas atrás, cuando las riquezas procedentes de la inagotable América que canalizaba la habían convertido en uno de los mayo-

res centros económicos de Europa. El traslado de estas actividades a Cádiz y una sucesión de desastres como pestes, sequías, inundaciones y hambrunas, la había arrojado a una gran postración. A pesar de todo, autoridades y pueblo recibieron a los reyes con enormes muestras de alegría y bajo arcos triunfales muestra de la mejor arquitectura efímera de la época. La larga estancia iba a resultar muy costosa para la ciudad, pero ésta respondió de la mejor forma posible a las necesidades que imponía la nueva realidad y aportó todos los medios posibles para realzar su presencia como sede de la monarquía.

Curioso episodio a mencionar fue el traslado, con muy directa participación de todas las personas de la familia real, de los restos del conquistador de la ciudad, Fernando III el Santo, desde un cofre hasta una urna de plata a depositar en aquella inmensa catedral. Fue una ceremonia procesional de gran efecto, cuyo fúnebre sentido no pareció impresionar negativamente a Felipe y que enlazó los profundos hálitos del militante catolicismo medieval con la más brillante parafernalia del Barroco. A lo largo de aquellos meses aprovecharon también los reyes su estancia andaluza para recorrer, en medio del mayor fervor popular, pueblos y comarcas, con especiales detenciones en el activo Cádiz, lanzado al comercio ultramarino, y en Granada, donde la Alhambra volvió también a recuperar fastos cortesanos olvidados desde los tiempos nazaríes.

Durante este tiempo, en enero de 1731, murió sin descendencia y víctima de sus excesos gastronómicos el Duque de Parma, tío de Isabel. La consecuencia fue que la Reina tuvo una de sus mayores alegrías. Su hijo mayor Carlos, el adorado *Carletto*, pasaba a heredar los Estados familiares y venía a cumplir así uno de los más profundos deseos de su madre, que siempre había anhelado un trono para él. A los nueve años había ya protagonizado el joven Carlos otro más de los repetidos episodios de bodas frustradas por razones de Estado. Su prometida había sido Felipa, mademoiselle de Beaujolais, hermana de aquella tan problemática mujer del efímero Luis I. Si ya se vio que, tras la muerte de éste, la obligada marcha a Francia de la joven reina viuda produjo como represalia la devolución de una infantita, también deshizo el proyectado enlace de Carlos y Felipa. Ahora, con quince, marchaba a Italia a tomar posesión de sus dominios. Era el inicio de una larga carrera como soberano.

Pasadas las etapas finales de la prolongada estancia sevillana, la salud de Felipe volvió a recaer, hasta alcanzar sus más profundos niveles de hundimiento. Fría y calculadora, maquiavélica y despiadada para unos; víctima y abnegada esposa y excelente y preocupada madre para otros, Isabel vivió en su propia carne y de la forma más directa todos estos episodios de demencia del antiguo «Animoso», convertido ahora en «el Melancólico».

Fue a lo largo de estos años cuando la gobernación del Reino estuvo en las mejores manos posi-

bles: las de José Patiño. Primer ministro en 1734, este directo predecesor de los grandes políticos ilustrados de los siguientes reinados, aseguró a su Rey y al país la década de mayor desarrollo, estabilidad y progreso que se había conocido. También él hubo de soportar de forma muy directa los efectos del mal que afectaba a su señor. A pesar de tener el monarca puesta en él toda su confianza, en más de una ocasión fue víctima directa de sus explosiones de violencia, llegando incluso a ser físicamente agredido por él. En estos casos, siempre era Isabel la que recuperaba la iniciativa y despachaba personalmente con Patiño, separados los dos del enfermo por un tranquilizador biombo. Cuando tan eficaz gobernante murió, la tranquilidad que su gestión había asegurado desapareció y la frágil mente de Felipe volvió de nuevo a naufragar entre los sempiternos *vapores*.

Viejos recuerdos de la tan lejana época del «Animoso» habían vuelto a brotar, siempre al toque de las armas dispuestas a la lucha, con ocasión de las afortunadas operaciones en la costa marroquí que Patiño había impulsado y, algo más adelante, a principios de 1733, cuando estalló la Guerra de Sucesión de Polonia, en la que España se implicó por sus intereses italianos. En llamativa y tantas veces repetida reacción, el subconsciente de Felipe, una vez más, abandonaba las sombras de su demencia cuando oía el sonido del combate. En este caso, ya no podía sentir sobre el terreno el salobre olor de la sangre, pero le bastaba saber que estaba siendo

derramada generosamente. Tras un desembarco de veinte mil hombres, las tropas españolas conquistaron Nápoles y Sicilia. Las potencias europeas entregaron este Reino de las Dos Sicilias a España y Carlos tomó posesión de él en nombre de su padre. Para acceder a esta corona, Carlos debió renunciar a sus ducados del Norte, que acabarían pasando a su hermano menor, Felipe. Con ello, Isabel de Farnesio cumplía sus más caras esperanzas de ver reinar —y además, sobre Estados de su Italia natal— a sus dos hijos mayores.

En plena Nochebuena de 1734, el terso y helado cielo de Madrid se tiñó repentinamente de rojo, mientras las alarmas se gritaban desaforadamente de una parte a otra de la Villa. Por causas fortuitas que nunca quedarían bien aclaradas, el viejo Alcázar de los Austrias comenzó a arder y, en pocos momentos, se convirtió en una enorme pira. En el episodio, que movilizó a todos los habitantes de la capital, se perdió gran cantidad de obras de arte, atesoradas allí por los sucesivos monarcas a lo largo de los siglos. Las pérdidas eran dramáticas e irreparables. Además de riquísimos tapices, porcelanas, muebles, relojes, armaduras, documentos y miniaturas de elevadísimo valor material, desaparecieron devorados por las llamas más de trescientos lienzos, muchos de ellos verdaderas obras maestras, debidas a las geniales manos de Velázquez y Rubens, Tiziano y Durero, Van Dyck, Carreño y otros, que integraban una colección real única.

Aun considerando el significado de estas enormes pérdidas, Felipe no demostró que la desaparición

física de aquel edificio le causase mucha pesadumbre, ya que nunca le había interesado como lugar de residencia o mero ámbito de representación ceremonial. Ahora tenía la oportunidad de edificar un nuevo Palacio Real, acorde con sus gustos y que respondiese a los planteamientos estéticos y de habitabilidad propios de la época, en nada semejantes a los de aquel arcaico e incómodo Alcázar. Tras un inicial y esplendoroso proyecto del arquitecto italiano Filippo Juvara, fue su discípulo Giovanni Battista Sacchetti quien tomó la dirección de las obras, cuya primera piedra se puso solemnemente el día 7 de abril de 1738. Debido al tiempo exigido por la magnitud de las obras, Felipe e Isabel nunca habitarían en el nuevo Palacio Real, que sería estrenado ya por su hijo Carlos III.

Entre otras cosas, se había ordenado la talla de un centenar de estatuas de los Reyes de España para colocarlas a lo largo de la cornisa superior del gran edificio. Pero finalmente, y sin explicación de ninguna clase, pudo comprobarse que, en lugar de ser dispuestas en aquel lugar, fueron distribuidas por varios parques y jardines. Se hablaba de un angustioso sueño de pesadilla que Isabel habría tenido, en el que las veía caer en estremecedora escena y que le había causado tal pánico que había dado la orden de que jamás se irguiesen en tan inestable y amenazador equilibrio.

La perturbada salud mental del Rey se manifestaba ahora a través de una enloquecedora confusión horaria que determinaría durante años la existencia cotidiana

de todos los habitantes de Palacio. Así, realizaba sus funciones de gobierno a mitad de la noche, hacía las comidas a las horas más insospechadas y sus prácticas religiosas y sus descansos seguían similar tónica, manteniendo a su mujer, hijos, ministros, cortesanos y servidumbre en una situación de permanente y agotadora alerta.

Existe un *Epítome de la vida y costumbres, muerte y entierro del católico monarca Don Phelipe Quinto*, que describe, en el más puro estilo de la época, todos aquellos desarreglos:

[...] Se sabía que la cena era a las 5 horas de la mañana, con las ventanas cerradas; que a las 7 se iba a la cama, y que a las doce tomaba una substancia. Regularmente, a la una, después del mediodía, se vestía, a las 3 horas oía misa en la pieza inmediata. Concluido el santo sacrificio de la misa, admitía en la conversación [...]. En este modo o régimen de vida, después de la comida no tomava siesta, sino que estava en el cuarto leyendo o haciéndose leer un libro, y así en esto y en otras cosas indiferentes pasava el tiempo hasta entrada más la noche, que se le tenía alguna diversión de música o representación; a las dos horas después de la medianoche llamava a los secretarios para el despacho, y en esta manera el tiempo hacía su círculo; habiendo entrado en este género de vida desde el año de 1733 que de Sevilla se vino a Madrid.

Esto, naturalmente, podía aplicarse a las temporadas consideradas «buenas», ya que en las fases agudas

que su mal alcanzaba podía lanzarse a hacer otras cosas no menos llamativas, como organizar una partida de pesca en medio de la noche o, ante un espantado auditorio, tratar de montar los caballos representados en los suntuosos tapices de las salas palaciegas. Isabel trataba de encontrar en las actividades de ocio la tranquilidad que su marido necesitaba. Así, a los largos tiempos que el Rey dedicaba a la lectura y a la manipulación de relojes, una de sus pasiones, se unían las frecuentes sesiones musicales y representaciones teatrales que, con gran pompa y boato, se organizaban en Palacio. Es dentro de este contexto donde se situó —llegado el año 1737— el inicio de la que propiamente podría ser denominada «etapa Farinelli», de tan positivas repercusiones en el doliente ánimo de un Felipe cada vez más agotado.

El *castrato* napolitano Carlo Broschi, llamado Farinelli, poseía una gran reputación en teatros privados y Cortes de toda Europa por la calidad y belleza de su voz de soprano, que fascinaba por completo a quienes tenían el privilegio de escucharle. Actuaba inmerso en los prodigiosos decorados que la imaginación de los decoradores y tramoyistas habían ideado. Toda la escenografía más bella y espectacular del Barroco llevada a la escena parecía diseñada de forma especial para servir de marco a una presencia y a una voz inigualables. La melómana Farnesio, siempre al tanto de las tendencias y novedades que en el campo de la música aparecían en Europa, tenía las mejores referencias del cantante y efectuó las

gestiones pertinentes para contratarle, sin importarle el elevado nivel de los ingresos que su categoría y fama le permitían exigir. La elección no pudo ser más afortunada y el cantante se convirtió en un elemento de primer orden en la vida de la Corte.

Se ha apuntado que en la voluntad de Isabel de llamar al tan brillante y prestigioso personaje habrían influido las ideas, por entonces apuntadas por algunos médicos, de los positivos efectos de la que sería posteriormente denominada musicoterapia. Lo cierto es que la presencia y la voz de Farinelli consiguieron a lo largo de muchos años dar al perturbado Rey una tranquilidad que ninguna otra cosa había logrado. Nombrado músico de cámara de los Reyes, con un elevadísimo salario y exención de impuestos, alojamiento en Palacio y disposición de amplia parafernalia de criados y servicios, el italiano entró perfectamente en el complejo y difícil engranaje de la vida cotidiana de la Corte y fue, sin duda, la mejor medicina para Felipe.

Lógicamente, tal posición nunca dejó de suscitar las más enconadas y profundas envidias y sobre él corrió toda clase de rumores, sobre todo referentes a su particular sexualidad, que fomentaba los más malévolos comentarios. En bocas anduvo una posible *liaison* con la Reina, su devota admiradora y gran protectora. También se habló de algo más espinoso, como sería una «muy especial» fascinación que el *castrato* ejercería sobre el heredero Fernando, en verdad nada dado a asuntos de faldas. Mucho se comentó, por otra parte, la oca-

sión en que el Rey, especialmente alterado por alguna razón, habría tratado de imitarle cantando en público y consiguiendo solamente emitir desquiciados y lamentables alaridos que le harían ganarse una importante afonía que le dejó mudo por algunos días, cabe imaginar que para gran alivio de quienes le rodeaban.

Farinelli viviría en España durante veintidós años y durante el siguiente reinado de Fernando VI conservó su ascendencia en los ámbitos del poder, hasta que tras la muerte del Rey, y en vísperas de la llegada de Carlos III, la misma Isabel de Farnesio que lo había traído y protegido le invitó a abandonar de inmediato el país. A lo largo de tan dilatado periodo de tiempo el cantante mantuvo una exquisita actuación personal, limitándose a cumplir tareas artísticas, sin querer en ningún momento intervenir en manipulaciones políticas, que en muchas ocasiones le fueron ofrecidas a muy alto precio.

A partir de 1741 se abrió un nuevo periodo de inestabilidad mental de Felipe, que ya no se cerraría hasta su muerte. Aquejado de una ansiosa bulimia, se dedicaba a engullir enormes cantidades de toda clase de manjares, lo que le produjo una gran obesidad. Con todo, su vieja costumbre de salir a cazar, que mantuvo hasta casi el final de su vida, actuaba como positivo elemento de compensación. Encerrado en sus habitaciones, en ocasiones mostraba todavía violentas crisis de hiperactividad, pero ya apenas podía andar ni sostener la cabeza erguida sobre el cuello. Ello no le iba

a impedir, sin embargo, seguir manteniendo, prácticamente hasta el día de su muerte, aquellas relaciones sexuales cotidianas con su esposa que habían sido el verdadero motor de su existencia.

Sobre este asunto, ya en vida de él las opiniones más encontradas se manifestaban de forma abierta. Para algunos, esta permanente actividad sexual constituía una extrema forma de rijosidad estrechamente asociada a sus problemas mentales. Desde una óptica moralizante, éstos le condenaban por un supuesto natural incontinente. Enfrente, se manifestaban los que daban a su frecuentación erótica una interpretación muy positiva. En efecto, su falta de ejercicio físico y sus abusivos y erróneos hábitos alimenticios tenían en la práctica erótica una muy saludable compensación, actuando como automático controlador de un sistema circulatorio sometido a tales peligros.

Sus últimos tiempos estuvieron dominados por la permanente preocupación por los desastrosos resultados de las guerras mantenidas en Italia, por su vieja angustia ante la posibilidad de morir en pecado y por las continuas recriminaciones de Isabel, que cada vez se veía más próxima a la tan temida viudez que la apartaría del poder. Ni siquiera las prácticas curanderiles ni la ingestión de todo tipo de bebedizos supuestamente reconfortantes servían para devolver la salud a un organismo tan gastado. Paralelamente a su declive, el país se iba transformando por las reformas que sus hombres aplicaban en todos los ámbitos. Nacían así realidades que

situarían a su memoria en un lugar bien destacado en la historia de la cultura española: las Reales Academias de la Lengua, de la Historia, de las Bellas Artes y de Medicina eran orgullosos emblemas de una nueva época y de un nuevo país, que su venida había inaugurado.

En 1746 el pintor de corte Louis-Michel van Loo llevó a cabo la magna tarea de representar sobre un enorme lienzo una idealizada reunión de la Real Familia. Sobre un suntuoso interior palaciego se sitúan los actores de aquella representación –verdadero teatro barroco– que era la vida cotidiana en la Corte del primer Borbón español. En un salón abierto a un jardín, se representa al grupo familiar escuchando el concierto que interpreta el grupo de músicos situado en un pequeño estrado. Empezando por la izquierda, aparecen la infanta María Ana Victoria, *Mariannina*, la frustrada esposa de Luis XV y después Reina de Portugal; su cuñada Bárbara de Braganza y, de pie, su marido, Fernando, Príncipe de Asturias y futuro Rey. Luego, Felipe V es presentado mostrando un saludable aspecto, absolutamente irreal, ya que cuando se realizó la pintura el estado del monarca era absolutamente deplorable en todos los sentidos. A su lado, centrando indiscutiblemente la escena, la serena superioridad y el tranquilo orgullo que ostenta Isabel de Farnesio; entre ellos, el cardenal-infante don Luis, el varón más joven de los hijos.

Siguen en tan deslumbrante disposición Felipe, *Pippo*, el segundo hijo e ilustrado Duque de Parma, y su esposa, Luisa Isabel de Francia, primogénita de

Luis XV. A continuación y de pie aparece la infanta María Teresa, que casaría con el Delfín de Francia y, a su lado, su hermana María Antonia Fernanda, hija menor de los Reyes y futura reina de Cerdeña. En el extremo derecho, una pareja muy bien definida: María Amalia de Sajonia y su marido Carlos, hijo mayor de los Reyes, por entonces Rey de las Dos Sicilias y futuro Carlos III de España. En el suelo, la tercera generación: Isabel María Luisa, hija de los Duques de Parma y futura Archiduquesa de Austria, y su prima María Isabel, hija de los Reyes de las Dos Sicilias. Esta idealizada composición reunía así de forma ficticia a toda la familia, ya que los dos hijos reinantes en Italia no se encontraban entonces en la Corte, donde, junto a los Reyes padres, además de los orondos herederos, solamente quedaban las dos jóvenes infantas —Teresa y Antonia— a la espera de sus respectivos matrimonios.

Cuando Felipe V murió, fulminado por una apoplejía, en la noche del 6 de julio de 1746, hacía ya largo tiempo que sus súbditos se habían olvidado incluso de su misma existencia, recluso como había estado en la oscuridad de las estancias reales. Sus antiguos temores se habían cumplido finalmente, ya que no pudo tener confesión en sus últimos momentos de inconsciente agonía. Pero ya todo daba igual y, a excepción de la Reina, todos respiraron aliviados cuando tuvieron noticia de su fin. Duraba ya mucho su encierro para que su falta se hiciese notar. Para el pueblo, el habitante del

Palacio del Buen Retiro era una momia instrumentada por su ambiciosa mujer, capaz de mantenerlo con vida por todos los medios con tal de seguir aferrada al poder.

En este sentido, una sátira que corrió entonces resumía esta sensación de forma magistral, cuando afirmaba que, únicamente a través de un expreso ejercicio de fe, los españoles podrían pensar que tenían un rey. Felipe, de quien se había dicho que había pasado la vida entre la cama de la Reina y el confesonario, mereció un epitafio tan venenoso como el muy difundido que le dedicó D'Argenson:

No hubo hombre que, siendo laborioso, hiciera jamás nada provechoso. Ni hombre que haya hecho uso tan erróneo del matrimonio, permitiéndose ser dominado y gobernado por una esposa que mandaba y ordenaba rigurosamente sobre él.

Su reinado de cuarenta y seis años, el más largo de nuestra Historia, había marcado una profunda impronta que iba a señalar los rumbos del país durante los siguientes siglos. Personaje complejo y en general incomprendido, Felipe V había sido, sin la menor duda —comparándolo con quienes le precedieron y los que le siguieron—, uno de los mejores monarcas de la Historia de España.



LOS REYES SE DIVIERTEN

La vuelta al trono, tras el fugaz reinado de Luis, nunca había dejado de torturar a Felipe por fuertes sentimientos de culpa. Jamás podría dejar de pensar que estaba usurpando indebidamente el trono a su hijo Fernando. Más que cualquier otra, ésta había sido la principal razón de aquella segunda abdicación realizada de tapadillo, que su mujer había hecho abortar. Antes, en noviembre de aquel 1724, Felipe había querido tranquilizar su conciencia haciendo que Fernando jurase el cargo de Príncipe de Asturias y recibiese juramento de fidelidad por parte de las Cortes, con representación de todos los antiguos reinos hispanos, lo que hacía muchos años que no sucedía. Pero, a pesar de todo esto, el muchacho se había mantenido apartado de cualquier iniciativa, tanto por su mismo apático y acomodaticio carácter como por la expresa voluntad de su madrastra. A Isabel le había venido muy bien que el heredero tuviese aquella forma de ser, que

le permitía seguir controlando de forma exclusiva y en la más absoluta impunidad la voluntad del declinante Rey.

Extremadamente tímido y apocado, además de rencoroso —según se decía—, adoraba a su padre y era muy respetuoso con su madrastra. Nunca debió de ocurrírsele hacer nada que ellos pudiesen considerar incorrecto o inaceptable. Pero ahora, al verse reconocido en su propio papel, reaccionó de forma inesperada y demostró una voluntad que ni se le sospechaba. Dejó pasmados a todos los que le trataban, exigiendo el cumplimiento de sus deseos con destempladas palabras y hasta a gritos, algo que nunca se le había visto hacer. Sin duda fue la Farnesio —«la Vieja leona», como la llamaban tanto enemigos como defensores, entre la crítica y la admiración— la primera sorprendida ante cambio tan inesperado, que hacía nacer en ella una preocupación por lo que podía indicar de cara al temido futuro.

Habían sido muchos años de convivencia familiar nada armoniosa, presidida por un problemático padre carente de autoridad, que solamente podía suscitar cariño y lástima. Entre los dos «sectores» de hijos de Felipe V siempre había existido la mayor frialdad en todos los órdenes. Isabel no había estado nunca interesada en fomentar cariño fraterno alguno entre sus hijos y los de su predecesora. De entre ellos, aquel *Carletto*, en el que la reina tenía puestas todas sus esperanzas, sin molestarse en ocultarlo, había sido el más

agasajado. Cuando tuvo conciencia de todo ello, el siempre cauteloso Fernando no se privaba de molestar a aquel hermanastro, burlándose con frecuencia al dirigirse a él de forma exageradamente cortesana como a *Monsieur de Parme* o *Monsieur le Grand Duc*, en abierta referencia a las ambiciones que su madre cultivaba para él en Italia y por las cuales manipulaba todo cuanto podía.

Cuando, a principios de 1728, Felipe experimentó uno de sus agravamientos, que en aquella ocasión llegó a hacer temer por su vida, la previsora Isabel tendió puentes con su hijastro. Había que prever una viudez que el nuevo Rey podía hacer más o menos llevadera, según su voluntad y ánimo. Así, tratando de ganarse su aprecio, por vez primera hizo que Fernando asistiese a las reuniones de los consejos y a los despachos de los ministros. Para entonces, el heredero había desarrollado unas sofisticadas técnicas de disimulo que le habían servido para sobrevivir en medio de tanta indiferencia y hostilidad.

Ya se ha visto que, cuando se planteó la cuestión de su matrimonio, Fernando dejó hacer y se prestó a la operación como si de cualquier otra cuestión menos enjundiosa se tratase. Por lo visto, todo le pareció bien de cuanto le dijeron de aquella hija del Rey de Portugal, conocida tanto por sus virtudes personales como por su gran cultura. Tampoco le importó que fuese dos años mayor que él. Para él, el carácter tranquilo y laborioso que le aseguraban poseía Bárbara era la

mejor seguridad de llevar con ella una existencia pacífica, sin acuciantes ambiciones ni inesperados sobresaltos.

Mientras se trataban los acuerdos contractuales, debió de molestarle aquella injustificada tardanza de la Corte portuguesa en enviarle un retrato de su prometida. Algo que sin duda haría nacer en él la sospecha de que algo raro se le ocultaba. Cuando su insistencia obligó finalmente al envío de la pintura, nada más verla la escondió, ya que, como comentó un testigo con cierta venenosa conmiseración, «no se la podía mirar sin pena». Sin embargo, ni incluso aquello le decidió a deshacer los acuerdos en marcha. Más adelante, quienes estuvieron presentes en la ceremonia de la boda dejaron testimonio de la expresión de horror demostrada por Fernando, como no dando crédito a lo que veía, es decir, a lo que le «habían colocado», cuando por fin la tuvo físicamente ante sí.

Tras aquellas sonadas bodas, una vez más, los asuntos más privados de la Familia Real volvieron a ser pasto de hablillas y comentarios, desde la calle, las tabernas y los mercados hasta los palacios y las embajadas. El embajador francés había informado ya hacía tiempo acerca de Fernando:

[...] carece de algo muy esencial, de lo que con artificio se quita en Italia a quienes se desea que figuren en una capilla de música; de modo que hay en él

muchos resplandores, pero sin llamas capaces para la generación.

Algo que podía hacer pensar que los testículos del príncipe no habían alcanzado su normal y adecuado desarrollo.

Se hablaba también, sin tapujos y mostrando un gran conocimiento de causa, y nunca sin una manifiesta rechifla, de los supuestos defectos de conformación de su pene, de la carencia de uno o de los dos testículos y del exceso que alcanzaban sus erecciones, así como de su incapacidad para eyacular adecuadamente. En el ámbito de la más absoluta intimidad del nuevo matrimonio, opiniones muy difundidas desde un principio aseguraban que alguna enfermedad o defecto genético que padecía el flamante novio le impedía satisfacer sexualmente a su mujer.

También obsesionado, aunque menos que su padre, por el pecado que suponía cualquier aventura tenida fuera del matrimonio, parece que Fernando no había tenido actividad sexual alguna antes de su boda. Podría así imaginarse en él una tranquila frigidez o una bien llevada ambigüedad sexual que no parecía torturarlo de forma visible. Y, a partir de este momento, lo más probable es que mantuviese siempre una estricta fidelidad a su mujer; algo que no debía de costarle demasiado esfuerzo. Se han apuntado, por otra parte, breves referencias a supuestas y ocasionales infidelidades de Bárbara. Pero las acusaciones de estos deslices siempre han

sido discutidas y descalificadas como infundios sin sentido alguno. Como sucedió cuando se la quiso ver implicada en una realmente inimaginable *liaison* con el genial Farinelli. Despreocupado como era el italiano para las cuestiones del poder, estaba claro que no tendría el más absoluto interés ni necesidad de soportar a aquella repulsiva mujer. Y, amante de la belleza en todos los aspectos, hay que pensar que el cantante también debía de ser selectivo a la hora de elegir compañía para su lecho.

Aunque resulte «políticamente incorrecto» afirmarlo de forma tan tajante, de la propia fealdad y nulo atractivo físico de Bárbara derivaría así una permanente fidelidad a su marido. Éste no la satisfacía sexualmente, pero a cambio le ofreció unos años de tranquila felicidad, aparato palaciego, suntuosidad y boato, fiestas y celebraciones, espléndidas y desmesuradas comidas y, por encima de todo, la palpable posibilidad de ir acumulando un personal patrimonio, obsesión que llegaría a convertirse en el motor fundamental de toda su existencia.

En efecto, también se comentó ampliamente ya desde los primeros momentos de su venida a España su desmedida afición al dinero, su permanente y hasta angustiada preocupación por atesorar grandes cantidades de joyas y efectivo, piedras preciosas y doblones de oro, que escondía en los más insospechados rincones de Palacio y que iba reuniendo día a día merced a la más flagrante cicatería y mezquindad.

Según creían algunos, con esto trataría de organizarse una especie de seguro de vida en caso de que vinieran mal dadas y tuviera que vérselas sin su marido al lado. El reciente recuerdo de la expulsión, prácticamente solo con lo puesto, de la joven reina Luisa Isabel, viuda del tan efímero Luis I, actuaría como ejemplo e impulso de esta actitud. Para otros, por el contrario, esta manía de atesoramiento, que a lo largo de su vida alcanzaría niveles ciertamente preocupantes, no sería más que una compensación a las manifestaciones frustraciones que sentía, por una parte, como mujer en absoluto agraciada y, por otra, como esposa privada de todo goce marital que pudiera haber esperado y sin posibilidad además de tener alguna consoladora descendencia.

Isabel había tratado de establecer una buena relación con su nuera, de la que esperaba la más absoluta e incontestada sumisión. Y cuál no será su sorpresa cuando se encontró frente a una mujer de carácter, en absoluto dispuesta a someterse a sus dictados. Tras aquella larga estancia de la Corte en Andalucía —a donde la recién casada Bárbara se había hecho acompañar por su querido profesor de música, el napolitano Domenico Scarlatti— las relaciones entre la Reina y la Princesa de Asturias se enfriaron irremisiblemente. Poca paciencia tenía Isabel para seguir disimulando y, siempre bajo la permanente sombra de los sucesivos hundimientos mentales de su marido, hizo todo lo posible por seguir manteniendo a la joven pareja apartada

de cualquier centro de decisión. Estaba claro que para la Reina, ahora, el principal rival a combatir no era Fernando, sino Bárbara.

Al igual que había sucedido años atrás con su padre, siempre había quien creía que, en Fernando, aquella apariencia de frialdad y desinterés por todo ocultaba un profundo espíritu, que se mostraría en el momento oportuno. Después de su boda, el Príncipe volvió a dar muestras de aquel insensato comportamiento que había sorprendido a todos. Ahora, sintiéndose decididamente apoyado por el pacífico pero fuerte carácter de su mujer, comenzó a dar inconexas y esporádicas muestras de una naturaleza autoritaria, que en muchas ocasiones rayaban con el absurdo por su testarudez y gratuita cabezonería. Una vez abierto el enfrentamiento directo con su madrastra, no estaba dispuesto a seguir representando su papel de muchacho corto de entendederas y siempre cortés con todo el mundo, incluso con aquellos que de la forma más visible no ocultaban el desprecio que les merecía. Por otro lado, Fernando estaba encantado de no tener que seguir soportando en la Corte a aquel detestado *Carletto*, que se había marchado feliz a tomar posesión de aquellos ducados italianos que le habían caído del cielo.

Como Príncipe de Asturias ya en la plenitud de su cargo, Fernando había sido, sin voluntad alguna por su parte, convertido en centro de referencia de aquellos elementos *casticistas* que, en el interior de la

Corte, seguían oponiéndose a las reformas que introducían los hombres de Felipe V. La derrota que estos conservadores habían sufrido tras el brevísimo reinado de Luis I no parecía haber sido suficiente para ahogar todas sus aspiraciones. Ahora, Fernando y Bárbara parecían servirles para actuar desde el mismo interior de la Corte contra la política de los reformadores. Así, estos círculos, que se reunían en las estancias privadas de los herederos, se convirtieron en activo foco de oposición a los administradores del Estado, dirigida sobre todo contra el todopoderoso Patiño. Como había sucedido antes y se produciría más adelante, alrededor de los herederos siempre acababan formándose grupos decididos a ir ocupando puestos de poder a la espera del relevo en el trono que inexorablemente se produciría en algún momento.

Lo cierto es que, en este caso, el asunto nunca llegó a alcanzar niveles preocupantes, pero se hizo todo lo posible por aislar a la incauta pareja de aquellas influencias que se veían nefastas para la política reformista que el primer Borbón aplicaba desde su llegada al trono. En este sentido, los intereses políticos venían a coincidir, en relación con la «peligrosidad» de Fernando y Bárbara, con los personales de la Farnesio, que —llegado el verano de 1733— no dudó en imponer a la joven pareja unas normas de vida que vulneraban abiertamente cualquier derecho a su propia libertad. Así, solamente podían ser visitados por un máximo de cuatro personas a la vez; el portugués

y el francés eran los únicos embajadores que tendrían acceso a sus aposentos y, por último, se les prohibió expresamente comer o pasear en público, así como visitar iglesias y conventos en los que pudiera reunirse alguna gente.

Era una forma nada disimulada de detención domiciliaria, que la pareja pareció aceptar con mansa resignación, muy acorde a aquellas altas capacidades de disimulo tan comentadas como rasgos muy definitorios del carácter del futuro Rey. Cabe suponer que a lo largo de estos años, con señalados altibajos en las relaciones mantenidas con los Reyes padres, los dos «arrestados» tratasen de acomodarse, sin violencias ni enfrentamientos, a una situación que en definitiva iba a terminar un día u otro. Bárbara, aquella «fea, gorda y con viruelas», demostraba que sabía salvar las situaciones espinosas, ofreciendo siempre su voluminosa presencia, que realmente no carecía de cierta gracia y majestuosidad.

A fines de 1736 se habían producido dos fallecimientos de especial relevancia en la Corte. Por una parte, el de Patiño, el gran ministro del Rey. Por otra, el del Conde de Salazar, viejo ayo de Fernando que se había convertido en su consejero y que, como representante de los *casticistas*, era considerado el más poderoso enemigo de los reformistas. Una falta parecía así, pues, compensar a la otra. En la intimidad de Fernando, la falta del «imprescindible» Salazar sirvió para reforzar el poder de Bárbara, mientras que para muchos

era ya algo realmente incomprensible que ambos pudieran seguir soportando la situación impuesta por Isabel.

Mientras ésta afirmaba sin el menor recato, y con la mayor frecuencia posible, que «Fernando tiene la cabeza mala», Madrid se llenó de pasquines y folletos callejeros denunciando a los gobernantes de Felipe e instando a su hermético heredero a tomar una decisión. El hecho de que la pareja todavía no hubiese tenido hijos se veía como algo lógico, dados aquellos comentarios que sobre la cuestión habían corrido tan ampliamente desde el mismo momento de sus bodas. Ahora, incluso se llegaba a acusar a la propia Reina de propalar que, efectivamente, era la ya tan comentada y supuesta carencia congénita de testículos del heredero lo que impedía cualquier embarazo de su resignada mujer.

Fuese o no la difusora de estas informaciones, Isabel, a la vista de esta falta de descendencia que parecía prolongarse indefinidamente, reforzó sus previsiones de futuro y arregló la boda de su segundo hijo, Felipe, con la hija mayor de Luis XV. El acuerdo se complementaba, de la forma más tradicional, con el enlace simétrico de otros dos hermanos, el Delfín de Francia y la infanta María Teresa. Una vez efectuados los enlaces, inmediatamente se tuvo cumplida noticia de las malas relaciones que la Reina estableció con su joven pero voluntariosa nuera, Luisa Isabel, de solamente trece años, nada más poner ésta

pie en Madrid. Mientras no cesaba de propalar la noticia del impago por la Corte francesa de la dote acordada, un persistente problema cutáneo que la muchacha padecía no tardó en inspirar a la Farnesio el cruel mote de «la Sarnosa» que inmediatamente le aplicó. Una situación de verdadera armonía familiar, como puede verse.

Por el momento, y a la espera de la muerte de aquel rey que ya hacía tantos años que se había convertido en un ausente para sus súbditos, todo el mundo consideraba que la débil personalidad del nuevo monarca facilitaría las cosas para quienes estuviesen en disposición de manejarlo a su antojo y, sobre todo, en función de sus particulares intereses. Muy pronto todos los potenciales beneficiarios de la nueva situación iban a experimentar, sin embargo, la más amarga y definitiva frustración. Las noticias de la muerte del Rey apenas causaron mayor impresión entre el pueblo, hartado de un reinado que parecía durar demasiado. Ello hizo que las habituales y visibles muestras de dolor no se manifestasen apenas en las iglesias y calles.

Tras la muerte del Rey, por las encrucijadas de Madrid no tardaron en difundirse las habituales coplillas, fruto de la confluencia del ingenio y la malicia. Abundantes fueron las que tuvieron como destinataria a la odiada Reina viuda, que aparecía ahora como necesaria víctima de la nueva situación y que todos esperaban ver arrojada de la Corte. Nadie quería per-

derse la oportunidad de asistir a un drástico y rápido ajuste de cuentas que se deseaba que el nuevo monarca ordenase ya, vengándose así de largos años de menosprecio y vejaciones. Isabel, bien convencida del valor de la imagen en los momentos precisos, no evitaba por entonces en ninguna oportunidad mostrar el más visible desconuelo por la muerte de su viejo compañero de vida.

Pero realmente fueron muy pocos los que interpretaron piadosamente aquella dolorida actitud. Antes bien, la vieron como efecto del temor que le producía la nueva realidad o, por el contrario, la interpretaron como una fría actuación, dirigida a provocar unos sentimientos de simpatía o de lástima que nunca había sido capaz de suscitar. El escenario de la Corte de Madrid acababa de cambiar de protagonistas principales, pero el papel decisivo parecía seguir sin corresponder al Rey. Ahora, a los ojos de todos, el mando supremo de la Farnesio no era sustituido por el de Fernando VI, sino por el de su mujer, aquella gruesa y aparentemente atolondrada Bárbara.

Fue ésta, sin duda, la que de forma más destacada impulsó a Fernando a tomar la primera decisión importante de su reinado, que venía a coincidir plenamente con los deseos populares. Solamente una semana después de la muerte de Felipe, a la Reina viuda se le ordenó abandonar el Palacio del Buen Retiro. Aquella altiva y dominante mujer se vio así obligada a acogerse a la buena disposición de varios

agradecidos nobles, que le cedieron el uso de las denominadas Casas de Osuna, un complejo de viviendas, jardines y huertos situado en la Plazuela de los Afligidos. Con ella pasaron a vivir sus hijos, los infantes Luis y María Antonia. De los fértiles mentideros salieron inmediatamente adecuadas composiciones, como ésta:

*Se deshizo aquel babel
de soberbia en un momento
y, arrumbada cual jumento
sarnoso en el muladar,
sólo podrá gobernar
sus naguas y su aposento.*

Alrededor de una Farnesio en nada dispuesta a aceptar buenamente la nueva situación, no tardó la tal Plazuela de los Afligidos en convertirse en un muy activo, frecuentado y bullicioso nido de crítica, conspiración y fabricación de chismes contra la real pareja. Allí se reunían todos aquellos que se habían visto afectados por la reorganización de la Corte y de las instituciones del Estado, todos los frustrados ante la volatilización de las expectativas que habían puesto en la nueva situación y, en general, los antiguos fieles a la que durante tantos años había sido verdadero poder del Reino. Todas estas fuerzas parecían ser lo suficientemente poderosas para que la viuda se mostrase altiva e incluso envalentonada ante los reyes. Su hijo, el infante

Luis, se contagió de tal actitud y en varias ocasiones llegó a comportarse en público de forma insolente con su hermanastro, al que sin duda, por influencia de su madre, despreciaba.

Tal estado de cosas era del dominio público, y la propia dignidad de la real pareja no podía admitirlo. Así, el 3 de julio de 1747, un año después, casi día por día, de la muerte de Felipe, se le comunicó a Isabel la orden real de instalarse fuera de la capital. Acompañando a unos formalistas y afectuosos términos, concluía un radical Fernando: «Lo que yo determino en mis reinos no admite consulta de nadie antes de ser ejecutado y obedecido.» El Rey se demostraría siempre absolutamente incapaz de tomar cualquier iniciativa, por insignificante que fuese, sin contar con la aprobación de su mujer y de sus consejeros. La más absoluta inseguridad en sí mismo iba a ser siempre el principal rasgo definitorio de su carácter. Por ello, estaba claro que esta crucial decisión era la expresión de una serie de voluntades que tenían en él su punto de encuentro y que estaban decididas a imponer sobre el país una nueva política.

A la «defenestrada» Reina viuda y a sus dos hijos se les concedía una enorme renta anual. Sin embargo, y a pesar de la relativa benignidad de aquel destierro, la nueva situación permitió a Isabel presentarse, tanto ante las Cortes extranjeras como ante el pueblo que la detestaba, como una infeliz víctima de la venganza de su nuera y de su hijastro. Una activa

claque que sus partidarios habían organizado en los barrios bajos de la capital le sirvió en estas circunstancias para mostrar en las calles «el dolor del pueblo» ante la persecución y el maltrato de que «la pobre viuda» estaba siendo objeto. Pero lo cierto es que la arrogante y decidida Isabel no necesitaba en absoluto de apoyos de este tipo.

Su propio fuerte carácter la iba a mantener firme a lo largo de los difíciles años que siguieron. Pero, por encima de todo el rencor y la rabia que sintiera hacia los nuevos Reyes, se alzaba lo que se había erigido en el motivo principal de su vida: la esterilidad de la real pareja. Cada día que pasaba, aumentaban sus esperanzas de ver a su *Carletto* coronarse Rey de España. Objeto de viva polémica durante toda su vida, esta extraordinaria mujer nunca dejaría de suscitar el interés en uno u otro sentido, como muestran estas expresiones del embajador francés, ya en época de su forzado retiro:

[...] no le conozco más virtud que su mezquina y tan decantada castidad, que tanto saca a relucir diciendo: De mí por lo menos nadie podrá decir que soy una puta, pero por lo demás, qué manajo de defectos. [...]

Para distraer su tiempo y llevada por su permanente afición al arte, emprendió en 1754 la construcción del bello Palacio de Riofrío, una maravilla arquitectónica del más puro estilo renacentista italiano, que

nunca llegaría a habitar y que, a partir de entonces, alzaría su airosa mole de granito rosado en medio del severo paisaje castellano.

Sin abandonar nunca la maquinación política y siempre bien informada de todo lo que ocurría en la Corte, Isabel organizaba cada año, en la suntuosa colegiata que Felipe y ella habían mandado construir como panteón, unos solemnes y pomposos funerales en memoria de su marido, durante los cuales podía permitirse –según el venenoso comentario de algún testigo presencial– llorar copiosamente y de forma bien visible en público en recuerdo de su compañero de tantos años y vicisitudes. Mientras tanto, quitado de en medio semejante problema, en el Palacio madrileño parecía abrirse ante la oronda pareja real un panorama infinitamente más amplio y lleno de posibilidades. Después de dieciocho años de matrimonio, estaba claro que Fernando y Bárbara ya no iban a tener hijos. La cuestión era, pues, vivir y reinar, procurando pasárselo día a día de la mejor manera posible.

Personalidad muy en la línea de la funesta tradición familiar de la Casa de Borbón, estaba claro que era Fernando un ser dotado de un carácter escasamente equilibrado. Le sucedió lo mismo que a su padre y, con el paso del tiempo, fue mostrando una mayor incidencia de aquella inestabilidad, que acabaría en desatada demencia tras la pérdida del fundamental apoyo que para él era su mujer. Aquí sigue resultando imprescin-

dible el recurso al testimonio del historiador Coxe, cuando describe tanto las características físicas del monarca como las muestras observables de su particular temperamento.

Así, tras referirse a los aspectos físicos: «Era el rey de pequeña estatura y tenía el semblante ordinario», entraba en el plano psicológico, que veía lleno de alarmantes rasgos: «A pesar de la debilidad de su constitución y la natural docilidad de su carácter, en ocasiones experimentaba violentos arrebatos de cólera y de impaciencia.» Otro testigo de la época, el obispo de Rennes, anotaba que «más bien era Bárbara quien sucedía a Isabel, que Fernando a Felipe» en la cúspide del reino. Como puede verse, nada de la habitual adulación de los escritores cortesanos, empeñados en dotar de valores físicos a quienes no los poseían y que por ello quedaban gratamente satisfechos de esta falsa imagen destinada a pasar a la posteridad.

En un sentido positivo, anotaba este historiador, la voluntad real de mantener en sus posesiones un estado de paz y tranquilidad, después de tantos años de guerras, que siempre habían sido económicamente desastrosas para el país. Pero observaba que Fernando en ningún momento se consideraba capaz de hacer algo bien, siempre inseguro de sus posibilidades y con clara conciencia de sus limitaciones, que para todos eran más que evidentes.

Perfecto arquetipo del hipocondríaco, se decía de él que, «al menor malestar que sentía, le asaltaba el

miedo a la muerte». Ello le serviría como buena auto-coartada para tomarse los asuntos públicos que le correspondían de forma bastante laxa y cómoda: «Todavía más indeciso que su padre, ya creía haber cumplido suficientemente con sus obligaciones solamente con el hecho de haber confiado a sus ministros el peso de los asuntos de administración.» Sin duda, la mejor aportación de este monarca fue precisamente el haber sabido elegir a los hombres que gobernasen el país. Elementos de extraordinaria valía personal como José de Carvajal y el Marqués de la Ensenada y, más adelante, Ricardo Wall, fueron capaces de mantener y potenciar aquella política reformista que la nueva Casa de Borbón había sabido acuñar como su más emblemática seña de identidad. Los trece años de su reinado configuraron así la feliz etapa que alguien denominó muy acertadamente como de *la España tranquila*. En el plano personal, a Fernando, esta dejación de funciones –que, sin duda alguna, fue muy positiva para el país– le permitía entregarse, con absoluta tranquilidad de espíritu, al pleno y dilatado disfrute de la caza y de la música, los dos verdaderos intereses de su existencia.

Dos personajes muy próximos andaban alrededor de Fernando, desplegando mucha actividad, en general estrechamente relacionada con él. Eran sus dos hermanos menores. Siempre se ha considerado al infante Felipe como el menos «noble», en comparación con los otros dos hijos de Felipe V e Isabel

de Farnesio: el estricto Carlos y el ambiguo Luis Antonio. Pero de hecho era este Felipe un personaje ciertamente interesante. Nacido en 1720, había sido un hijo muy querido por su madre, que le llamaba *Pippo*. Físicamente atractivo y con don de gentes, alegre y frívolo, pero con grandes intereses de índole cultural, tuvo una trayectoria pública especialmente enrevesada, perfecto ejemplo de todas las complejidades que la política europea del siglo XVIII era capaz de generar.

Cuando su hermano Carlos se convirtió, en 1734, en Rey de las Dos Sicilias, dejó a Felipe los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, pero, cuatro años más tarde, los tratados internacionales se los entregaron a Austria. Tras una brillante actuación militar, los vaivenes de la política le otorgaron en 1745 el gobierno del Milanesado, que conservó sólo durante un año, hasta que fue expulsado de la capital lombarda por otro desacuerdo entre las potencias. Su mujer, Luisa Isabel, aquella «Sarnosa» tan poco querida por su suegra, se veía obligada a vivir durante diez años en el nada cordial ambiente de la Corte madrileña, mientras su marido guerreaba y hacía política en Italia.

Finalmente, en 1748, recuperó Felipe sus ducados e instauró en ellos un régimen de perfecto monarca ilustrado según el modelo francés, dedicado a la aplicación de un moderado reformismo y especialmente interesado en los aspectos culturales. La ciudad de Parma se convirtió con él en un brillante centro intelectual

y artístico, en el que nunca faltaron además los aspectos lúdicos más esplendorosos. Algo que resultaba especialmente gravoso y que obligaba al culto y jovial Felipe a recurrir de forma permanente a la solicitud de fondos a su hermanastro Fernando VI. Éste veía en él su «antifigura» en todos los órdenes, pero es muy posible que secretamente le envidiase. En aquella relación de amor-odio sin duda influía también la irritante circunstancia de que Felipe fuera *el niño bonito* de la detestada madrastra.

Pero lo cierto es que durante años Fernando nunca dejó de contribuir, eso sí, siempre muy a regañadientes, a sufragar los que consideraba extravagantes dispendios de aquel hermanastro por el que no podía dejar de sentir cierta debilidad. Encontraba, por otra parte, Fernando en todo esto una gratificante compensación moral, ya que aprovechaba cualquier oportunidad para disfrutar criticándole en público, acusándole de frívolo, pródigo y manirroto. Críticas a las que naturalmente siempre Bárbara sabía poner su adecuado granito de arena. Una de las dos hijas que tuvo aquel atrayente Felipe de Parma fue María Luisa que, casada en su momento con su tío, el futuro Carlos IV, iba a protagonizar algunas de las más penosas páginas de la Historia de España.

Personaje de muy especial presencia en toda esta época, y luego durante el reinado de su hermano Carlos III, fue el infante Luis Antonio, que, como se ha visto, había compartido con su madre el «exilio»,

tras la muerte del padre. Lanzado fuera del círculo cortesano, había sido su desafiante y chulesca actitud una de las causas que habían decidido a Fernando a mandarles fuera de Madrid, hasta La Granja, donde sus conspiraciones y contubernios tuviesen menos relevancia y efectos. Personaje turbio y lleno de claroscuros, había nacido en 1727 y, a muy temprana edad, la incontestable voluntad de su madre le había convertido en arzobispo de Toledo, la Sede Primada de la Iglesia de España; a los ocho años era ya poseedor del capelo cardenalicio, a pesar de no ser sacerdote. Usos de viejas épocas, en pleno siglo de la Ilustración, las graciosas majestades se permitían desempolvarlos en beneficio de sus vástagos necesitados de colocación y futuros consumidores de las generosas rentas que estos más que honoríficos títulos conllevaban.

Luis Antonio mantuvo a lo largo de los siguientes años una relación llena de altibajos con Fernando. Era su acompañante en fiestas palaciegas y en cacerías, y en todo momento aprovechó su privilegiada posición para buscar aventuras eróticas de fácil e inmediata consumación. Esto era lo que parecía interesarle verdaderamente en la vida, aparte de otras aficiones que, como la música, le otorgarían una cierta aureola muy particular dentro del conjunto familiar. Sus andanzas eran del dominio público y cada vez contradecían más la imagen que se suponía debía tener la primera figura de la Iglesia española. Llegado el año 1754, anunció al

Rey que renunciaba a tan sustanciosos cargos, pero no a todas sus rentas, ante todo por carecer de vocación y no hallarse capacitado para respetar los preceptos que le imponían. Era por encima de todos el del celibato y la contención sexual los que por lo visto no era capaz de respetar.

Confortablemente instalado, pues, entre la Corte de Madrid y la que la reina viuda mantenía en La Granja, dejaba pasar el tiempo a la espera de nuevos acontecimientos, entre los que sin duda el esperado ascenso al trono de su hermano Carlos no era el menos importante. Mientras, parece que no perdía el tiempo, ya que todos los cronistas de la época hablan y no acaban de sus constantes devaneos y aventuras con mujeres de toda condición social, y que al parecer en más de una ocasión le hicieron «regalos» de índole tal que precisaron de tratamiento médico. Era evidente que en estas lides, el infante, como buen Borbón que era, no tenía prejuicios de ninguna clase.

Profundamente creyente como su padre, aunque mucho menos fanatizado que él, Fernando VI otorgaba una gran importancia a las celebraciones religiosas. Dadas las tendencias dominantes en la época, la monarquía tenía en estos actos motivos de afirmación de su fasto y su prestigio ante el pueblo. Se trataba de demostrar de la forma más visible y ostentosa la estrecha alianza establecida entre el supremo poder sobrenatural, Dios, y el más alto poder terrenal, el Rey. Los festejos religiosos cumplían así a la perfección esta

clara finalidad propagandística. Su costo, por otra parte, no era menos elevado que el que representaba todo otro tipo de celebraciones, de las que este reinado fue tan pródigo. Según una vieja tradición, el Jueves Santo el Rey procedía a lavar los pies de trece mendigos, cuidadosamente seleccionados por su buen comportamiento, debidamente revisado su estado de salud, y después aseados para asegurar la higiene de tan simbólico acto. El día de la Encarnación era la Reina la protagonista del acto, dedicándose a servir personalmente la comida a nueve mujeres indigentes, pasadas por similares procesos de selección y adecentamiento previos.

La música representó a lo largo de estos años uno de los capítulos en los que la Corte realizaba más gastos. La afición del Rey y la verdadera pasión que la Reina sentían por ella les llevó a privilegiarla hasta extremos nunca vistos y que después jamás volverían a conocerse. La Capilla Real y los templos madrileños unidos por tradición a la Corte —la Almudena y los Jerónimos— se veían muy beneficiados por esta política de apoyo al ejercicio de la música. Todos los actos eran presididos por una Bárbara cada vez más gruesa, que mostraba su gusto por la desmesura, ataviándose con vestidos de exagerado lujo y cubriendo sus enormes volúmenes físicos de joyas hasta alcanzar inverosímiles y hasta grotescos efectos.

Dos figuras estelares centraban este mundo de maravilla. Por una parte, el ya perfectamente integrado

veterano en la Corte, el fantástico cantante y escenógrafo Farinelli. Como durante el anterior reinado, siguió siempre dando muestras de la más absoluta discreción y voluntario y expreso apartamiento de todo intervencionismo en política, algo que su preeminente posición y el valimiento que con los nuevos Reyes tenía hubiera podido muy bien instrumentar en su propio beneficio. Debido a esta actitud, mantuvo siempre buenas relaciones con los ministros más progresistas del Rey, como Ensenada, mientras que los elementos conservadores nunca dejaban de menospreciarle y referirse a él con el insultante mote de «el Capón». A su lado, su paisano Domenico Scarlatti, el gran compositor que había sido maestro de música de la Bárbara niña en Lisboa y que se instaló en Madrid cuando ella lo hizo tras su boda. Scarlatti, que había sido gran experto en la educación de adolescentes princesas de toda Europa, ocupó el cargo de muy respetado maestro de la real cámara hasta su muerte, ocurrida en Madrid en 1757.

Farinelli era la verdadera alma de las tareas de plasmación de las bellas artes en el ámbito de la Corte, tanto en Madrid como en los demás Reales Sitios. Él ideaba y plasmaba en la práctica vigorosas decoraciones permanentes y espectaculares decorados efímeros para las tan frecuentes representaciones teatrales y conciertos. Debido a las permanentes relaciones que mantenía con varios países, él imponía las formas de la moda que por entonces causaban furor en Europa

y marcaba así los usos del bien vestir, estar y adornar a los más altos niveles. En sus manos, y bajo su dirección, el Teatro del Buen Retiro –en permanente representación de óperas y comedias y ejecución de conciertos– se alzó en aquellos años entre los más conspicuos centros musicales del continente. Desde su obligado ostracismo de La Granja, Isabel de Farnesio no podía dejar de observar con rencor cómo mantenía, y mejoraba, su posición aquel a quien ella había traído a España para atemperar los males de su esposo. Mujer vengativa y de pocas componendas, cuando regresó al Buen Retiro, una de las primeras medidas que tomaría iba a ser la destitución y destierro del cantante.

Aquel genial escenógrafo e inigualable maestro de ceremonias que era Farinelli ideó, para disfrute de los Reyes y como imagen de pompa y esplendor de la monarquía, la denominada *Escuadra del Tajo*. Era un conjunto de embarcaciones, un costosísimo juguete propio de la más fértil imaginación rococó, que Bárbara regaló a su marido el día de su santo, el 30 de mayo de 1752. A una fragata de remos y dos jabeques se fueron añadiendo luego embarcaciones hasta un total de quince. La *Escuadra* se deslizaba a lo largo de unos seis kilómetros por las aguas del Tajo, con sus embarcaciones ricamente enjaezadas, en un estricto orden protocolario, portando tras los Reyes a los más distinguidos personajes de la Corte. Las arias de Farinelli y

la música de Scarlatti daban el sonido a tan fantástica imagen.

Unos ciento cincuenta hombres eran necesarios para el mantenimiento de aquel tan especial *divertimento*, que permitía a Ensenada jugar a capitán de barco y al propio Fernando disparar con seguro éxito sobre la abundante caza que los criados iban situando en las orillas al paso de los navíos. Fiestas diurnas y nocturnas en las que, para las artificiosas representaciones teatrales, los espléndidos jardines se llenaban con el misterioso y titilante resplandor de miles de faroles de colores, «con tan vistosa correspondencia en el agua, por la reverberación de las luces, que parecía un volcán toda aquella parte del río [...]». El embajador inglés recordaba los momentos finales de una de aquellas fascinantes fiestas, cuando se sentó junto al Rey y éste le comentó por lo bajo y burlón, mostrándole a todas aquellas damas derrengadas tras varias horas de baile: «El ganado está cansado.»



UN BÁRBARO FINAL

Bárbara, por su parte y a pesar de vivir en el mejor de los mundos, en ningún momento dejó de estar bajo la angustia de pensar en una temida viudez sin recursos. Todo derivaba de aquellas personales patologías que la llevaban a atesorar de forma compulsiva joyas y efectivo desde el mismo momento en que había llegado como joven recién casada. Como suele ser habitual en estos casos de desarreglo mental, era la suya una angustia en nada justificada, ya que la opulenta familia Braganza jamás hubiera dejado en el desamparo a la propia hermana del Rey de Portugal, caso de haber llegado a los extremos temidos por Bárbara.

Pero lo cierto es que, en su obsesión por asegurarse un futuro, llegó a idear la construcción de un monasterio en que, por lo menos, en el peor de los casos, tendría asegurada una vivienda. En él, y según una idea pedagógica muy común en el Antiguo Régimen, se organizaría un centro de educación para hijas de la

nobleza, que, en general y salvo casos muy aislados, en términos formativos dejaba mucho que desear. Con el esperado y total respaldo del Rey, y bajo la advocación de la Visitación de Nuestra Señora, el 26 de junio de 1750 se ponía la primera piedra de los que hoy son conocidos como iglesia y convento de las Salesas, erigidos en el que entonces era el límite noreste de la capital.

Al elevado precio pagado por el terreno se añadieron los enormes costes de la construcción, en los que la fantasía de la reina no quiso reparar en gastos para adornar la que era tan personal empresa. Cuando, ocho años más tarde, fue inaugurado el suntuoso conjunto —todo él, mármoles, bronces, mosaicos y pinturas—, una vez más la chunga popular de los poemillas de pasquín halló motivo más que suficiente para expresarse:

*Bárbaro edificio,
Bárbara renta,
bárbaro gasto,
Bárbara reina*

y su complemento o equivalente:

*Bárbaros tiempos,
bárbaras rentas,
bárbara obra,
Bárbara reina.*

La debilidad de carácter de Fernando y la dominación de que era víctima por parte de su esposa eran hechos bien conocidos entre la población, que los aceptaba sin más, mientras el estado general de la economía de los Reinos era bueno y los benéficos efectos de la larga paz se hacían notar de forma muy evidente. Los buenos gobernantes que el Rey había sabido elegir administraban eficazmente el país y ello hacía que los enormes gastos y la suntuosa ostentación de la Corte no resultasen demasiado ofensivos, como hubiera sucedido en una situación de penuria generalizada. Pero, con todo, aquella demostración de brillante poderío había ido produciendo un efecto contrario al deseado y, en lugar de contribuir al prestigio de los monarcas, había generado un descontento cada vez más extendido hacia ellos y les iba privando de las simpatías y apoyos morales que habían disfrutado en un principio.

Este claro enfriamiento de la opinión se demostró con ocasión de la muerte de Bárbara. Persona de escasa salud y de nefastos hábitos personales, todo ello formaba parte desde hacía años de los habituales comentarios de calle y Corte. Bien lo resumía el cronista Comenge cuando anotaba:

Era aquella señora de cuarenta y siete años de edad, temperamento sanguíneo flemático, obesa, de mucho comer, de poco ejercicio y con evacuaciones menstruas copiosísimas. [...] Adoleció de dificultad de respiración, de modo que los médicos la miraban como

asma periódica, que en la entrada de las estaciones mostraba tales aumentos que hacía temer la sofocación, singularmente en los solsticios. [...]

En fin, por lo que parece, además de acumular riquezas, aquella voraz Bárbara iba reuniendo todas las papeletas necesarias para llegar a un rápido fin.

Durante una de estas crisis, y creyendo poder aliviarla, fue trasladada a Aranjuez, donde murió, el 27 de agosto de 1758, después de haber recurrido sin fortuna a «infinitas purgas, píldoras, aceites, baños, aguas minerales [...]». La causa de su fallecimiento no habían sido sus persistentes problemas respiratorios, sino un cáncer de útero. No muy descaminados, rumores populares habían propalado la repulsiva versión de que Bárbara tenía su vientre invadido de gusanos. Siguiendo su expresa voluntad, su cadáver no fue trasladado al Panteón de El Escorial, sino a su querido y costosísimo convento de las Salesas, donde la real pareja había dispuesto los lugares para el eterno descanso de sus despojos. Careciendo de un hijo que les heredase en el trono, Bárbara sabía que le esperaba un insignificante sepulcro en el Panteón de Infantes. Acondicionar un lugar más suntuoso para su enterramiento había sido, así, otro motivo fundamental para la construcción de aquel conjunto religioso. Allí, su cuerpo solamente tendría que esperar menos de un año para que el de su marido fuera a reunírsele.

Muy pronto se conoció el contenido de su testamento y el estupor y la irritación que se produjeron fueron generales. Fruto de aquellos años de rapiña y avariciosamente enfermiza acumulación había sido una fortuna más que considerable. De ella, dejaba varias mandas de las que se beneficiaban, además de sus queridos Scarlatti y Farinelli, personas de su servicio personal y varias infantas y conventos. A su marido únicamente le legaba unas pequeñas joyas de escaso valor y una imagen de la Virgen, además de la libertad de tomar de entre sus pertenencias lo que eligiese. El apenado y entontecido Fernando sólo se quedó con una carta manuscrita de Teresa de Jesús y algunas simplezas, como una escribanía, varios cuadros y un juego de té. El grueso de la herencia, que superaba la muy elevada cantidad entonces de siete millones de reales, fue para «el serenísimo infante de Portugal, Don Pedro, mi muy amado hermano», nombrado heredero universal por aquella que —para más inri— muy escasa dote había aportado a su matrimonio.

Causó pues un enorme malestar esta decisión de la Reina, que además de mostrar un abierto menosprecio por un marido que había parecido idolatrarla hasta el final, sacaba del país una cantidad tan importante de efectivo. De inmediato, el templado aprecio que había logrado suscitar la portuguesa entre sus súbditos se tornó en zumbona, y para todos muy merecida, crítica, como reflejaba esta composición, en la que

post mortem se le recriminaban cosas de variado carácter y se cuestionaban todos sus procederese:

*La estéril reina murió,
sólo preciosa en metales:
España engendró caudales
para la que no engendró.
Bárbara desheredó
a quien la herencia le ha dado,
y si la Parca no ha entrado
a suspenderle la uña,
todo lo que el rey acuña
se trasladará al cuñado.*

Y, en un tono más feroz, se proclamaba:

*Bárbaramente comió,
bárbaramente cagó,
bárbaramente murió,
bárbaramente testó.*

Los que en un principio habían sido monarcas queridos por sus súbditos, caían ahora en el más absoluto descrédito. Pero a Fernando ya nada le importaba. Estaba definitivamente abocado al mal que no tardaría en arrastrarle también a él a la tumba. Sus *melancolías* se habían manifestado de cuando en cuando al paso del tiempo, pero en ningún momento habían alcanzado la gravedad de las crisis que había sufrido su padre. Ahora, cuando tan repentinamente se encontró solo, le llevaron a un

absoluto caos en todos los órdenes, que iba a convertir los últimos meses de su vida en una verdadera agonía sin esperanza alguna de curación.

Inmediatamente después de la muerte de Bárbara, el inconsolable y «perdido» viudo fue trasladado al castillo de Villaviciosa de Odón. Se había elegido aquel sombrío edificio, que mostraba toda la sobriedad constructiva de Juan de Herrera, con el fin de tenerle apartado por el momento de cualquier otro escenario que le recordase a la difunta. Cualquier otro de los Reales Sitios le traería dolorosos recuerdos de tiempos felices, mientras que era ahora la primera vez que ponía el pie en Villaviciosa, en lo que se esperaba fuese una estancia de recuperación y reparación, a la espera de una instalación en el nuevo Palacio Real, cuya construcción estaba concluyendo. Su hermano el infante Luis le acompañaba, junto con un suficiente número de servidores.

Son muy abundantes y detallados los testimonios que hablan sobre este año en que «España estuvo con rey, pero sin rey». La caza, que en un primer momento pareció servir para reanimarle, dejó muy pronto de interesarle, al igual que cualquier otro asunto. Solamente hablaba para comentar cosas referentes a su mujer y fue generando muy rápidamente obsesiones de temor a la muerte y de terror a abandonar espacios cada vez más reducidos. Mientras, se negaba a hablar y a alimentarse o se dejaba llevar por incontrolables ataques de furia, en los que llegaba a agredir a sus médicos y

a quien se atreviera a acercársele. El mismo Farinelli tampoco pudo contribuir a aliviarle con su canto, ya que el periodo de luto impedía las interpretaciones musicales.

A pesar de esta situación y aunque pudiera parecer chocante, se valoró la posibilidad de casar a un viudo que, aún considerando su estado, todavía no era viejo. A pesar de la imparable agravación de su esquizofrenia, tenía sólo cuarenta y cinco años y podía pensarse que habría estado en la persona de Bárbara la causa de la infertilidad del matrimonio. El Consejo de Castilla se manifestó en este sentido e incluso la misma Farnesio se preocupó seriamente de buscar una posible nueva nuera más dócil que la anterior, y llegó a sugerir el nombre de una de sus nietas parmesanas como candidata. Como siempre, genio y figura.

El infante Luis actuaba como perfecto espía de todos estos hechos, tanto para su madre como para su hermano Carlos, que desde Nápoles veía ya con impaciencia el momento de llegar a España a ceñir una corona que el destino le servía en bandeja. Luis no se recataba en mostrar su fastidio y su deseo de que todo aquello terminase de una vez pero, mientras tanto, recreándose en las más penosas descripciones del imparable deterioro de Fernando, seguía beneficiándose de su privilegiada situación y, al mismo tiempo, se aseguraba con sus servicios de informador un buen puesto en la nueva situación que se avecinaba.

Intentos de suicidio, más o menos fingidos, simulaciones de muerte, regresivos juegos infantiles, insultos a todos los que le rodeaban, prolongados insomnios, permanentes estados de agitación y lanzamiento contra los visitantes de sus propias heces... Toda una nueva versión de la atormentada vida de su padre. Luis escribía a su madre: «Ya no puedo aguantar estas ridiculeces; si está loco, que lo diga y le llevan a Toledo o Zaragoza y no nos haga penar a todos. [...]» Y, en otras ocasiones, su tono quejicoso tenía rasgos en verdad infantiles: «Tiene calentura continua, y por eso no he hecho fuerza para ir allá a verle [...] pues no tengo gana que me pegue y morirme yo también. [...]» Pero también era capaz el enfermo —abandonado ya también todo cuidado por su aspecto físico— de mostrar episodios de lucidez, como cuando maliciosamente comentaba que las oraciones de alguno o el redoblar de las campanas del pueblo no se hacían rogando por su salud, sino dando la bienvenida a su hermanastro Carlos como nuevo Rey.

Durante este año «sin rey», los asuntos públicos fueron llevados con normal eficacia por los administradores y el hábil Ricardo Wall, controlando por completo la situación, convencía a un cauto Carlos que observaba todo desde Nápoles con la máxima atención a la espera de los acontecimientos, de su eficacia y fidelidad, que ofrecía al que se anunciaba como su nuevo señor. Sobre esta situación se han conservado

unas *Décimas al estado presente de España*, que entre otras cosas reprendían:

*Si este rey no tiene cura,
¿a qué esperáis o qué hacéis?
Muy presto cumplirá un año
que sin ver a vuestro rey
os sujetáis a una ley
hija de un continuo engaño.*

A ella se añadían otras de similar o más incisivo cariz, como ésta:

*¿Qué hace nuestro rey? Morir.
¿Y nuestro infante? Cazar.
¿La reina madre? Esperar.
¿Alba y los grandes? Sentir.
¿Y el ministerio? Sufrir...*

El 10 de diciembre de 1758 aquel verdadero cadáver andante hizo testamento dejando como heredero de la Corona a su hermanastro Carlos. En La Granja, la anciana Isabel no cabía en sí de gozo, mientras desde Nápoles, el futuro rey empezaba a tomar —por el momento, todavía en secreto— las riendas de la situación, exigiendo informes, haciendo nombramientos y designando a su madre Reina Gobernadora a la espera de su llegada. Murió finalmente Fernando el 10 de agosto de 1759, hundido en lo que en su momento los

expertos calificaron de *locura melancólica* y su cuerpo fue depositado junto al de su mujer en el convento de las Salesas, a la espera de la construcción de sendos suntuosos sepulcros.

Acababa así el plácido reinado del monarca que había respetado hasta el fin su divisa básica: «Paz con todos, guerra con nadie», y desaparecía del mundo el que se mereció otra displicente y exacta descripción: «Amante de la paz y corto de entendederas.» De su mano, España había proseguido su proceso de recuperación. Su Marina volvía a ser una destacada presencia en los mares del mundo y, si no había recobrado aquel ya irremisiblemente perdido rango de gran potencia, sí se había asegurado el respeto que estos Borbones habían venido decididos a recuperar. Una semana después de su muerte, una exultante Isabel de Farnesio volvía a hacer su entrada en el Palacio del Buen Retiro, de donde había sido expulsada, oculta bajo las tocas de reciente viuda, trece años antes. Ahora podía saborear en plenitud el dulce triunfo de sentirse nuevamente Reina.



LUCES Y DEVOCIONES

Primogénito de los reyes Felipe V e Isabel, había nacido Carlos el 20 de enero de 1716 en uno de los enormes e incómodos dormitorios del antiguo Alcázar madrileño, que permanecía deshabitado y frío durante la mayor parte del año. Desde el primer momento cobró conciencia de pertenecer a una familia algo especial. Veía que existían en Palacio unos hermanos mayores, con los que él apenas tenía trato, salvo en las ceremonias oficiales; de ellos sabía que eran hijos de una fallecida primera mujer de su padre. Luego fueron llegando los demás hermanos, con los que sí se reunía alrededor de la madre, cuando ésta aparecía por sus habitaciones, lo que en realidad no sucedía con mucha frecuencia. En aquellos primeros años su compañía más querida era su hermana María Ana Victoria, *Mariannina*, dos años menor que él, a la que muy pronto llevaron a París para casarla con el Delfín de Francia. Esta ausencia

habría sido el primer gran disgusto en la vida de *Carletto*. Estaba claro que, por ser el mayor, era alguien importante para aquella madre a la que siempre veía afanosa, ocupada y dando la impresión de estar más allá y muy por encima de la realidad normal en la que los demás se movían.

Tuvo una infancia tranquila y ordenada por usos rutinarios, en la que comenzó a desarrollar un marcado interés por las ciencias naturales, sobre todo por la Botánica, que tanto auge tenía en aquella época ilustrada. Pronto demostró también una destacada maña en la realización de tareas manuales, como la manipulación de relojes —una costumbre y hasta un verdadero vicio de la familia— y la fabricación de pequeños objetos. Los naipes, el juego de billar y, por encima de todo, la caza iban a ser sus distracciones favoritas. De literatura y música apenas nada le interesaba. Con todo, cuando el gran sabio Padre Feijoo le preguntó, amable y lisonjero, con qué sobrenombre le gustaría pasar a la Historia, el adolescente Carlos no se quiso quedar corto y, ya puesto a elegir, le contestó que nada menos que con el de *Carlos el Sabio*. Ahí quedaba eso.

Era de carácter muy apacible y rutinario, perfectamente acoplable a los planes de estudios que le proponían y que realizaba sin demostrar gran inteligencia, pero sí siempre con las necesarias constancia y regularidad. Desde que tuvo uso de razón fue consciente de lo que sucedía en su más inmediato entorno,

siempre pendiente de las crisis mentales del Rey. Ello le hizo interesarse por la salud de su padre, llegando a hablar con los médicos que le trataban acerca de las causas y tratamiento de aquellos accesos alternativos de melancolía y de furia que le aquejaban y que afectaban a toda la existencia de la familia. Su afición a las cosas científicas venía aquí a unirse a un verdadero interés, que se iría convirtiendo en neurótica preocupación, por aquellos antecedentes familiares que parecían ser la causa principal de aquellos devastadores males.

Se enteró así de que, a los factores genéticos como elementos decisores en el mal, se añadían otros, asimismo de importancia, que eran susceptibles de ser tratados. De esta forma, tomó conciencia de los nefastos efectos que sobre una mente frágil podían tener una desordenada y sobreabundante alimentación y una vida excesivamente sedentaria. Sería en este momento, y viendo lo que veía a su lado, cuando el adolescente habría decidido contener, en la medida en que le resultase posible, los terribles y amenazadores efectos de la herencia por medio de compensaciones cotidianas. La regularidad y mesura en la alimentación y el continuado ejercicio físico serían para él, hasta el mismo final de su vida, las mejores armas para luchar contra la permanente amenaza de la enfermedad.

Tras aquellas espléndidas bodas en la frontera portuguesa, se abrió en abril de 1729 el lustro durante el cual la Corte vivió en Andalucía en busca de la salud

y estabilidad del rey Felipe. Muy poco después de la instalación en el Alcázar sevillano, la hasta entonces tranquila existencia de Carlos dio un absoluto viraje. Los acuerdos entre las potencias europeas venían a plasmar algunos de los más profundos deseos de la reina Isabel y aseguraban ahora para él los derechos sobre los Ducados de Toscana, Parma y Piacenza. Los viejos Duques habían muerto sin descendencia directa y el joven infante debía marchar ahora a la Italia de sus antepasados maternos para hacerse cargo del gobierno de unos súbditos que esperaban con ansia al último de los Farnesio. Apenas había cumplido los quince años de edad cuando Carlos se veía así erigido en representante en suelo italiano de la historia y la dignidad de las dos grandes dinastías que en él venían a converger. Sólo unos meses antes aquel amable Padre Feijoo le había dirigido una deslumbrante y halagadora dedicatoria: «Hoy es Vuestra Alteza ídolo, mañana será oráculo; hoy Adonis, mañana Apolo; hoy cuidado de las Gracias, mañana ornamento de las Musas. [...]» Algo que parecía casar perfectamente con la personalidad y el futuro de aquel *Carlos el Sabio*.

Partió así de Sevilla el nuevo Duque en octubre de 1731 en un viaje triunfal que duraría más de dos meses y que lo transportó, junto con su nutrido séquito, a través de Andalucía, el Reino de Valencia y Cataluña. En todas partes su cortejo fue objeto de los más calurosos recibimientos, como si realmente la población de todas aquellas comarcas tuviese clara conciencia de lo

que significaba que un infante de España pasase por ellas para trasladarse a unos Estados a los que iba a gobernar y de los que difícil era que tuviesen siquiera noticia de su existencia. Tras atravesar los Pirineos, recorrieron las tierras del sur de Francia hasta Antibes, donde le esperaba la lucida escuadra que le trasladó hasta el puerto toscano de Livorno, ya dentro de sus nuevos dominios.

En febrero de 1732 visitaba la ciudad de Pisa, cuyas espléndidas bellezas arquitectónicas le impresionaron de forma especial. Allí trabó conocimiento con Bernardo Tanucci, hombre entonces de treinta y tres años, jurista y profesor universitario. Procedente de una modesta familia, su capacidad había alcanzado gran renombre y le fue recomendado al joven Carlos para asesorarle en cuestiones jurídicas. Su buen hacer hizo que rápidamente ascendiera en la estima del soberano, del que no tardó en ser el más íntimo e influyente consejero y al que dedicaría ya toda su vida, al servicio de su señor en el Reino de las Dos Sicilias que le esperaba.

Semanas después, entrado marzo, llegaba Carlos a la portentosa Florencia, la deslumbrante capital del Ducado de Toscana, del cual era ahora legítimo soberano. Durante algunos meses residió en el fastuoso Palazzo Pitti, que atesoraba una de las mejores colecciones de pintura existentes en Europa. Aquel muchacho, al que no interesaba en absoluto nada que tuviera que ver con las bellas artes, vivía en el que había sido

uno de los verdaderos centros motores del Renacimiento.

Y, a pesar de que su carácter se había mostrado desde siempre escasamente inclinado al disfrute de cualquier tipo de fastos públicos y multitudinarios, no pudo evitar Carlos quedar absolutamente deslumbrado ante la riqueza, variedad y colorido de las celebraciones que se organizaron en su honor. Algunas de ellas tuvieron como marco ese único e incomparable escenario que es la Plaza de la Señoría, emblema físico de las más brillantes horas de la historia de la ciudad. El joven sin duda se asombró y quedaría ciertamente fascinado ante el brillo y esplendor de aquella pequeña Corte, como le sucedería muy poco después cuando visitó la de Parma, la añorada ciudad natal de su madre. Frente a las rigurosas formas dominantes en los palacios reales de España, donde, pese al reformismo implantado por los Borbones, seguían sobreviviendo arraigadas costumbres del pesado y complejo ceremonial de los Habsburgo, en Italia todo era diferente. Aquí se disfrutaba verdaderamente de la alegría de vivir, tratando siempre de hacerlo en los más hermosos y agradables ambientes, en esa permanente búsqueda de la belleza que con tanta perfección, por medio de sus pinceles y sus cinceles, había sabido plasmar el genio de los grandes maestros.

Allí, en medio del paisaje de la Toscana, de una sosegada hermosura y una armonía difícilmente superables, las maneras eran más relajadas, las conversa-

ciones parecían tener miles de posibles significados ocultos y, por ello mismo, tremendamente seductores. Allí, la cultura en todas sus formas inundaba la existencia de los poderosos y de los privilegiados. Las bellas artes y la música lo determinaban todo e incluso parecían capaces de impresionar de alguna manera a la plana mente del joven Carlos, carente por completo de capacidad de percepción de todos estos valores. Él, siempre fiel hijo, seguía informando con absoluto detalle a sus padres de sus impresiones, describiéndoles lo que veía y hablándoles de las personas a las que conocía. Y, como se esperaba de él, una y otra vez mostraba de la forma más visible tanto su amor filial como su absoluta disposición a obedecerles en todo, tanto en las cuestiones políticas como en las más estrictamente personales.

Cuando el 10 de noviembre de aquel año de 1732 se instalaba en la que había sido cámara particular de su madre en el suntuoso Palacio Ducal de Parma, sin duda *Carletto* se sintió feliz por haber cumplimentado, como buen hijo que era, los deseos que tantas veces le expresaría Isabel, que siempre tenía presente en la memoria a su tierra natal. En aquella especie de paraíso deseable para cualquier gobernante vivía Carlos, amado por sus súbditos, dedicando la mayor parte del día a su pasión por la caza y siempre en permanente contacto con el Palacio madrileño, desde donde se preocupaban de que no le faltasen puntualmente sus envíos de vino rancio, aceitunas, jamones y cho-

rizos ibéricos. Por lo visto, la Farnesio seguía siendo muy dada a estos trasiegos de comida, que nunca interrumpió desde el mismo momento de su ya lejano matrimonio, cuando comenzó a hacerse traer regularmente hasta Madrid grandes cantidades de queso y pasta para su consumo personal. Unos envíos de capricho, que en aquel siglo no debía de ser cosa pequeña de realizar.

Cuando, a principios de 1733, estalló la Guerra de Sucesión de Polonia, España encontró una buena oportunidad de hacerse con el dominio del siempre deseado sur de Italia, que tan viejos lazos había tenido con los reinos hispánicos. Felipe envió un fuerte contingente de infantería y caballería, del que nombró jefe supremo a Carlos. Bajo el mando efectivo de experimentados militares, una serie de fáciles victorias permitió la entrada en Nápoles y, posteriormente, la ocupación de Sicilia. Los habitantes de aquellos territorios, el Reino de las Dos Sicilias, recibieron con júbilo la nueva situación. Después de largos siglos de dominación extranjera iban a tener ahora un rey y una dinastía propios, residentes allí con su propia Corte y, se suponía, interesados en las cuestiones y problemas propios. No podía Carlos soñar con mejores augurios. Siempre riguroso con las formas, no tomó posesión de aquellos territorios en su nombre, sino en el de su padre, el Rey de España. Y, como estaba previsto, éste inmediatamente se los cedió. El día 3 de julio de 1735 era coronado como Carlos VII,

rey de Nápoles y Sicilia, en la catedral de Palermo. Había recibido la investidura papal e incluso la sangre de san Jenaro, que tanto había impresionado a su padre en los lejanos tiempos de «El Animoso», había tenido a bien licuarse una vez más, en anuncio de buenos presagios futuros. Ante todos estos acontecimientos, Carlos escribía a su madre:

Espero de la infinita misericordia de Dios [...] que me dará fuerzas para sostener un peso tan grande y las luces para hacer lo que sea de su servicio y para el bien y el cuidado de todos los pueblos.

Pero el último acto de Carlos como Duque de Parma había dejado muy mal sabor de boca en sus súbditos. En su marcha hacia el sur se había llevado lo que se calificó de «las cosas más preciosas de la casa Farnesio», atesoradas en el Palacio Ducal. El pretexto del traslado era el de protegerles de los avatares bélicos que, por otra parte, en ningún caso iban a producirse allí, sino a mucha distancia. Ante el escándalo de los parmesanos, que vieron en ello un inaceptable expolio y saqueo de su patrimonio, Carlos había trasladado a Génova el archivo, la biblioteca, la colección de pinturas y las joyas de la dinastía. Efectivamente, no sentía el menor interés por las manifestaciones artísticas y todos aquellos objetos preciosos no despertaban en él la pulsión del coleccionista o del mero disfrutador de lo bello, pero conocía perfectamente su valor material

y no estaba dispuesto a dejar atrás tan fácil botín. Los Ducados familiares volvían a perderse para los Farnesio pero, diez años más tarde, Felipe, *Pippo*, el hermano menor de Carlos, pasaría a convertirse en su señor.

Veinticinco años iba a durar el reinado de Carlos en las Dos Sicilias. En vida de su padre, Carlos actuó siempre bajo las directas órdenes de Madrid, que tenía en Nápoles uno de los elementos clave de su activa política exterior. Como contrapeso y complemento a este condicionante familiar y lejano, el nuevo rey tendría siempre a su lado a su fiel Tanucci, que no era solamente su mano derecha, sino el verdadero gobernante de hecho del Reino. Durante años, Carlos no hizo así prácticamente nada sin la recomendación, la indicación y el consejo de sus padres y de Tanucci; algo que en el caso de los padres podía llegar a ser una bien aceptada imposición, como se demostró en el caso de su matrimonio. De su aspecto y actividad en aquellas primeras alturas de su reinado, escribía un testigo:

[...] Tiene el rostro largo y estrecho, la nariz muy prominente, la fisonomía triste y tímida, complexión modesta y no desprovista de defectos. Trabaja poco, no habla absolutamente nada y sólo se apasiona con la caza...

Un rey en el disfrute de su trono precisaba de una reina a su lado para asegurar la permanencia de una

dinastía que tan buena recepción había tenido. Ya con veintinueve años, Carlos insistía una y otra vez a sus padres solicitándoles la designación de una esposa para él. Da la impresión de que a sus sentimientos de buen hijo se unía una manifiesta comodidad o propensión a que otros decidieran por él, incluso en algo que se supone debería serle de tanta importancia como su propia vida privada. En esto se parecía mucho a su hermanastro Fernando VI, que tampoco se había tomado la menor molestia a la hora de elegir esposa, dejando que otros lo hicieran por él.

En sus cartas manifestaba Carlos este reiterado y cada vez más apremiante interés en «solucionar la cuestión»: «Fío ciegamente en la elección de Vuestras Majestades y espero que decidan pronto, pues el tiempo pasa...» Pero siempre dejaba en manos ajenas el peso tanto de la elección como de todas las tediosas negociaciones previas a la boda. Aquí también volvía a aparecer un rasgo típico y bien conocido de la familia. Esta urgencia del apremio nacería así de la necesidad de iniciar una práctica sexual a la que, como les había sucedido a su padre y a su hermanastro, solamente consideraba posible entrar por la vía de la legalidad que era el matrimonio. En carta a Madrid, apuntaba a sus padres: «Aunque por el retrato que les adjunto verán que no estoy gordo, no soy un melindre y creo poder disponer de fuerza para casarme y tener hijos.»

Pasaron así a ser consideradas varias candidatas: la austríaca, la francesa, la prusiana y la inglesa, hasta

que finalmente se dio con la que parecía ser la idónea. María Amalia de Sajonia procedía de una católica familia de mujeres fecundas y, desde un punto de vista político, lo que importaba no menos, era hija del Rey de Polonia y sobrina del Emperador de Austria, con lo que reunía todas las ventajas. Su corta edad, trece años, no fue impedimento para acordar la boda. La ceremonia se celebró por poderes el 9 de mayo de 1738, en la catedral de Dresde, la maravillosa ciudad barroca, cuna de la dinastía de Sajonia. A continuación, tras los habituales fastos y celebraciones, la recién casada y su comitiva abandonaron su país para trasladarse hacia el sur.

Dada la manifestada tendencia de Carlos a comunicar por carta a sus padres absolutamente todo lo que le ocurría, lo que veía o lo que simplemente le pasaba por la cabeza, también en el tan íntimo caso de su propia noche de bodas les envió repetidas informaciones de sus experiencias, en cartas que ofrecen un material sin duda jugoso y que el genealogista Luis Español ha estudiado con rigor. Dado el permanente interés mostrado por cronistas, testigos e historiadores acerca de la cuestión de las consumaciones o no de los matrimonios de la realeza, en el caso del de Carlos y Amalia, el contenido de estas cartas no deja el menor resquicio para el misterio o la duda. Muestra más que evidente del prosaico carácter del flamante novio, resultan incluso chocantes como informaciones dadas por un hijo a sus padres, pero para él no serían

más que los debidos informes prometidos a «sus superiores» sobre la forma en que se estaban llevando a cabo los adecuados pasos del «negocio» que se había acordado. Nada más.

El 19 de junio llegó él a buscarla hasta la frontera del Reino. Sobre lo que sucedió a continuación, unos días después, contestaba Carlos a una carta de sus padres, por lo visto llena de recomendaciones:

[...] Vuestras Majestades suponían que cuando recibiera esta carta ya estaría alegre mi corazón y habría consumado el matrimonio [...] que a veces las jovencitas no son tan fáciles y que yo tendría que ahorrar mis fuerzas con estos calores, que no lo hiciera tanto como me apeteciera porque podría arruinar mi salud y me contentara con una vez o dos entre la noche y el día, que si no acabaría derrengado y no valdría para nada, ni para mí ni para ella, que más vale servir las señoras poco y de continuo que hacer mucho una vez y dejarlas por un tiempo...

Y, con una absoluta franqueza, continuaba: «Para obedecer a las órdenes contaré aquí cómo transcurrió todo.» Y entraba entonces de lleno en materia:

Entre el tiempo que necesitó para desnudarse y despeinarse llegó la hora de la cena y no pude hacer nada, a pesar de que tenía muchas ganas. Nos acostamos a las nueve y temblábamos los dos pero empezamos a besarnos y enseguida estuve listo y empecé y al cabo

de un cuarto de hora la rompí, y en esta ocasión no pudimos derramar ninguno de los dos; más tarde, a las tres de la mañana, volví a empezar y derramamos los dos al mismo tiempo y desde entonces hemos seguido así, dos veces por noche, excepto aquella noche en que debíamos venir aquí, que como tuvimos que levantarnos a las cuatro de la mañana sólo pude hacerlo una vez y aseguro que hubiera podido y podría hacerlo muchas más veces pero me aguanto por las razones que me dieron y diré también que siempre derramamos al mismo tiempo porque el uno espera al otro...

Para rematar, añadía, ya en otro orden de cosas: «Diré también que es la chica más guapa del mundo, que tiene el espíritu de un ángel y que soy el hombre más feliz del mundo.» La boda fue así un «negocio» que sin duda funcionó bien desde el principio, muy posiblemente debido a la clara conciencia que ambos protagonistas tenían de lo que se esperaba de sus respectivas actuaciones. Él hacía subir directamente a un trono a una princesa que quizá no hubiera tenido nunca mejores expectativas; ella, por su parte, venía a Nápoles a asegurar una descendencia que estabilizaría a la nueva dinastía. Luego, parece que nacieron unos sentimientos de cariño y confianza que afianzaron la relación. La privilegiada posición que disfrutaban, la tranquilidad dominante en el reino, junto al favor de sus súbditos y la belleza del entorno en que vivían hicieron

el resto, junto con la aportación emocional de los sucesivos hijos que iban viniendo.

Era evidente que el preceptivo intercambio de retratos que se había hecho no había sido más que un trámite que no iba a decidir nada en la operación. Físicamente, Carlos presentaba unas características nada agradables; de pequeña estatura, una prominente nariz y un vientre cada vez más destacado eran sus rasgos más visibles. «¡Es todo nariz!», había exclamado asombrado alguien que le conoció. Pero un tranquilo carácter, unas formas afables y discretas y un comportamiento siempre dado a la sencillez eran las aportaciones positivas que daba como persona. Por su parte, la jovenísima reina tenía la convencional educación que se le suponía dado su nacimiento —buenas maneras, baile, danza, música y algunos deportes propios del momento— pero su físico se prestaba realmente a todo tipo de fácil crítica. Alta, robusta y nada agraciada en general, tenía el grave problema de una voz chillona y desafinada y, algo de mucha mayor envergadura, un carácter destemplado e irritable que iba a conservar y a empeorar durante toda su vida. Lo que algún cortesano calificó de «genio extremadamente vivo» llegaría a manifestarse en ocasiones en reacciones abiertamente coléricas.

Si hubo quien llegó a hablar de la «nariz nudosa», la «voz de urraca» e incluso de la «fisonomía de cangrejo» de María Amalia, también —junto a testimonios tan amables como difíciles de creer— llama la atención

la opinión del inglés Gray, que habló de los reyes napolitanos como de «una de las más feas parejas del mundo». Entre otras cosas que les unían, destacaban una profunda fe religiosa y el gusto por el tabaco, del que eran notables consumidores. Ella aportaba además unos ciertos intereses artísticos y tendencia al disfrute de la música y las fiestas que trató de transmitir, con muy desigual fortuna, a su insulso marido. Fueron capaces de cumplir así a la perfección su papel tanto de asentadores de la dinastía como de padres cristianos y tuvieron un total de trece hijos, de los que cinco murieron, lo que entraba dentro de lo habitual en la época.

Al contrario de lo que hacía su atormentado y débil padre, Carlos siempre mantuvo a raya a su esposa en el peliagudo terreno de la gobernación y la política. Si bien es verdad que tuvo en consideración sus consejos y a menudo le consultaba cuestiones y aún la admitía en algunas reuniones con sus ministros, nunca llegó ella a suplantarle en la toma de decisiones. Algo sin duda beneficioso, dado el carácter retrógrado y con ramalazos ascéticos de aquella buena esposa y excelente madre, pero insoportable mujer que fue Amalia. De forma muy expresiva, sobre esto apuntaba el Conde de Fernán Núñez, devoto biógrafo del Rey, que éste a su esposa le daba «todo el amor que se merece, queriéndole dar gusto en todo, pero haciendo ver que la casa huele a hombre».

Nunca existieron pruebas de cualquier episodio de infidelidad matrimonial del estricto Carlos, a pesar de que los continuos embarazos y partos de su mujer pudieran haberle impulsado, caso de haberle apetecido o necesitado, a hacer alguna eventual y aliviadora escapada. Su forma de ser, fiel a una sola mujer, al igual también en esto que su padre y su hermanastro, se veía reforzada por su naturaleza metódica y cómoda y quizá también por una cierta frialdad en cuestiones eróticas. Todo ello le llevaba a hacer aquella tranquila vida hogareña, libre de sobresaltos y de tensiones, evitando siempre cualquier roce con una mujer con la que sin duda debía resultar muy desagradable discutir. Efectivamente, la sajona no parecía sensible a esta tranquila situación y, por el contrario, su carácter fue deteriorándose con el paso de los años, alcanzando cada vez más frecuentes formas de abierto histerismo que no se preocupaba por reprimir y que su marido contemplaba con un comprensivo distanciamiento.

Los cinco primeros hijos del matrimonio fueron, para desesperación de sus padres, niñas, y la Ley Sálica vigente apartaba a las mujeres del trono. Aquella insoportable abundancia de hembras tenía ya irritados tanto al propio padre como a todos sus súbditos, que rápidamente la interpretaron con un castigo divino provocado por el permiso que el Rey había dado al regreso de los expulsados judíos. Un capuchino de gran predicamento popular llegó a anunciar dramáticamente

que los Reyes no tendrían descendencia masculina hasta que la odiada comunidad hebrea no fuese nuevamente arrojada del Reino.

El primer niño, Felipe Pascual, nacido en 1747, abrió unas esperanzas inmediatamente desaparecidas al comprobarse que sus repetidos ataques epilépticos eran el umbral hacia una absoluta imbecilidad. Un año más tarde le seguía Carlos Antonio, que sucedería a su padre en el trono de España como Carlos IV y protagonizaría uno de los más nefastos reinados de nuestra Historia. En 1751 vino al mundo Fernando, que sería el que, a la marcha de su padre a España, quedaría como Rey de las Dos Sicilias. El cuarto de los hijos varones, Gabriel, nació un año después. Hombre culto y capaz, fue éste siempre el indudable favorito de su padre, quien nunca ocultó que le hubiera gustado tenerle como heredero.

Durante este cuarto de siglo de reinado italiano Carlos llevó a cabo un plan de reformas inspirado en los principios de la Ilustración, plenamente dominante por entonces en la mayor parte de los reinos de Europa. Personificó a la perfección, como lo haría después en España, las ideas de la necesaria transformación de estructuras, como la Administración del Estado y la Hacienda pública. También dirigió, sabiéndose siempre rodear de competentes ministros, las nuevas fórmulas de relación con la todopoderosa Iglesia católica, la represión del extendido bandidaje y las tareas de impulso a la cultura que, aunque no era materia de su

personal interés, siempre debía ser cuidada dentro de semejante plan de renovación total.

En este apartado destacó su especial interés por el fomento de la arquitectura. Para un monarca ilustrado, la presencia de majestuosos palacios, bellos reales sitios y toda clase de suntuosas construcciones constituía un soporte material de su prestigio personal y dinástico. Ello le lanzó a lo que acabó siendo considerado como el *mal de piedra* del Rey y que dejó tanto en Italia como en España construcciones de gran entidad y magnificencia, que aún hoy impresionan. De aquel verdadero afán constructivo, que llegó incluso hasta la obsesión, hablan todavía hoy los palacios de Portici, en un bellissimo paraje a los pies del Vesubio; el enorme complejo palaciego de Caserta —uno de los mayores de Europa— y los Reales Sitios de Capodimonte. En éstos, a inspiración de las de Dresde, estableció una fábrica de porcelanas que se harían famosas y que más adelante se traería con él para instalarlas en el madrileño Buen Retiro.

Cuestión artísticamente importante fue su personal interés en fomentar las excavaciones de las ruinas de Pompeya y Herculano, las dos opulentas ciudades romanas que habían sido sepultadas por la lava del Vesubio. Aquellas labores iban entregando fastuosas pruebas de un mundo desaparecido, que Carlos podía ver como una forma de manifestación de aquella naturaleza que de joven había adorado. Pero sobre todo, considerando el valor material que sin duda tendrían,

impulsó los trabajos y comenzó a guardar las piezas que iban apareciendo. Hizo que se ordenasen sistemáticamente y sentó con ello las bases del estilo que estaba a punto de sustituir al Barroco: el Neoclasicismo. Dato fundamental a tener en cuenta era el férreo secreto que Carlos impuso sobre estos descubrimientos. Pero se produjo algo muchísimo más grave. Aparte de impedir su difusión y estudio, unos estrictos y necios principios morales le impulsaron a expurgar lo mucho que en ellos había de bellísima recreación de escenas eróticas. Ello haría que las maravillas que se han conservado hasta hoy fuesen salvadas así, de puro milagro, de aquella furibunda ansia *purificadora* de tan inapelable censor.

Ya se ha visto que el papel de Carlos a lo largo del año en que duró la enfermedad de Fernando VI fue extremadamente discreto ya que, ante todo, estaba preocupado por evitar cualquier sospecha de que se hallase a la espera de lanzarse sobre el apertecido trono español nada más desaparecido su hermanastro. Algo que, sin embargo, era absolutamente cierto. De hecho, le resultó tarea fácil instrumentar toda aquella prometedora situación, ya que contaba aquí con los más decididos valedores. En primer lugar, su madre y su hermano Luis, que así hacía méritos de cara a la nueva situación que se anunciaba. Luego, los mismos ministros de Fernando, que ya le consultaban secretamente a Carlos cuestiones de gobierno y le presentaban todo tipo de planes,

preparándose para asegurarse ellos mismos una buena posición en el favor del futuro Rey.

En agosto de 1759, la muerte de Fernando y el paso de Carlos al trono español provocaron en Italia movimientos políticos de peso. Según los tratados internacionales, debía ser su hermano Felipe, *Pippo*, el alegre y culto Duque de Parma, quien le sucediese como Rey de las Dos Sicilias. Pero la confusa situación general provocada por la Guerra de los Siete Años permitió al astuto Carlos manipular la situación a favor de su tercer hijo. *Pippo* se quedó feliz en sus palacios, bibliotecas, teatros y jardines parmesanos, después de prometer en matrimonio a su hija Isabel con el futuro emperador José II de Austria. En Nápoles, tras legalizar la incapacitación de su hijo mayor Felipe Pascual, dejó Carlos el trono al infante Fernando. El nuevo Rey tenía sólo ocho años, por lo que un Consejo de Estado presidido por el fiel e insustituible Tanucci se hizo cargo de la gobernación del Reino, que parece que en general lamentó sinceramente la marcha de aquel que había sabido actuar como un buen rey. La familia también aprovechaba para dejar en Nápoles a aquel primogénito convertido en un vegetal, cuya presencia en la nueva vida que les esperaba en Madrid sólo podía ser motivo de desagrado o molestia.

Así, a principios de noviembre de 1759, Carlos III y su familia se trasladaron a su nuevo Reino. Se dijo que, cuando el navío que trasladaba a la familia soltó

amarras del puerto de Nápoles, Carlos se sacó del dedo una sortija que siempre llevaba y que procedía de las excavaciones de Pompeya. En teatral gesto la arrojó al mar. Querría con ello demostrar que, al contrario de todo lo que se había dicho con ocasión de aquel viejo saqueo que había realizado en Parma, ahora no se llevaba consigo ningún objeto de valor del Reino que abandonaba. Una bonita anécdota cuya veracidad nunca se probaría, pero que venía a añadir algo a la siempre amable imagen de este Rey, que hasta hoy se mantiene.

Por voluntad expresa suya desembarcaron en Barcelona, como simbólico gesto de reconciliación entre la dinastía Borbón y la Cataluña que se le había opuesto y había sido derrotada en la Guerra de Sucesión. El día 9 de diciembre entraban en Madrid bajo una intensa lluvia. Como era lógico, lo primero que hizo Carlos fue visitar a su madre, ya feliz instalada de nuevo en el Buen Retiro. Hacía veintiocho años que no se veían, desde aquella ilusionada marcha a Italia, como señor de unos modestos ducados que pronto se vieron sustituidos por un Reino de verdad. De regreso de su forzado retiro en La Granja, Isabel tenía ya la muy avanzada edad de setenta y seis años, apenas conservaba la visión y debía moverse en silla de ruedas, pero conservaba todavía mucho de su tesón y energía. Además, y era esto quizá lo que más la animaba, tenía conciencia de haber alcanzado muchas de las metas que

sus proyectos y ambiciones se habían planteado tantos años atrás.

Sin haberse vuelto a ver desde entonces, madre e hijo habían mantenido a través de todas las vicisitudes pasadas aquella estrechísima relación, plasmada en incesantes comunicaciones, envíos y cartas. Para el momento del reencuentro todos esperaban la manifestación de aquel gran cariño y dependencia afectiva, pero se quedaron frustrados. Un respetuoso besamanos rodilla en tierra por parte de Carlos y un gesto de aceptación de su madre fue lo que se produjo entre ellos, demostrando una frialdad y un voluntario sentido del protocolo que nadie hubiese imaginado. Es muy posible que, de esta forma, Carlos quisiese demostrar a Isabel que él no era como su padre y que, afectos aparte, era un monarca con voluntad propia y nada dispuesto a ser dirigido por aquella maestra de la manipulación, por muy madre suya que fuese.

No tardaron además en hacerse visibles las fricciones que cabía esperar entre las dos reinas. Desde la distancia, la anciana había podido todavía esperar tener algún papel en las decisiones públicas, pero ahora comprobaba que era su mismo y queridísimo hijo el que le ponía el freno. No por ello, sin embargo, Isabel iba a dejar de manifestar en alguna ocasión su modo de pensar, que pronto haría saltar la tan fácil irritabilidad de la nuera, en nada dispuesta a ceder parcela alguna en la voluntad de su marido a aquella a la que ya solamente veía como una desagradable sombra del

pasado. Sobre esta difícil relación hablaba muy claramente Amalia en carta a sus parientes: «Tengo que decir alguna palabrita sobre la buena anciana. En Italia me había formado una buena opinión de ella, pero su trato me ha hecho modificarlo...»

Era evidente que Carlos se daba perfecta cuenta de esta tensa situación, pero su flemático carácter, así como su interés en evitar todo tipo de conflictos, le decidieron a hacer la vista gorda y nunca se dio por enterado de la sorda lucha que las dos mujeres mantenían a sus espaldas, pero que evitaban que aflorase en su presencia. Lo cierto es que la orgullosa e inteligente Isabel, consciente de la voluntad de su hijo de mantenerla apartada de las decisiones y soportando día a día el nada disimulado despego de su nuera, prefirió retomar el camino del apartamiento. Anunció así, entre victimista y socarrona, que se marchaba a sus dominios de La Granja, «para orar ante los restos de mi muy amado esposo, con el que quiera Dios reunirme muy pronto...». Terminado el primer asalto, había quedado muy clara la abismal diferencia existente entre las dos rivales. Mientras la anciana se preparaba para entrar por la puerta grande en la Historia, la joven vivía mezquinamente la última etapa de su vida, amargada por su carácter y decidida a ver y, por supuesto, a sufrir únicamente los aspectos negativos de su nueva situación.

El pueblo había recibido a sus nuevos monarcas con un tranquilo júbilo, confiando ante todo en que

Carlos prosiguiese la política de Fernando y se preocupase tanto por el bienestar y el progreso de sus súbditos como del mantenimiento de la paz en el exterior. Alejados todos los intereses de glorias, solamente se esperaba de él que su reinado fuese tan tranquilo y productivo como lo había sido el anterior. El nuevo Rey era plenamente consciente de estos generalizados deseos y nada en su naturaleza le empujaba a las aventuras bélicas o a los expansionismos exteriores. Estaba decidido a preservar sus Estados pero, por encima de todo, lo que más le importaba era la conservación de su dinastía. En este sentido, se sentía simplemente como el depositario de una antigua legitimidad que se había comprometido a conservar: «Dios sabe que no he deseado nada de nadie, pero que quiero guardar lo que, por Su infinita bondad, me ha dado y que nadie me lo inquiete ni me lo quite.»

A pesar de todos aquellos buenos augurios y de no haber cometido todavía acción alguna que se viese perjudicial para el país, en los mentideros y la sorna popular de los madrileños, sus descomunales nariz y panza servían como motivo de desvergonzada burla. También y curiosamente, se aludía a las actividades sexuales de alguien como él, que tan apartado estaría siempre de cualquier asunto de esta índole que se saliese de su discreto entorno. El hecho es que, sea por el motivo que fuere, se canturreaban cosas como ésta, tan poco respetuosas para la todavía casi sagrada Real Majestad de un monarca del Antiguo Régimen:

*Tiene gracia el narigudo,
tan jodedor y tan panzudo,
gordura que siempre tuvo
el pícaro narigudo.*

Algo mucho más próximo preocupaba al nuevo Rey. Su heredero Carlos no había nacido en España y el padre tenía el temor de que, en algún momento, aquel hermano Luis Antonio, sí nacido aquí, presentase unos mejores derechos que él a la Corona, en base a las leyes vigentes. Ello había llevado a Carlos, por una parte, a ordenar la ceremonia de la jura del Príncipe de Asturias apenas llegada la familia a Madrid. Por otra, impediría durante largos años cualquier posible matrimonio de Luis con dama de la realeza. Solamente le permitió casarse después de haber promulgado, en 1776, una real pragmática que marginaba duramente a los hijos de los matrimonios desiguales. La elegida para matrimoniar con el antiguo Cardenal-Infante era María Teresa de Vallabriga, de una mediana nobleza aragonesa que se preciaba de descender de los viejos reyes de Navarra. El matrimonio y los tres hijos que tuvo vivieron en una especie de destierro en la localidad abulense de Arenas de San Pedro.

Allí formó el infante una espléndida biblioteca y un bien equipado estudio de ciencias naturales, además de un apreciable gabinete numismático. La música reinaba en aquella especie de pequeña corte en minia-

tura, frecuentada por Boccherini y Mengs y que Goya, gran amigo del cabeza de familia, reflejó en un magnífico lienzo. Nunca la familia sería autorizada a visitar al Rey y los hijos fueron obligados a utilizar el apellido de la madre, al serles expresamente prohibido el uso del Borbón que por nacimiento les pertenecía. Así de expeditivo sabía ser el «buen» Carlos III cuando veía alguna amenaza cernerse sobre la línea sucesoria al trono, que él personificaba y que quería transmitir por línea directa a su hijo. Luis nunca perdonaría a su hermano aquel impuesto apartamiento, que consideraba injusto después de los señalados favores que le había hecho durante la enfermedad de Fernando VI.



UNA INTRANSIGENTE SOLEDAD

Pero, volviendo a los primeros tiempos de la nueva Familia Real en España, «la Sajona» impuso con su actitud un clima nada agradable en Palacio. Extremadamente irritable, malhumorada, permanentemente enferma y ya desdentada, se pasó aquellos postreros meses de su vida escribiendo largas cartas. Entre reniegos de su nueva patria y de sus habitantes, los describía como «insociables, hostiles, ceñudos, agresivos, huraños y recelosos de todo lo que pueda llegarles de fuera». Todo le parecía mal, desde quienes le rodeaban hasta el paisaje y el clima de Madrid, a los que continuamente comparaba con los napolitanos que había perdido. A su mala salud sin duda contribuía el abuso del tabaco, del que había llegado a hacer un exagerado consumo, sin duda potenciado por la tensión en la que vivía. A su irritante incomunicación se unía su expresa voluntad de no aprender la menor palabra de español, lo que la hundía todavía más en aquel

reconcomio en el que sin duda debía encontrar algún tipo de disfrute.

Pero ni un año siquiera viviría María Amalia en aquella Corte que tanto había detestado desde el primer momento. Los negativos efectos de la imparable sucesión de embarazos que había sido su matrimonio se unían a las consecuencias de una antigua caída de caballo para debilitar un precario estado de salud, que cayó fácilmente empujado por problemas pulmonares, derivados de su adicción al tabaco —del más fuerte, «por ser éste el de su real agrado»— que se hacía enviar desde Cuba. El 27 de noviembre de 1760 moría a los treinta y siete años de edad, ante la general indiferencia de sus súbditos que, desde el más alto cortesano hasta el más humilde pordiosero, sabían de la inquina y desprecio que por ellos había sentido, sin recatarse en absoluto en manifestarlos. Es fácil imaginar lo poco que realmente sentiría la Farnesio aquella muerte, que ahora la volvía a situar otra vez como única mujer al lado de su hijo.

El viudo escribía que su corazón «se halla penetrado del más extremo dolor y en la mayor aflicción por la pérdida [...], de lo que más amaba en este mundo [...]». Pero, por lo visto, muy pronto superó el golpe, contando con la fundamental ayuda que le aportaban tanto su profunda fe como su ciega creencia en los designios de la Providencia. Sin duda alguna, en el fondo debió suponer para él un verdadero descanso dejar de oír continuas quejas, calmar estallidos de cólera y

aplacar las habituales rencillas que el odioso carácter de Amalia estaba dispuesto a suscitar con cualquiera. Ante el lecho mortuorio, el viudo había comentado, con una lejanía y displicencia que no dejaban de ser ciertamente sorprendentes y que seguramente encubrían aquel sentimiento de alivio: «Este es el primer disgusto serio que me ha dado en los veintidós años de nuestro matrimonio.»

El día 1 diciembre de 1764 la Familia Real pasó a instalarse en el nuevo Palacio Real. Las obras del majestuoso edificio se hallaban casi terminadas cuando habían llegado de Nápoles, pero el *mal de piedra* del rey había empezado a manifestarse también en su nueva capital y una de sus primeras decisiones había sido ordenar la destrucción de la gran escalera principal y su sustitución por otra diseñada más a su gusto. Ahora, allí, en sus amplias e innumerables salas, con sus techos ricamente decorados y llenas de exquisitos muebles, relojes y objetos de toda clase, Carlos podía sentirse plenamente como un monarca de su tiempo. El que muy pronto pasó a ser denominado Palacio de Oriente era en verdad un edificio cuya visión producía la adecuada sensación de majestad y complaciente dominio que el monarca absoluto pretendía transmitir. Al otro lado de la población, el del Buen Retiro, que tantas páginas de la Historia había visto discurrir entre sus muros, pasaba ahora a desempeñar un segundo plano testimonial en la existencia cotidiana de los sucesivos protagonistas de la Monarquía hispánica.

En la línea de actuación de los reinados de su padre y su hermanastro, los programas de reformas que el Rey y sus ministros aplicaban, con mayor o menor fortuna y oportunidad, trataban de afectar a todos los aspectos de la vida del país que estaban precisados de renovación y que, en realidad, eran prácticamente todos. La Administración del Estado y las de los municipios, el Ejército y la Hacienda pública, la cuestión agraria y los abastecimientos, la ordenación urbana de las ciudades y los privilegiados estatus de que gozaban la Iglesia y la nobleza... Todos eran espacios en los que estos ilustrados reformadores imponían sus ideas de racionalidad y pragmatismo. Algo que, naturalmente y como era de esperar, provocó fuertes resistencias entre los que se consideraban perjudicados por tales medidas.

Estas resistencias se habían manifestado ya durante los dos reinados anteriores, pero fue en éste donde encontraron ocasión de estallar de forma abierta. Lo hicieron en la primavera de 1766, con los hechos que pasaron a la Historia con el nombre de *Motín de Esquilache*, uno de los hombres de Carlos III en su política de reforma. Era Leopoldo di Gregorio, futuro marqués de Squilace, de humilde familia siciliana, hombre de gran inteligencia y capacidad. Responsable de las finanzas del Reino de las Dos Sicilias, Carlos III se lo trajo con él a España, donde le hizo ministro de Hacienda. Su enorme poder y opulentísimo tren de vida le granjearon de inmediato grandes y poderosos enemigos, que le presentaban ante la población como causante

principal y responsable de los muchos males que ésta padecía. Él representaba a todos aquellos odiados extranjeros que Carlos se había traído y que se enriquecían a ojos vistas gracias a su privilegiada posición, y a los que se acusaba de dictar todas las actuaciones del monarca.

Sobre Esquilache —nombre que era versión castiza de su título nobiliario— en particular corría toda clase de comentarios y coplillas, más o menos duras, de las que ésta puede servir de buena muestra:

*Yo, el gran Leopoldo primero
marqués de Esquilache augusto,
a España rijo a mi gusto
y a su rey Carlos Tercero.
Entre todos me prefiero,
ni lo consulto ni informo,
al que obra bien le reformo,
a los pueblos aniquilo,
y el buen Carlos, mi pupilo,
dice a todo: Me conformo.*

En los últimos años, prolongadas sequías habían disparado los precios de los productos de primera necesidad y la indignación crecía imparable entre las menos favorecidas masas populares, que se veían abiertamente enfrentadas al hambre. Este malestar encontró en el decreto promulgado el día 10 de marzo el motivo inmediato para el abierto estallido.

Aquella orden del detestado ministro prohibía el uso del atuendo tradicional de sombrero redondo y capa larga y su sustitución por la capa corta y el sombrero de tres picos. Tan revolucionaria medida tenía motivos en cuestiones de orden público; con el nuevo atuendo acabaría el anonimato del que se beneficiaban los delincuentes que, embozados en sus amplias capas y ocultos bajo sus grandes sombreros, actuaban con absoluta impunidad y, sin ser reconocidos, abandonaban después con toda tranquilidad el lugar de sus fechorías. Tras la promulgación del decreto, los alguaciles obligaban en plena calle a la gente a entregar sus capas y sombreros para que allí mismo fuesen cortados de forma inmediata. Aquello fue considerado una insolencia que ni siquiera al mismo Rey podía permitírsele y se sucedieron los actos de violencia.

Los enemigos del reformismo encontraron así la ocasión propicia para sublevar al pueblo, amenazado de miseria y harto de ver cómo supuestamente se enriquecían aquellos que se movían en la Corte. El motín se inició el Domingo de Ramos, 23 de marzo, por un enfrentamiento callejero producido en la madrileña plaza de Antón Martín y, atizado por activos elementos estratégicamente dispuestos, se propagó inmediatamente por toda la capital. Los agitadores empujaban a la masa a lanzarse a actos de violencia, que tuvieron su punto álgido en el asalto de la residencia del que era acusado de todos los males. La Casa de las Siete Chimeneas, vivienda de Esquilache, fue saqueada y sus

moradores se salvaron por el hecho de no hallarse en su interior. También fueron destrozadas a pedradas las farolas diseñadas por Sabatini, en las que el furor popular veía una muestra más de la influencia de aquellos envidiados y detestados extranjeros.

Los gritos de muerte al ministro se unían a los vivas al Rey, en la creciente masa que iba confluyendo en la gran explanada que se abría ante el Palacio Real, el espacio que hoy ocupa la Plaza de Oriente. Allí los manifestantes se encontraron con el escudo protector de la Guardia Valona. Era ésta una fuerza armada de origen extranjero que el año anterior había tenido una abierta responsabilidad en la muerte de varias personas, durante unos incidentes producidos durante la celebración de las bodas de los Príncipes de Asturias. Ahora, estos odiados soldados se interponían entre el Rey y su alborotado pueblo, que únicamente quería mostrarse ante él para presentarle sus quejas y peticiones, pero en ningún caso rebelarse contra su suprema autoridad.

Hombre pacífico que ahora demostraba una tremenda cobardía, Carlos quedó horrorizado por el peligro físico que parecía amenazarle en aquel inesperado torbellino de violencia desatada. Así, más para preservar su propia integridad que por repugnancia a derramar sangre de sus súbditos, accedió a recibir a una representación de los amotinados. Fue un popular predicador de la época, el padre Cuenca, el elegido para tal misión y penetró en Palacio desplegando un gran efectismo

cargado de truculencia. Con los cabellos llenos de ceniza, un gran crucifijo en la mano y una soga al cuello, todo ello en evidente señal de penitencia, imploró el perdón del Rey y le presentó un pliego de reclamaciones. Demandaban los revoltosos, entre otras cosas, el destierro del odiado Esquilache, la desaparición de la aborrecida Guardia Valona y la baja de precio de los alimentos básicos. Abajo, en la calle, sin fiarse del cumplimiento de cualquier promesa, la masa vociferante exigía ver físicamente al Rey. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, un aterrorizado Carlos se vio entonces obligado a salir al balcón central de Palacio para dar muestra de su aceptación. Los ánimos se calmaron y la tranquilidad fue retornando a la Villa.

El motín terminó con un saldo total de una cuarentena de muertos, entre soldados y gente del pueblo. Carlos III consideró fríamente lo sucedido y vio los hechos como un gravísimo atentado a su majestad y poder. Pasados los momentos de terror, se consideró absolutamente humillado e insultado, ofendido por unos súbditos rebeldes que se negaban a aceptarle como monarca y como padre. Todos los planteamientos que sobre sí mismo tenía como rey absoluto se habían tambaleado y ya nada podría volver a ser como hasta entonces. A partir de ahora ya no podría fiarse de aquel al que le había gustado mirar como su «buen pueblo». Profundamente afectado por estos sentimientos, decidió escoger el camino de la huida y, aprovechando la oscuridad de la noche y a través del Campo del Moro,

se escabulló con su familia, en el más absoluto sigilo y protegido por un destacamento fuertemente armado, a la tranquilidad que parecía ofrecerle el siempre plácido y ameno Real Sitio de Aranjuez.

La ruptura entre el Rey y su pueblo se había producido y ya muy difícilmente podría volver a restaurarse la vieja confianza. El día de los hechos había sorprendido a la anciana Reina Madre en el interior del asediado Palacio y la gran experiencia y larga sabiduría política de Isabel le había hecho aconsejar a su hijo que desistiese de la idea de huir de su capital. Ella sabía mucho de estas cosas y tenía plena conciencia de que ello solamente podría perjudicar a su imagen. Pero su pertinente y juicioso consejo no fue escuchado por su hijo, que prefirió huir como un delincuente más mientras rumiaba la dura respuesta que, en su opinión, sus infieles súbditos se habían sobradamente merecido. Ellos habrían de pagar con creces aquellos terribles momentos de miedo que le habían hecho pasar y la vergonzosa afrenta de haber tenido que aceptar sus condiciones. El *buen pueblo* se iba a enterar de lo que era la vengativa ira de su señor.

Ocho meses estuvo Carlos en Aranjuez, mientras sus ministros trataban de convencerle de que era aconsejable aplicar la serenidad y la cordura, olvidando aquellos penosos sentimientos que el episodio y su propia reacción habían generado en él. Contaba el muy ponderado Jovellanos que, después de los hechos de aquella primavera, a Carlos III le quedó un profundo sen-

timiento de horror a cualquier tipo de movimiento popular. Relataba que, en una ocasión, incluso se había despertado aterrado al oír ruido en las calles adyacentes a Palacio, pensando en otra peligrosa algarada y que solamente se había tranquilizado cuando pudo comprobar por sí mismo que no se trataba más que de la procesión de una parroquia próxima.

Pero el problema era más grave de lo que en un principio se había considerado y no se reducía a la capital, sino que el país entero había ardidido en insurrección popular. Desde el norte hasta Andalucía, Levante y Cataluña, las dos Castillas, las airadas y hambrientas poblaciones se habían levantado contra la carestía de la vida, lanzando sus acusaciones y ataques contra las autoridades locales, acusadas de ineficaces y corruptas. Pero para su propia tranquilidad, Carlos pudo comprobar que, en ningún momento, se le atacaba a él ni a la institución que personificaba. En aquellas postrimerías del Antiguo Régimen todavía la figura del Rey seguía estando por encima y más allá de toda discusión.

Muy poco después de tan graves hechos, Carlos hubo de soportar otro duro golpe. Fue la muerte de su madre, que tuvo lugar el día 11 de julio de 1766. Los recientes hechos se habían venido a unir a los naturales efectos de una muy avanzada edad, pero los cortesanos de su hijo prefirieron considerar su fin como exclusivo «fruto de la perversa y criminal sublevación de Madrid», coincidiendo con lo que escribía desde Nápoles el siempre fiel Tanucci o con el apunte de

Fernán Núñez, cuando hablaba de la pesadumbre sufrida por el monarca a raíz de aquellos sucesos, a los que se había venido a unir «el gran pesar de perder [...] a su amada madre, cuya muerte no sería extraño hubiese acelerado el alboroto de Madrid y sus resultas». Hoy, muchos de los cuadros expuestos en el Museo del Prado muestran en su ángulo inferior derecho la silueta en blanco de una pequeña flor de lis. Era la marca que aquella experta amante del arte hacía poner en los que adquiría para su colección.

No había duda. Como podía una vez más verse, el pueblo siempre acababa siendo el culpable de los males sufridos por los poderosos. Solamente habrían de pasar poco más de veinte años para que los habitantes de París y viajeros de paso pudiesen asistir a la ejecución pública de un Borbón, que también al principio había pensado que con una oportuna huida solucionaba los problemas que habían acabado lanzando a sus súbditos por las vías de la revolución. Solamente accedió a volver el Rey a su capital cuando fue declarada la ilegalidad de aquellas medidas adoptadas bajo amenazas y tras decidir que se establecía en ella una fuerte guarnición armada permanente, cuya tranquilizadora presencia impidiese la repetición de tales hechos.

Acabó al fin mandando la prudencia y Carlos tomó conciencia de la necesidad de seguir con su programa reformista. Estaba claro que los motines habían sido protagonizados en la calle por las masas popu-

lares, pero a nadie se ocultaba que habían sido hábilmente movidas por sectores «de la más elevada esfera», desde los aristócratas antirreformistas hasta el Marqués de la Ensenada, el antiguo todopoderoso ministro de Fernando VI. Con todo, las principales sospechas recayeron sobre los jesuitas. La Compañía de Jesús era una orden enormemente rica y controlaba los colegios donde se educaban los hijos de los poderosos. Acusada de permanente conspiración contra la Monarquía, el 20 de febrero de 1767 Carlos firmó el decreto de expulsión de sus miembros, que decidía también la confiscación de todos sus valiosos bienes. Sus casas y conventos fueron rodeados, y todos ellos trasladados de la forma más inmediata a los puertos de embarque asignados.

A pesar de su profunda fe cristiana, estas importantes decisiones no afectaron en nada al Rey. Convencido de que con ello defendía sus derechos a la Corona, que para él tenían sus orígenes en Dios, no vacilaba en imponer cualquier medida que fuese encaminada a preservarlos. Así, justificaba plenamente la expulsión de los jesuitas, debida a:

[...] gravísimas causas relativas a la obligación en que me hallo constituido de mantener en subordinación, tranquilidad y justicia mis pueblos [...] usando de la suprema autoridad que el Todopoderoso ha depositado en mis manos para la protección de mis vasallos y respeto a mi corona.

Perfectamente tranquilizado así respecto a cualquier duda religiosa que pudiera suscitársele, pudo Carlos retomar su vida habitual, ordenada día a día por algunos momentos de dedicación a las tareas de gobierno y muchas horas de apasionada entrega a la caza.

El reformismo que Carlos personificaba, y que ponían en práctica sus grandes ministros, como Aranda, Campomanes y Floridablanca, renovaba con enormes esfuerzos estructuras caducas y necesitadas de transformación. Así, mientras se modificaba la organización del Ejército, las actividades económicas eran también objeto de especial atención. Al fomento de la actividad artesanal en las ciudades se unía una política agraria de colonización de comarcas hasta entonces abandonadas. En muchos lugares nuevos pueblos eran ocupados por colonos procedentes del centro de Europa, a los que una sola condición les había sido impuesta para venir a instalarse aquí: la de ser católicos.

La sociedad española cambiaba rápidamente al son de los nuevos tiempos. Se abandonaban viejas costumbres y la vida cotidiana se abría a expectativas hasta entonces jamás imaginadas en las relaciones entre las personas. Siempre, naturalmente, en el ámbito urbano, ya que la población rural todavía tardaría largas generaciones en sacudirse el polvo del pasado. Algo especialmente llamativo era el papel que las mujeres iban adquiriendo en esta época ilustrada, después de siglos en los que la oscuridad, el encierro y el sometimiento habían sido las normas que habían tenido que

soportar, obligadas sucesivamente por padres, hermanos, maridos e hijos. Por supuesto que no podía hablarse en absoluto de igualdad de derechos o de liberación de la mujer, en el sentido que hoy tienen estos términos, pero las costumbres modernas les permitían un protagonismo hasta entonces jamás imaginado. Las reducidas clases altas marcaban la tónica visible en costumbres y moda, que se importaban directamente de aquel París deseado por muchos y odiado y temido por tantos otros.

Rasgo distintivo de esta época fue, entre la aristocracia, la fascinación por «lo popular», que se manifestó por el gusto, a veces llevado hasta extremos realmente extravagantes, por lo popular y lo castizo, que se plasmaba en el denominado «majismo». Atuendos y costumbres de las clases bajas fueron adoptados por los poderosos en un exhibicionismo esnob, que elevó a la categoría de culto cosas como las corridas de toros y expresiones populares como el flamenco y las tonadillas. Majos y majas, manolos y manolas, guapos y guapas proporcionaban así en la calle, en las tabernas y en las verbenas todo un panorama de vivaz colorido, atrayente vulgaridad, peligroso desgarró y abierta incitación sexual a aquellos maquillados empolvados caballeros y damas, cargados de pesados ropajes y joyería, soportando incómodos pelucones y obligados a representar la permanente farsa del refinamiento que la moda imponía. La fascinante grosería y todas sus posibilidades se unían al delicioso escalofrío de caminar al

borde de la ley y las buenas costumbres para convertir a aquellos representantes del pueblo en inspiradores estéticos y, llegada la ocasión, en deseados compañeros de aventura de cualquier clase.

Pero, por encima de todos estos síntomas de cambio, la Inquisición seguía lanzando su oscura sombra sobre la vida de los españoles, penetrando hasta en los más íntimos espacios de su existencia. Para los filósofos de la Ilustración, la Inquisición seguía siendo un rasgo definidor de una España que, a pesar de las grandes reformas que imponía la dinastía borbónica, seguía sumida en la intolerancia y el oscurantismo. Ciertamente que ya no se llevaban a cabo los tan célebres autos de fe, que durante siglos habían sido muy apreciados espectáculos de masas, en los que bajo la presidencia del Rey, su familia y las más altas autoridades, se procedía a quemar a los acusados de los delitos que el Santo Oficio había establecido en larguísima relación.

Entrado el siglo XVIII, la persecución inquisitorial tenía que contentarse con otro tipo de actividades menos sangrientas, como la censura de libros y de actividades varias, que siempre le permitían tener sus cárceles llenas de presos, cuyos bienes habían sido confiscados. Pero en la memoria popular quedaba todavía el regusto del truculento recuerdo de aquellas quemaduras públicas de herejes, donde la violencia comunitaria tenía un cauce controlado y se hacía demostración plena de la autoridad de los que tenían el poder.

Para entonces también se estaba ganando Carlos el sobrenombre que más iba a identificarle en la Historia: *El mejor alcalde de Madrid*. Decidido a tener una capital digna del prestigio de una Monarquía que reinaba sobre varios continentes, se preocupó de dotarla de unas infraestructuras que se correspondiesen con su ya considerable tamaño y su propia relevancia. Se había comenzado por la básica cuestión de la limpieza urbana del que era un hosco y polvoriento poblachón manchego, por el que resultaba difícil transitar debido a las inmundicias depositadas en las calles, recorridas por pestilentes riachuelos de aguas negras, o las que de forma permanente eran sin más arrojadas desde las ventanas, al conocido y temido grito de «¡Agua va!». Junto a esto vinieron las obras de urbanización que acabaron transformando por completo a la Villa.

El Paseo del Prado, jalonado por sus monumentales fuentes –Cibeles, Apolo y Neptuno– fue el paradigma de esta actuación y obligado lugar de cita y paseo de la población. La iluminación de las oscuras calles, la normativa para la construcción de viviendas y la obligación de numerar cada casa fueron, entre otras, medidas que realmente modificaron la vida de sus habitantes. Surgían monumentales edificios, erigidos tanto al calor del progresivo espíritu de la época como a mayor gloria de la Monarquía. Los mejores arquitectos de la época dejaban para la posteridad su impronta en obras como el Jardín Botánico y la Fábrica de Porcelana del Buen Retiro, el Observatorio Astronómico y el Museo

de Historia Natural (el actual Museo del Prado). Con absoluta justicia, el escritor francés Beaumarchais podía escribir por entonces: «Esta ciudad es una de las más limpias que jamás haya visto, con amplias avenidas, engalanada con numerosas plazas y fuentes públicas. [...]» ¡Quién se lo iba a decir a los madrileños de muy pocos años antes!

Mientras tanto, en el plano personal, se veían frustrados todos los proyectos que se hacían para concertar un nuevo matrimonio de Carlos. Dado lo excepcional del caso, la prolongada y definitiva viudez del Rey nunca dejó de fomentar comentarios de toda clase. Materia de especial complacencia para sus fervientes «adoradores» fueron lo que se calificaba de «ejemplar enamorado recuerdo» o de «excepcional y perfecta castidad» que mantuvo ya a lo largo de toda su vida. Se decía que el Rey había comentado a un prior de El Escorial: «Gracias a Dios, no he conocido nunca más mujer que la que Dios me dio; a ésta la amé y estimé como dada por Dios y después que ella murió, me parece que no he faltado a la castidad aún en cosa leve. [...]» Quizá considerase que aquel matrimonio había sido ya más que suficiente y que con él había cumplido lo que la dinastía y la Historia esperaban de él. O podía ser también que no estuviese en absoluto por la tarea de exponerse al riesgo de volver a caer con otra mujer de temperamento semejante al de la insoportable difunta.

Sobre este asunto, existe el testimonio que en sus memorias dejó aquel singular personaje que fue el

veneciano Giacomo Casanova, aquel gran cínico arquetipo de amante y aventurero, que recorrió toda la Europa de su tiempo entre duelos, estafas, politiquerías, enredos de alcoba y actividades como espía y nigromante. Trazó unas líneas acerca de Carlos III que, por provenir de su experimentada mano, resultan peculiares y curiosas. Así, contaba que, durante su estancia en Aranjuez, en casa de Domingo Berneri, primer ayuda de cámara del rey:

[...] veía a Su Majestad partir todas las mañanas de caza y volver agotado de cansancio. El rey era pequeño de talla, pero vivo y robusto, al contrario que casi todos los reyes de España, a quienes por lo común se los representa lánguidos y débiles. El favorito de Carlos III era un tal Gregorio Esquilache, hombre de baja extracción, y cuyo único mérito era tener una mujer bellísima. Yo, como todo el mundo, atribuía a la señora de Esquilache los favores con que el rey colmaba a su marido, creyendo que debía haber en ello reciprocidad. Berneri me desengañó en estos términos: Eso se dice, pero son puras calumnias; el rey es la castidad misma, no ha conocido más mujer que la suya, nuestra difunta reina, y esto más por deber de cristiano que por atracción conyugal.

Sobre la posible paternidad real de algunos de los hijos de doña Pastora, la bella y derrochadora mujer de Esquilache, siempre habían corrido rumores, en especial acerca del que más adelante sería cardenal Di Gre-

gorio. Muchos eran los que no se acababan de creer que su Rey no tuviese alguna presencia femenina al lado, y buscaban para la abundante descendencia de un personaje que físicamente era «tan poca cosa» como Esquilache otro responsable, que no podía ser nadie mejor que su alto protector. Nada pudo nunca comprobarse en este sentido, como tampoco respecto a otra habladuría que sin duda ofrecía todavía un mayor morbo. Apuntaba ésta que Carlos mantenía relaciones con la mujer de un Grande de España, nacida en Francia y dedicada a sonsacar al Rey, en los momentos más propicios, informaciones que a continuación transmitiría a su embajador; todo ello, como puede verse, dentro del más clásico estilo de espionaje femenino de todos los tiempos.

El Conde de Fernán Núñez se permitía explayarse sobre este aspecto, que consideraba tan positivo:

Su castidad era extrema y, no obstante que su temperamento robusto y la costumbre contraída en su matrimonio exigía aun su continuación en la edad de cuarenta y cuatro años, en que perdió su mujer, jamás quiso volver a casarse.

En esta descripción de tan ejemplar comportamiento, el entregado servidor entraba en apuntes de una naturaleza realmente sorprendente sobre las mayores intimidades de su señor, cuando con veneración añadía:

[...] y para aminorar y resistir las tentaciones de la carne dormía siempre sobre una cama dura como una piedra, y si de noche se hallaba agitado, salía fuera de ella y se paseaba descalzo por el cuarto. [...]

El austero estilo de vida del monarca de tan poderoso Imperio llamaba la atención de todos los testigos que lo vieron. Delgado, enjuto y cada vez con la piel más ennegrecida debido a su constante exposición al sol y al aire, tenía gustos e intereses personales muy sencillos y hasta simples. Respondía obligadamente a las necesidades de imagen que le imponía su posición, pero siempre se quedaba muy lejos de la magnificencia y ostentación de los soberanos de su tiempo, que implantaban en su entorno unas formas estéticas absolutamente únicas tanto por su extrema fastuosidad como por su fantástico e increíble refinamiento. Por el contrario, en su existencia cotidiana dominaban por encima de todo una sobriedad, un orden y una meticulosidad que habían impuesto una rutina que personalmente le tranquilizaba y cuyo mantenimiento había llegado a convertirse para él en una verdadera obsesión.

Una sobriedad que se manifestaba también en los gastos de la Casa Real, aunque eso sí, siempre manteniendo el nivel de adecuado boato que correspondía a la familia. Eso hacía que, en medio de un magnífico dispositivo visual que en todo momento se organizaba, la mesa del Rey le servía para el consumo de

muy sencillos alimentos, previamente bendecidos cada día por el mismísimo Patriarca de las Indias. La costumbre establecía que cada uno de los miembros de la Familia Real comiese por separado en sus habitaciones. Ello hacía que los cortesanos se moviesen de unas a otras durante aquellos momentos, charlando y haciendo tertulia —siempre de pie— alrededor del Rey o de los infantes que, sentados cada uno a su respectiva mesa, seguían la charla mientras comían.

La caza era la verdadera y única pasión de Carlos III. Así le retrató magistralmente, ya en la última etapa de su vida, su joven pintor de cámara, Francisco de Goya. Ya se había visto que, ante los funestos antecedentes familiares, la fría racionalidad de Carlos le había impuesto desde muy joven el ejercicio físico como una terapia preventiva para mantener, más que la misma salud física, el equilibrio mental siempre amenazado. Era el temor a caer en aquella vieja conocida *melancolía* en la que había visto debatirse a su padre, en definitiva, el terror a volverse loco como él, lo que le llevaba todas las jornadas del año a salir al campo o al monte. Hiciera el tiempo que hiciera, trataba de machacarse físicamente en acciones de violento ejercicio físico que le permitieran regresar por la noche agotado, pero sintiendo que, al menos por un día más, había alejado aquel peligro.

Había quienes criticaban esta excesiva dedicación a la caza, de la que parecía incapaz de prescindir. Sobre esto, él mismo había comentado en una ocasión: «Si

muchos supieran lo poco que me divierto a veces en la caza, me compadecerían más de lo que podrían enviarme esta inocente diversión.» Su fiel Fernán Núñez, siempre de acuerdo con él, añadiría:

Me dirán muchos: podría ocuparse en otras cosas más que en la caza. A lo que responderá: lo uno, que ninguna otra ocupación reunía la ventaja del ejercicio; y lo otro, que no amando la música y poco el juego, el demasiado estudio y lectura no era tan conveniente para el fin que se proponía como dicho ejercicio.

En efecto, siguiendo la tónica dominante por entonces entre los soberanos de Europa, Carlos había impulsado la construcción de teatros, que por entonces florecían por todo el continente. Pero él jamás disfrutó con representaciones operísticas, teatrales o conciertos de la clase que fuesen. Todo en su carácter le mantenía apartado de aquellos actos en los que se convirtiese en centro de la atención general, tanto los referidos al ambiente palaciego como los populares al aire libre o en el interior de templos. En esto era absolutamente opuesto al exhibicionismo, en ocasiones algo pueril, de aquellos orondos y satisfechos Fernando y Bárbara, uno de cuyos motores de vida había sido precisamente el mostrarse de forma abrumadora en toda su magnificencia y esplendor.

Carlos III pasaría a la Historia como arquetipo del monarca ilustrado, gran protector e impulsor de las

actividades culturales, pero en realidad, al contrario que sus padres, absolutamente desinteresado en este sentido. El fomento de las artes, para él, formaba parte de las obligaciones de un monarca del tiempo que le había tocado vivir y por ello se implicaba, pero solamente de una forma mecánica, sin goce ni disfrute añadidos. En este terreno debe mencionarse un episodio sobre el que durante muchos años se mantuvo corrido un tupido y discreto velo. Fue un hecho que demostró de la forma más evidente los peligrosos efectos de la estrecha mente del Rey y de su intransigente moralismo, asociados a su absoluta falta de percepción de la belleza artística.

A los tres años de su llegada a España había ordenado el Rey a su pintor de cámara, Anton Mengs, que procediese a entregar a las llamas las pinturas de la riquísima colección real en las que se mostrasen figuras humanas desnudas. Aterrado ante tal monstruosidad, Mengs hizo todo lo que pudo —implicando para ello al entonces todopoderoso Esquilache— para evitar el cumplimiento de tan aberrante orden. Una decisión nacida del exceso puritano de quien, a pesar de su ilustrado espíritu, actuaba según unas formas de religiosidad que incluso ya entonces se manifestaban caducas y trasnochadas. Finalmente, y sólo a muy duras penas, aquellos hombres pudieron detener los que hubieran sido devastadores e irreparables efectos de la obsesión *purificadora* de Carlos III, que habría privado

a la posteridad de algunas de las más importantes telas que hoy se conservan en el Museo del Prado.

Los últimos años de la vida de Carlos fueron, en el plano personal y familiar, tristes y penosos. Únicamente experimentó la gran alegría de volver a ver a su tan querida hermana María Ana, *Mariannina*, reina viuda de Portugal. Tras haber estado extremadamente unidos durante la infancia, llevaban sin verse casi medio siglo y ahora, en el ocaso de sus vidas, no querían morir sin volver a encontrarse. En noviembre de 1777 se encontraron y estuvieron juntos durante casi un feliz año. Por lo demás, en su propia casa tenía Carlos los motivos de mayor peso para encontrarse frustrado y preocupado por el futuro.

Su heredero, el futuro Carlos IV, daba muestras de poseer un carácter débil y fácilmente manipulable, que se puso de manifiesto de una forma todavía más evidente tras su matrimonio, cuando la voluntariosa María Luisa de Parma cogió con decisión las riendas de la pareja. Tras la muerte de varios de los hijos nacidos de este matrimonio tuvo el viejo Rey la satisfacción de ver que Fernando, nacido en 1784, parecía tener posibilidades de seguir viviendo, asegurando la continuidad dinástica. También tuvo noticia de la muerte en Nápoles de su querido Tanucci, cuyo consejo le había acompañado durante toda su vida adulta. El que había sido su Reino estaba ahora gobernado por el tercero de sus hijos, aquel Fernando que había quedado en manos de tutores cuando la venida de la familia a España.

Fernando IV, llamado por los napolitanos *Il Naso-ne*, debido al gran tamaño de su nariz, heredera de la de su padre, era persona débil y carente de fuerza e iniciativa. Y, al igual que su hermano, el Príncipe de Asturias, se hallaba totalmente dominado por su mujer. Era ésta María Carolina, enérgica hija de la emperatriz María Teresa y hermana de la María Antonieta que, como reina de Francia, no tardaría en ser llevada a la guillotina. Volviendo al Palacio madrileño, un mes antes de morir, todavía debió soportar Carlos III el que quizá fue para él el más duro golpe: la muerte de su hijo el infante Gabriel, aquel a quien más quería y al que le hubiese gustado dejar como heredero. Fallecido por causa de las viruelas que le había transmitido su mujer, Gabriel moría así, en palabras de un inspirado y adulador vate cortesano, «víctima de su amor conyugal».

El 14 de diciembre de 1788 expiraba Carlos III. Tuvo la suerte de no tener que enterarse, al cabo de muy pocos meses, del estallido de la gran Revolución siempre tan temida y que, desde Francia, iba a derramarse incontenible sobre todo el suelo europeo. Para él, la permanente temporada de caza que había sido su vida había finalmente terminado.



«LA PUTA,
EL CABRÓN
Y EL ALCAHUETE»

Enorme alegría causó, el 11 de noviembre de 1748, el nacimiento de un infante en el Real Sitio de Portici, sobre la bahía de Nápoles y a los pies del Vesubio. Era el segundo hijo varón de los reyes Carlos y María Amalia y fue bautizado con el nombre de su padre. Después de cinco niñas y aquel niño, Felipe Pascual, que pronto dio muestras de epilepsia, ahora este recién nacido parecía por fin asegurar la continuidad de la sucesión. Parecía que, por fin, se había roto aquella especie de maleficio que muchos consideraban que sufrían los Reyes. A continuación, la sucesión se iba a ver extremadamente reforzada, para tranquilidad de todos, por la imparable labor procreadora de la real pareja y la Reina habría de parir —además de varias niñas— cuatro varones más: Fernando —que quedaría como Rey de las Dos Sicilias a la marcha de su padre a España—, Gabriel Antonio, Antonio Pascual y Francisco Javier.

Siempre fue consciente el niño Carlos de la manifiesta y nunca ocultada preferencia que el padre sentía por Gabriel. Algo que, durante la infancia, fue una continua fuente de celos y de malentendidos entre los hermanos y que generó en aquél una callada animadversión hacia su brillante hermano. Pero, sin embargo, el orden hereditario había sido marcado por la naturaleza y era este Carlos, que muy pronto mostró un carácter simplón y escasa inteligencia, el destinado a ceñir la corona, primero en Nápoles y más tarde en España. Siguiendo la conocida tradición familiar, aquel muchacho de marcada corpulencia mostró en todo momento un gran amor y respeto filiales, comportándose siempre al son que su padre le marcaba. Éste nunca ocultó su profunda preocupación por tener, a su muerte, que dejar sus reinos en manos de un hijo al que en lo más íntimo despreciaba amargamente y del que desconfiaba que fuese capaz de enfrentarse adecuadamente a la tarea que de él se exigía. El joven conocía perfectamente lo que su padre y todos los demás pensaban de él pero, como suele decirse, lo guardaba en el fondo de su corazón.

Vivió una prolongada etapa como heredero y tenía ya cuarenta años cuando pasó a reinar, tras la muerte de su padre en 1788. Para entonces ya había mostrado todos los rasgos fundamentales de su carácter, muchos de los cuales eran ya conocidas presencias en todos los hombres de la familia. En efecto, él, que habitualmente solía mostrarse amable y complaciente, hipó-

crita y servil con todos, tenía momentos en los que reaccionaba con sorprendente y desproporcionada violencia ante cualquier pequeñez. Una aparente campechanía le llevaba a mantener conversaciones con variada gente e incluso amistosas luchas con sus criados, a los que en cualquier inesperado momento, sin embargo, podía golpear hasta cansarse o hacer azotar sin piedad, llegando a hacer que le besasen las botas. Por lo demás, lo que quienes le trataban veían en general era a un muchacho, y luego ya un hombre, siempre en actitud absorta o haciendo gala de molestas e intempestivas reacciones infantiloides.

Algo muy importante para esta blanda, apática y complicada personalidad fue, como no podía ser menos, la familiar pasión por la caza. Pero Carlos, aparte de su nefasta actuación como rey, por la que escribiría algunas de las más negras páginas de nuestra Historia, mostraba al mismo tiempo unos positivos rasgos personales a considerar en su haber. Tenía una gran facilidad para aprender idiomas, era un gran amante de la música y llegó a convertirse en un apreciable intérprete de obras de violín y violonchelo, acompañando en muchas veladas palaciegas al gran compositor Boccherini, al que protegió y otorgó todas las consideraciones que su calidad artística merecía. Aparte de su gran afición a los artilugios mecánicos, en especial los complejos mecanismos de relojería, Carlos y su esposa María Luisa merecen el honor de ser citados como verdaderos mecenas de las artes y protectores de artistas.

Su interés por ello convertiría a su muy estrecho y especial trato con el genio de Goya en uno de los episodios de obligada referencia dentro de la brillante historia de la siempre fecunda relación entre poderosos y artistas.

Personaje de su época, abierta a todos los conocimientos e intereses, el joven Carlos abría sus jornadas de madrugada y, tras oír dos misas, se pasaba algunas horas haciendo labores de ebanista, armero y zapatero remendón. Algo parecido a lo que en los mismos años su parienta, la reina María Antonieta de Francia, hacía cuando huía de la realidad jugando en Versalles a hacer de pastora, en medio de falsas grutas y en establos más falsos todavía. Tras aquellos ratos de *dilettantismo* proletario, salía Carlos a su partida de caza, que cada día movilizaba a seis coches, más de una docena de guardias, cien caballos y más de doscientas mulas. El sano desfogue que de la caza obtenía su padre Carlos III también lo conseguía el hijo. Pero también aquí su floja personalidad se veía llevada hasta el paroxismo, en momentos en que la violencia llegaba a dominarle por completo, como cuando, ebrio por el olor de la pólvora, ordenó liquidar a cañonazos a un gran rebaño de ciervos, previamente agrupados por sus servidores.

En todo caso, entre sus próximos había muchos que se preguntaban si Carlos no era en realidad —como su tío Fernando VI— un gran fingidor, capaz de mostrar, prácticamente a lo largo de toda su vida, un rostro de hombre simple y perezoso, capaz de admitir

hechos y situaciones que cualquier otro rechazaría o contra los cuales reaccionaría. Lo cierto es que, fuese una voluntaria pose o una actitud natural y espontánea, aquella permanente impasibilidad iba a permitirle llevar una existencia tranquila, a pesar de los infinitos avatares que el destino le tenía preparados.

Llegado el momento, se trató de concertar adecuadamente el matrimonio del heredero. Una anécdota relatada por el embajador inglés asegura que, cuando Carlos III se lo comentó al interesado, éste volvió a mostrarse como el fiel y obediente hijo que siempre era y le dijo que, solamente con que la elegida fuese princesa, a él ya le bastaba. Aquí se repetía también la actitud de cómoda mansedumbre que en iguales circunstancias había mostrado Fernando VI. Parece que Carlos ingenuamente pensaba —o quería hacer creer que pensaba— que, al no existir reyes o príncipes con los que su futura mujer pudiera cometer adulterio «entre iguales», su matrimonio quedaría a salvo de este riesgo. Ante tan inesperada salida, parece que su padre le habría dicho, meneando la cabeza: «Carlos, Carlos, ¡qué tonto eres! También las princesas pueden ser unas putas...»

En lo referente a la elegida para ser su mujer, simplemente venía a hacer lo mismo que habían hecho su abuelo, su tío y su padre. La vieja táctica de la obediencia a los mayores servía así, una vez más, como perfecta coartada para evitar cualquier esfuerzo, que en definitiva iba a acabar cayendo sobre otros. Así, en

diciembre de 1765, a los diecisiete años, se casaba con su prima María Luisa, de catorce. Era ella hija de aquel atractivo y *bon vivant* Felipe de Borbón, el *Pippo* que había sido el hijo preferido de Isabel de Farnesio. Aquel monarca ilustrado y amante de las artes, que desde su brillante corte de Parma había «sableado» sistemáticamente a Fernando VI, quien nunca dejaría de subvencionarle a cambio de permitirse lanzar constantes pero indulgentes quejas contra él.

Los testimonios y los lógicamente favorables retratos del momento muestran a María Luisa como a una bonita adolescente. Criada en un ambiente culto y refinado, poseía un carácter fuerte y arrogante. Se ha repetido mucho en este sentido una ilustradora anécdota que habría tenido lugar todavía en el Palacio Ducal de Parma, tras el anuncio de su compromiso con Carlos. La vanidosa María Luisa le habría comentado a su hermano Fernando que iba a ser Reina de España, mientras que él solamente podría llegar a ser un simple Duque de Parma. El hermano, harto ya de tan absurda altanería, le habría contestado que, entonces, no podía perder la ocasión de abofetear a una futura reina y, con gran satisfacción, le habría cruzado la cara.

Las bodas de los príncipes se celebraron en La Granja de San Ildefonso el 4 de septiembre de 1765. Ya al final de su larga vida, la anciana Reina Madre Isabel de Farnesio veía con satisfacción que otra parmense como ella, que era al mismo tiempo su nieta, apareciera como futura Reina de España. En Madrid,

los habituales festejos organizados para el pueblo quedaron empañados por un luctuoso suceso. Tras las corridas de toros y representaciones teatrales, en la sesión de fuegos artificiales que las cerraba, la Guardia Valona, hacia la que la gente mostraba una antigua hostilidad, reaccionó violentamente contra la masa, enardecida por los petardos y los estallidos. El resultado fue de más de treinta muertos y muchos heridos, frente a las mismas verjas del Buen Retiro. Este sangriento hecho fue para muchos premonición —luego plenamente justificada— de lo que iba a ser un difícil reinado. Solamente un año más tarde, las jornadas del *Motín de Esquilache* demostrarían que el pueblo madrileño no había olvidado.

La instalación de María Luisa en el Real Palacio abrió una etapa llena de sabrosas situaciones y habladurías que habrían de alzarse hasta las páginas de los más sesudos libros de Historia y serían objeto de una controversia todavía hoy muy lejos de hallarse cerrada. Educada en la Corte de Parma, culta y frívola a la vez, ahora la rígida y espartana etiqueta impuesta por su suegro le pareció inmediatamente algo insoportable. Carlos III, que nunca la vio con buenos ojos debido al dominio que inmediatamente impuso sobre su marido, le prohibía sistemáticamente la asistencia a bailes, sesiones teatrales o cualquier otra diversión. Mientras se aburría encerrada en Palacio, los sucesivos abortos se alternaban con el nacimiento de varones de efímera vida o de indeseadas hembras.

En noviembre de 1783 tuvo lugar un acontecimiento nunca visto en la real familia española: el nacimiento de gemelos. Estos dos infantes apenas vivirían un año, pero su venida al mundo fue muy celebrada y de ello quedan muestras como estos ingenuos y todavía bienintencionados vivas:

*Viva el gran Carlos III
Viva el Príncipe de Asturias,
Vivan Luisa y los gemelos
Con toda la Casa Real.*

Por fin, el 14 de octubre de 1784 nacía en El Escorial el futuro Fernando VII, que sería el heredero viable y, posteriormente, se convertiría en monarca de ominosa memoria. Siguiendo la vieja costumbre y a la vista de la edad del Rey, ya una activa camarilla se movía alrededor del heredero, y sus miembros esperaban como verdaderos buitres el ansiado momento del cambio de titular de la Corona. María Luisa se quejaba a su confesor: «Hay un partido de gentes que tira a aburrir y a descomponerme con el Rey y con el Príncipe. [...]» El anciano monarca, preocupado más que nunca ante el dominio de todos aquellos sobre su débil hijo, le escribía comentándole el riesgo que suponía que:

[...] en tu cuarto se haya murmurado con libertad y corre [...] que hay dos partidos en la corte; el daño

que esto puede causar no es ponderable, y es más contra ti que contra mí, pues lo has de heredar, y si creen que esto sucede entre Padre e Hijo, no faltarán gentes que, con los mismos fines, sugerirán a las tuyas de hacer lo mismo contigo.

No podía ser más clarividente el Rey, e incluso diríase que profeta. Las confabulaciones que ahora se cocinaban alrededor de su heredero eran realmente *peccata minuta* comparadas con las que, llegado el momento, iban a brotar al calor del Fernando que acababa de nacer y era el previsto sucesor de su hijo.

Para entonces ya corrían regocijadas habladurías sobre fugaces escapadas extraconyugales de la Princesa, de las que aparentemente su tranquilo marido debía de ser el único en no enterarse. Se citaban nombres y apellidos de sus supuestos amantes, desde grandes de España hasta bastos y curtidos militares. El episodio que habría mantenido con un gentilhomme de cámara superaría lo admisible hasta el punto de decidir al Rey a expulsarle de la Corte. La historia alcanzaría niveles de sainete picante, de ser cierto el hecho de que el príncipe Carlos, el supuestamente engañado marido, intercedió ante su padre en favor del que aparecía como amante de su mujer, afirmando que sin él —el tal gentilhomme— la Princesa se sentía «sola y desdichada».

Costumbres «liberales» en las que la pamesana no hacía más que seguir la moda dominante entre las damas de la más alta nobleza, como la Duquesa de Osuna y

su gran rival y enemiga, Cayetana de Alba, que no tenía problema alguno en mantener relaciones con hombres de toda condición, desde temerarios toreros y aristócratas de viejísima cuna hasta el mismo joven Francisco de Goya. Malévolamente, se decía incluso que algunos de los compañeros de cama ya desechados por Cayetana habían acabado yendo a parar a los acogedores y ansiosos brazos de la futura reina. La relación entre las dos apasionadas mujeres no podía, por tanto, tener mejores bases de rivalidad y mutua hostilidad. De María Luisa nunca se sabría si sus peligrosas actividades derivaban de una enorme imprudencia o si, por el contrario, eran hijas de una expresa voluntad de desafío.

Volviendo a la familia, del resto de los infantes cabe destacar a Carlos María Isidro –nacido en 1788 y que abriría la serie de las guerras civiles por la titularidad de la Corona que ensangrentarían el siglo XIX español– y a los dos últimos que sobrevivieron de tan larga y desigual serie: Isabel y Francisco de Paula. Cuando vinieron al mundo, ya era pública la supuesta relación entre la Reina y Godoy, dando pie a la tradición que nació de forma bien bronca y que regaló a la Reina calificativos múltiples y variados. Algunos de ellos eran incluso cultistas y hasta refinados, como *La Mesalina de su época*, frente a otros, acaso moralizantes pero poco agradables de oír, como *La impura prostituta*.

Francisco de Paula nació cuando su madre contaba ya cuarenta y siete años y cerró su larga etapa de fecundidad, cuyo cálculo diríase demasiado exage-

rado de no ser cierto: un total de diez abortos y catorce embarazos llevados a buen término. La rápida pérdida de su dentadura, lo que muy pronto definió su físico, venía así a fundamentar el dicho popular que afirma: «A cada hijo, un diente.» Isabel y Francisco de Paula siempre arrastrarían la sospecha de ser hijos del favorito Godoy, llevando en el rostro aquel indeleble y tan denunciado «abominable parecido» físico con él. Eran realidades vivientes que hablaban de la forma más abierta y descarnada de aquellas tan especiales relaciones que durante años determinaron la historia de la Monarquía española. Pero éste es capítulo que merece especial atención.

Manuel Godoy había nacido en Castuera, Badajoz, en una familia de la pequeña nobleza y muy moderada fortuna. Esta precariedad económica le llevó a integrarse en el cuerpo de guardia de la Real Persona en la que, en el otoño del año 1788 y con veintiún años, fue nombrado guardia de corps de los Príncipes de Asturias. Para enredar y mejorar todavía más la ya de por sí complicada realidad, existen variadas versiones del momento en que se produjo el conocimiento entre los miembros de aquel tan especial terceto, que iba a formarse entre los herederos al trono y el rubio y macizo extremeño.

Para unos, fue durante un trayecto hacia La Granja cuando al joven guardia se le encabritó el caballo y lo arrojó al suelo en presencia de los Príncipes. Habrían fijado éstos su atención en el atrayente aspecto del mozo

y se habrían preocupado por los efectos del golpe. No más de dos o tres días tardaría Godoy en ser invitado a Palacio a jugar a las damas con el Príncipe. Era el nacimiento de una especial amistad a tres bandas, acerca de cuya real naturaleza nadie ha podido todavía dar las suficientes e irrefutables claves. Una relación que no tardaría en hacer exclamar a una feliz y exultante María Luisa: «¡Somos la Trinidad sobre la Tierra!» Hay que suponer el profundo desagrado que tal situación –que pronto estuvo en boca de todos– produciría en el estricto y declinante monarca y que, sin duda, sirvió para amargarle la última etapa de su vida.

En diciembre de 1788, la muerte de Carlos III y el ascenso al trono de su hijo dispararon ya de forma incontenible la fulgurante carrera de Godoy, que muy bien resumía en pocas líneas la magistral pluma de Pérez Galdós en el primero de sus *Episodios Nacionales*, cuando escribió:

[...] España y el mundo todo vieron con sorpresa que era elevado a la primera dignidad política aquel mismo joven de veinticinco años, ya colmado de honores inmerecidos, tales como el ducado de la Alcudia y la grandeza de España de primera clase, la gran cruz de Carlos III, la cruz de Santiago, los cargos de ayudante general del Cuerpo de Guardias, mariscal de campo de los reales ejércitos, gentilhombre de cámara de Su Majestad con ejercicio, sargento mayor del Real Cuerpo de Guardias de Corps, consejero de Estado, superintendente general de Correos y Caminos, etc., etc.

En muy poco tiempo, el inteligente y ambicioso extremeño —rápidamente apodado «el Choricero», entre otros calificativos menos suaves— se había convertido en el verdadero amo del país, desalojando de los ámbitos del poder a los veteranos y acreditados políticos. Se afirmaba sin tapujos que era el amante de la Reina e incluso había quien llegaba a apuntar que el mismo Rey no era inmune a los encantos y valores eróticos del joven. Si esto era así, Godoy habría logrado cumplir una doble —y, sin duda, trabajosa— función de prestaciones físicas con la real pareja que, agradecida, le colmaba de todo el poder y los honores hasta más allá de lo concebible y jamás visto entre los validos y privados que tanto protagonismo habían tenido en la Historia de España. Él era sin duda el vértice fundamental de aquella *Trinidad*, que el pueblo había sancionado radicalmente como un indecente y vergonzoso conjunto formado por «la puta, el cabrón y el alcahuete».

Pasaron así apaciblemente aquellos últimos tiempos del viejo orden. El Rey dormitando en sus asentadas costumbres y la Reina envejeciendo pronto y mal; una muy rauda y juvenil prestancia dio paso a un aspecto cada vez más desagradable, sensación aumentada por aquella desdentada boca, ocupada por una dentadura de madera de difícil encaje y acomodo. Volviendo a la anécdota, tuvo muy amplia difusión una que hablaba de los arrebatadores celos que unirían a la Reina y al favorito. Así, se mencionaba la escena en

la que Carlos caminaba por uno de los corredores palaciegos seguido a pocos pasos por María Luisa y Godoy, enzarzados en una vehemente discusión mantenida en murmullos. En un momento dado, éste, enfurecido por algo, le habría soltado a ella un guantazo. Al sonoro ruido, el siempre ensimismado marido se habría vuelto para preguntar la causa; ella, con la más absoluta frialdad, le habría respondido que había sido un libro que se les había caído al suelo. Por lo que se ve, el desagradable rostro de María Luisa debía tener cierta tendencia especial para atraer bofetadas.

Cuando el 14 de julio de 1789 el volcán estalló al otro lado de los Pirineos y el pueblo de París tomó por asalto la odiada fortaleza de La Bastilla, Carlos no tuvo naturalmente conciencia de lo que todo ello significaba. Mientras el Gobierno español, presidido por Florida-Blanca, se aprestaba a cerrar a cal y canto la frontera para evitar la expansión de la marea revolucionaria y se supo que Luis XVI había jurado una Constitución, al Rey de España solamente se le ocurrió comentar, con cierto tono despectivo: «Mi primo se ha olvidado de ser rey.» Ante la urgencia de la nueva situación, el Santo Oficio de la Inquisición volvía por sus fueros y se entregaba ahora con absoluto ardor a la defensa antirrevolucionaria, fomentando delaciones, deteniendo a personas y confiscando cualquier publicación mínimamente sospechosa de servir como propaganda del temido virus.

Bajo tan extrema situación, entrado ya el año 1793, cuando los franceses habían ya ejecutado a su rey, des-

tacados personajes del momento decidieron, mediante un anónimo, informar al Rey sobre las relaciones que Godoy mantenía con la Reina y de las que él parecía ser el único en ignorarlas. Pero con gran desazón comprobaron que, una vez más, Carlos optaba por la cómoda postura de no darse por enterado de nada. Temeroso de la amenaza que Godoy representaba, volvió a la carga Floridablanca sobre tan espinosa cuestión y se atrevió a informar personalmente al Rey de los hechos. Carlos y María Luisa supieron entonces representar a la perfección su comedia: él, acusándola a destemplados gritos y ella, embarazada del infantito de tan «indecente parecido» con Godoy, gritando todavía más alto, mostrándose ofendida y amenazando con marcharse a su Italia natal. El efecto de la denuncia lo vio inmediatamente quien la había hecho: Floridablanca fue detenido por sorpresa y desterrado de la Corte, apartado de todos sus cargos. Como aviso para todos, quedaba así claro que la *Trinidad* no admitía que nadie se metiese en sus asuntos internos. Así pues, la farsa seguía.

Bien lo entendió el Conde de Aranda, viejo zorro de la política que en vida de Carlos III había salvado la situación durante el *Motín de Esquilache*, cuando se hizo cargo del Gobierno. Demostró así el sagaz aragonés desde el primer momento su mayor lealtad a María Luisa y dio a Godoy el más preferente y afectuoso de los tratos. Pero muy pronto, sin embargo, se vería sustituido por aquel gran arribista al frente de la gobernación del Estado, ahora ya sin ningún cargo

interpuesto para guardar las formas. Un perro se paseaba por las calles del centro de la capital con un bien expresivo cartel en el que se leía: «Soy de Godoy. No temo a nadie.»

Los enfrentamientos bélicos con la Francia revolucionaria habían acabado desastrosamente tanto en lo militar como en lo económico, pero Carlos se inventaba para el *amigo Manuel* el título de Príncipe de la Paz. Los numerosos criados del suntuoso palacio de «el Choricero» vestían el mismo atuendo que usaban los de la Casa Real, pero para entonces la Reina se veía apuñalada por los más atroces celos: su Manuel se había echado una amante. Era Pepita Tudó huérfana de un artillero gaditano y —lo peor y más ofensivo para María Luisa— era bonita y tenía solamente dieciséis frescos años. Una celestinesca madre y una caterva de parientes se acogió de inmediato al calor de aquel lucrativo amantazgo.

La Reina decidió entonces casar a Godoy y matar así dos pájaros de un tiro. Por una parte, le separaba de su joven y bella amante; por otra, le ataba todavía más al *ménage a trois* que formaba con ella y su marido, al emparentarle con la misma familia real. La elegida fue María Teresa de Vallabriga, duquesa de Chinchón e hija de aquel infante Luis a quien su hermano Carlos III había mantenido en tiempos tan rígidamente apartado de la Corte. Ella aceptó con gran repugnancia esta propuesta, que le permitía a su familia salir de aquel impuesto ostracismo. Así, además de otras muy sus-

tanciosas prebendas, el Rey les concedió el uso del apellido Borbón a ella y sus hermanos, uno de los cuales llegaría a ser arzobispo de Toledo y Primado de la Iglesia española. Pepita Tudó, por su parte, recibía una cuantiosa indemnización por apartarse pacíficamente de su amante. María Teresa, que odió desde el principio a su impuesto marido, no tardó en quedar embarazada y fue durante esta época cuando Goya hizo de ella uno de sus más bellos retratos.

Lo cierto es que, con la nueva situación, la ambigüedad dominante hasta entonces en el Palacio Real se extendía ahora al palacio de Godoy, donde un escandalizado testigo relataba que a la hora de la cena el favorito presidía la mesa sentado entre una mortificada esposa y una triunfante querida. Entrado el año 1797 Carlos apartó temporalmente de su supremo cargo a Godoy, aun manteniéndole todos los honores y sueldos que tenía atribuidos. Y, mientras en Francia Napoleón Bonaparte daba el golpe de Estado que le elevaría hasta las glorias del Imperio, en Madrid, la pareja real no podía vivir sin *el amigo*, que estaba tranquilamente a la espera haciéndose de rogar y al que un ansioso Carlos le escribía: «Manuel, cuídate, pues te necesitamos, pues eres el único amigo que tenemos. [...]»

Para mayor confusión, los Reyes hicieron que Godoy y su familia se instalasen en Palacio. La mujer del valido había dado a luz una niña, Carlota, a la que siempre trató con un despego nacido sin duda del hecho de ser hija de un marido al que detestaba pro-

fundamente. El panorama se complicaba si se atendían los comentarios que atribuían a la decadente Reina nuevos amores, que serían, entre otros, el primer secretario de Despacho Luis de Urquijo y otro joven guardia de corps, versión actualizada de Godoy, el atractivo criollo Manuel Mallo, que se benefició de una rápida y tan fulgurante como sospechosa carrera en la Corte. Sobre este posible *affaire* circuló entonces un divertido relato.

Según el mismo, miraban un día en La Granja la pareja real y Godoy el paso del tal Mallo en una berlina de la que tiraban seis costosos caballos. Ante la sorpresa de Carlos, preguntándose cómo aquel muchacho sin bienes podía permitirse tal despliegue, *el amigo Manuel* le había hecho reír a carcajadas, cuando le comentó que Mallo no tenía un ochavo, pero que lo mantenía «una vieja fea que roba al marido para pagar al amante». Como podía verse, la comedia «a tres» seguía su curso con todo vigor. A todo esto, el nacimiento de Carlota Godoy en Palacio había sido celebrado como si del de una infanta se tratase, concediendo a la neófita la más alta condecoración existente, organizando dispendiosos banquetes y efectuando regalos de muy elevado precio. María Luisa y Carlos demostraban una vez más que nada en el mundo les interesaba más que la felicidad de *su* Manuel.

Primer Cónsul y dictador indiscutido, Napoleón Bonaparte comenzaba a lanzar su larga sombra sobre Europa. Su hermano Lucien fue nombrado emba-

jador de Francia en Madrid y muy pronto entabló estrecha amistad con *La Trinidad*, hasta el punto de que llegó a proponer a su hermano que se divorciase de su esposa Josefina, con la que no había tenido hijos, para casarse con la infanta Isabel, aquella que estaba bajo sospecha de ser hija de Godoy. Pero parece que para entonces el futuro Emperador ya estaba muy convencido de su estelar papel y se permitió tomarse muy a mal tal propuesta e incluso ofenderse, respondiendo desabridamente que, caso de quedarse viudo, en ningún momento se le ocurriría emparentar por vía matrimonial con unos elementos tan impresentables y corruptos como eran los miembros de la familia real española.

En el plano político, la España borbónica no había tenido problema alguno en establecer estrechas alianzas con el poder que en Francia había llevado a la guillotina a Luis XVI y María Antonieta. En enero de 1801, en virtud de estos pactos, España se vio lanzada por Napoleón a la guerra contra un Portugal que se negaba a romper su secular alianza con Inglaterra. Reinaba en el país vecino María I, prima del monarca español. Pero la enfermedad mental que padecía –la vieja conocida *melancolía* familiar– la había inhabilitado y obligado a su reclusión y su hijo Juan –el futuro Juan VI– actuaba como regente. Consorte de Juan era Carlota Joaquina, otra hija de Carlos y María Luisa. De penoso aspecto físico, una caída de caballo le había producido una marcada cojera y, según escribió alguien

que la conoció bien, estaba poseída de «un delirio depravado e infame» y parece que en Lisboa había establecido récords de actividad extramatrimonial que dejaron muy atrás a los tan aireados de su propia madre.

Pero volviendo a la alta política, tras rechazar Portugal el ultimátum lanzado por Francia, organizó el Directorio de París un fuerte ejército que, unido al español, atravesó en mayo la frontera. Godoy mandaba estas fuerzas y, para animarle en tal empeño, Carlos le concedió el título de *Generalísimo*, que era la primera vez que aparecía en la Historia de España. Era evidente que la campaña no podía ser larga ni difícil y, en pocas semanas, el muy ufano *Generalísimo* se alzaba como el triunfador de aquel conflicto de opereta, que pasó a la Historia como la *Guerra de las Naranjas* y que arrancó a Portugal la posesión, a la que nunca ha renunciado, de la ciudad de Olivenza.

Tan cítrica denominación para aquel breve conflicto nació del hecho de que sus soldados habían ofrecido a Godoy unos ramos de naranjas tomados de las huertas de Elvas, que él envió enseguida a la Reina en simbólico y, ¿por qué no?, amoroso y cómplice tributo. El episodio había servido, por otra parte, para que Carlos pudiese hacer expresión de sus sentimientos paternales, cuando se quejó ante Lucien Bonaparte diciéndole: «¡Ay, querido amigo! ¡Qué desgracia es ser rey y verse obligado a guerrear hasta con la propia hija. [...]!» Godoy recibía, en tangible recuerdo de tan «memorable» hecho un costoso sable con empuñadura

de diamantes que añadía a la enorme colección de piezas de arte que estaba atesorando. Perfecto ejemplar de advenedizo con suerte, aprovechaba con ansia toda oportunidad que tenía para hacerse con los bienes materiales que la fortuna le ponía en las manos.

Fue en el año 1800 cuando Goya, pintor protegido por los Reyes, muy conocedor de la fisonomía de los miembros de la familia y con el suficiente prestigio para poner su arte por encima de cualquier condicionante de halago cortesano, realizó esa obra maestra del retrato psicológico que es *La Familia de Carlos IV*. En él dispuso a todos los personajes del drama, o de la comedia, según se mire. Centrando el grupo de forma indiscutible, se alza María Luisa, que tiene cogido con la mano izquierda al infante Francisco de Paula, mientras que apoya la derecha sobre los hombros de la infanta Isabel. Eran éstos a los que la Reina parece dar una especial protección, los dos sospechosos de ser *pequeños godoy*s.

Se muestra a la izquierda un grupo de cuatro figuras: el heredero Fernando lo centra, teniendo a su derecha y a sus espaldas a su hermano Carlos y a su izquierda, aparentemente cogida de la mano, una figura femenina que vuelve el rostro, ya que en el momento de pintarse el cuadro se desconocía todavía la identidad de su futura esposa. Detrás, entre Fernando y la desconocida, con su bien identificador gran lunar negro, aparece la infanta María Josefa, la hermana mayor del Rey. La parte derecha de la gran pintura está ocupada

por un grupo de seis adultos y un niño. Son, a partir del centro, el propio rey Carlos IV, portador de todo un surtido de parafernalia de bandas, lazos y condecoraciones, y la pareja formada por la infanta María Luisa y su marido, el príncipe Luis de Parma; ella lleva en brazos a su pequeño hijo. Detrás, aparecen las cabezas del infante Antonio, el hermano del Rey, de tan gran parecido físico con él, y de la infanta Carlota Joaquina, futura Reina de Portugal.

El mismo Goya se autorretrató y se introdujo en el interior del cuadro, situándose en la penumbra de un segundo plano, a la izquierda de la composición y ante una tela en bastidor, símbolo de su profesión. Al contemplar esta deslumbradora pintura es obligado dar a cada uno lo suyo y descubrirse adecuadamente ante unos Reyes capaces de verse representados con unos físicos nada halagadores, que cualquier otro hubiera rechazado en un retrato de encargo. Ciertamente, el gran amor y respeto por el arte que dos personajes tan lamentables como Carlos y María Luisa demostraron, al dejarse retratar por el inmisericorde genio de Goya, les eleva en alguna medida en la consideración de quien se aproxime a sus poco edificantes biografías.

Poco después de terminarse esta magna obra una inesperada angina de pecho puso a Carlos al borde de la muerte, pero acabó recuperándose. Sin embargo, desde ese momento —se comentó que por instigación de su mujer— todos los decretos emanados del monarca estuvieron firmados de forma conjunta por él y por

Godoy. Cuando los rumores acerca de que María Luisa y el valido preparaban una regencia conjunta para el caso de que Carlos muriese alcanzaron suficiente difusión, Napoleón se apresuró a declarar que en tal caso solamente reconocería al Príncipe de Asturias, Fernando, como legítimo sucesor.

Pero el Rey superó éste y un segundo bache cardíaco y continuó plácidamente entregado a su caza y a su música, sin conciencia alguna de que se encontraba paseando al borde mismo del abismo. En las veladas nocturnas de Palacio tocaba el violín y se permitía, siguiendo un viejo vicio que nadie se había atrevido a corregirle, a saltarse notas para adelantarse a sus desesperados compañeros de interpretación, mientras reía infantilmente balbuceando: «¡Soy el rey, soy inalcanzable!» Muy pronto, la gota y el reuma hicieron presa en él, amargándole sus últimos tiempos en el trono.

En 1802 moría, tras cuarenta años de bien aprovechada existencia, la duquesa Cayetana de Alba, que con su imagen pasó a representar toda una convulsa y apasionante época de la Historia de España. Insuperable arquetipo de dama «de alta cuna y de muy heterogénea cama», su enorme fortuna y su abrumadora colección de títulos nobiliarios le habían permitido hacer de su vida lo que había querido. Tras su rapidísima e inesperada muerte, corrieron rumores de que había sido envenenada por su tenaz enemiga, la Reina, acaso con la connivencia de Godoy, del que se decía que había sido uno de sus muchos amantes. Abundaban

sobre tan atrayente enigma algunos hechos realmente muy particulares.

Estando todavía la Duquesa de cuerpo presente en su Palacio de Buenavista, sus bienes fueron inventariados por urgente orden del Consejo de Hacienda, aduciendo la necesidad del cobro de unos pagos atrasados que al parecer debía. Al mismo tiempo, por una sorprendente orden personal del Rey eran incautados sus documentos y otras pertenencias. La sorpresa fue general cuando, al cabo de muy pocos días, la Reina lució en público —y con la actitud más desafiante y ostentosa— algunas de las célebres y bien conocidas joyas que habían pertenecido a Cayetana. Otros de sus bienes personales, como la maravilla velazqueña de *La Venus del espejo*, pasaron a integrar la colección de pinturas del voraz Godoy, donde fueron a reunirse con las dos *Majas* de Goya. Un vidrioso asunto que nunca se aclararía y que arrojó todavía más sombras —y, en lenguaje llano, más basura— sobre los Reyes y su valido, cada vez objeto de mayores críticas entre una población harta ya de tanta prepotencia y corrupción.

Fue en este momento cuando entró de forma espectacular en escena el que se convertiría en su principal protagonista durante los siguientes decenios: Fernando, el Príncipe de Asturias. Todas las descripciones físicas que se han hecho de él, tanto literarias como pictóricas, coinciden en sus rasgos faciales de cretino, complementados por la siniestra viveza de sus ojos, en nada parecidos a los siempre adormilados de su

padre. Ya en su más tierna infancia no había tardado Fernando en percibir las singularidades de su entorno familiar más íntimo, lo que le llevó a hacerse una composición de lugar del mismo: despreciaba a su padre y aborrecía a su madre; a Godoy, directa y abiertamente, le odiaba. *La Trinidad* tenía así al «enemigo en casa» que, con el paso de los años, fue tomando fuerza, así como posiciones y partidarios bien dispuestos a tomar el relevo en el reducido campo de las decisiones supremas, que por el momento estaba copado.

Apoyaba a Fernando desde el interior de la familia su tío el infante Antonio Pascual, verdadero parásito a quien su hermano casó con una de sus hijas y al que, entre la sorpresa y el regocijo burlón generales, una adúladora Universidad de Alcalá regaló el título de *doctor honoris causa*. Antonio Pascual, cuyo físico era una verdadera reproducción del de su hermano el rey, vivía también a su aire, beneficiándose de su privilegiada posición, pero no tenía inconveniente en referirse a su cuñada María Luisa como «la carroña». Fernando tuvo así siempre en su tío un decidido apoyo en sus actuaciones contra los Reyes. Muestra de su cambiante naturaleza era su forma de referirse a él, pasando de llamarle con burlona sorna «Mi tío, el doctor» a calificarle de forma más directa y sincera como «Mi tío, el imbécil», en lo que venía a coincidir con la inmensa mayoría.

En octubre de 1802 se llevó a cabo un nuevo matrimonio doble entre primos: el heredero español,

Fernando, y su hermana Isabel –la otra supuesta hija de Godoy– eran casados respectivamente con otra pareja de hermanos: la princesa María Antonia y el heredero de las Dos Sicilias, Francesco. Tras las magníficas celebraciones por los esponsales, la cruda realidad no tardó en emerger, borboteando como las más sucias aguas. Nada más desembarcar en Nápoles, la infanta Isabel comenzaba a verse insultada por su suegra, aquella terrible María Carolina, como *sporca bastarda epilettica*, que solamente quedaba disculpada por ser «hija del Crimen y de La Maldad», en abierta referencia a Godoy y María Luisa.

Las cosas tampoco iban por caminos de rosas para la otra parejita. Puesto el pie en el muelle de Barcelona, María Antonia, la nueva Princesa de Asturias –alta y esbelta, rubia y de saltones ojos azules– quedaba horrorizada al conocer en persona a Fernando, su flamante esposo. Su verdadera fealdad y aviesa expresión habían sido naturalmente omitidas en el amable retrato que, como era costumbre, se le había enviado. Sobre esta primera impresión, en sus cartas la napolitana –a la que familiarmente llamaban *Totó*– no se privaba de incluir expresiones como: «Creí desmayarme» o «Quedé espantada»... Era ésta, como habían sido y serían tantas más bodas reales, un compromiso con trampa y engaño. Ciertamente que María Antonia contaba ya dieciocho años y, para la época, había entrado ya en una edad en la que pocos remilgos podía poner a la hora de aceptar marido. Un repelente marido que, por otra parte, era nada

menos que el heredero de una Corona, de un Reino y de un extenso Imperio colonial.

Iba a ser María Antonia personaje fugaz en esta historia, en la que no figuraría más que como la primera de la serie de cuatro esposas de Fernando. Nada en común tenían los recién casados: frente a la refinada amante del piano que hablaba varios idiomas se alzaba aquel ignorante y brutal elemento. Pasaron varios meses sin que la pareja se decidiera a entenderse físicamente. Como cumplidamente escribía María Carolina de Nápoles a su embajador en Madrid:

El marido no es todavía marido, y no parece tener deseo ni capacidad de serlo. [...] Mi hija está desesperada. Fernando es enteramente memo; ni siquiera un marido físico, y por añadidura un latoso [...] ni es siquiera animalmente su marido.

Más adelante, tan arrojada suegra volvía a la carga:

Mi hija es completamente desgraciada. Su marido sigue lo mismo. Y ya es fuerte cosa que a los dieciocho años no sienta nada, y que se hayan hecho inútiles pruebas, sin consecuencias, ni placer, ni resultado.

En el interior de Palacio, como cabía esperar, la guerra entre suegra y nuera estaba ya declarada desde el mismo momento en que ambas se tuvieron delante. María Luisa apuntaba con dardos sobre un doble objetivo: «María Antonia es bien mala, y muy hija de su

madre. [...]» Lo cierto es que, al cabo de casi un año, aquel bloqueo conyugal fue superado y todo el mundo se enteró de que los jóvenes descubrieron finalmente en una frenética práctica sexual un centro común de interés. Por los mentideros se hablaba ya abiertamente del muy singular tamaño de los atributos viriles del Príncipe, que la cursilería literaria supo describir como «desmesurados encantos íntimos». Paralelamente, al irse envenenando cada vez más las sordas guerras domésticas entre suegra y nuera, Fernando halló en María Antonia la más ardiente partidaria frente a los Reyes.

Ella no dudó en escribir a su familia que, en el momento en que Carlos —«el solemne necio»— muriese, Godoy iría a dar con sus huesos en la cárcel. La Reina —«la arpía»— como ella «cariñosamente» la llamaba, no ocultaba su «maternal afecto» cuando calificaba a su nuera con una colorista variedad de insultos, que iban desde unos convencionales «sierpe diabólica» y «víbora venenosa», hasta los algo más despiadados «rana a medio morir» y «animalucho sin sangre». Todo lo que la muchacha hacía le parecía mal y le molestaba. En las inmensidades del Palacio Real, para la Reina, las clases de música de la nuera solamente servían para provocar molestos y desagradables ruidos, mientras que cuando la veía entregada a la lectura, criticaba ácidamente una costumbre «tan poco española y nada femenina».

Ante la escasa pureza del aire que se cortaba en el interior del Palacio madrileño, la joven pareja optó por pasar la mayor parte del tiempo en Aranjuez. A su

alrededor se apresuró a juntarse toda la camarilla que, sirviendo en todos sus deseos al Príncipe y calentándole los oídos con propuestas, posibilidades, planes y toda clase de fantasías, iban preparándose sus lugares para cuando se produjese el inexorable relevo en el trono. María Antonia se mostraba como la más entusiasta de todos en aquella labor de conspiración familiar y dinástica que, por el momento, estaba reducida a continuadas quejas, conversaciones generales y planes inconcretos.

Aquellos ambiciosos aristócratas propalaban burlescas composiciones, de las que Godoy solía ser el objetivo preferido, pero que en realidad iban lanzadas también contra los Reyes:

*Duque por usurpación,
príncipe de iniquidad,
general en la maldad,
almirante en la traición;
lascivo cual garañón,
de rameras rodeado,
con dos mujeres casado,
en la ambición sin igual,
en la soberbia sin par
y la ruina del Estado.*

Por su parte, con extremado detalle se regodeaba María Luisa describiendo a su protegido los dos abortos de su nuera:

Esta tarde he presenciado el mal parto de mi nuera, con algunos dolores y poca sangre pues toda ella no equivale a la mía mensual de un día: la bolsita muy chica y el feto más chico que un grano de anís chico y el cordón es como una ilacha (*sic*) de limón [...] con decirte que el Rey a (*sic*) tenido que ponerse anteojos para poderlo ver. [...]

Sobre el segundo aborto, se repite el cuento:

Amigo Manuel, por fin malparió María Antonia de pocos días de vida pero era más chico el feto que un cañamón chico, aun que el otro de El Escorial.

A partir de este momento, la exquisita napolitana ya no se recuperaría y murió en Aranjuez, a causa de la tuberculosis, el 21 de mayo de 1806, a los veintiún años. El suicidio del boticario de Palacio, seguido por la destrucción policíaca de pruebas, sirvió a los partidarios de Fernando para propalar la especie de que la Princesa había sido envenenada por orden de Godoy. Se dio incluso una versión más imaginativa, cuando se habló del escorpión que el valido habría mandado introducir entre las sábanas de la princesa. De muy mala gana, el heredero se vio obligado a reaccionar y declaró: «El vulgo calumnia a Manuel y no tiene razón. Cuando me casé con María Antonia, estaba ya tísica.»

A pesar de la brevedad de su matrimonio, Fernando había descubierto las delicias que podía ofrecerle y, al enviudar, sin duda las echaba de menos. Se hizo una

propuesta de casarlo con una hermana de la mujer del valido, pero él reaccionó vivamente ante tan descabellada idea: «¡Antes que ser cuñado de Godoy, permanecería viudo hasta la muerte o me haría fraile!» Mientras tanto, España se entregaba atada de pies y manos a las decisiones de Napoleón; meses antes, en Trafalgar se había perdido la flota y muerto sus mejores almirantes. Ahora, la profunda inquina de Fernando hacia Godoy se mostraba a cara descubierta, incrementando la irritación del Rey contra su hijo y reforzando, todavía más si cabe, la posición del *amigo Manuel*, al que, con trato de alteza serenísima, nombró nada menos que Almirante de Castilla, otro título que todavía le faltaba a su ya extensísima colección.

Llegado el mes de octubre de 1807, por el Tratado de Fontainebleau, Godoy y Carlos habían accedido a que las tropas francesas atravesasen suelo español de camino hacia Portugal. Ahora Napoleón había decidido la desmembración del «rebelde» país, ofreciendo a Godoy el Algarve para sí y para sus descendientes. Los asuntos de la gran política seguían estando profundamente mezclados con la existencia de la familia real y en aquellos mismos días Fernando «movió pieza». La viudez seguía pesando sobre él, y su círculo de partidarios consideró que en este sentido podrían matarse dos pájaros de un tiro. Así, hicieron llegar una carta secreta al Emperador en la que, tras asignar a Godoy lindezas tales como *pérfido, egoísta, astuto e indigno*, solicitaba de aquel al que llegaban a llamar *muy tierno*

padre «una princesa de su sangre» para casarse con ella. Y nuevamente esta vergonzosa y arrastrada acción mereció el más profundo desprecio por parte del advenedizo corso. Éste, en la cúspide de su poder, se permitía despreciar y mofarse de los miembros, «todavía» reinantes, de una de las más antiguas y brillantes dinastías de Europa.

Naturalmente, los eficaces servicios de espionaje franceses informaron del hecho a Godoy, mientras un anónimo hacía saber al Rey que su hijo encabezaba una conjura para sustituirle en el trono y, como añadida propina, envenenar a la Reina. En las barrocas estancias palaciegas del adusto Monasterio de El Escorial, protegidas de los fríos serranos por los espesos tapices que colgaban de sus muros, se desarrollaba esta compleja trama, que tanto parecía tener de jocosos vodevil. Sus espías informaban a los Reyes que Fernando se pasaba las noches en vela tramando Dios sabe qué y escribiendo sin parar a la luz de un discreto candelabro. La Reina ya no vivía y obligó a su apático marido a llevar a cabo, por vez primera en su vida, una acción clara y decidida. Entraba en su recta final *La Conspiración de El Escorial*.

Cuando Carlos penetró de improviso en la estancia de su hijo le pilló verdaderamente con las manos en la masa. Sobre su mesa había acusadores documentos de su traición, que la sorpresa de la irrupción no le había dado tiempo de esconder. Además de los nombres de los implicados, muchos de ellos altos aristócratas,

se detallaban los planes que se preparaban. Según ellos, Godoy perdería todos sus cargos y bienes y quedaría preso de por vida, y María Luisa, definitivamente apartada de la escena. Muy astutamente, los conjurados pensaban salvar la imagen de Carlos, presentándole como inocente víctima de aquella indigna y depravada pareja.

La comedia siguió su curso, con Fernando arrestado en su propia alcoba por orden de su padre, que para esta ocasión recuperó algunos de sus antiguos ataques de violenta cólera. El hijo no cesaba de implorar su perdón, dispuesto a lo que fuese por eludir los efectos de tan grave acción. Repetía una y otra vez a gritos los nombres de todos los implicados y, por si eso no fuera suficiente, aseguraba que una gran parte de la responsabilidad del hecho recaía también sobre su esposa ya fallecida. Cuando consiguió ver al gran enemigo, que seguía siendo dueño de la escena, se le echó encima llorando y tratando de abrazarle: «¡Manuel, Manuel! ¡Sálvame, por piedad!» Godoy le aconsejó que escribiera a sus padres en demanda de su perdón y Fernando no tuvo reparo alguno en redactar sendas lacrimógenas misivas dirigidas a «Señor. Papá mío» y «Señora. Mamá mía» en las que admitía haber delinquido víctima de ajenos manejos. Al mismo tiempo, insistía en su arrepentimiento, solicitaba su perdón —la clave del asunto— y les pedía que le permitiesen postrarse a besar a ambos «sus reales pies».

Pasado el atestado a manos del ministro de Gracia y Justicia, María Luisa consiguió que su marido absol-

viese al hijo. Frente a tal acto de traición, el Rey esperaba fuertes castigos para los implicados, e incluso la pena de muerte para los más destacados. Pero ante su irritada sorpresa vio que todos ellos, desde aristócratas y destacados eclesiásticos hasta servidores y mensajeros, quedaban libres de cargos. Mientras estos hechos tenían lugar, ya a principios de aquel año crucial de 1808, los soldados franceses seguían entrando en España y pronto serían más de cien mil los que se distribuirían —todavía como bien recibidos aliados— por lugares estratégicos de todo el país.



TIEMPOS DE DESHONOR Y DE INFAMIA

Muy pronto, las exigencias territoriales de Napoleón, que pretendía anexionarse todo el norte del Reino, se mostraron inaceptables incluso para un aliado tan fiel como Godoy. Las tropas francesas ya actuaban como activos ocupantes en las ciudades españolas donde se habían acantonado. Ante tal amenaza, la familia real portuguesa ya había abandonado Lisboa, camino del refugio que les ofrecía el Brasil y, en Aranjuez, se discutía si Carlos IV y la suya no deberían emprender viaje hacia Andalucía para allí embarcarse rumbo a las colonias americanas.

Allí, el 17 de marzo, el Consejo de Castilla, supremo órgano del Estado, discutía con urgencia la cuestión. Tras haber aceptado Carlos marchar a América con la Reina, Fernando aceptó la propuesta que Godoy le hizo de quedar en Madrid. En caso de estallar la guerra con los ocupantes, él se haría cargo del mando de la defensa nacional. Inmediatamente después, aquel

reiterado falsario ordenó a sus partidarios la ejecución de los planes que tenían previstos y que únicamente se habían retrasado un poco. Iban a dar un doble golpe y a apartar simultáneamente de la escena tanto al Rey como a Godoy.

Empezaba la compleja representación del denominado *Motín de Aranjuez*, cambalache que mezcló maquinación política, populismo de baratillo, chabacanería generalizada, traiciones de toda especie, vergonzosas concesiones a cambio de compensaciones materiales y, en fin, toda una amplia gama de actividades personales y colectivas de tan vidriosa como compleja calificación. Organizador de la trama era ahora la nueva mano derecha de Fernando, el joven aristócrata Eugenio Eulalio Palafox y Portocarrero, conde de Teba y Montijo, aventurero, ambiguo oportunista y verdadero prototipo de *chaquetero* hasta el fin. Personaje éste que volvería a la gran Historia de forma indirecta, ya que una de sus sobrinas, Eugenia, sería con el tiempo emperatriz de Francia, al casar con Napoleón III.

En Aranjuez, la víspera del día de san José de aquel 1808, Palafox se ocultó bajo la personalidad de un supuesto *Tío Pedro* para dirigir las acciones prácticas de la conjura. Las rectilíneas calles del Real Sitio se veían pobladas por sospechosos y amenazadores grupos de gente llegados de Madrid, no se sabía por qué en tal cantidad y coincidencia. Se hacían correr rumores de toda clase, que alcanzaron hasta las estancias reales y

metieron el miedo en el cuerpo de María Luisa. Se decía que el estúpido infante Antonio Pascual tenía que ver en la cuestión, algo que en su hermano el Rey no provocó más que ruidosas e incrédulas carcajadas. Pero el mismo Godoy presentía el peligro y en esta ocasión fue un sorprendentemente sereno Carlos el que le deseó las buenas noches diciéndole: «Duerme en paz por esta noche. Yo soy tu escudo, Manuel mío, y lo seré toda la vida.»

A las diez y media de la noche comenzó la función. A un pistoletazo, el *Tío Pedro* irrumpió con una masa de gente en el palacio del favorito. No tuvieron problema alguno en entrar porque la guardia estaba previamente sobornada y nada hizo —o incluso llegó a colaborar— ante el destrozo que allí se llevó a cabo. En aquella tan bien programada acción no se produjo saqueo ni robo alguno; las órdenes hablaban solamente de destruir. Así, la turba que allí entró procedió a destrozar sistemáticamente todos los ricos y ostentosos objetos que había atesorado la codiciosa avidez del extremeño: sillones, cortinajes, cristalería y porcelanas, divanes, cuadros, espejos, tapices, libros, candelabros y toda clase de muebles se vieron en unos instantes convertidos en astillas o jirones y tirados por los suelos, antes de ser entregados a las llamas.

La esposa de Godoy y su pequeña hija fueron cuidadosamente trasladadas a Palacio; allí, luchando entre el miedo y la cólera, las recibió María Luisa. De Godoy nada se sabía. Viendo el inicio de lo que temía, el vali-

do había tenido tiempo de esconderse, se dijo que dentro de unas alfombras enrolladas y olvidadas, en un perdido desván hasta donde no llegaron los tan disciplinados «amotinados». A la mañana siguiente, escuchando la calma dominante y muerto de sed, abandonó su refugio, pero un soldado que le descubrió denunció su presencia, a pesar de la promesa que le hizo de recompensarle bien su silencio. Muy pronto, la noticia de su detención corrió como la pólvora y todos aquellos que hacían su siesta matinal, tras la agotadora acción de la noche anterior, se dispusieron nuevamente a representar el papel que de ellos se requería.

Cubierto solamente por su desgarrado camisón de dormir y una destrozada capa, el que hasta la víspera había sido todopoderoso fue trasladado hasta Palacio, recibiendo insultos verbales, escupitajos y agresiones materiales que le produjeron fuertes magulladuras, heridas en la cara y un gran tajo en una pierna. Sobre la gran escalinata y frente a la enardecida y vociferante masa, apareció el nuevo dueño de la situación, un sonriente y despectivo Fernando, que ostentaba un humeante puro en la mano. Cuando arrojaron a sus pies al verdadero guiñapo que era el odiado Godoy, se permitió decirle con amable altanería: «Manuel, te perdono.» Ante lo que veía, el caído preguntó: «¿Ya es rey Vuestra Alteza?», y aquel gran cínico le repuso: «¿Cómo iba a serlo, si mi padre todavía vive?»

Carlos se había pasado toda la noche interesándose angustiado por la suerte del amigo y, al caer la tar-

de de aquel 19 de marzo –fecha relevante en la Historia de la Monarquía española–, en presencia del príncipe y de sus ministros, abdicó de la Corona a favor de su «muy caro hijo Fernando», aduciendo problemas de salud que le impedían seguir ostentando tal dignidad. Mientras al otro lado de los balcones se oían los perfectamente orquestados vítores de la multitud, un Fernando aparentemente enternecido besó la mano de su agotado padre. Pero, al tratar de hacer lo mismo con su madre, ésta le dio bruscamente la espalda y no se privó de rugirle para que todos la oyeran: «¡Caiga sobre tu cabeza la justicia de Dios!» Después de todo lo pasado y viniendo de quien venía, no parece que al hijo poco o nada le importase oír tan melodramática imprecación.

Pero la intriga no iba a acabar ahí. A los pocos instantes de haber renunciado a sus derechos, Carlos se quejaba de haber sido obligado a ello por un mal hijo, desagradecido e intrigante hasta lo inimaginable. El auditorio que ahora escuchaba tales lamentos estaba compuesto por sus servidores y palafreneros, pero la cosa enseguida iba a pasar a mayores y Carlos, ya arrepentido de lo que había hecho, escribió al Emperador, describiéndole la trama de la que se consideraba víctima y acusando a su hijo de ser «un frustrado parricida», que había planeado la muerte de sus padres.

Tras ordenar el traslado del maltrecho Godoy a la cárcel de Pinto, el vengativo Fernando ordenó requisar todos sus cuantiosos bienes, propiedades y títulos,

mientras su palacio madrileño era víctima de un metódico saqueo y su viejo amigo, el prestigioso literato Moratín, era apedreado en plena calle. Murat, lugarteniente de Napoleón en España, había ocupado el Real Sitio de Aranjuez y puesto bajo custodia de sus soldados a los viejos Reyes. La perversa imaginación de Fernando había ya ideado un ejemplar fin para su caído enemigo y pensaba hacerle trasladar a Madrid en un carronato; allí «habría sido imposible» contener las iras de la orquestada multitud y ésta se habría tomado la justicia por su mano sobre el terreno. Un plan que, al conocerlo, Murat deshizo ordenando su traslado al castillo de Villaviciosa y, desde allí —ya a finales de abril— a Bayona, donde iban a tener lugar los más vergonzosos actos de toda esta larga tragicomedia.

Extenso júbilo en toda España produjeron las noticias sobre la deseada caída de Godoy. Mientras en muchos lugares eran públicamente destruidos los símbolos de su poder, se escuchaban composiciones de esta índole:

*De la madre, del padre, del marido,
arrancaste el honor, y has profanado,
polígamo brutal, aquel sagrado
que, indigno tú, pisar no has merecido.*

Carlos y María Luisa, superados por los acontecimientos, sintiéndose absolutamente solos y amenazados por todas las enfermedades y peligros, veían en

Murat no solamente a su salvador sino al garante de su misma supervivencia y de la del *querido Manuel*. Ello les llevaba a escribir al general francés penosas misivas en las que no parecía preocuparles humillarse calificándole de «señor y hermano nuestro» o de «carísimo señor y hermano», al tiempo que no cesaban sus condenas tanto de Fernando como de su hermano Carlos y del artero Antonio Pascual, ahora sorprendente y destacado personaje en la nueva situación. Preparando el viaje a Bayona, a donde les hacía ir Napoleón, Carlos incrementaba su ruin servilismo hasta los más sonrojantes grados y en una de sus cartas, tras disculparse innecesariamente una y otra vez y quejarse de sus achaques, venía a añadir que: «Estaría en el cúmulo de la infelicidad si la esperanza de ver dentro de pocos días a Vuestra Majestad Imperial no aliviase todos mis males.»

De tal padre, tal hijo, y Fernando vivía ahora, como *El Deseado*, sus horas de mayor gloria. A su entrada en Madrid, el día 24 de marzo, fue tal la enfervorizada bienvenida popular que su cortejo necesitó más de tres horas para hacer el recorrido desde la Puerta de Atocha hasta el Palacio Real. A su alrededor se agolpaban todos aquellos aristócratas y eclesiásticos que habían tomado partido por él, aun a sabiendas de que, si volvían a venir malos momentos, él no dudaría en dejarles nuevamente en la estacada, con tal de salvar su propia piel o conservar sus privilegios. El esperanzado y engañado pueblo cantaba:

*Ya España ha resucitado
con su nuevo rey Fernando,
y estorbará reinando
la ruina del Estado.*

Llevando su zafio populismo borbónico hasta límites verdaderamente grotescos, alborotaba el rey Fernando por las tardes en la plaza de toros, se hacía ver en los paseos públicos y concedía unas audiencias colectivas en las que insistía en que ministros, prelados, nobles y embajadores se mezclasen con elementos del pueblo e incluso con mendigos. Él les recibía en bata, blandiendo su sempiterno y humeante habano y portando en la otra mano —quizá como otra demostración de su «amistoso y despreocupado» temperamento— una escupidera, a la que continuamente recurría sin ocultarse. Cuando los franceses solicitaron la devolución de la espada que su rey Francisco I había entregado tras su derrota en Pavía a manos de Carlos V, Fernando ignoró las opiniones que se alzaron en contra, aduciendo simbolismos históricos, y decidió: «Demos gusto a la familia imperial. ¿Qué nos importa un pedazo de hierro?»

Llamado por el gran árbitro del momento, Fernando marchó también a Francia, dejando a su tío, el ahora muy activo Antonio Pascual, al frente de una Junta de Regencia. Cuando llegó a Bayona, el 20 de abril de 1808, su hermano Carlos le comentó, alterado, que Napoleón estaba decidido a acabar con la dinastía bor-

bónica. De hecho, cuando finalmente Fernando se vio ante el idolatrado y temido Emperador e insistió en besarle en las mejillas, mientras servilmente le llamaba *mon frère*, comprobó decepcionado la absoluta frialdad del otro. Durante estos días, el Emperador ocupaba aquel Palacio de Marrac, construido pero nunca ocupado por Mariana de Neoburgo y que había heredado su sobrina Isabel de Farnesio.

Sin perder tiempo, el amo de Europa le dijo que debía presentar inmediatamente su abdicación. Fernando, ya degustadas las mieles del poder, quedó horrorizado ante tan inesperada imposición pero, aun sabiendo cómo se las gastaba el corso y con clara conciencia de encontrarse en sus manos, se negó. Napoleón simplemente se limitó entonces a esperar a que llegase el resto de la familia para, ya con todos los protagonistas, volver a plantear por las buenas lo que ya tenía decidido llevar a cabo por las bravas: hacerse con la Corona de España.

El día 26 llegó Godoy a Bayona y, ante un Napoleón que no le ocultaba una cierta admiración, le manifestó su esperanza de que se produjese la tan deseada reconciliación entre padres e hijo. Luego, una nota del Emperador revelaba tanto su profundo cinismo como aquel aprecio que siempre sintió por aquel otro-
ra todopoderoso:

El Príncipe de la Paz tiene el aire de un toro y ha sido tratado con una barbarie sin precedentes. Sería

aconsejable protegerle de toda infamia pero, al mismo tiempo, cubrirle con un ligero tinte de desprecio.

Cerrando este penoso desfile, el último día de abril, en una chirriante carroza que precedía a una serie de vehículos cargados hasta los topes de muebles y objetos de toda clase, llegaban extenuados los viejos Reyes. Ellos sí recibieron unos honores formales que su anfitrión había negado al hijo. La niña Carlota Godoy iba con ellos y, a las pocas horas, se sumaba a la *troupe* Pepita Tudó con los pequeños Godoy *de la main gauche* y toda su codiciosa familia. Ahora, la desgracia les unía; María Luisa pareció olvidar viejos odios y hasta la nombró su dama de honor.

Allí se produjo el tan temido encuentro entre los padres y el hijo traidor, rodeado por todos los sonrientes y satisfechos implicados en la conjuración de El Escorial. A Fernando, su padre le increpó: «¿No te has cansado de ultrajar mis canas?» Cuando apareció Napoleón, Carlos le abrazó con ansia, quejándose sin parar de todos sus males, físicos y morales, recurriendo a las formas más melodramáticas: «Su Majestad Imperial desconoce el mayor de los dolores. No hay desdicha más terrible que la de un padre al quejarse y avergonzarse de su propio hijo. [...]» El encuentro con Godoy estuvo, como era de esperar, abundantemente bañado en lágrimas por parte de todos. Eran lágrimas de agradecimiento a la Providencia por haberles permitido sobrevivir a tales desgracias, pero también pen-

sando en los bienes perdidos y, junto a esto, por la incertidumbre ante lo que el destino les deparaba.

Como especial consideración personal a tales encuentros, Napoleón había hecho venir de París a su esposa, la emperatriz Josefina. Ésta describiría luego la horrible impresión que le había producido la caduca María Luisa, profusamente maquillada y exageradamente escotada, dando la impresión de «una momia medio desnuda», que durante la cena se entretenía en jugar con sin disimulo alguno con su dentadura postiza. Pero lo importante estaba por llegar y Napoleón organizó el «careo» entre las partes.

Un empecinado Fernando se negaba una y otra vez a renunciar a la Corona, que su padre le exigía, envalentonado por el aparente apoyo que el Emperador le prestaba. A pesar de su estado, el viejo Rey se hallaba perfectamente aleccionado y al principio planteó justificaciones «legales» a su exigencia. Afirmó que su renuncia había sido forzada y hecha con unas reservas de conciencia que ahora servían para anularla. Pero esta vía civilizada evidentemente no llevaba a nada, e incluso la propia y suave intervención de Napoleón para decidir a Fernando —«Señor, sois muy tonto y muy malo»— no sirvió para nada.

Así, la culminación del penoso sainete llegó —como en tantas disputas familiares— con la intervención de la iracunda María Luisa, que se dirigió a Napoleón diciéndole: «¡Mátelo, Su Majestad Imperial!», añadiendo —lo que no dejaba de tener su gracia, viniendo de quien

venía—: «¿No ve que es un hijo de mala madre?» Los graves asuntos de Estado se habían rebajado hasta niveles de las más ruines rencillas domésticas y cuando el ansioso y envarado Fernando le preguntó a su padre por qué ahora le exigía lo que pocos días antes le había dado, éste le contestó en el estilo más casero: «¿Y a ti qué te importa? ¡Porque se me antoja! ¡Y obedece de una vez!» Pero, por el momento, la partida quedó en tablas y Bonaparte, cada vez más harto de gastar tiempo y paciencia a causa de toda aquella gente a la que tan profundamente despreciaba, decidió esperar una vez más.

Pero la situación iba a desbloquearse, empujada por el desencadenamiento de unos hechos verdaderamente dramáticos, de los que puede decirse que hicieron entrar a España en la Edad Contemporánea. En la madrugada de aquel sangriento Dos de Mayo que iba a marcar la Historia, salían para Bayona los miembros de la Familia Real que todavía quedaban en Madrid: el infante Francisco de Paula —el supuesto *pequeño Godoy*—, su hermana Luisa y el inefable Antonio Pascual, feliz con su protagonismo político. En las calles de la capital, ocupada de hecho por las tropas de Murat, pululaban grandes grupos de gente sin ocupación aparente.

En un momento dado, alguien difundió a gritos que se había visto al adolescente Francisco llorar en el interior de la carroza de viaje, aparcada a la puerta de Palacio que da a la actual Plaza de Oriente. Se inter-

pretó aquello como una emotiva e impotente negativa a ser trasladado a Francia y sirvió muy oportunamente como señal de salida para el inicio de una revuelta que evidentemente estaba planificada de antemano. Varias mujeres cortaron las riendas de la carroza real y sus pasajeros debieron volverse al interior de Palacio; allí hicieron que Francisco de Paula saliese al balcón principal para saludar y tranquilizar al pueblo. Pero ya la situación había entrado por los derroteros previstos y el enfrentamiento entre paisanos y soldados franceses convirtió a la capital en un campo de batalla, donde las más espeluznantes atrocidades por ambas partes provocaron un espantoso baño de sangre.

Al día siguiente dio comienzo la represión y se produjeron masivas ejecuciones de españoles. El impresionado genio de un horrorizado Goya dejó para la posteridad la mejor y más trágica expresión de aquellos hechos. Cuando Madrid se hubo pacificado de esta forma, Antonio Pascual se apresuró a felicitar a Murat por su eficacia en la forma de conducir tan difícil situación...Y, a continuación, marchó con sus sobrinos hacia la seguridad que les ofrecía la frontera francesa.

Cuando Napoleón tuvo noticias de los hechos de Madrid, estalló en una previsible cólera y ya no quiso seguir jugando a la dilación con sus indeseados huéspedes. Ahora, expeditivamente, amenazó a Fernando —«Príncipe, debe elegir entre la cesión o la muerte»— con someterle a un sumarísimo consejo de guerra, como responsable de la muerte de los soldados fran-

ceses a manos de los madrileños. Mientras Fernando se lo pensaba, su padre realizó la segunda de sus abdicaciones, ahora a favor del triunfador del momento. Le entregaba sus derechos como soberano de España y su Imperio y sus propiedades privadas a cambio de un par de buenos castillos —uno de ellos, el célebre de Chambord, en el valle del Loira— como residencia permanente y una muy sustanciosa renta para él y para su mujer en caso de viudez.

A pesar del gran estado de tensión en que Carlos debía lógicamente hallarse, la doblez de su carácter le llevó a «nadar y guardar la ropa» y, para no firmar personalmente tal deshonroso acuerdo, hizo que lo hiciese por él un desganado Godoy, que ya no tenía cargo oficial alguno. Al día siguiente, 6 de mayo, Fernando abdicaba por fin; a cambio, también él se aseguraba una cómoda residencia y unas buenas rentas. Eran momentos en los que Carlos andaba ya por los pasillos clamando histriónicamente ante quien le quisiera oír: «¡Sólo puedo decir que yo no abandoné a mi pueblo! ¡Me arrojaron de la Corte y me echaron al destierro! ¡Dios me hará la justicia que los hombres me niegan!»

Mientras una Asamblea de Notables redactaba para España la primera Constitución de su Historia, imitada de la francesa y que nunca iba a tener vigencia, José Bonaparte se preparaba para instalarse en Madrid como Rey. Indiferentes a esto y solamente interesados en comenzar a disfrutar de la tranquilidad y el bie-

nestar comprados a tan alto precio, los miembros de la Familia Real marcharon a los destinos previstos. Fernando, acompañado de su hermano Carlos y el «buen» tío Antonio, todavía tuvo la desfachatez de emitir una proclama a la nación española, que ya comenzaba a desangrarse en durísima guerra. En ella, animaba a sus antiguos súbditos a que confiaran en conseguir «la mayor dicha, de las sabias disposiciones y del poder del Emperador».

Indicaba que el más manso sometimiento a las órdenes del triunfador constituiría para él —Fernando— el mayor placer y llegaba al extremo de añadir, por último, que había olvidado sus particulares intereses y renunciado a sus derechos únicamente llevado por el «único objeto de sus deseos»: la felicidad del país... Unos desinteresados afectos para él que, además de las suyas, incluso se había asegurado de Napoleón unas rentas para su esposa, caso de volverse a casar durante este exilio de desconocida duración. El sistemático incumplimiento por el Emperador de tales pactos, que nunca pensó respetar, iba a ser el justo pago bien merecido por todos aquellos despreciables elementos.

Por su parte, los viejos Reyes se instalaban sucesivamente en los magníficos castillos de Fontainebleau y de Compiègne, considerados adecuados a su dignidad. La antigua *Trinidad* era ya ahora una verdadera *troupe*, presidida por un consentidor y amable abuelo que no cesaba de escribir a Napoleón, aburriéndole con las reiteraciones de su más inquebrantable lealtad,

pensando con ello asegurarse los mensuales cobros acordados. A su lado y en medio del griterío de los bastardos de Godoy, María Luisa y Pepita estaban convertidas en íntimas comadres, al lado de un Manuel disminuido que no sabía qué hacer con su vida y que, a estas alturas, aparecía como el humanamente menos infame de todos ellos.

Muy pronto pudo comprobar el defraudado Carlos que los bellos bosques de Compiègne no eran en absoluto comparables a los que acostumbraba a recorrer día a día en sus destructoras partidas de caza por los alrededores de Madrid. Así, aduciendo muy astutamente achaques de salud, comunicó al Emperador su interés por establecerse en zonas más cálidas que le recomendaban sus médicos. Napoleón aceptó encantado la idea de que le dejaran libre aquel importante castillo y les autorizó para que marchasen a donde quisieran. Ahora, para él, todos aquellos rastreros Borbones no eran ya más que ridículos y molestos monigotes a los que, encima, debía por el momento mantener.

Hasta la primavera de 1812 el grupo vivió entre Aix-en-Provence y una finca en las proximidades de Marsella. La guerra en España actuaba de forma determinante sobre la suerte del Imperio napoleónico, que entraba en irreversible declive. Al paso de estos años y con la fortuna cada vez más enfrentada, el Emperador fue retrasando y recortando las asignaciones que se pagaban a tan indeseables huéspedes. Desde ambas par-

tes se mantuvo una extensa y detallada correspondencia, debido a este permanente tira y afloja, que siempre parecía amenazar la misma supervivencia de los exiliados.

Mientras no cesaban los rumores que afirmaban que se habían traído con ellos las joyas y los tesoros de la Corona, de legendario e inmenso valor, Carlos se endeudaba hasta las cejas con bancos y casas de crédito, negando firmemente en todo momento que estuviesen en posesión de aquellas riquezas. Esta precariedad material fue quizá la principal razón que les impulsó, en el verano de 1812, a marchar a instalarse en Roma. De esta época es la descripción que de la pareja dejó el prefecto de Marsella y que coincidía con la que en general ofrecían a todos. Si Carlos le pareció un anciano «alto y hermoso, honrado, bueno, sencillo y abstemio, aunque ignorante,,», María Luisa se le mostró «pequeña, fea y basta, si bien tiene hermosos brazos y, en excepcionales ocasiones, muestra fortuito ingenio y asombrosa dignidad». Como buen cotilla, detallaba también su adorno personal, de «plumas, cadenas y joyas, que dice sus únicas alhajas».

Godoy, el siempre cabizbajo tercer vértice del grupo, también mereció su natural curiosidad y le vio con buen aspecto físico, añadiendo, benevolente: «Le falta distinción, pero a veces la agudeza le enciende los claros ojillos.» Este observador funcionario anotó también un comentario de Carlos sobre María Luisa que, sin duda conocedor de la historia del terceto, le debió

sorprender en alguna medida: «Es una buena madre y una buena esposa. Jamás me causó el menor disgusto.» Mientras tanto, en el Cádiz asediado por las tropas francesas, las Cortes redactaban una Constitución que sirviera de base para la futura convivencia de los españoles, una vez alcanzado el fin de la guerra, que ya se anunciaba próximo. Pero esto a Carlos no le importaba nada en absoluto; las remesas a recibir cada mes eran su única preocupación.

El 18 de julio de 1812 se instalaban los viejos Reyes en Roma, en el suntuosísimo Palazzo Borghese, que muy pronto se vieron obligados a cambiar por el Palazzo Barberini, cuyos alquileres eran más reducidos. Llevaban allí una vida de antiguos burgueses, ya que no tenían más remedio que olvidarse de unos fastos que no podían costearse, asfixiados como estaban por los impagos y retrasos de los dineros franceses. Trataban de mantener una pequeña corte, pero para ello debían empeñar las cuberterías de plata y algunas joyas. Carlos no dejaba de quejarse del estado al que les había arrojado Napoleón, al que ahora se atrevía a llamar —naturalmente, en privado— «el tirano que nos oprime». Acosado por todas partes, ciertamente no iba a preocuparse el angustiado Emperador por quienes para él no habían sido más que unos pequeños y miserables peones, que tan interesadamente se habían prestado a una de sus muchas jugadas.

Con todo, y a pesar de aquellas permanentes apreturas, no abandonaban la vida que estaban acostum-

brados a llevar. Las salas y habitaciones del palacio estaban lujosamente decoradas y, aparte de una magnífica biblioteca y una espléndida colección de relojes antiguos e instrumentos musicales, de sus muros pendían valiosas telas firmadas por Tiziano, Ribalta y Ribera, entre otros. En la nueva residencia romana tuvo Carlos la alegría de recibir uno más de sus caprichos: un enorme y costoso reloj de pared que había encargado fabricar cuando todavía era Rey de España y que ahora le era entregado aquí.

Vivían todos juntos y se prestaban a penosos juegos, como cuando Godoy se veía obligado por María Luisa a vestir, uno tras otro, los brillantes uniformes que había conseguido rescatar del desastre y que ahora para todos —menos para ellos tres— no eran más que simples disfraces descoloridos, decadentes y ridículos. Cuando, a fines de 1813, Napoleón y Fernando acordaron el regreso de éste a una España liberada de la ocupación, a Carlos solamente le interesó la cláusula que traspasaba al hijo el pago de las rentas a las que el Emperador se había comprometido. A partir de ahora, las tensiones generadas por anunciados envíos, esperados cobros y habituales retrasos iban a establecerse ya entre Roma y Madrid.

Así, si sintieron alegría los viejos Reyes cuando tuvieron por fin noticia del regreso de *El Deseado* a su Reino, en marzo de 1814, fue porque ya se sentían más seguros de la regularidad del cobro de sus asignaciones. La entronización de Fernando como rey y el inme-

diato hundimiento de España en el absolutismo más oscuro y brutal era, para ellos, algo extremadamente lejano y carente de importancia. En Italia se sentía la pareja muy a gusto; para los dos era en definitiva como haber vuelto a casa, a la tierra en la que habían nacido. Por otra parte, el Palazzo Barberini, con la vuelta de Fernando al trono en Madrid, se convirtió en un verdadero nido de espías e informadores del monarca, que empezaba a extender una larga y densa red de intrigas. Les esperaba todavía a los ancianos exiliados una breve y aterrada escapada a Verona, cuando Bonaparte regresó de su encierro en la isla de Elba e implantó su Imperio de los Cien Días.

Fernando estaba, como muchos otros, convencido de que su madre había rapiñado, de acuerdo con Godoy, las joyas de la Corona y ahora, desde su posición de fuerza, estaba dispuesto a recuperarlas. Tenía la sartén por el mango y se mostraba decidido a utilizar sin piedad la permanente amenaza de dejar de hacer los envíos de dinero en caso de no obtener lo que quería. En primer lugar, para dejar todo bien atado, a cambio de una considerable cantidad obtuvo de su padre —a espaldas de su madre y de Godoy— una nueva y definitiva abdicación de sus derechos sobre el trono y el Imperio. Más adelante, por medio de hábiles corruptelas, consiguió del Papa que desterrase a Godoy de Roma, haciendo todas las gestiones necesarias para que ningún otro país le diese asilo.

Largas y lacrimógenas solicitudes de los viejos Reyes consiguieron el retorno del *amigo Manuel*, a quien, por otra parte, el vengativo y codicioso Fernando siempre se negaría a devolver las grandes propiedades que le habían sido confiscadas. Más adelante, aquel vidrioso asunto de las joyas implicaría a la Tudó, acusada de haberse hecho con una parte de ellas. Y nuevamente entraría en danza toda una serie de embajadores, espías y agentes de todo pelaje inútilmente enviados desde Madrid para recuperarlas. El asunto llegó a tener una difusión a escala continental, convirtiéndose en materia de comentario y discusión en Cortes y cancillerías de toda Europa.

Pero de todos los oscuros e inconfesables asuntos y manejos que se cocieron entre los muros de aquel palacio romano había uno que parecía ser especialmente grave. Un turbador secreto de familia se incrustó aquí para mayor deshonra de todos los implicados. Vivía allí todavía con sus padres aquel Francisco de Paula que tan oportunamente había lloriqueado el Dos de Mayo. Superados ya los veinte años, se había ganado una justificada fama de crápula, amante de damas y fecundador de criadas, además de sospechoso de pertenecer a la tan temida como odiada Masonería. En una estancia próxima a la suya dormía Carlota Godoy, especial protegida de María Luisa, que tenía ya quince años. Y nació el rumor de que la chica estaba embarazada del rijoso infante. Todo hubiera podido ser una historia menor más y ya muy vista,

producida y ocultada al amparo familiar, si no fuera por la persistente sospecha de que él era hijo del viejo valido y, por tanto, hermanastro de aquella con la que se suponía mantenía relaciones. A la vista de todo esto, bien puede decirse que ni el más imaginativo guionista hubiera podido superar lo que la realidad iba planteando de forma espontánea. Pero la cosa no acababa ahí y lo mejor, por decirlo de algún modo, estaba todavía por llegar.

Y era que, de común acuerdo, María Luisa y Godoy plantearon como muy conveniente la idea de que los dos jóvenes se casasen, estabilizando así la situación de ella y reconduciendo adecuadamente la poco ordenada existencia de él. Carlos reaccionó como podía esperarse y, sin demostrar sorpresa ni resistencia alguna, dio su asentimiento al enlace. Aquí se plantea un grave interrogante que todavía sigue dando que pensar y hablar a los historiadores: ¿Llegaría tan lejos la infamia de la vieja Reina y su valido como para legalizar un incesto? ¿Querían quizá con él reforzar todavía más su larga y estrecha unión? O, por el contrario, ¿sería cierto lo que apuntaban los defensores de ambos y nunca había habido nada físico entre ellos? Y sobre Carlos, ¿había olvidado los viejos rumores y abiertas acusaciones de adulterio? o, en otro caso, ¿había estado siempre tan seguro de la fidelidad de su mujer y de su amigo que nunca había dado el menor crédito a tales habladurías?

Fuese cual fuese el verdadero fondo de tan sucio asunto, lo cierto es que cuando Fernando fue informado de ello montó en gran cólera, se negó a dar su aprobación a la boda y ordenó a su hermano menor que se volviese a España. También aquí se abren suculentos interrogantes: ¿Reaccionaba así horrorizado por lo que moralmente tal propuesta significaba o, por el contrario, quería evitar devolver a la hija de Godoy, si se convertía en su cuñada, los cuantiosos bienes confiscados a su padre? Conocido más que sobradamente el tipo de personaje que era Fernando y su catadura moral, cabe pensar que para él la segunda posibilidad pesase mucho más que la primera.

Hasta el fin de sus días, el hijo siguió dirigiendo las existencias de sus padres. A cambio de un incremento de la cada vez más reducida pensión, Carlos se prestaba en secreto a sus maquinaciones dirigidas contra el antiguo valido. Así, el viejo Rey no tuvo problema alguno en traicionar al que seguía llamando *amigo* y firmó cartas dirigidas al emperador de Austria, y escritas por los agentes de Fernando, solicitándole que negase a los Príncipes de la Paz asilo en Viena:

Mi decoro, el del rey mi hijo y la pública opinión de los españoles y de Europa entera no se conforma con las gracias ambicionadas por Godoy, y mi paz doméstica reclamará absolutamente su alejamiento de esta capital –Viena– aunque lo que únicamente obtuviera no fuera más que el derecho de asilo.

Lanzado ya por esta vía, acusaba a *su incomparable* Manuel de muchos y variados delitos y llegaba hasta pedir que a la Tudó se le prohibiese poner pie en suelo austríaco debido a motivos «de moralidad».

En aquel tenebroso palazzo nadie parecía capaz de librarse del influjo del mal y parece que la misma Carlota, inocente víctima de tanta manipulación e informada de toda la trama que sin saberlo había protagonizado, no tardó en acabar prestando servicios como informadora de Fernando acerca de las cotidianas actividades de la anciana pareja real. Finalmente, la casarían con un aristócrata romano sin muchos posibles, el Conde Rúsoli. A estas alturas ya todo era declive y Carlos y María Luisa se movían, como los ancianos que eran, entre el insomnio y la gota, la malaria y la pérdida de apetito. A pesar de todo, en el otoño de 1818, Carlos decidió visitar en su Nápoles natal a su hermano, el rey Fernando, aquel *Nasone* que, como padre de su nuera María Antonia, la *Totó* primera esposa de Fernando, había sido su efímero consuegro.

La salud de María Luisa se deterioraba de forma imparable y su nunca agraciado físico ofrecía ahora el aspecto de un verdadero esqueleto andante. Ante un fin que parecía aproximarse, la codicia decidió a Fernando a dar un nuevo golpe. Sabía que la Reina había dejado por testamento, con la aprobación de su marido, el grueso de sus bienes personales a Godoy, aparte de algunos pequeños legados a sus hijos. Parecía

ahora ser la última oportunidad de cambiar tal decisión y para ello pensó en utilizar a su padre de la forma más vil. Fernando de Nápoles y el embajador español se encargaron de hablar claramente a Carlos de la realidad de aquel tan viejo y difundido adulterio, que él parecía ser el único en ignorar. Oído lo que le comunicaron y ante la escandalizada sorpresa de tan serviciales intermediarios, el pausado Carlos de toda la vida les comentó, con la más absoluta tranquilidad, que siempre lo había sabido todo.

Tan ejemplarizante historia personal y familiar iba a cerrar muy pronto este capítulo, pero no sin algunos chispazos de lo mismo que durante décadas la había jalonado. Marchó Carlos a Nápoles a pesar del progresivo agravamiento de su mujer y allí cogió absolutamente por sorpresa a su hermano, diciéndole que no solamente estaba dispuesto a denunciar aquel testamento de su mujer, sino que iba también a solicitar la anulación pontificia de su matrimonio. Y el muy cínico le anunciaba la causa que iba a aducir para ello: la bien conocida y prolongada infidelidad de su esposa. En Roma y sin tener noticia de esta inesperada decisión, durante la noche del 2 de enero de 1819, moría la vieja Reina, víctima de una pulmonía mal diagnosticada. Parece que sus últimas palabras fueron dirigidas a su hija María Luisa, que testimonió haberle oído decir: «Yo me acabo. Te dejo a Manuel. Ten la seguridad de que no hallaréis en nadie más afecto tú y tu hermano Fernando...»

Todavía dos días más tarde, antes de recibir noticia de su nuevo estado de viudo, un sorprendentemente alterado Carlos recuperaba sus viejos arrebatos de ira y escribía acerca de aquel discutido testamento, «por ser contra nuestras leyes»... Eran las mismas horas en que el desconsolado Godoy escribía a la Tudó en extremos desgarradores: «¡Ya no existe mi protectora! ¡Murió Su Majestad la Reina y el Rey no llega!»

Lo cierto es que, cuando se enteró de la muerte de su mujer, Carlos decidió permanecer en Nápoles y no se tomó la molestia de volver a Roma para los funerales. Muy pocos días después escribía a Godoy con dolorido distanciamiento: «No puedes figurarte cuánto he sentido el terrible golpe de la pérdida de mi esposa bienamada, después de cincuenta años de feliz unión. [...]» A pesar de los pesares y por encima de todo, la farsa parecía seguir funcionando hasta el fin, pero algo había cambiado y, sin decírselo claramente, el viudo expulsaba de su residencia al antiguo valido y a su hija. Muy poco después sí venía a concluir verdaderamente la historia. Tras una breve enfermedad, con agravamiento de la gota y alta fiebre, el 19 de enero de 1819, moría Carlos IV en el Palacio Real de Nápoles. Mientras su hermano expiraba, el rey Fernando se hallaba cumpliendo con la compulsión familiar y disfrutaba de su cotidiana cacería, que ni la extrema enfermedad de Carlos le había decidido a perderse.

Fernando VII siguió la tradición dinástica y ordenó repatriar los restos de sus padres para colocarlos en

el Panteón de Reyes de El Escorial. No hay que decir, naturalmente, que Godoy no recibió ni un céntimo de la herencia que *su* Reina le había legado. Tras un largo ocaso definido por permanentes problemas familiares y estrecheces materiales, moriría el antiguo Príncipe de la Paz en París, en 1851, en medio de una pobreza soportada con dignidad. Sus restos reposan hoy en el cementerio del Père Lachaise.

Curioso colofón de toda esta complicada y «ejemplar» historia fue el episodio –sin duda, también bastante «edificante»– protagonizado por el último confesor de la Reina, fray Juan de Almaraz. Como ella le hiciera a éste un legado nada desdeñable y pasaron varios años sin que lo cobrara, escribió a Fernando una carta en la que afirmaba que, en secreto de confesión, su madre le había confiado que «todos» sus hijos lo eran también de Godoy. En consecuencia, amenazaba abiertamente con divulgar tal hecho en caso de no cobrar de una vez por todas el esperado legado. Pero no sabía el incauto que con un elemento como Fernando no se podía jugar. La reacción de éste fue la que cabía esperar: sus esbirros secuestraron al audaz fraile, le trajeron a España y fue arrojado a una insalubre celda del castillo de Peñíscola. Solamente pudo salir de allí largos años después, tras el fallecimiento del Rey, para morir miserablemente poco después.

Junto con los cuerpos de sus padres, Fernando había ordenado el traslado a España de todos sus bienes, desde la rica pinacoteca hasta el servicio de mesa de

oro y plata, desde los relojes y las armas hasta las tan polémicas joyas de la difunta Reina. Sobre este tan discutido asunto parece que finalmente quedó claro que solamente se había llevado al exilio las que eran de propiedad personal y que, en cualquier caso, no alcanzaban el extraordinario valor que todas las cábalas les habían atribuido. El resto de los bienes de los antiguos Reyes fue puesto a la venta en Roma. Entre otras cosas, habían dejado cincuenta y seis caballos, seis burras de leche, dos guacamayos y un papagayo.



LA PLUMA DEL REY JOSÉ

Verdadero «rey cuña», impuesto por la fuerza de las armas de los ocupantes franceses, la figura de José Bonaparte, José I de España, sin duda queda muy favorecida en comparación con los verdaderos indeseables que fueron aquellos elementos que ocuparon el trono —Carlos IV y Fernando VII— antes y después que él. Algo que, por supuesto, no le libra de presentar en su actuación como monarca en situación de excepción rasgos oscuros de imposible justificación.

Hermano mayor de la tan activa familia Bonaparte, era un considerado joven abogado cuando se sumó a la Revolución y se trasladó con su familia a Francia, desde la Córcega natal. Siguió a partir de entonces la fulgurante carrera de su hermano Napoleón en las campañas de Italia y, más adelante, fue diputado de la República y embajador. La posición del hermano, lanzado hacia el poder supremo, le empujó hasta

puestos cada vez más destacados, hasta que en marzo de 1806 fue proclamado Rey de las Dos Sicilias, tras haber expulsado del trono napolitano al incapaz Fernando IV, *Il Nasone*, hermano de Carlos IV de España, al que entonces tan poco tiempo le quedaba de reinar.

Como monarca de aquel Reino, impuso José una política reformista que transformó sus arcaicas estructuras, le hizo ganar muchos apoyos entre la burguesía y un profundo rechazo entre una aristocracia en nada dispuesta a perder sus tradicionales privilegios.

Cuando el Emperador comenzó a desplegar sus fuerzas por España, tenía ya decidida la expulsión de aquellos corruptos y degenerados Borbones a los que tan profundamente despreciaba. Ofreció así la Corona de España e Indias sucesivamente a otros dos de sus hermanos a los que ya había hecho reyes: Luis, de Holanda, y Jerónimo, de Westfalia. Tras recibir sus negativas, la ofreció a José, incluso antes de haber obtenido aquellas vergonzosas dobles abdicaciones de Bayona. Un decreto del 4 de junio de aquel año trágico de 1808 proclamaba rey a José I. Una serie de destacados políticos que habían sido ministros de Fernando VII durante su breve y primer reinado pasaron a colaborar con el nuevo Rey.

A ritmo de fandango y a espaldas de cualquier soldado o destacamento francés, por lo bajo, los nuevos súbditos del corso canturreaban, en verdadero derecho al pataleo:

*Es mi voluntad y quiero,
ha dicho Napoleón,
que sea rey de esta nación
mi hermano José Primero.
Es mi voluntad y quiero,
responde la España ufana,
que se vaya a cardar lana
ese José, rey postrero.*

Después de la experiencia napolitana, José se lanzó a aplicar su política de renovación en todos los órdenes, actuando como un verdadero monarca ilustrado, radicalizado además por su fe revolucionaria. Enseguida, la reacción popular se manifestó mediante las consabidas cancioncillas, cuestionando castizamente su extranjería y alzándose chulescas ante el que parecía no ser más que un débil y obediente instrumento en manos de su hermano:

*En la plaza hay un cartel
que nos dice en castellano
que José, rey italiano,
viene de España al dosel.
Y al leer este cartel
dixo una maja a su majo:
que me cago en esa ley,
porque aquí queremos rey
que sepa decir ¡Carajo!*

La verdad es que parecía que el pueblo había olvidado quién era su rey hasta semanas antes, en aquel

baile de impresentables al que habían jugado Carlos IV y su hijo Fernando. Cuando llegó a España, era José un atractivo hombre de cuarenta años, casado y con dos hijas pequeñas. Su mujer, Julia Clary, hija de un acaudalado comerciante marsellés, era hermana de Desirée que se casaría con Bernadotte, uno de los jóvenes generales napoleónicos, que llegaría a convertirse en rey de Suecia y fundador de la dinastía que todavía hoy reina en aquel país. Formaban la más tradicional pareja: él, mujeriego y casquivano, superficial y vanidoso; ella, la pobre víctima, la sufridora sensible y discreta. El poco agraciado físicamente Napoleón siempre había envidiado el éxito de su hermano mayor dentro de los espacios femeninos. Y si el bullente París de la Revolución y el Imperio había sido un permanente campo de caza y captura para este gran seductor, su etapa como Rey de Nápoles no se había quedado atrás en cuanto a piezas cobradas.

Los cinco años que se mantuvo en España estuvieron, ante todo y lógicamente, definidos por la situación de guerra que vivía el país. Pero, mientras se sucedían batallas de muy diferente signo, con la permanente acción de la guerrilla y la persistente represión del invasor sobre la población civil, en la mayor parte de las ciudades la vida seguía un curso aceptablemente normal. La política reformista que José impulsó contó con el más decidido apoyo de los elementos progresistas procedentes de las clases medias urbanas, que serían luego perseguidos acusados de *afrancesados*. En todo momento debió soportar la sombra de su hermano,

que en el invierno de 1808 se vio obligado a venir en persona a resolver una situación que cada vez era más complicada.

Sería de entonces la tan relatada escena de la visita que el Emperador, alojado en la finca de un aristócrata, en la cercana localidad de Chamartín, hizo a José. Descendiendo por la suntuosa escalera principal del Palacio Real, aquélla en cuya construcción Carlos III había puesto tanto interés, *el Dueño de Europa*, como buen nuevo rico siempre fascinado por la ostentación, le comentó a su hermano: «En verdad que estáis mucho mejor instalado que yo...»

Para todos estaba claro que José dependía por completo de la voluntad de su hermano y que ninguna de sus decisiones tenía valor si no era autorizada por el Emperador. De ahí, el chulesco desprecio por este rey sin poder real, al que los patriotas presentaban como un verdadero títere y, como tal, merecedor de todo tipo de burla.

Las difíciles circunstancias de reunirse en un país materialmente puesto en pie de guerra retrasaron mucho la venida de la reina Julia. Cabe suponer que su marido no insistía demasiado en ello, habida cuenta de los permanentes tejemanejes que en el plano íntimo se traía, aun dentro de la situación de grave inestabilidad que hubo de afrontar. De camino a Madrid, en Vitoria conoció a los Marqueses de Montehermoso; ella era una bella y encantadora mujer madura con bastante experiencia en las lides extramatrimoniales. Su marido, don Hortuño de Aguirre Zuazo, de viejí-

simos y nobilísimos ancestros, era un habituado consentidor, y tuvo ahora el «honor» de complacer –de modo indirecto como eficaz– al nuevo monarca. Claro que no lo hizo en balde: el agradecido José no solamente le nombró gentilhombre de Cámara, sino que le hizo caballero de la Orden Real y le elevó a la dignidad de Grande de España.

Esta historia se mantendría a lo largo de toda su estancia española, siempre persistente y sirviendo como marco de referencia a muchas otras que la marquesa le admitía a su insaciable amante a sabiendas de su efímero carácter. Siempre estarían unidos, en una relación que, naturalmente, saltó entre broma y burla a los mentideros y a la calle, en forma de coplas de todo color, de las que la que sigue no es de las más directamente lanzadas «al grano»:

*La Montehermoso
tiene un tintero,
donde moja su pluma
José Primero.*

El que fue de inmediato motejado de «Rey Intruso» siguió así disfrutando de tan especial situación de provisional soltería y comprensivo amantazgo, pican-do sin pausa entre la aristocracia. Una opulenta y sensual criolla, la joven viuda del viejo y difunto Conde de Jaruco, que fuera gobernador de La Habana, fue la siguiente en la lista y, tras su repentina muerte, el ojo

avizor del Rey se posó en su hija, también casada. Luego seguirían, siempre bajo el control de la Montehermoso, la mujer de un proveedor de las tropas de ocupación, una soprano italiana de nombre Fineschi y la esposa del embajador de Dinamarca. Fuera de los severos muros del Palacio Real, con todo su numeroso personal como posible testigo, José había convertido el Palacete de la Moncloa en su refugio para estos incestuosos y siempre renovados encuentros eróticos.

Víctima del odio de quienes se consideraban furibundos patriotas, fue José objeto de toda clase de ataques verbales, expresados en motes en nada justificados. Así, los de «Pepe Botella» y «Tío Copas», debido a una nunca probada y desmedida afición al alcohol o el todavía más absurdo de «Rey Plazuelas», por su decidida política de urbanismo racionalizador de la Villa de Madrid, en la que el derribo de vetustos y extensos edificios conventuales entregó a la población espacios abiertos para su uso y disfrute.

Nada de esto interesaba a los elementos tradicionalistas, tanto los del ignorante pueblo llano como los pertenecientes a la más rancia nobleza, cuya secular posición veía en peligro. Así, seguían naciendo, incestuosos, las coplillas ofensivas:

*Tráelo, Marica, tráelo
a Napoleón,
tráelo y le pagaremos
la contribución.*

*Ya viene por la Ronda
José Primero,
con un ojo postizo
y el otro huero.
Ya se fue por las Ventas
el rey Pepino
con un par de botellas
para el camino.*

Las medidas que bajo su reinado se adoptaron fueron muy semejantes a las que propugnaban –desde el bando de los patriotas– los diputados de las Cortes de Cádiz: ordenación racional del territorio, abolición del caduco Consejo de la Mesta, de los tribunales particulares de justicia y de la aplicación de la tortura a los detenidos, medidas racionalizadoras en materia financiera y, entre otras, la más destacada: la supresión del Tribunal de la Inquisición, símbolo del secular oscurantismo y la reacción que los nuevos gobernantes trataban de borrar definitivamente de la convulsa escena nacional.

La gran expedición que realizó por Andalucía, en los primeros meses de 1810, supuso la más fecunda y tranquila etapa de su cuestionado reinado. Pero, una y otra vez, se encontró José físicamente amenazado por la presión bélica tanto de los ejércitos españoles como de sus aliados ingleses. Su misma presencia en la capital se vio así interrumpida cada vez que la amenaza de una ofensiva enemiga cobraba fuerza. Como telón

de fondo, una mortífera hambruna causaba la muerte de millares de personas. Tras la batalla de Vitoria se vio obligado a retirarse definitivamente a Francia a mediados de 1813, sin renunciar por ello a la Corona, sobre la que siguió conservando esperanzas hasta que Napoleón la devolvió a Fernando VII. Siguió luego colaborando estrechamente con su hermano y, después del decisivo episodio de Waterloo, que eclipsó definitivamente la era napoleónica, fue detenido pero, tras una estancia en Suiza, se le permitió marchar a los Estados Unidos.

Allí vivió durante largos años como acaudalado propietario de una gran plantación, con esclavos incluidos, en New Jersey, utilizando el título de Conde de Survilliers y manteniendo a la siempre abnegada Julia en Francia. Desde allí, fracasó en varios intentos que realizó por conseguir la huida de Napoleón de su encierro en Santa Elena. La memoria de su reinado conservaría un cierto valor a los ojos de los liberales. Así, durante la *Ominosa Década*, durante la cual la más cruda represión pasó a definir el reinado de Fernando VII, nació el proyecto de sustituirle en el trono por José. Esta operación tuvo en el prestigioso general Espoz y Mina su más decidido promotor, pero lo cierto es que nunca llegó a pasar de ser una más o menos quimérica idea. Cabe pensar, por otra parte, que a José quizá no le hubiese desagradado volver a recuperar el reino perdido. Quien ha gustado de las mieles del trono —y

en este caso, de dos— debe sin duda sentir algún regustillo por la cosa...

Acerca de los verdaderos orígenes de su evidente fortuna se apuntaba la apropiación de valiosas joyas pertenecientes a la Corona de España, que habían estado en sus manos durante su etapa de rey y que no habría dejado atrás en su obligada marcha. Según fehacientes testimonios, en el real joyero ya habían metido previamente sus ávidas manos tanto la Reina María Luisa antes de marchar al exilio como el general Murat, que dirigiera la represión del Dos de Mayo y sucedió a José como rey de Nápoles. Lo cierto es que de los muros de su mansión de hacendado colonial colgaban bien conocidos cuadros que habían sido propiedad de palacios y conventos españoles expoliados por sus tropas. Y se han dado fehacientes pruebas de su apropiación de las más valiosas gemas de la colección real, además de la mítica perla *Peregrina*, de tan azarosa historia, y del no menos célebre brillante expresivamente llamado *El Estanque*.

La actuación de José I como monarca constitucional, aun considerando las absolutamente negativas circunstancias que vivió como tal, puede admitir una valoración positiva. Sobre todo si se le compara con sus antecesores y se le observa como el monarca adecuado que el país necesitaba para la época en que se vivía, cuando el Antiguo Régimen había sido arrumbado por la marea revolucionaria. Yendo más allá, podría incluso aducirse que, en una coyuntura normal, el

mayor de los Bonaparte sin duda hubiera sido un buen monarca, que la España que entraba inconscientemente en la Edad Contemporánea precisaba para ponerse al día con la Historia. Pero el negro borrón que aparece en su haber, como activo e insaciable saqueador de bienes ajenos, lo descalifica irremisiblemente en toda consideración personal y no puede ser pasado por alto en cualquier valoración que de él se haga.

Valga como muestra el saldo que, en este sentido, arrojó la que fue su agradable estancia en Sevilla en 1810. Entre otras cosas, la sistemática incautación de bienes de toda naturaleza y dueño –instituciones, particulares, Iglesia– obligatoriamente le aportaron, según consta en inventario, un total nada desdeñable de «novecientos noventa y nueve cuadros». Junto a obras de Leonardo, Rafael, Durero, Morales, Rubens, Giordano, El Españolito, Van Dyck y Ribera, se contabilizaban 43 *murillos*, otros tantos *zurbaranes*, 40 telas de Alonso Cano y nada menos que 74 de Valdés Leal...

Sobre esta sistemática y espectacular rapiña, que él personalmente impulsó y amparó en la más absoluta impunidad, nadie habló mejor que la magistral pluma de Benito Pérez Galdós. En sus *Episodios Nacionales* describió el riquísimo botín que los franceses se llevaban en su retirada y que se vieron obligados a abandonar tras ser derrotados por los ejércitos españoles e ingleses en las llanadas alavesas. Así, en el *episodio* que con amarga ironía tituló *El equipaje del Rey José*, el novelista canario hablaba de manera inmejorable de ello:

[...] Desde muchos días antes, habíanse embargado cuantos coches, carros y calesas rodaban por las calles de la Villa y casi toda la servidumbre se ocupaba del embalaje de las diversas riquezas que José y los suyos se habían apropiado. Estos señores hacían buena presa allí donde ponían la mano, y no eran nada melindrosos ni encogidos para esto de incautarse [...]. Completaban el convoy las cajas de guerra llenas de dinero en buen oro y buena plata antigua, de aquella que ya no se ve y seducía entonces con su brillo los ojos de los extranjeros y, con su noble son, los oídos de todos. No se habían descuidado los franceses en reunir dinero, como gente allegadora y económica, ni menos en llevárselo; que si para limpiar de vicios la capital hubieran usado de tanta diligencia como para limpiarla de onzas, fuera esta Villa un paraíso en la tierra.

Y proseguía tan genial memorialista en su inconfundible estilo literario:

El botín era el más valioso, el más rico y grande, sin duda, que en batalla alguna ha podido quedar a merced de vencedor furioso. Componíase de cuanto existe: armas, material de guerra, víveres, pero también alhajas, dinero y hermosura [...]. Todo el interés de la batalla de Vitoria estuvo en la impedimenta. Hacia los cofres tendiéronse anhelantes las manos crispadas de vencedores y vencidos. Podría decirse que aquel convoy era el resumen de la guerra y que los franceses, al perderlo, perdían la tierra tan trabajosamente conquistada; al verlo tan grande, tan custodiado, creerían también que,

no pudiendo dominar a España, se la llevaban en cajas dejando el mapa vacío.

Tal era el paisaje que dejaba el efímero rey José I en el último rincón del que había sido su Reino.

De aquella estancia americana quedaría la memoria de varias historias sentimentales, tanto con mujeres solteras como con casadas más o menos felizmente. De ellas nacerían varios hijos, prueba de aquel permanente impulso erótico que ni en los peores momentos le abandonaba. También acabó cayendo en la vulgaridad de estabilizar una cómoda relación con la amable esposa de su mayordomo, solucionando así muchos problemas de infraestructura doméstica de variada especie. El hecho es que acabó regresando a Europa y, después de un temporal paso por Inglaterra, en 1841 se instaló con su reencontrada mujer en Florencia. Allí murió tranquilamente, tres años más tarde, el que fuera «Rey Intruso». Poseído hasta el fin de una dignidad de monarca a la que nunca renunció, su cadáver fue ornado con la gruesa y pesada cadena del Toisón de Oro que tanto amaba, tanto por su elevado valor material –algo muy a tener en cuenta– como por todo lo que para él significaba de un esplendor disfrutado y prontamente perdido.



EL REY INFAME Y FELÓN

Noveno hijo de los Príncipes de Asturias, el infante Fernando había nacido en El Escorial el 14 de octubre de 1784, cuando su abuelo Carlos III y sus padres, Carlos y María Luisa, estaban ya casi desesperados al ver que no tenían más descendencia que niñas o chicos de bien fugaz existencia. Su venida al mundo fue, por tanto, motivo de gran alegría y abrió una estabilidad en la sucesión que se reforzó más adelante, cuando le siguieron sus hermanos Carlos y Francisco de Paula, éste ya bajo la sospecha de ser hijo del Godoy que regía los destinos del país, empezando por los de los mismos nuevos monarcas.

Niño de inicial mala salud, mostró pronto un carácter receloso y desconfiado, rasgos que con el tiempo iban a adquirir una naturaleza patológica, combinados con una campechanía y una libertad de formas que iban a configurar un carácter complejo y de difícil consideración. Vivió en los palacios y muy pronto

conoció las tramas, intrigas y manejos que en ellos se desarrollaban y que formaban parte de su propia esencia. Su vida y la de sus hermanos estaba reglada por las obligaciones y horarios, dentro del clima de general sobriedad que había impuesto el abuelo Carlos III. Tras la muerte de éste, las personales tendencias al fasto de la nueva Reina harían que los usos y costumbres de la Corte diesen un violento viraje, para abrirse a un costoso e imparable derroche, a impulso del gusto por sus alegrías dilapidatorias.

Recibió Fernando una buena educación, de mano de rigurosos profesores, que en un momento dado comenzó a elegir el mismo Godoy. De entre ellos cabe destacar al canónigo Juan Escoiquiz, personaje importante en la época debido al protagonismo que iba a tener en decisivos episodios futuros. Este religioso, que se convertiría en furibundo enemigo del favorito, no se quedaría corto al hablar de las «cualidades» personales de aquella María Luisa a la que despreciaba y de la que escribió cosas tales como: «[...] de corazón naturalmente vicioso, egoísmo extremado, astucia refinada, hipocresía y disimulo increíbles y un talento [...] dominado por las pasiones.» Ante opiniones como ésta, no debe sorprender que el tal pedagogo contase con escasas simpatías por parte de la madre de su pupilo. En cualquier caso, a aquellos padres, el asunto de la educación de sus hijos era algo que les traía bastante al fresco.

El niño Fernando tuvo así acceso a las formas de la cultura entonces dominantes y está comprobado que

en su biblioteca figuraba incluso la *Enciclopedia*, aquel «peligroso» conjunto de pesados volúmenes en los que los escritores de la Ilustración estaban creando el compendio de todos los saberes. Propio de una educación principesca, se aproximó a la música y al baile, a la pintura y al teatro. De la primera acabó prefiriendo a cualquier otro sonido los rasgueos de la guitarra; de su interés y respeto por la pintura solamente debe citarse el hecho de que, ya más adelante, fue una decisión personal suya, tomada prácticamente en exclusiva, la creación de la galería de pinturas que es hoy el madrileño Museo del Prado. Pero de todas sus aficiones acabaría siendo la asistencia a la fiesta de los toros la que le iba a ocupar más tiempo.

Aquel encumbramiento de Godoy hasta el verdadero paroxismo en la profusión de honores y poderío, jamás vistos hasta entonces, llevaba años generando gran cantidad de reacciones adversas. Muchos se movían en la sombra para tratar de contrarrestar lo que era presentado como una verdadera dictadura. Se hablaba en voz baja de acciones preparadas para derrocarlo, pero nada sucedía en aquella Corte feliz y confiada que era, en realidad, un verdadero nido de víboras que no cesaban de enroscarse entre sí, esperando el momento de lanzar la mordedura o bajo el temor de recibirla. Por el momento, el hecho más llamativo en este sentido habían sido los gritos, anónimos entre la multitud, que llegado el año 1793 se lanzaron contra el extremeño, durante la celebración de una exhibición

de un globo aerostático *Montgolfier* ante la fachada del Palacio Real.

A medida que Fernando iba creciendo se hizo más evidente su apartamiento con respecto a sus padres y el cada vez más indisimulado rechazo que sentía hacia Godoy. En esto influirían tanto la natural aprensión hacia el que era denunciado como amante de su madre como el recelo del heredero ante el satisfecho poseedor de tanto poder, que no podía dejar de presentársele como un victorioso rival con el que tendría que batirse en el futuro. Así, los antigodoystas, en general altos nobles descontentos, se encontraron con el trabajo hecho y puesto en bandeja cuando hallaron en el Príncipe de Asturias su más decidido y voluntarioso instrumento para actuar contra el valido desde el mismo interior de Palacio.

Introducido en aquel torbellino de conspiración «desde el interior», Fernando no tardó en convertirse en el primer acusador de la turbia situación personificada en la *Trinidad*. No tenía empacho alguno en mencionar las relaciones entre la Reina y Godoy, o en hablar despectivamente del consentidor monarca. Todos aquellos elementos que se reunían a su alrededor le calentaban con éxito la cabeza y fomentaban su ansia de poder y de venganza. Y como «Dios los cría y ellos se juntan», solamente le faltaba aquella estirada de María Antonia, la *Totó* joven esposa, que era una verdadera conspiradora nata y disfrutaba organizando las reuniones de tapadillo que se fraguaban en las estancias de

los herederos. A la inquina que sentía por su suegra se unían unas motivaciones de otro signo: no podía perdonar a un Godoy que pactaba con los revolucionarios franceses, que habían volteado por encima de la guillotina la cabeza ensangrentada de su tía María Antonieta.

Los hechos de la primavera de 1808 habían decidido un absoluto cambio en la existencia de Fernando. Después de ser jaleado Rey por unos días, había entrado en una especie de ambiguo letargo, en el que no se sabía bien si era nuevamente heredero, monarca exiliado o pretendiente al trono. Mientras Napoleón conducía sus imperiales águilas por todo el continente, aquel *Deseado* se limitaba a esperar el desarrollo de los acontecimientos. Y, como en los mismos momentos les sucedía a sus padres, a los que ya nunca volvería a ver, sus únicas preocupaciones se centraban en la percepción de las asignaciones mensuales que se habían estipulado en Bayona.

El castillo de Valençay se hallaba en medio de un reseco paisaje, pero contaba alrededor con un frondoso parque. El hábil político Talleyrand lo había comprado pocos años antes con el dinero que Godoy le había enviado para pagar sus servicios en defensa de los intereses españoles ante el Gobierno francés. Incluso se habían trasladado allí parejas de ovejas merinas castellanas, de venados de El Escorial y conejos de Aranjuez, que debían dar algún matiz mesetario en pleno corazón de Francia. Ahora, obligado por su Empe-

rador, Talleyrand se veía obligado a aceptar allí a unos huéspedes nada deseados y, lo que era peor de todo, para una estancia sobre cuya duración nadie podía hacer el más mínimo cálculo. Así, en aquel entorno, por decirlo así, tan «españolizado» en cuanto a la fauna, vivieron Fernando, su hermano Carlos, su tío Antonio y sus más próximos colaboradores seis años de tranquilidad, únicamente amenazada de cuando en cuando por los retrasos en la recepción de los dineros mensuales.

Mientras los españoles se desangraban en la guerra contra el duro ocupante y los políticos trataban de ordenar el futuro del país, aquel *Deseado* salía a cazar y a pescar a las proximidades, asistía a clases de música y baile y, sobre todo, dedicaba mucho de su tiempo a bordar, una nueva afición que practicaba con fruición. Existía en el castillo una magnífica biblioteca y en ella la estúpida mojigatería del infante Antonio había encontrado un fecundo campo de acción. Buscaba con fruición los libros que consideraba sospechosos y no tenía reparo alguno en arrancarles páginas o imágenes que consideraba inadecuadas para que pudieran ser vistas por sus sobrinos. Hay que suponer que semejante destrozo lo haría a espaldas del paciente e irritado dueño de la casa.

Siempre consideró Fernando que lo más interesante y ventajoso para él era demostrar en todo momento y de la forma más vehemente que fuera necesario, que sus intereses estaban estrecha e inseparablemente unidos a los del triunfante Emperador. En este camino,

también mostraría algunas de las actitudes y reacciones más vergonzosas de todo aquel amplísimo muestrario que, en este sentido, había desplegado toda la familia.

Sobre esto, nada más expresivo que los propios recuerdos de Napoleón al final de sus días:

No cesaba Fernando de pedirme una esposa de mi elección; me escribía espontáneamente para cumplimentarme siempre que yo conseguía alguna victoria; expidió proclamas a los españoles para que se sometiesen, y reconoció a José, lo que quizás se habrá considerado un hijo de la fuerza, sin serlo, pero además me pidió su gran banda; me ofreció a su hermano don Carlos para mandar los regimientos españoles que iban a Rusia [...]. En fin, me instó vivamente para que le dejase ir a mi Corte de París [...] un espectáculo que hubiera llamado la atención de Europa...

Fernando siguió viviendo esta fácil y plácida existencia hasta que las señales de alarma se encendieron para el corso, lanzado ya imparablemente por la pendiente de la derrota. Cuando ordenó entablar conversaciones con Fernando, éste vio una nueva oportunidad —que posiblemente jamás hubiera imaginado— de sacar algo en limpio. Se permitió así, como había hecho en anteriores ocasiones, envalentonarse un poco y disfrutar haciéndose el difícil. Pero lo hizo durante muy poco tiempo, ya que la movediza realidad del momento

no era terreno propicio para tales juegos. Napoleón quería quitarse de encima el pesado asunto español y así, el 11 de diciembre de 1813, se firmaba el Tratado de Valençay. Por él, Fernando era reconocido como Rey de España y de las Indias y, entre otras cuestiones de variado carácter y rango, se comprometía a hacerse cargo del pago a sus exiliados padres de las asignaciones que Napoleón les había concedido. Para muchos españoles era *El Deseado* y regresaba después de haber sufrido dignamente una verdadera prisión. Muy pronto se iban a enterar de cuál era su verdadera naturaleza.

El día 22 de marzo Fernando entraba de nuevo en su país, que había perdido en la guerra un millón de vidas y estaba exhausto y arruinado, con todas sus fuentes de riqueza destruidas, saqueadas o inactivas. Él significaba para todos la vuelta a la tan anhelada normalidad y no tuvo reparo alguno en dar a entender que todos, absolutamente todos, tendrían su lugar en la patria y que nada podría pasarle a nadie por sus opiniones o actitudes del pasado. Una promesa que, por supuesto, estaba más que decidido a incumplir y no tardaría mucho en demostrarlo. Debió de parecerle extremadamente fácil erigirse como Rey absoluto cuando, a su entrada en el país, pudo oír cosas del jaez de la que sigue, que se refería a él nada menos que como a una especie de alhaja de alto valor:

*La joya que España ha disputado
contra ella a todo el universo armado.*

Cuando en Valencia le fue presentado el *Manifiesto de los Persas*, donde se le solicitaba el rechazo de las reformas propuestas por los liberales y el retorno a formas políticas tradicionales, vio Fernando el cielo abierto. Comprobó que, en su idea de arrasar todos los avances progresistas que se hubieran llevado a cabo en su ausencia, tenía prestigiosos, decididos y muy numerosos partidarios. Mientras él todavía seguía declarándose personalmente contrario al absolutismo, los vientos de la más oscura y vengativa reacción soplaban por toda España. En ciudades y pueblos eran violentamente arrancadas las lápidas puestas en homenaje a la Constitución de Cádiz, mientras en las esquinas de las calles desaparecían también a golpes las placas que les daban nombre, recordando aquellos hechos y personas del inmediato pasado. Y Fernando marchaba hacia Madrid, sonriendo con abierto cinismo, a través de su destruido y esquilmo Reino, entre los vítores de la enardecida multitud, bajo vistosos arcos triunfales y ante todas las manifestaciones de júbilo que un soberano pudiera desear.

Sabía que tenía muchos y fuertes apoyos, desde la nobleza y la Iglesia hasta las conservadoras masas campesinas, que eran la mayor parte de la población española. Se sentía seguro de sus decisiones cuando a su paso la gente del pueblo gritaba «¡Vivan las *caenas!*!» anhelando volver a los inmóviles y viejos tiempos. Todo lo que de renovador habían aportado las últimas épocas iba a verse anulado de un plumazo, como nefastas

aportaciones revolucionarias contrarias al «ser español». Así, no dejaba de recibir consejos como los que incluían estas cuartetos, que además recomendaban el castigo para todos los «culpables»:

*Si queréis que vuelva
a su antiguo brillo
la religión santa
en que hemos nacido;
si queréis que el trono
se mantenga fijo,
si queréis que el orden
en vuestros dominios.
Con tales perversos.
Justicia, Rey mío;
caiga a vuestras plantas
el filosofismo.*

*Guardaos, Fernando,
del liberalismo,
que es decir, de ateos,
necios presumidos.
Vanos charlatanes,
audaces e impíos,
que se han colocado
en varios destinos.
Y pues yo no puedo
a mi Rey decirlo.
Id, versos dichosos,
id, consuelos míos,*

*y hablad al monarca
como os tengo dicho,
por el pobre ingenio
de quien sois los hijos.*

Cuando el Gobierno provisional fue a saludarle, Fernando quiso dejar bien claras las cosas y obligó a su presidente, el cardenal arzobispo de Toledo, a que se arrodillase ante él y le besase la mano a la antigua usanza. Ningún cabo debía quedar suelto para su decisión de erigirse en monarca solamente «por la gracia de Dios». Anular todas aquellas «fantasías» liberales era solamente cuestión de tiempo y él y los que le rodeaban se emplearon a fondo en la tarea. Uno de los primeros actos del Rey, que supuso un amenazador aviso para muchos, fue su decisión de restaurar la Inquisición, que las Cortes de Cádiz habían suprimido. Pero naturalmente, no estaba Fernando dispuesto a proporcionar con esto beneficio alguno a la Iglesia. A él, realmente, las cuestiones religiosas siempre le habían importado muy poco y ahora los inquisidores, que recuperaban una red de control que dominaba todos los aspectos de la vida del país, le podían venir muy bien como agentes policiales de represión de cualquier actividad disidente.

De hecho, se estaba ya procediendo con gran diligencia a la caza de elementos considerados liberales y, por tanto, peligrosos para el sistema. Pero para muchos las cosas todavía no estaban tan claras y conservaban unas

esperanzas que muy pronto iban a verse defraudadas de la forma más rigurosa. El 13 de mayo, Fernando entró triunfante por segunda vez en su capital y Madrid le recibió engalanado, con entregadas masas vitoreantes y seguidores enfervorizados que desengancharon los caballos de su coche para arrastrarlo con sus manos. Pero ya en los periódicos comenzaba a notarse cierto temor ante las posibles reacciones del monarca:

[...] La razón, la libertad y la justicia han recobrado su imperio y su trono brillante no está fundado sobre escalones cubiertos con alfombras de seda sino sobre la constancia, la dignidad y el heroísmo español. ¿Puede haber hombres que graben en el incauto corazón del seducido Fernando ideas contrarias a unas verdades tan sólidas? ¿Puede estar el rey tan obcecado que los admita sin indignación?

Mientras escuchaba estas aclamaciones, sin duda el artero Rey debía solazarse pensando en la sorpresa que preparaba para quienes habían dejado de ser ciudadanos para convertirse nuevamente en súbditos. Tras asegurarse del acuerdo o la complicidad de los altos mandos militares, mostró de forma ya absolutamente abierta su pensamiento y dio el golpe: «Declaro que mi real ánimo es no solamente no jurar ni acceder a dicha Constitución ni a decreto alguno de las Cortes Generales y extraordinarias [...] sino el declarar aquella Constitución y decretos nulos y de ningún valor en efecto.»

En esta ocasión, y en contra de su vieja costumbre de jugar con mentiras, promesas y ambigüedades, no tenía intención ni interés alguno en engañar a nadie. Iba a gobernar como quería y ¡pobre del que tratase de actuar en otra dirección! Comenzaba, como consecuencia de esto, uno más de los exilios que han jalonado nuestra Historia.

En el interior de Palacio, una serie de pequeñas estancias que separaban las habitaciones privadas de la Familia Real de las salas destinadas a las actividades públicas, como audiencias y reuniones del Consejo de Ministros, servían para la reunión de la camarilla del Rey. Aquel verdadero «gobierno en la sombra», que tenía un enorme e incontrolado poder, reunía a elementos de muy variado pelaje. Desde orgullosos aristócratas y curas diestros en todo tipo de chanchullos hasta miembros del hampa y miembros de las clases populares, como un célebre aguador de la Fuente del Berro, que tuvo mucho predicamento y poder en su momento.

En el plano personal, este último rey absoluto de la Historia de la Monarquía española solía comportarse con gran campechanía y, cuando estaba relajado o en un ambiente en el que se encontrase a gusto, era capaz de hacer gala de una gran naturalidad en el trato con todo el mundo. Fumaba, comía y bebía en público y, como a todo buen prepotente, siempre se podía oír por encima de todas su voz fuerte y apresurada, a la que acompañaba una permanente y nerviosa gesticulación

tanto de cara como con las manos. Podía dar realmente la imagen del perfecto propietario rural acomodado, capaz de descender cuando le convenía a los más groseros niveles de la gente común o, por el contrario, manifestar la mayor frialdad y altanería cuando considerase que la situación lo requería.

Una vez producida la restauración, se planteó nuevamente la necesidad de conseguir un heredero que viniese a reforzar la permanencia de la Corona. Tras los consiguientes tanteos y negociaciones, se acordaron con la familia real portuguesa los compromisos matrimoniales con dos princesas, y las bodas tuvieron lugar en un buque luso surto en la bahía de Cádiz el 29 de septiembre de 1816. Por ellas, Fernando y su hermano Carlos se casaban respectivamente con las hermanas Isabel y María Francisca de Braganza. Como hijas del Rey de Portugal y de su mujer Carlota Joaquina, ellas eran sobrinas de sus maridos. Sin conocerla todavía, algún poeta cortesano ya saludaba a Isabel de forma tan jabonosamente pedestre como:

*Entra en el seno amoroso
de tu pueblo y de tu esposo*

pero cuando llegó a Madrid y fue vista por la población, se ganó aquel cruel y célebre ripio de

*Fea, pobre y portuguesa,
chúpate esa,*

que pasó a inscribirse en la Historia menuda y que reflejaba una penosa realidad. Algo que, sin duda, también debió de dejar perplejo a un Fernando que seguramente debió sentirse estafado por la trampa que su hermana y su cuñado le habían puesto.

Efectivamente, era Isabel de Braganza de triste aspecto, demasiado gruesa de cuerpo, nada agraciada de rostro y, lo que era peor de todo, carente en absoluto de cualquier atractivo en su carácter y maneras. En fin... un absoluto desastre, pero que quizá valiese como madre de futuros infantes. Para terminar de arreglar el panorama, no aportaba dote alguna a su matrimonio. La nueva situación no iba, por otra parte, a cambiar las costumbres del Rey, acostumbrado a hacer con sus amigotes frecuentes visitas nocturnas a tabernas y burdeles, de entre los que el de una tal Pepa la Malagueña era uno de los más acreditados en Madrid por la calidad de sus ofertas. Sus habilidosas pupilas eran mujeres del pueblo dadas a todas las mañas, nada melindrosas y de maneras ordinarias y desgarradas, dispuestas a complacer cualquier capricho o interés del cliente. Eran años en los que este Rey «de prostíbulo y colmado» se veía envuelto en aventuras nocturnas de todo tipo. Lo mismo podía terminar escapando medio desnudo del dormitorio de una mujer casada, perseguido por un enfurecido marido que no le había reconocido, que intervenir en grescas alcohólicas, que acababan precisando de la intervención de la autoridad pública.

Muy pronto informada de esta realidad, parece que la mojugata Isabel quiso ofrecer a su marido una alternativa «casera» a estas escapadas y una noche, cuando él regresaba, cansado, alegre y satisfecho de una de estas fecundas correrías, se la encontró esperándole en su cuarto vestida de manola... La reacción de él, ante semejante tontería y tan ridícula y patética imagen, fue la que puede suponerse, pasando de la abierta y burlona carcajada a la más destemplada irritación y la abierta bronca. Era su hermano menor, el insidioso y santurrón infante Carlos, el que mantenía cumplidamente informada a su cuñada de estas correrías del Rey. Como había pasado con la primera, una vez más, estaba ya Fernando resignado a no tener hijos con su segunda mujer, pero lo que ya no podía admitir era cualquier cambio de costumbres en su vida. Lo cierto es que las cosas volvieron a arreglársele solas y aquella descolorida Isabel no tuvo oportunidad de importunarle mucho, ya que murió en diciembre de 1818 a consecuencia de una cesárea, en una operación de la que se anotó que «la sangre corría a raudales por la estancia».

Aunque todavía no había conseguido tener un hijo, Fernando había ya comprobado que no era estéril y quería intentar de nuevo dar herederos a la Corona. Para él, el matrimonio no era en absoluto –como había sido para sus neuróticos antepasados– la solución «exclusiva» a las necesidades sexuales. Éstas ya se preocupaba él de solucionarlas de la forma más satisfactoria, variada y frecuente, pero cosa ya muy distinta era el

asunto del sucesor. Y él, como buen rey absoluto a la antigua usanza, no se quería evadir de tal responsabilidad y estaba verdaderamente obsesionado por morirle sin haber dejado las bases de su continuidad. Ahora, sentía que se le había quitado un peso de encima y, todavía la Reina de cuerpo presente mientras se preparaban sus exequias, ya un impaciente Fernando daba órdenes para el inicio de las gestiones destinadas a conseguirle una nueva esposa.

Hubo que aguardar un adecuado plazo de demostración del habitual abatimiento, pero las gestiones fueron viento en popa. En esta tercera oportunidad —que tampoco iba a ser la «vencida»— la elegida fue una alemana, María Josefa Amalia de Sajonia. La boda por poderes se celebró el 28 de agosto de 1819. La chica, de dieciséis años, se había criado en un convento, tras la muerte de su madre, que era una nieta de aquel Felipe, *Pippo*, ilustrado Duque de Parma. De la bien conocida fama de fertilidad de las mujeres de su familia había el recuerdo del gran número de hijos que aquella otra Amalia de Sajonia había dado al abuelo Carlos III. Esto parecía ser sin duda una muy buena recomendación a tener en cuenta. En cuanto al aspecto físico, la nueva esposa ganaba mucho en comparación con su tan inmediata antecesora: era bonita y tenía unos grandes ojos azules sobre una tez muy blanca, de las que tan apreciadas eran en la época.

Incluso a un tipo de gustos y costumbres tan basos y poco exigentes en materia femenina como era

Fernando le impresionó muy positivamente aquella delicada persona. Le declaraba con fervor su encantamiento y, con el mayor desparpajo, se autopromocionaba escribiéndole cosas como ésta: «Has de saber que yo tengo un corazón franco y que en público me gusta la etiqueta, pero en particular la aborrezco.» Encabezaba sus cartas con un retrechero «Pepita de mi corazón», que sin duda debió sorprender a aquella estricta germana cuando le hicieron la no tan fácil traducción de tal dedicatoria.

Pero el desastre matrimonial no tardó en llegar, cuando pasaron los momentos de las cartitas y se vieron enfrentados los ardores físicos del marido y la piadosa frigidez de la esposa. Ella era absolutamente ignorante de todo cuanto se refiriese a las cuestiones físicas y se encontró de pronto, horrorizada, con un impetuoso Fernando. Éste trataba de hacer valer sus derechos maritales, acostumbrado al trato directo —y en ocasiones, seguramente no muy ortodoxo— con experimentadas profesionales del sexo. Parece que, visto lo visto, ella se negó en redondo a cumplir con el correspondiente débito que, evidentemente, le repelía. Quizá para justificar su postura llegaba a afirmar estar convencida de que para quedar embarazada no era absolutamente necesario mantener relaciones con su marido.

Cabe suponer cómo se tomaría el irritable Fernando este nuevo episodio de su ya considerable historia matrimonial. Sobre todo si era cierto lo que por

entonces se decía acerca del inmediato efecto que sobre la vejiga de la Reina tenía el más mínimo intento de acercamiento por parte de su real marido. *El Deseado* pasaba así, en la mayor de sus intimidades, de tener que soportar bobos e inútiles intentos de seducción por parte de su segunda mujer a verse obligado a abandonar ahora, con la tercera, medio desnudo y absolutamente enfurecido, un lecho húmedo por la orina, cuya expulsión su misma presencia suscitaba. Hubo de humillarse el desesperado marido, llegando incluso a solicitar la intervención del Papa, por medio de adecuados directores espirituales, para conseguir que su mujer accediese a mantener las relaciones físicas que de ella esperaban. Así, explicaba en carta al Sumo Pontífice:

[...] Mi augusta esposa no entiende que ella es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Por ello es indispensable proporcionar a la reina un director espiritual que imprima en su ánimo sencillo la más justa y exacta idea de los deberes de una esposa para con su esposo, por ver si de este modo sería Dios servido conceder a mi matrimonio el fruto de bendición que sellaría la tranquilidad de mis dominios...

Todo un alambicado juego de palabras que evidentemente ocultaba la imparable irritación de Fernando, que sin duda en algún momento ya debió desear que llegase, una vez más, la hora del recambio conyugal. Pero todavía tendría que esperar algún tiempo y soportar muchas mortificantes intentonas. Por

su parte, al Papa no debió de sorprenderle que se le solicitase su intervención en estos asuntos, ya que había muchos antecedentes de ello. Posteriormente, el agitado matrimonio de la hija de Fernando, Isabel, sí que iba a requerir de una permanente atención vaticana.

Lo cierto es que, como efecto de la siempre oportuna y provechosa intervención de Roma, Amalia fue entrando en vereda y accedió a mantener con Fernando las relaciones que todos esperaban. Quienes les veían en sus horas de intimidad comentaban que, cada vez que su marido le daba a entender que le apetecería pasar a los hechos, ella siempre trataba de desviar el asunto. Parece que, en general, no lo conseguía, pero por intentarlo, que no quedase... Pero, a pesar de todo, la finalidad principal de aquel matrimonio no se conseguía y los tan deseados embarazos no se producían, a pesar de novenas, triduos y oraciones de toda clase, a los que la devota sajona dedicaba una gran parte del día.

Dedicación esta que compartía la Reina con una esforzada labor como poetisa *amateur*, expresada en unas obritas de ínfima calidad y de un lirismo cursi hasta niveles inconcebibles. Aplaudidas sin rubor por muchos cortesanos obsequiosos, que descubrían en ellas notables calidades «literarias», eran objeto de la más que sangrienta y merecida burla por la mayoría. Así, lo mismo de vidas de santos que sobre cuestiones de naturaleza mística o descripciones de la vida cotidiana, Amalia dejaba prueba de sus inquietudes creativas en su siempre inseguro y rígido castellano, siempre asesorada

por obsequiosos consejos de los profesionales de la pluma que al calor de la Corte acudían.

Buena prueba de estos meritorios esfuerzos, que su paciente marido hacía imprimir y encuadernar en lujosos volúmenes, es esta tan especial mixtura poética de sentimiento religioso y conyugal a un tiempo, ante la que solamente cabe la sorpresa y que lleva el muy descriptivo y detallado título de «Oda con motivo de hallarnos mi esposo y yo sólo, la víspera de la Inmaculada Concepción; él rezando el oficio del día y yo, el Parvo de la Virgen»:

*La víspera del día
de excelsa gloria lleno,
que apareció sin mancha
la Madre del Eterno,
en el dulce recinto
de nuestros aposentos
me hallaba con mi esposo,
solos los dos y quietos.
Y entrambos de la iglesia,
con los himnos selectos,
cantábamos las glorias
de Aquel que es solo excelso.*

A pesar de todo, Fernando debió de acabar encariñándose con aquella remilgada que poco juego debía darle a la hora de la verdad, pero que en su favor tenía el hecho de ser poco entrometida en asuntos de la polí-

tica, algo que su desconfiado e inseguro marido debió de agradecer mucho. Ya bastante tenía con la insatisfacción sexual y la falta de hijos como para tener que estarse lidiando a una mujer con inclinaciones políticas. En el plano más íntimo, una vez superados aquellos iniciales episodios de humedades urinarias, debieron mantener relaciones más o menos normales con la idea de conseguir hijos, y de ello dan buena prueba tanto el recurso a médicos y curanderos de todo pelaje como la reiterada costumbre de ir a tomar aguas de balnearios, de los que se afirmaba que potenciaban las posibilidades de preñez.

De esto, se contaba un episodio ocurrido en una de estas ocasiones, que muchas veces exigían de sus protagonistas verdaderos esfuerzos heroicos, como fue cuando acudieron bajo los extremos rigores del verano conquense a los manantiales de Solán de Cabras, de aguas de extendida fama por sus efectos sobre mujeres escasamente fértiles. En medio de aquellos calores, tragando polvo en cantidad, comiendo verdaderas bazofias y durmiendo en lugares inhabitables, el Rey aún habría tenido suficiente humor para comentar a alguno de los que les acompañaban: «¡De este viaje salimos todos preñados menos la reina!»

Mientras todas estas ternezas e intimidades caseiras se producían, no abandonaba Fernando su bien decidido papel de implacable Rey absoluto y bien lo sabían tantos como sufrían los rigores de su gobierno. Con todo, su personal doblez y su gran capacidad de ade-

cuarse a las necesidades de cada ocasión le permitían gozar de un gran apoyo popular, que basaba ante todo en la imagen que se preocupaba por dar de persona simpática, abierta y asequible al trato con cualquiera. Tenía las cárceles llenas de presos sospechosos de disidencia y a los que negaba cualquier tipo de juicio medianamente decente, pero disfrutaba ordenando abrir las verjas de los jardines reales para que el pueblo viese desde más cerca —sin intervenir, por supuesto— las fiestas y celebraciones cortesanas.

Fue aquella primera parte de su reinado una época de permanentes conspiraciones liberales, que en la mayor parte de los casos no pasaban de ser acalorados proyectos y apasionadas discusiones, que se suscitaban incesantemente entre el humo del tabaco y el ruido de las cucharillas en tazas y vasos, en las mesas de los abarrotados cafés madrileños. El arrebatado espíritu romántico y el idealismo que hacían nacer todos estos proyectos era, en definitiva, la principal causa de su repetido fracaso. Buena muestra de ello fueron el proyecto que existió de hacer venir de Roma y reponer en el trono a un moribundo Carlos IV, «reconvertido» a la fe liberal y la llamada *Conspiración de Triángulo*, organizada para secuestrar a Fernando durante uno de sus informales y poco custodiados paseos por el antiguo Camino de Aragón.

Los habitantes de los barrios bajos madrileños, que soportaban extremas condiciones de existencia, le adoraban porque él había sabido muy sagazmente identi-

ficarse con algunas de sus formas visibles de vida. Les gustaba encontrárselo en las tabernas y mesones, comiendo y bebiendo como ellos, sin refinamiento ni cuidado alguno; frecuentando la compañía de elementos canallas o mujeres de bien conocido oficio; cantando destempladamente o tocando la guitarra antes de subir a las sórdidas habitaciones que, por encima de aquella sudorosa algazara con olor a tabaco negro, anís y vinazo, le ofrecían mayores delicias que los ricos y asépticos aposentos conyugales del Palacio Real.

Cuando, a inicios de 1820, el levantamiento del general Riego en Cabezas de San Juan llevó al triunfo de los liberales, Fernando se vio obligado, muy en contra de su voluntad, a jurar la Constitución a la que tanto odiaba. Una vez más, hizo gala de su enorme capacidad de cínica adaptación a unos hechos consumados que no podía modificar. Se preocupó por mostrarse como un *tierno padre*, solamente interesado por la felicidad y el bienestar de sus amados súbditos. Así, para la inmensa mayoría de éstos, tan trascendental cambio no suponía trauma alguno: lo que él hiciera, bien hecho estaba. Y si las masas se habían mostrado hasta ayer partidarias del Rey absoluto, ahora mostraban todo su fervor por el Rey constitucional. El enorme carisma personal que hasta el fin de su vida tendría el que fuera *Deseado* le permitiría pasar con absoluta tranquilidad por situaciones que a otro hubieran causado temor, preocupación o, por lo menos, duda.

En pleno furor de su triunfo, cuando se abría aquel esperanzado y tan fugaz *Trienio Constitucional*, salían de la obligada oscuridad los perseguidos liberales, que ahora humillaban a sus adversarios cantando por todas partes el *Trágala* que se haría célebre y que resumía de forma fácil y efectiva su afán por superar las negras etapas pasadas:

*Al que le pese, que roa el hueso
que el liberal le dirá eso:
¡Trágala, trágala, trágala,
trágala, trágala, perro!*

[...]

*Se acabó el tiempo en que se asaba,
cual salmonete la carne humana.*

[...]

*Antes que esclavos volver a vernos
perecer todos jurar debemos.*

[...]

*Ya no hay vasallos, ya no hay esclavos,
sino españoles libres y bravos.*

[...]

*Por los serviles no hubiera unión,
ni si pudieran Constitución.*

[...]

*Mas es preciso roan el hueso
y el liberal le dirá eso.
¡Trágala, trágala, trágala,
trágala, trágala, perro!*

Durante tres años, aquel déspota fue capaz de aguantar y aceptar lo que los triunfantes liberales le imponían. Pero utilizaba siempre el poder de veto que tenía para poner sistemáticas zancadillas a su acción política. La gran capacidad de resistencia, que ya había demostrado en los años de agradable destierro en Francia, se unía a su maestría en el arte del engaño y le permitía jugar al mismo tiempo con varias barajas. Mientras aceptaba a regañadientes su obligado papel de Rey constitucional, no dejó en ningún momento de conspirar para volver a la situación anterior. Si firmaba las leyes y decretos que se le imponían, lo hacía al tiempo que, día a día, aumentaba en su interior una implacable ansia de revancha que era lo que le mantenía vivo. Para sus muchos partidarios, el antiguo *Deseado* volvía a ser prisionero de sus enemigos.

Con el telón de fondo de una situación de creciente tensión, nunca desaparecían de la escena la burla y la chirigota, de tan rancia y arraigada tradición. A los absolutistas se les llamaba *blancos* y a los liberales, *negros*; de su enfrentamiento, con el Rey por medio, nacían chanzas como las que reflejaban estos versitos referidos a Fernando:

*Ese narizotas, cara de pastel,
que a todos los negros
nos quiere joder.*

Que venían acompañados por la supuesta respuesta del cínico monarca, siempre dispuesto a prepararle la

jugada a quien fuese necesario, enemigo o fiel partidario:

*Este narizotas,
cara de pastel,
que a blancos y a negros,
os quiere joder.*

Fernando no se privaba de llamar, despectivamente y de forma especialmente ostentosa, *presidarios* a sus nuevos ministros. Efectivamente, muchos de ellos habían sido obligados huéspedes de sus cárceles y otros volverían a serlo. Los bullentes cafés se veían ahora sustituidos por las Sociedades Patrióticas, muy activas en su papel de difusión de los principios del liberalismo. También las logias masónicas conocían, al calor de la libertad, una gran actividad y una enorme influencia, bajo evocadores y simbólicos nombres, como *Virtud Triunfante* o *Libertad* y en las que alegóricos y muy significativos nombres de filósofos, emperadores y políticos —*Pitágoras* y *Tito Livio*, *Napoleón* y *Trajano*— servían de cobertura y estímulo a sus esforzados miembros.



UNA HERENCIA ENVENENADA

Entrado el año 1823, tras repetidos ruegos de Fernando, las potencias conservadoras de la Santa Alianza decidieron intervenir en España para restaurar la monarquía absoluta. Ante una posible invasión, el Gobierno liberal ordenó trasladarle a Sevilla, y él proclamó que era víctima de un secuestro. Con las fuerzas de los *Cien Mil Hijos de San Luis* avanzando ya por suelo español, allí volvió a demostrar su voluntad de bloquear toda salida pacífica a la situación y se negó a marchar a Cádiz, donde habían buscado refugio las instituciones nacionales. Fue necesario que las Cortes declarasen su incapacidad mental transitoria para poder trasladarle hasta aquel histórico *Baluarto de la Libertad*. Durante los meses en que se vio obligado a estar allí, el *prisionero* volvió a los viejos solaces de espera que tanto le agradaban y que ahora entretenía jugando con cometas al aire oceánico de la Bahía, al igual que en Valençay había llenado su tiempo

con la práctica del bordado. Tenía claro que solamente había que esperar y que la dulce hora de la venganza estaba casi a punto de llegar.

La victoria final de los invasores decidió el fin de tal «cautiverio» y la restauración del absolutismo. Fernando, una vez más, había dado su palabra a sabiendas de que iba a faltar a ella tan pronto tuviese oportunidad. Si había suplicado «su libertad» a cambio de olvidar el pasado, tan pronto se vio libre y protegido por las fuerzas francesas de ocupación, sólo pensó en poner en marcha la más cruenta de las venganzas. El terror que en algunos momentos había experimentado, pensando que iba a acabar ajusticiado como Luis XVI durante la Revolución, le llevó a los mayores extremos de crueldad contra todos sus posibles opositores. Él, que se había atrevido a declarar: «Aborrezco y detesto el despotismo. [...]»

Así, el rencor y el odio del Rey sirvieron para amparar y potenciar todo el brutal terrorismo de Estado que dominó la que se llamaría *Ominosa Década*. Mientras declaraba la nulidad de todas las disposiciones legales que había firmado a lo largo del *Trienio*, Fernando no ocultaba su rabia al hablar de lo que, para él, había sido aquel periodo:

[...] la más criminal traición, la más vergonzosa cobardía, el desacato más horrendo a mi real persona y la violencia más inevitable fueron los elementos a emplear para variar esencialmente el gobierno paternal

de mis reinos en un código democrático, origen fecundo de desgracias y desastres.

Él había afirmado, satisfecho: «España es una botella de cerveza y yo soy el tapón.» Y la verdad es que iba a tener la gran suerte de que, en lo que iba a quedarle de vida, aquel tapón nunca llegaría a saltar.

Otra vez, la policía volvía a tomar las riendas de la situación; los delatores y los confidentes hacían su agosto, los interrogatorios y las torturas se sucedían sin pausa y las cárceles volvían a llenarse a rebotar de sospechosos de sedición. Al amparo de las sombras de la noche, desde los puertos y a través de las montañas fronterizas, centenares de personas abandonaban el país para tomar el camino del exilio. Siempre inseguro de sí mismo y de quienes le rodeaban, Fernando prefería elegir la vía de la más abierta brutalidad, hasta el punto de que los demás monarcas europeos –tan absolutos como él– se vieron obligados a llamarle la atención para que moderase aquella violencia, hija del miedo y el rencor. Temibles eran sin duda en los Borbones los efectos de terrores pasados. Los adversarios de Felipe V podían haber hablado mucho de ello...

Impulsados y pagados por las autoridades, proliferaban grupos de acción directa que imponían la violencia directa en las calles, formados por elementos marginales unidos por su fanatismo antiliberal y que ostentaban sonoros y amenazadores nombres como *El Ángel Exterminador*, *La Junta Apostólica* y *La Sociedad del Martillo*. Eran éstos

los que hacían los trabajos más sucios en la nueva situación, suprimiendo de la forma más directa a los posibles liberales que caían en sus manos. Mientras, el pueblo de Madrid, que tres años antes le había vitoreado como héroe máximo, asistía ahora a la ejecución del general Riego, al que se ahorcaba en la Plaza de la Cebada después de haber sido paseado ignominiosamente en un serón, en medio de los insultos, escupitajos, golpes y puntazos del *buen pueblo*. Éste, de nuevo, vitoreaba al Rey absoluto y se sentía feliz sabiendo a su amado Fernando seguro tras los muros de Palacio y a salvo de todos sus enemigos. Al mismo tiempo y en la obligada clandestinidad, en la memoria popular nacía la santificación del héroe, vilmente muerto por defender sus ideas:

*Aunque Riego murió fusilado
no murió por infame o traidor,
que murió con la espada en la mano
defendiendo la Constitución.*

En Cataluña estalló, a los pocos años, una gran insurrección campesina de inspiración absolutista al grito de «¡Religión, Rey, Inquisición!». Fernando quiso marchar allí para dirigir personalmente sus tropas, en una nueva búsqueda de protagonismo que le mantuviese aquel apoyo popular que tanto le satisfacía y que no quería perder. Así, pudo protagonizar una breve y fácil campaña, para la que marchó además equipado con el respaldo poético de su inefable mujer:

*Adiós, Fernando, adiós, nos ha llegado
la hora fatal de la separación;
hagamos pues con ánimo esforzado
el sacrificio a nuestra fiel nación.
Anda tranquilo a donde te encamina
el amor tan debido a su nación
y con la ayuda y la protección divina
obra su bien y doma la facción.
Une bajo tu cetro dulce y fuerte
a los que un falso celo dispersó
y diga toda Cataluña al verte,
el Rey es libre y como libre obró.*

Murió Amalia el 18 de mayo de 1829, a los veinticinco años, sin haber cumplido el objetivo de dar hijos a su marido y a la dinastía. En los últimos años había llegado a establecerse alguna forma de complicidad entre los esposos, que coexistía perfectamente, y con absoluta tranquilidad para todos, con la actividad paralela de él fuera de Palacio. Por lo visto, aquella beata y pudibunda mujer y su fogoso marido se entregaban a alguna suerte de juegos en los que morbosamente mezclaban religión y sexo, como cuando él aparentaba sorprenderla durante sus rezos para forzarla a realizar aquellos actos que al principio tanto la habían horrorizado. Ahora se prestaba a ellos entre fingidos forcejeos de negativa, que sin duda añadían más sal y pimienta al convencional coito matrimonial.

Aquel desalmado había seguido dirigiéndose a ella bajo las formas más convencionales de la cursilería, como «Pepita mía» o «Pichoncito de mi corazón» o con referencias a aquellos particulares juegos privados de pareja, explícitos en frases que realmente demostraban grandes avances, como:

Pepita mía de mi vida: tu Satancito te aborrece cada vez más, ¿lo crees, amor mío? No, no lo crees; haces bien, pues yo te adoro y quisiera hacer contigo el nari-ceo y todo lo que sabes.

Mientras escribía cosas como éstas, entre ida y vuelta de sus escapadas en busca de una tan campechana y estrecha aproximación a su pueblo, la más dura represión seguía desatada anulando con gran eficacia a sus *enemigos*. Juan Martín Díaz, el célebre guerrillero *El Empecinado*, verdadero héroe nacional que tantas esforzadas acciones había protagonizado frente a los franceses, era escarnecido y ejecutado públicamente. Mientras, en Valencia subía al cadalso público el último condenado a muerte por la Inquisición, que al amparo de Fernando daba sus postreros coletazos. El Rey nunca perdería el gran apoyo, entusiasta siempre que podía demostrarlo, que tenía entre el pueblo. En realidad, los efectos de la represión solamente eran sufridos por una pequeña parte de la población, mientras que la inmensa mayoría aceptaba y aún aprobaba su absolutismo. Para la gente, el Rey era una buena persona

que solamente necesitaba de honrados consejeros y ministros.

Inasequible al desaliento en busca de la tan ansiada descendencia, Fernando volvió a dar, a ver si la vencida era por fin a la cuarta, las correspondientes órdenes para que se iniciasen los trámites precisos para acordar un nuevo matrimonio. Se dice que cuando le mencionaron la posibilidad de una nueva princesa alemana se negó en redondo, exclamando muy comprensiblemente irritado: «¡No más rosarios ni versitos, coño!» Por los interiores palaciegos todavía quedaba en el aire el sonido de los versos de la reciente difunta, como los verdaderamente inefables que le había inspirado alguno de los Reales Sitios que tanto habían frecuentado:

*Preciosos alrededores
los de estas preciosas salas.
¡Qué precioso olor exhalas,
precioso jardín de flores!
De tan preciosos primores
sólo diré de una vez,
bien que no preciso juez
y con musa no preciosa,
que es preciosa cada cosa
en el precioso Aranjuez.*

Por no hablar de otras composiciones, fruto de una fantasía verdaderamente diarreica, que le permitía tocar

todos los palillos posibles. La enumeración de algunos de sus títulos era mucho más que suficiente y podía saltar desde aquella en la que recreaba los *Sentimientos de un masón moribundo* a la dedicada *A los apóstoles de la China*, sin olvidar por supuesto unas sentidas *Décimas sobre la rifa de un faisán en beneficio de los niños de la Inclusa...* llenas sin duda de caritativo sentimiento.

Muy pronto, se encontró un buen apaño, que parecía ofrecerle algo completamente distinto. Su inteligente sobrina y a la vez cuñada, la napolitana Luisa Carlota, casada con el infante Francisco de Paula, encontró ahora la ocasión propicia de colocar a su hermana pequeña María Cristina, que a los veintitrés años seguía soltera, y consiguió que el Rey la aceptase como esposa. Él tenía ya cuarenta y cinco y estaba bastante cascado, pero todavía confiaba en poder tener el hijo que le heredase. Así, no había pasado todavía un año desde el entierro de la anterior Reina cuando, en diciembre de 1829, ya la graciosa napolitana era saludada, según las fórmulas de rigor, por aquellos vates cortesanos que habían cantado los falsos encantos de sus tres antecesoras en el real tálamo y que ahora alcanzaban grados de untuosidad difíciles de superar:

*Cristina llega: el público entusiasmo
Aclama de su rey la dulce esposa.
Mas ¡ay! Los ojos gozan de otro pasmo:
La buscan reina y se la encuentran diosa.*

Siguiendo su inveterada costumbre, el ardoroso Fernando ya se mostraba completamente enamorado de su nueva esposa, aunque solamente la conocía a través de unos retratos tan falsos como todos los que en los anteriores casos se habían utilizado. A pesar de soportar un estado de salud nada bueno, que la gota agravaba con sus reiteradas agresiones, al Rey se le hacía la boca agua y no dejaba de pensar en las delicias que le ofrecía el inminente disfrute de una mujer nueva, joven y, según todos los informes que había recibido, bonita y atractiva. Este precalentamiento se mostraba en las sucesivas formas de expresión que, para referirse a ella, incluía en las cartas que le fue escribiendo a la espera del tan ansiado momento del encuentro. Desde un inicial y ya impetuoso «Querida Cristina mía de todo mi corazón» pasaba a llamarla «Pimpollo mío», «Paloma mía» o un ciertamente sorprendente «Azucena de los Pirineos»... para alcanzar el clímax, al desatarse llamándola ya «Gachona» y «Resalada», reiterándole cada vez con más calor la adoración de «tu Fernando que se muere por ti». Por él no iba a quedar.

Aquel individuo, que había demostrado tener el más mezquino y cruel carácter, capaz de las mayores bajezas y sistemático traidor a juramentos y promesas, mostraba con sus esposas unas capacidades emotivas dignas de la más tópica zarzuela de corrala madrileña. Un género que estaba por aquellos años a punto de convertirse en la más edulcorada expresión de los

gustos populares, de los que tan próximo se encontraba el monarca. Ciertamente, hasta que el deterioro final de su salud se lo impidió, se le pudo seguir viendo por las calles de la capital, apenas acompañado de una o dos personas, siempre tranquilo y sonriente, convencido con razón de que entre sus amados súbditos —que solamente con verle se sentían extremadamente honrados— era donde más seguro se encontraba.

Efectivamente, la que iba a ser su cuarta y última esposa no defraudó en absoluto tales expectativas. Bastante inteligente y culta, para lo que era habitual en las princesas de la época, unía a su gracioso aspecto un carácter animoso y espontáneo, que el caduco marido encontró como maravilloso bálsamo a su prematura vejez. Recurriendo una vez más al viejo tópico —pero que en este caso era algo absolutamente real—, María Cristina venía a introducir en el Palacio de Oriente un fuerte soplo de aire fresco que sirvió para ventilar viejos aposentos llenos de rancios usos, mantenidos, más que por cualquier otra causa, por la desganancia y la mera dejadez.

Bien aleccionada por su hábil hermana, entraba María Cristina en unos procelosos espacios de los que Pérez Galdós habló de la forma más descriptiva:

Bastaba verla para conocer su agudo talento, que tanto había de brillar en las lides cortesanas y para prever las nobles conquistas que la gracia y la confianza

habían de hacer prontamente en el terreno de la brutalidad y del recelo.

Y, llevado por su entusiasmo hacia la nueva Reina, añadía el gran novelista, incuestionable republicano de pro:

Jamás paloma alguna entró con más valentía que aquélla en el negro nido de los búhos [...]. Fue mirada su belleza como un sol de piedad que venía, si bien un poco tarde, a iluminar los antros de venganza y barbarie en que vivía, como un criminal aherrojado, el sentimiento nacional.

En la Corte, el nuevo matrimonio inmediatamente produjo un gran enfriamiento en la actitud del infante Carlos y su ambiciosa mujer María Francisca. Este nuevo intento de Fernando por dejar un heredero propio les apartaba, una vez más, de un trono que llevaban tantos años acariciando con la punta de los dedos. Ello estableció en el interior de Palacio, donde moraban todos en una cada vez más difícil convivencia, una hostilidad que acabaría estallando cuando llegasen horas críticas. Dada la falta de descendencia de Fernando, ya pocos esperaban que esto pudiese solucionarse y hacía tiempo que, en la calle y entre la opinión pública, ya se veía a Carlos como futuro Rey. Los más acérrimos absolutistas, al amparo de la Iglesia católica, solamente esperaban el

momento de la muerte del decrepito Rey y el ascenso al trono de su hermano, que abandonaría cualquier veleidad progresista y restauraría los viejos principios de *Dios, Patria y Rey*.

Al inicio de su reinado, el fundador de la dinastía, Felipe V, había impuesto en España la Ley Sállica, que apartaba a las mujeres de la sucesión al trono. Más adelante, Carlos IV había decidido la supresión de la ley y el retorno a los usos tradicionales de la Corona de Castilla. Éstas no discriminaban por razón de sexo y habían hecho posible la coronación de mujeres de la talla de Isabel la Católica. Pero los difíciles acontecimientos que habían jalado el reinado del débil y ambiguo protector de Godoy habían impedido la puesta en vigor de esta disposición. Ahora Fernando VII, ante el primer embarazo de su nueva mujer y en previsión de lo que pudiera pasar, decidió recuperarla y promulgó una Pragmática.

Cuando el Rey decidió esto todavía no se sabía, lógicamente, que el hijo que María Cristina pariría iba a ser una niña, Isabel, que nació el 10 de octubre de 1830. Ahora, la nueva legalidad de la Pragmática permitía el acceso al trono de la neófita, en el caso de que la real pareja no tuviese ningún varón. Pero Fernando, si bien algo tranquilizado por la seguridad que le daban tanto la ley en vigor como la manifiesta robustez de Isabel, todavía confiaba en poder procrear un futuro rey. Así se acabarían de una vez todos los

manejos y maniobras de los absolutistas, que esperaban ansiosos y acechantes el momento de ocupar el poder a través del dócil y manipulable infante Carlos. Éste, en muchos lugares y por mucha gente, era ya aclamado como otro *deseado* Carlos V.

Vivió Fernando el año 1831 entre las alegrías de la paternidad realizada y las ilusiones puestas en un nuevo embarazo de su mujer, que quizá trajese aquel niño tan esperado por unos como indeseado por sus ávidos contrarios. Pero este agradable ambiente íntimo no hizo bajar la guardia a la sistemática brutalidad de aquel declinante déspota y, en aquel año, tuvieron lugar dos de los más emblemáticos episodios en la ya larga y sangrienta aventura del liberalismo español. En Granada, Mariana de Pineda, una bella viuda de veintisiete años, subía al cadalso para ser ejecutada, acusada de conspiración por habersele hallado en su casa a medio bordar una bandera con los colores liberales y el emblema *Ley, Libertad, Igualdad*. Muy pocos meses después eran fusilados en las playas de Málaga el general José María de Torrijos y sus compañeros, después de que la traición hiciese fracasar el desembarco de tropas que comandaba y que habían partido de Gibraltar.

Mariana de Pineda, *Marianita*, entraba así en la leyenda de la mano de la más ciega de las brutalidades, y su memoria, introducida en la mente popular a golpe de romance, iba a merecer los honores de la gran poesía de la mano de su paisano Federico García Lorca,

que a su debido tiempo moriría asimismo víctima de la intolerancia:

*¡Ay, qué día tan triste en Granada,
que a las piedras oía llorar,
al ver que Marianita se muere
en cadalso, por no declarar!*

Torrijos, la otra gran presencia en el panteón de los héroes de la Libertad, también tuvo su gran cantor en el joven José de Espronceda, lanzado ya a convertirse en rutilante astro del Romanticismo, que expresaba bajo alambicada forma el dolor de los españoles de bien:

*Helos allí; junto a la mar bravía
cadáveres están ¡ay! los que fueron
honra del libre y con su muerte dieron
almas al cielo, a España nombradía.*

Estaba claro que, hasta que le quedase un hálito de vida, Fernando quería mantener sus principios, sin darse cuenta de que aquella España era ya muy distinta de la que había entrado a reinar hacía ya tantos años. Cuando, en enero de 1832, nació la segunda hija de la pareja, la infanta Luisa Fernanda, estaba ya claro que las posibilidades generativas del Rey habían dado sus últimos frutos. Y fue en el siguiente mes de septiembre y en el Real Sitio de La Granja cuando una de las fre-

cuentas crisis que Fernando sufría llegó a ponerlo aparentemente al borde de la muerte.

Mano ejecutora de los intereses absolutistas, Calomarde, el intrigante ministro de Gracia y Justicia, obtuvo arteramente de la temblorosa mano del casi inconsciente Rey la firma de un decreto que anulaba aquella Pragmática que permitiría reinar a Isabel. El hecho debía mantenerse en secreto hasta la muerte de Fernando, que se creía ya inminente, pero la alegría de los elementos de la camarilla de don Carlos fue tal que no pudieron resistir y lo hicieron público. Y la más abierta reacción vino, según apunta una historia tan divulgada como indemostrada, por parte de un miembro de la familia real.

Según ella, la impetuosa hermana de la Reina, Luisa Carlota, estaba más que decidida a preservar el trono para su sobrina Isabel, a la que ya tenía pensado casar con su pequeño hijo Francisco de Asís. Por ello, al enterarse de la trama que los absolutistas habían montado acudió presurosa a La Granja. Enfrentada al taimado Calomarde, que le mostraba cínicamente el documento con la firma real tan traicioneramente conseguida, se lo arrancó bruscamente de las manos y lo arrojó al fuego que ardía en la chimenea. A continuación, llevada por la ira ante tamaña osadía, cruzó de una bofetada la dura cara del ministro. Según el tantas veces repetido relato, que en verdad más parece una estimulante escena de alta comedia, el abofeteado habría reaccionado en pose de caballero clásico, diciéndole la frase

que ya a partir de entonces entró en el acervo popular: «Señora, manos blancas no ofenden.»

El hecho es que Fernando, repuesto de aquella recaída, vivió todavía un año más. Agradecido por su fiel actitud en los difíciles momentos pasados, dio a su mujer una gran participación en las decisiones políticas. María Cristina, comprobando que para defender el trono de su hija debía enfrentarse a los absolutistas, se vio obligada a iniciar un moderado proceso de aperturismo. Ello le hizo ganar el apoyo de los liberales, que vieron en ella la persona capaz de representar el inicio de una nueva era que cerrase aquella *Ominosa Década* de persecución y terror.

Así, mientras el conspirador Carlos y su familia eran enviados a un disimulado destierro en Portugal, sus partidarios trataban de crear la inquietud entre el pueblo, difundiendo la falsa noticia de que Fernando había fallecido y que su cuerpo se mantenía embalsamado en lugar secreto. Pero lo realmente significativo para la vida del país fue, el 20 de octubre de 1832, la promulgación de la amnistía que abría la deseada nueva era. María Cristina, la gran esperanza de los liberales, anunciaba:

[...] En uso de las facultades que mi muy caro y amado esposo me tiene conferidas y conforme en todo con su voluntad, concedo la amnistía más general y completa de cuantas hasta el presente han dispensado los reyes a todos los que han sido hasta aquí perseguidos como reos de Estado.

Declaraba la ya casi viuda haber tomado esta medida gracias a:

[...] la innata bondad con que el Rey desea acoger bajo el manto glorioso de su beneficencia a todos sus hijos, hacerles participantes de sus gracias y liberalidades, restituirlos al seno de sus familias, librarlo del duro yugo a que los ataban las privaciones propias de habitar en países desconocidos.

O sea, que todo no era más que una gracia de Su Majestad, que sus súbditos debían incluso agradecerle olvidando el horror de los días pasados.

El 29 de septiembre de 1833 un ataque de apoplejía acababa de una vez por todas con la vida de aquel rey felón, al que la Historia arrojaría más que justificadamente al apartado donde se amontonan sus más perversos protagonistas. Dejaba la herencia de una guerra civil que estaba a punto de estallar y que se iba a arrastrar a lo largo de las siguientes décadas. Fueron momentos en los que, junto al dolor de sus partidarios y la cautelosa alegría de sus enemigos, se difundían los habituales y punzantes poemillas anónimos que reconstruían toda una vida de mentira y ruindad:

*Que mientras los españoles
se afligían y lloraban
por mi suerte, de la de ellos
ni un comino se me daba.*

[...]

*Que como vi que la recua
del varapalo gustaba,
imito al arriero loco:
mucha leña y poca paja.*

[...]

*Que hice prender, desterrar
y morir quien me dio gana,
sin más leyes ni más reglas
que aquellas que yo dictaba.*

[...]

*Esta gente, aunque parece,
al verla, terrible y brava,
la pone el rey que la halaga
como la manteca blanda.*

[...]

*Fiaos, pues, papamoscas,
de Fernando en las palabras,
que es el gitano más falso
que ha nacido de gitana.*

Al tener noticia del hecho, el pueblo llano le lloró de forma abierta, porque le quería sinceramente, se había visto representado en él y ahora se sentía huérfano sin su presencia. Pero, sin embargo, no fueron muchos los que pudieron permitirse el consuelo de rendirle personal homenaje desfilando ante sus restos. El rapidísimo proceso de descomposición que experimentó el hinchado e irreconocible cadáver, vestido y adornado con toda la parafernalia de bandas, fajas y

condecoraciones propia del caso, obligó a cerrar apresuradamente el ataúd a las pocas horas del fallecimiento. Ni los curtidos soldados que montaban guardia ante el catafalco de aquel individuo habían podido soportar los malditos efluvios que despedían los despojos del *Deseado*.



SOBRE AMORES Y NEGOCIOS

Nada más nacer Isabel, el 10 de octubre de 1830, su padre el Rey había querido dejar las cosas más claras todavía, por si era necesario, y ordenó que a la niña le fueran tributados «los honores como al Príncipe de Asturias, por ser mi heredera y legítima sucesora a mi Corona mientras Dios no me conceda un hijo varón». Para la ceremonia de su jura por las Cortes, que se celebró, como era antigua tradición, en el templo de San Jerónimo el Real, se recuperaron todas las viejas usanzas y rituales de la Corona. Para entonces, el infante Carlos ya había declarado de forma muy expresa su negativa a aceptar a su sobrina como Reina, y lo justificaba afirmando que ni su conciencia ni su honor se lo permitían. Efectivamente, tres años más tarde, cuando todavía estaban celebrándose los sufragios fúnebres por el difunto monarca, ya los partidarios del que era llamado *Carlos V* se lanzaban a la guerra.

La reina regente María Cristina era una joven y coqueta viuda de veintisiete años, todavía con muchas ganas de vivir. El testamento de su marido la había nombrado regente durante la minoría de edad de Isabel, pero al mismo tiempo le prohibía contraer un nuevo matrimonio so pena de perder su puesto y la misma tutela de la Reina niña. Mujer llena de vida, no cabe la menor duda de que la muerte de Fernando fue sin duda para la napolitana una absoluta liberación. Dada su naturaleza, seguro que María Cristina estaba deseando ardientemente tener a su lado a un hombre de su edad y por completo diferente al que había sido su marido, viejo y decrepito rijoso en imparable decadencia y, sobre todo, obsesionado por procrear el hijo que le aseguraría un póstumo control del trono, al que tan férreamente se había agarrado.

No habían pasado todavía tres meses después del entierro del difunto cuando la vivaracha viuda se casaba con un joven y atractivo guardia de corps. Fue en una ceremonia secreta celebrada a puerta cerrada en una habitación del Palacio Real, sin más personas presentes que los dos interesados y el sacerdote. Se trataba así de un matrimonio, por decirlo de algún modo, «de tranquilización de conciencia» y, por tanto, absolutamente falto de legalidad civil ni eclesiástica. Era, cuando todavía brillaban las apasionadas luces del Romanticismo, un nuevo episodio de aquella tradicional atracción que las reinas necesitadas de afecto sentían por los gallardos uniformados encargados de

su protección física. Era este Fernando Muñoz el ambicioso hijo de una estanquera de la localidad con- quense de Tarancón. Era miembro de los cuerpos de seguridad de Palacio y por ello el contacto, al menos visual, entre ambos habría podido establecerse en cual- quier momento y lugar. La infanta Eulalia, la hija de Isabel II que escribió sus curiosas memorias, recons- truyó aquel momento y quiso adornar la imagen de su abuela con un encantador halo poético y cursi, que realmente resultaba algo difícil de creer.

Escribía Eulalia que, yendo el cortejo de la Reina Gobernadora camino de La Granja de San Ildefonso, ansiando salir de aquel Madrid donde acababa de pro- ducirse una sangrienta matanza de frailes:

[...] a mitad del camino comenzó mi abuela a san- grar por la nariz, continuando la hemorragia hasta ago- tar los pañuelos de que disponían sus damas de honor. Entonces fue necesario, para salir del apuro, pedir ayu- da al oficial de la guardia que escoltaba el carruaje, quien inclinándose sobre su montura alcanzó hasta la atribulada reina su pañuelo. Unos instantes después, pasado el trance, María Cristina asomó por la ventan- illa del coche la mano, pálida y blanca, y con sonri- sa de gratitud devolvió la prenda al capitán Muñoz, que con gesto galante se la llevó a los labios.

Bien, pues la cosa estaba hecha. Ella, animada y divertida, y todavía con muchas ganas de juerga en el

cuerpo, se arrojaba a la aventura. Él, por su parte, demostraba la verdad del dicho que afirma que el mundo es de los lanzados. Lo iba a demostrar a continuación toda la fulgurante —fulgurante, por el oro— carrera en la que iba a sumergirse. Creída o no, esta convencional y edulcorada puesta en escena debió parecer suficiente para intentar explicar entre líneas tal relación. Se dijo en su momento que Cristina y Muñoz se habían conocido solamente poco más de una semana antes de tan clandestina y urgente boda. Pero naturalmente, corrieron de inmediato muchas otras versiones de los hechos, siempre como es lógico bien corregidas y aumentadas. Así, había quien afirmaba, con la más absoluta seguridad, que el conocimiento —y quizás también «el trato»— se había iniciado todavía en vida de Fernando, lo que añadía sabrosos ingredientes a un hecho que no tardó en ser de general conocimiento y tácita y silenciosa aceptación.

Efectivamente, el asunto era la comidilla en todas partes, pero el Gobierno, que hubiera debido intervenir para aclararla, prefirió dejar las cosas como estaban y no introducir tan grave factor de inestabilidad en el Trono. Cuando ya la primera Guerra Carlista estaba en su apogeo y la reina Isabel no tenía aún cuatro años, lo más recomendable parecía ser «no meneallo». Así, durante varios años, la prolífica María Cristina asistía a solemnes actos en las Cortes, presidía consejos de ministros y se mostraba en audiencias, ceremonias religiosas, sesiones de teatro, fiestas y saraos de toda clase:

disimulando en lo posible las formas evidentes de sus sucesivos e incesantes embarazos, que llegaron a alcanzar un nada desdeñable total de siete. Sus continuos desmayos y la extraña amplitud de sus faldas no cesaban de dar lugar a muchos comentarios, sin contar con las veces en las que «la viuda» estuvo muy visiblemente a punto de romper aguas durante un acto oficial. Muchas y muchos se verían frustrados al no poder llegar a ver algún desastre de este tipo. Cada *muñoz* que iba naciendo era enviado a París, donde ya su madre les estaba llenando una buena hucha con todo lo que su rapacidad le ponía por delante.

Para Cristina, compaginar su presencia y deberes como Regente, en la situación de guerra civil que el país vivía, con las obligaciones que una tan creciente familia suscitaba no debió de ser cosa fácil. En muchas ocasiones se quejaba, suspirando por un tranquilo retiro. Sin embargo, resultaba más que evidente que el avisgado Muñoz sabía extraer los mejores frutos de tan vidriosa pero productiva situación. Para cuando en 1844 se legalizó por fin este especial matrimonio, ya el taranconense tenía funcionando a pleno rendimiento una amplia red de lucrativos negocios que, en muchas ocasiones, iban a caminar por los afilados límites de la legalidad. Al principio, el humor popular había admitido con tranquilidad y sorna aquella tan especial situación y ridiculizaba, por el momento todavía suavemente, a la que era intocable realeza:

*Clamaban los liberales
que la Reina no paría,
y ha parido más Muñoces
que liberales había.*

Aunque totalmente opuestas en sus caracteres, fueron Isabel y Luisa Fernanda dos hermanas muy unidas en su niñez. Dada su especial situación, todo les era permitido, todos sus caprichos les eran satisfechos y no había nada que quisiesen que no obtuviesen de inmediato. Los efectos que esto tuvo en la educación de Isabel fueron desastrosos. La niña tuvo muy pronto conciencia de ser quien era y se permitía organizar —más bien, desorganizar— todos aquellos molestos programas y planes de estudios que le exigían un esfuerzo, que no estaba nada dispuesta a realizar. Consecuencia de esto fue que llegó a la adolescencia con una general y casi absoluta ignorancia. Muy pronto se hizo célebre su catastrófica ortografía, de la que ella sería la primera en burlarse y en la que casi aparecían más faltas que formas correctas. Ello se combinaba perfectamente con su castizo y limitado modo de hablar, que conservaría durante toda su vida. En su vulgar vocabulario y expresiones vencían siempre los usos más propios de la gente de la servidumbre, entre la que tan a gusto se encontró siempre, sobre los de los preceptores o cortesanos, con los que obligatoriamente convivía. Nunca le preocupó la tendencia a la obesidad que enseguida mostró. Por ser quien era, su poco agraciado físico nunca le

impidió lanzarse a aquel incesante vértigo erótico en que consiguió convertir su vida. Se consideró siempre un ser superior y desde la altura de aquel supremo orgullo se permitía mostrar en su trato con todos una simplicidad y una llaneza que a tantos iba a engañar.

La primera infancia de la Reina niña estuvo enmarcada en una situación de permanente inestabilidad, tensión y enfrentamientos que vivía el país. A la sangrienta Guerra Carlista se vinieron a añadir hechos como aquella matanza de frailes en Madrid, que en 1834 produjo la muerte de más de un centenar de ellos, linchados por el pueblo tras lanzarse la acusación de que habían envenenado el agua de las fuentes públicas. Los Gobiernos de la Reina Regente debían enfrentarse también a las explosivas consecuencias de hechos de gran magnitud, como la Desamortización y venta por el Estado de los inmensos bienes de la Iglesia, y la supresión de las órdenes religiosas. Abandonados a la fuerza por las comunidades que durante siglos los habían habitado, muy pronto en todos los rincones del país empezaron a mostrarse aquellos monasterios y conventos en ruinas, saqueados de sus más preciados bienes y convertidos en almacenes, viviendas de pobres, establos o, simplemente, en melancólicos espacios vacíos, refugio de aves y sembradío de malezas.

A finales de 1840, cuando acabó la Guerra Carlista, la situación pareció normalizarse y pudo ponerse un poco de orden en la desastrosa gobernación del país. Lo primero que se hizo fue poner en la calle a la

impresentable María Cristina. Privada de su cargo, fue metida en un barco que la llevó desde Valencia camino del exilio. El general Espartero era ahora Regente e indiscutible hombre fuerte de la situación. Desde París, la ex Gobernadora se apresuró a declarar que la habían obligado a marcharse y que se iba «con la conciencia tranquila y la frente muy alta». Pero, por supuesto, nunca iba a dejar de conspirar para recuperar una posición tan privilegiada como la que había tenido y que tan lucrativa les había resultado a ella y a su marido. Así, no dudó en dedicar parte de lo que tan mañosamente se había ganado en la financiación del pronunciamiento militar que, en el otoño del siguiente año, se alzó contra el Gobierno.

En la noche del 7 de octubre un grupo de militares, al mando de Diego de León, penetró por la fuerza en el Palacio Real y trató de hacerse con las dos infantas. Con ellas en su poder como rehenes, pretendían imponer un nuevo Gobierno. Tras haber franqueado la entrada por sorpresa, los asaltantes atravesaban corriendo, entre gritos y disparos, las estancias y pasillos del enorme edificio, en busca de las dos niñas. Mientras, ellas permanecían escondidas y encerradas bajo llave con algunos servidores próximos, obligadas a guardar silencio y a tragarse su propio terror, convencidas de que los enemigos carlistas habían venido a secuestrarlas. Finalmente, después de varias horas de lucha y confusión, los asaltantes fueron reducidos y detenidos. El oficial de la guardia de alabarderos de

Palacio llegó a tener que proteger personalmente, con todas sus armas desenfundadas, la misma puerta de la estancia donde se refugiaban las infantas. Sin dilación, los principales actores de los hechos fueron públicamente ejecutados. El implacable Espartero se negó a concederles el perdón, que la propia Reina solicitó para ellos, diciendo: «Nunca los españoles atentaron contra la vida y la seguridad personal de sus reyes...»

Siendo todavía muy pequeña Isabel, aquella marrullera tía Luisa Carlota —la de las célebres «manos blancas»— había conseguido sacar por escrito de su hermana María Cristina un compromiso de casar a la niña, cuando llegase el momento oportuno, con alguno de sus hijos. Más adelante, la Gobernadora quiso desligarse de aquel imprudente acuerdo y escribió a Carlota que, respecto a este matrimonio, quería «dejar a su hija en libertad de elegir el esposo que más le agrade cuando se halle en estado de hacer la elección». Pero ahora, con la ex Regente en el exilio e Isabel «indefensa» en Madrid, la intrigante y ambiciosa Luisa Carlota y su marido Francisco de Paula —aquel crapulilla supuesto hijo de Godoy— vieron nuevamente el cielo abierto y volvieron a la carga.

Espartero no les permitió cumplir sus deseos de instalarse a vivir en el Palacio Real, pero no cesaron en sus repetidas visitas a la muchacha, acompañados de su amanerado hijo Francisco de Asís. Hicieron incluso que el maestro particular de Isabel entregase a ésta una pulsera de oro con un mechón de cabello del

chico. Enterado el tutor de la futura Reina de esta permanente presión, ordenó al tiempo la devolución del interesado regalo y el despido del profesor, además de la prohibición a la intrigante pareja de poner pie en Palacio. Los brillantes proyectos debían, pues, esperar un poco.

El 10 de noviembre de 1843 juraba Isabel como Reina, tras haberse adelantado el momento de su mayoría de edad. Empezaba así su vida de precoz y obligada adulta y una de las cuestiones más importantes que se plantearon entonces fue ya la de su matrimonio. Sobre su situación en tan crucial momento, recordaba justificándose casi al final de su vida:

¿Qué había de hacer yo, tan jovencilla, reina a los catorce años, sin ningún freno en mi voluntad, con todo el dinero a mano para mis antojos y para darme el gusto de favorecer a los necesitados, no viendo a mi lado más que a personas que se doblaban como cañas, ni oyendo más que voces de adulación que me aturdían...?

Todo esto no dejaba de ser cierto, pero, beneficiándose de su privilegiada posición, Isabel se iba a permitir «hacer de su capa un sayo» en muchos aspectos de su vida. Al principio, sin embargo, iba a ser obligada prisionera de su puesto y por él debería renunciar a cualquier deseo de libertad. De esto, el largo y complicado proceso que acabó llevando a su desastroso matrimonio sería el ejemplo más crudo y palpable.

La boda de la Reina niña se convirtió en un asunto de capital importancia para las potencias europeas, en especial para Francia e Inglaterra. También lo era para todas las casas reinantes y, por supuesto, para su familia, tan enzarzada como siempre en íntimas luchas de intereses. El propio pretendiente Don Carlos llegó a abdicar de sus derechos en su hijo, el Conde de Montemolín, para que un matrimonio de éste con la Reina cerrase de una vez por todas el pleito sucesorio que tanta sangre había costado. Pero aquel Montemolín presentó demasiadas exigencias como posible Rey consorte y, al mismo tiempo, tanto los gerifaltes liberales como los carlistas vinieron a coincidir en su negativa a este enlace. Hubo que descartar también la posibilidad de esperar a que creciera algo el hijo del monarca portugués, que era todavía más joven que Isabel y que podía abrir un futuro a la unión de los dos pueblos ibéricos. María Cristina trató entonces de retomar el asunto en sus manos y llegó a proponer a su propio hermano, el napolitano Conde de Trapani. Pero era éste un acérrimo integrista, considerado peligroso agente del poder jesuítico y fue, en definitiva, la propia Isabel la que, al saber que era bastante bizco, aprovechó para descartarlo de un plumazo, muy a su manera, diciendo: «¡Nunca me casaré con un bisojo!»

Las conversaciones y los pactos prosiguieron, incansables. Enrique, un hijo de la decidida Luisa Carlota, agradaba a los progresistas, pero su participación en un complot militar le cerró el camino; por ser primo de

la Reina se le cambió el pelotón de fusilamiento por el destierro. La Reina madre María Cristina volvió entonces a la carga y propuso un nuevo candidato: Leopoldo de Sajonia-Coburgo, emparentado con las principales casas reales, pero esta propuesta tampoco prosperó. Así, por pura y simple eliminación, fue quedando el peor candidato de todos, pero que por su propia falta de peso y de valores tampoco tenía adversarios. Era el otro hijo de Luisa Carlota y Francisco de Paula, aquel melifluo Francisco de Asís de la tonta historieta de la pulserita con mechón de cabello prendido.

Fue el Rey de Francia Luis Felipe quien acabó imponiendo un plan verdaderamente diabólico. En una boda doble, Isabel se casaría con Francisco, aquel insignificante personajillo, y la infanta Luisa Fernanda lo haría con el Duque de Montpensier, hijo del monarca francés. Perfectamente al tanto de las características personales del de Asís, y seguro de que su matrimonio con la Reina no tendría descendencia, Luis Felipe calculaba que la sucesión acabaría pasando a sus nietos, los futuros Montpensier. Era una buena jugada a medio plazo. Pero con lo que no contaba tan hábil tahúr era con que la reina española, aun sin mediar relaciones físicas con su marido, traería al mundo una serie de hijos que le iban a asegurar una descendencia personal.

Al saber de aquella decisión final, la joven Isabel se había resistido gritando: «¡Con Paquita, no... con Paquita, no!» Y, entre continuos sollozos, había repetido que antes prefería abdicar que casarse con su blandengue y

afeminado primo, que no le producía más que repulsi3n. Pero lo cierto es que todo acab3 acordándose en contra de su expresa voluntad y la doble boda se celebr3 el d3a 10 de octubre de 1846. Ella ten3a dieciseis a3os y 3l, veintid3s. Fue una brillante ceremonia en la capilla del Palacio Real a la que, como invitado de excepci3n, asisti3 el popular novelista franc3s Alejandro Dumas. Como era habitual en estos casos, las fiestas callejeras que se organizaron incluyeron fuegos artificiales, representaciones de teatro y ¿c3mo no? un amplio repertorio de corridas de toros. Instal3 para la ocasi3n el Ayuntamiento de Madrid una doble fuente, de la que manaban vino y leche. Inmediatamente, la chunga popular le sac3 punta a cuenta de tan «particular» novio:

*El vino para las majas,
la leche para el de As3s.*

El matrimonio de la Reina era la realizaci3n del m3s insensato proyecto que hubiera podido imaginarse. Ella era una personalidad abierta, alegre, amante de los placeres m3s directos de la vida. Su propia naturaleza exuberante la hab3a llevado ya en la adolescencia a dejarse ir por inclinaciones sensuales hasta situaciones vidriosas de las que mucho se hab3a hablado. Se dec3a que la Reina ni3a, falta de la presencia materna, por muy cuidada que estuviese por sus ayas y educadoras, hab3a tenido sus m3s y sus menos con su propio maestro y con algunos de sus sucesivos pro-

fesores de canto. En una ocasión, Salustiano Olózaga, maniobrero presidente del Consejo, había forzado a la inexperta Isabel a firmar a puerta cerrada un importante decreto, utilizando incluso la fuerza física, en lo que más bien algunos quisieron ver una riña de enamorados. Naturalmente, un matrimonio normal hubiera podido estabilizar y canalizar las apetencias físicas de Isabel, que mostraba —eso sí, sin complejos de ninguna clase— todos los ímpetus sexuales de sus ancestros. Unas inquietudes que a unos Borbones les habían proporcionado tantos y tan buenos momentos y que para otros, por el contrario, no había sido más que torturadora fuente de insoportables quebrantos morales.

El futuro de aquel matrimonio estaba así condenado de antemano. Muchos años más tarde, la vieja Reina exiliada comentaría a un confidente: «¿Qué pensarías de un hombre que, en la noche de bodas, tenía sobre su cuerpo más puntillas que yo?» Desde un principio, todos sabían que aquello no tenía salida posible. La exuberancia de la Reina, su proverbial espontaneidad y todo lo que se comentaba de sus costumbres privadas, poca respuesta iban a encontrar en aquel elemento, de modales extremadamente amanerados, voz atiplada y siempre cuidadísimo atuendo. Aquellos magníficos trajes, bien cortados sobretodos, sombreros de calidad y guantes de la más fina piel ocultaban la que era su verdadera pasión: una ropa interior llena de filigrana, propia de una dama de alta alcurnia, siempre aromatizada por densos y costosos perfumes. Pero tam-

bién aquella sobria y cuidada apariencia exterior servía como eficaz pantalla de una personalidad fría y calculadora hasta el límite, que muy pronto iba a manifestarse en su verdadera realidad.

Discreto, culto y amante de los objetos de arte, rodeado de un reducido grupo de amistades, Francisco dedicaba muchas horas a la lectura y a los solitarios paseos. Su helado carácter le llevaba a planear venganzas a largo plazo y jamás se dejaba llevar por impulsos incontrolados. Así, mientras aquel matrimonio nacía para Isabel como un estrepitoso fracaso, del que inmediatamente iba a tratar de desquitarse por la vía física y emocional, para el Consorte, por el contrario, era algo muy diferente. Con él establecía un lucrativo negocio, del que estaba dispuesto a extraer todas las posibilidades, que eran muchas. Muy pronto tomó conciencia del suculento partido que podía sacar a aquella mezcla de queja y amenaza, que siempre sabía guardar en la manga para esgrimir en el momento oportuno y que iniciaba con la conocida frase: «Se ha querido ultrajar mi dignidad de marido. [...]»

Era la Reina persona que continuamente necesitaba estar acompañada; se moría en soledad y siempre precisaba verse envuelta en el bullicio de las conversaciones y las risas. La simplicidad de su carácter y su vergonzosa incultura hacían de ella una devota primitiva, dada a formas de religiosidad que caían en la milagrería y las creencias populares más toscas. Extremadamente generosa hasta niveles impensables, dispo-

nía de su propio dinero con una insensata liberalidad que debía ser continuamente reprimida por sus administradores. Dos cosas le habían gustado hasta llegar a dominarlas bastante bien: la equitación y el canto. De hecho, su afición por éste la había llevado a construir un teatro dentro del Palacio Real, cuyo uso fue abandonado cuando en 1850 se inauguró, al otro lado de la Plaza de Oriente, el nuevo Teatro Real.

Nada había que le agradase más a Isabel que guiar ella mismas sus faetones y sus tálburis por las calles y los paseos de la capital, donde en los primeros años de su reinado era reconocida, saludada y vitoreada. Aparte de los baños de multitud que recibía también en las fiestas populares y verbenas, que también frecuentaba con sumo gusto, se reunía en copiosísimas cenas y ruidosas veladas con sus amigos, entre los que siempre reinaba el amante de turno. El lugar favorito para sus reuniones nocturnas era el restaurante Lhardy, de la Carrera de San Jerónimo, el establecimiento entonces más *chic* en Madrid. En los salones privados de la primera planta Isabel y sus acompañantes se entregaban a las mayores alegrías, que podían degenerar en verdaderos escándalos, que en alguna ocasión acabaron provocando la discreta actuación de la policía. De aquellos tiempos «de vino y rosas» se ha dicho siempre que los actuales propietarios del establecimiento —que nunca lo han confirmado— siguen conservando, como especial recuerdo, un corsé que la Reina se quitó

en un momento dado para aliviarse y dejó luego olvidado sobre algún diván.

A los cinco meses de la boda se produjo la primera separación física de la pareja. Se ha relatado la escena en la que, cenando la real pareja con María Cristina, se suscitó una discusión entre suegra y yerno, que no podían verse, hasta el punto en que ella le largó: «¡No mereces compartir el lecho ni el amor de mi hija!», a lo que él respondió melifluamente: «Tranquila, mamá. No comparto ni lo uno ni lo otro.» Y como buen zorro que era, aprovechó muy astutamente la coyuntura para marcharse con sus bártulos de las habitaciones de su mujer, donde seguro que se encontraba absolutamente incómodo.

En todas las ocasiones en que iban a producirse estampidas de esta clase, siempre aparecerían intermediarios dispuestos a poner paz entre los esposos; en algunos casos, llegó a ser el mismísimo Papa por medio del nuncio apostólico. Buscaba entonces el «ofendido» Consorte refugio en el Palacio de El Pardo, físicamente alejado de Madrid, pero lo suficientemente cerca para seguir dirigiendo sus negocios y recibir a los enviados que le llegaban para mediar en las treguas que iban sucediéndose. Todo ello configuró lo que en adelante pasó a llamarse metafóricamente *la cuestión de Palacio*. Una *cuestión* que no solamente se refería a las públicas desavenencias y repetidas separaciones de la pareja sino, con el paso del tiempo, a la discutida paternidad de los hijos que sucesivamente irían naciendo.

Después de algunas historias y episodios de tono menor, el primer amante conocido de Isabel tras la boda fue un guapo y ambicioso militar, Francisco Serrano, del que ella se enamoró por completo y al que en público no se privaba de hacerle mimos y llamarle *el general bonito*. Muy interesado en la actividad política, tuvo Serrano su mejor trampolín para ella en la pasión que despertó en la insatisfecha Isabel. Fulminada por él, se dejaba llevar absolutamente por el amor y el deseo, demostrando que todo le daba igual, pasando por encima de rumores y murmuraciones y queriendo solamente estar al lado de aquel fatuo arrogante, cuyo mayor disfrute era exhibirse vistiendo su guerrera cargada de entorchados y condecoraciones. Desde París, María Cristina le aconsejaba a su hija que solicitase del Papa la separación «de tu inconveniente esposo» e incluso la anulación «por las causas que serán fáciles de probar y todo Madrid conoce...».

En su retiro en El Pardo, aquel «infeliz reyecito de España», como le llamaban, no se limitaba a morderse las uñas y movía hábilmente sus hilos para recuperar una situación que se le había escapado de las manos. El rapaz Francisco controlaba las cuestiones económicas de Palacio y ahora Serrano parecía interesado en meter mano en ellas. Naturalmente, eso era algo que el Consorte no podía admitir. Bien estaba que admitiese la existencia de los amantes de su mujer, que le convertían en hazmerreír de todos, pero que le tocasen cuestiones materiales, en las que tanto tenía que ganar y que perder, hasta

ahí podíamos llegar... Finalmente, el de Asís consiguió enderezar el problema. Presiones del Vaticano y la directa intervención de María Cristina, ahora tratando de arreglar la situación, acabaron obligando a Isabel a la dolorosa renuncia. A cambio de desaparecer de la escena, el *general bonito* se embolsaba unos cuantos millones del peculio personal de la Reina y el lustroso cargo de capitán general de Granada.

Hablando de este episodio, Francisco haría un comentario sobre Serrano, realmente curioso viniendo de quien venía. Así apuntó, ambiguo como siempre: «Es un pequeño Godoy que no ha sabido conducirse, porque éste, para obtener la privanza de mi abuela, enamoró primero a Carlos IV. [...]» Como había sucedido con los anteriores monarcas españoles, las gentes hablaban abiertamente de los problemas de su sexualidad como de algo que las afectase personalmente. Fuese cierta o no, pero generalmente admitida la homosexualidad del Rey, que su aspecto y comportamiento no hacían más que justificar, también se difundió, junto con la información sobre el muy reducido tamaño de su pene, la presencia de un defecto físico en el mismo que le obligaba a orinar agachado. Todo ello era sabrosa materia más que suficiente para animar la imaginación de los vates populares, que pronto acuñaron aquello tan difundido de:

*Paquito Natillas,
que es de pasta flora,*

*orina en cuclillas,
como una señora.*

Junto a constantes, malvadas y zumbonas referencias «poéticas» a escenas como aquella en la que el de Asís,

*En el quicio de la puerta,
sacando la minga muerta,
lloriquea y hace pis.*

Para terminar de componer el cuadro, una llamativa presencia masculina se mostraba permanentemente junto al Rey: Antonio Ramos Meneses. Para unos, era un socio, testaferro en sus lucrativos negocios —como el de la explotación del Cementerio Patriarcal— o simplemente un secretario. Para otros, era un amigo, un confidente o, yendo más allá, su amante declarado. El mordaz historiador de Madrid Pedro de Répide escribió acerca de aquellas «relaciones económico-sentimentales» que ambos mantenían y de las que mucho se hablaba. Si era cierto todo lo que se contaba, el tal Meneses tenía en su haber un currículum personal nada desdeñable. El guapo muchacho había iniciado su trayectoria en su Sevilla natal, de donde se había fugado con una bella italiana mayor que él, de la que se decía era sobrina, o incluso hija, del mismísimo Sumo Pontífice. Parece que la historia acabó en Madrid, quedando el galán «bien provisto de alhajas y de numerario».

Sobre la continuación de la historia, el malicioso cronista escribía: «Una vez en Madrid y a disposición de las empresas galantes, conforme pudo haber caído primero ante la mirada de la Reina, encontróse ante los despiertos ojos del Rey, quien le otorgó el más fervoroso y consecuente de los valimientos.» Lo cierto es que Meneses ya nunca dejó de estar al lado de Francisco y de su proximidad extrajo considerables beneficios. Todavía en el reinado de Isabel II consiguió convertirse en diputado y, más adelante, la monarquía restaurada de Alfonso XII le convertiría en duque de Baños, con Grandeza de España incluida. No estaba nada mal para aquel avisado advenedizo que muy pronto se convirtió en el alma de la camarilla del Rey consorte. Con todo, siempre tendría el de Asís defensores de su imagen, que le adjudicaron supuestos y nunca creídos romances con señoras y señoritas, destinados a desmentir todas aquellas habladurías que él, de forma tan visible, era el primero en fomentar.

Al igual que María Cristina, se manifestó Isabel como una madre prolífica. Hubo una docena de partos reales; siete de ellos dieron niños muertos o que murieron antes de cumplir los dos años. Así, sobrevivieron cinco: la mayor sería la infanta Isabel, la futura popular «Chata»; luego vinieron el heredero Alfonso y, a continuación, Pilar, Paz y Eulalia. Cada vez que la Reina quedaba embarazada y, sobre todo, cuando estaba a punto de dar a luz, era cuando su marido apro-

vechaba para montar otra estampida. Se marchaba a su refugio de El Pardo, asegurando sentirse burlado y anunciaba que se negaría a participar en el ceremonial oficial que rodeaba al nacimiento de los infantes. Complicado ceremonial que, como teórico padre de los mismos, le correspondía presidir. Y una y otra vez, su ya prevista aceptación final, su enfurruñada «vuelta al redil», obtenía una sustanciosa compensación.



FARSA Y LICENCIA

Tras la marcha de Serrano, nuevas figuras masculinas pasaron, con más o menos detenimiento, por los aposentos de la Reina para sacarla de su nostalgia y aliviar sus pertinaces y nunca menguadas necesidades. Lo que estaba claro es que a la Reina «le ponían» delante a los potenciales amantes para que se lanzara directamente sobre ellos, como si de una fácil cacería oficial se tratase. Personajes con peso en la vida pública y con mano en las interioridades de la Corte decidían en algún momento quién podía cumplir adecuadamente aquel papel. Así, por un tiempo y a cambio de unas actuaciones sexuales que daban alegría a la vida de Isabel, aquellos elegidos se hacían con una fortuna, un cargo y unas condecoraciones. Y, sobre todo, prestaban sus servicios como efectivos instrumentos de los grupos de interés que los habían introducido entre las reales sábanas.

Dentro de una amplia serie, hubo después un guapo cantante de nombre José Mirall y, a continuación, un extravagante músico italiano de nombre Temístocles Solera, hasta llegar al Marqués de Bedmar. Protagonizó éste una historia realmente señalada, con repercusiones e implicaciones de todo tipo y persistencia a lo largo del tiempo. Cuando se lo presentaron, se encendió otra vez en la inflamable Isabel la llamarada de una gran pasión. Era él un guapo y elegante aristócrata casado, curtido y cosmopolita viajero. Con buenas relaciones en los ámbitos financieros, fue el banquero y empresario José de Salamanca, entonces principal promotor del gran negocio del ferrocarril, quien le propuso convertirse en amante de la Reina, siempre «sedienta de amor y precisada de cariño». Ella se dejó llevar a fondo por este arrebato y, tras sus repetidos encuentros físicos o, en su caso, a la anhelante espera de ellos, le escribía unas cartas verdaderamente tórridas, con expresiones de este estilo y forma:

Bendito seas mil millones de veces RAMDEB adorado de mi corazón bendito seas, bendito seas mil millones de veces yo te adoro con una locura y un frenesí que no te puedo explicar.

Un texto que hablaba muy bien, tanto del vehemente carácter de la Reina y de su fuerte enamoramiento, como de su gran incultura y de su despreocupada imprudencia. Pero Bedmar, al igual que muchos

otros de la serie, no estaba allí solamente para agradar a la Reina a cambio de bien materiales beneficios. Su papel era sobre todo otro, que realmente poblaba el dormitorio real de efectivos servidores de las manipulaciones políticas y económicas al más alto nivel. Isabel, aquella gran incauta, no era sin embargo tonta y entraba en el juego con tal de dar rienda suelta a sus permanentes necesidades físicas. En realidad, lo demás nada le importaba y mucho menos la enojosa y pesada carga de la gobernación del país. Así, aparte de aquellas esquelitas de amor, se permitía escribirle bien diferentes notas, como ésta: «Si quieres que firme el cese del Gobierno, pasa la mano por la barandilla de tu palco. [...]»

Lo que podía ser admitido por causa del deseo físico o incluso del amor, ya tomaba otro cariz muy diferente cuando lo que se movía de la forma más visible bajo los reales baldaquinos eran intereses puros y duros, llevados por aquellos agentes disfrazados de cumplidores amantes. Ahora, tuvo que intervenir el propio jefe del Gobierno, el general Narváez. Consiguió poner a Bedmar en la frontera pero, en rocambolesca historia, volvió el Marqués de tapadillo a Madrid y consiguió esconderse en las mismas habitaciones palaciegas de la Reina, amenazando con publicar algunas cartas si advirtiese algún tipo de peligro para él. Finalmente, se alcanzó un arreglo y se fue de embajador a San Petersburgo con el Toisón de Oro colgado sobre la pechera. Durante la «era Bedmar» vinieron al mundo dos niños que apenas vivieron algunas horas.

Pero algo bueno estaba todavía por llegar, ya que personal de Palacio robó tales cartas, que acabaron misteriosamente en manos de Francisco de Asís, al que la guasa popular perseguía, incansable:

*Doña Isabelona, tan frescachona
y don Francisquito, tan mariquito.*

Pues bien, aquel don Francisquito descubrió ahora una nueva fuente de ingresos e inició un lucrativo negocio como chantajista, en el que tuvo a su propia mujer como primera víctima. Y así, le sacó unas buenas cantidades por las vehementes cartas que ella había escrito a Bedmar en los paroxismos de la pasión. En anónimas hojas volanderas, el buen pueblo volvía sobre el personaje, que cada vez presentaba un rostro más siniestro:

*Vuestra noble faz empaña
el nublo del deshonor,
desfaced pronto esa niebla,
cortaos los cuernos, Señor;
que el mundo entero os señala,
la Europa os llama cabrón,
y cabrón repite el eco
en todo el pueblo español.*

El reinado de Isabel retomaba con gran fuerza la vieja costumbre de las camarillas como activísimos centros de poder paralelos al Gobierno y al Parlamento. Fue aquella *Corte de los Milagros* que de forma tan mordaz y desgarrada describiera la sorna galaica de don Ramón

María del Valle-Inclán. Y, por si fuera poco la existencia de tal conciliábulo, en las cámaras y camaretas palaciegas funcionaban por entonces dos, que bullían de forma paralela. Alrededor de la Reina se movía toda una serie de personajes, de entre los que destacaba sor Patrocinio, *la Monja de las Llagas*. Esta mujer tenía una tortuosa trayectoria, que se movía, por una parte, entre la rendida devoción popular nacida por la supuesta presencia en su cuerpo de los estigmas de Cristo y, por otra, en los permanentes procesos a que por ello era sometida. Sufrió por esto destierros y encierros conventuales y, una y otra vez, sus supuestas llagas fueron denunciadas como un fraude. Ella nunca las enseñó, pero hasta el final de su vida preservó su misterio, llevando las manos cubiertas por unos mitones que jamás se quitaba.

Buena instrumentadora, pues, del misterio, había entrado la monja en Palacio por la vía de Francisco de Asís y muy pronto había pasado a integrarse en el círculo personal de la Reina. El primitivo catolicismo de Isabel vio en sor Patrocinio una presencia sobrenatural, de la que muy pronto le resultó imposible prescindir. Ello la convirtió en la figura principal de su camarilla pero, al mismo tiempo, en el centro de atracción de todas las inquinas que el corrupto sistema generaba. Se acusaba a la monja de servir como agente de intereses de variada especie, desde los religiosos y los políticos hasta los más abiertamente económicos, ya que su especial situación la hacía poseedora de información privilegiada. Junto a ella, en aquellas reuniones privadas

donde se decidían asuntos de general importancia, se alzaba la presencia del arzobispo Antonio María Claret, que llegaría a ser canonizado. El padre Claret, representante del más integrista catolicismo, era la presencia física y ejecutiva del Vaticano en el corazón de las recónditas interioridades de la Corte madrileña.

A lo largo de los años, el papa Pío IX siempre mantuvo hacia Isabel una actitud ambigua y benevolente. A través de sus buenos y activos informadores estaba perfectamente al tanto —al día y aun al momento— de todos los asuntos sexuales más o menos públicos de la Reina y, en muchas ocasiones, se veía obligado a actuar como intermediario, para conseguir poner paz dentro de aquella tan peculiar pareja real. Sabía que la profunda religiosidad de la soberana siempre la hacía estar dispuesta a expresar su sincera contrición por las faltas cometidas; aunque le faltase, eso sí, el necesario propósito de la enmienda. En cualquier caso, su permanente asistencia a actos religiosos de toda índole era muy valorada por la jerarquía eclesiástica, que soportaba tiempos como aquellos de tanto materialismo y ateísmo. El pueblo la veía siempre presidiendo procesiones, asistiendo a misas, visitando a populares y milagrosas imágenes y sabía que, en privado, cuando abandonaba otro tipo de actividades muy diferentes, solía rezar el rosario e incluso se hacía leer edificantes libritos de vidas de santos. Por eso y a pesar de la extendida fama que la Reina se había ganado por otros conceptos, el Vaticano llegó a concederle la *Rosa de Oro*, su mayor distinción honorífica, ya que,

como dijo uno de aquellos altos cardenales, era *puttana ma pia*, «puta pero devota».

La otra camarilla que funcionaba en el interior de Palacio era la que había formado el Consorte. Aquí, al lado de la permanente presencia del favorito Mene-ses y del influyente padre Fulgencio, confesor de Francisco de Asís, desfilaba todo un muestrario de elementos procedentes de la más intransigente y oscura reacción. Los lazos que el Consorte mantenía con los carlistas eran bien conocidos y, siempre desafiante, no los ocultaba, incluso en los momentos en que se enfrentaban con las fuerzas del Gobierno en los campos de batalla. Para el sistema liberal, aquellas actitudes y relaciones del de Asís eran realmente como tener al enemigo en casa. Ello hacía que se le tuviese puesto bajo una discreta pero permanente vigilancia. Aquel cínicco envalentonado jugaba con las ventajas de su situación, alcanzando en ocasiones extremos de difícil calificación. Uno de los casos más llamativos se produjo cuando, en turbia muestra de humor negro o de burlesca provocación, insistió en que se hiciese un molde en yeso y cera del pequeño cadáver de uno de los niños que la Reina tuvo durante la «era Bedmar».

Eran aquellos tiempos de verdaderos y sorprendentes cambios. La Reina prestaba feliz su imagen a todos ellos, que estaban identificando su reinado. Mientras su efigie aparecía en los primeros sellos de Correos, daba su nombre al canal que hasta hoy asegura la aportación de agua para consumo de los madrileños y en

sólo una hora llegaba radiante hasta Aranjuez, en el nuevo ferrocarril, donde para tan fausta ocasión se había establecido una extensión de las vías que llegaba hasta la misma puerta del Palacio. Los tendidos ferroviarios estaban comenzando a transformar las mentalidades y el rostro de la vieja España.

En la primavera de 1848, el torbellino revolucionario que soplaba por toda Europa derribando tronos y cambiando dinastías llegaba a Madrid. Ahora Serrano, el antiguo *general bonito*, se levantaba al frente de los progresistas. Tras un duro enfrentamiento en la Puerta del Sol, las fuerzas gubernamentales consiguieron parar la intentona y un joven y valiente aristócrata, el capitán José María Ruiz de Arana, se alzó como el más destacado defensor de la legalidad. Tras aquella cruenta escaramuza hizo una espectacular presentación en la puerta principal del Palacio Real, donde fue recibido como un verdadero héroe. La Reina le vio así, alto y arrogante, con las humeantes pistolas en la mano, el uniforme desgarrado y cubierto de sangre propia o ajena, incluso, con un balazo incrustado en el hombro... Era, una vez más, el cumplimiento en la realidad de sus más queridas fantasías y, sin perder inútilmente un momento, le arrastró a sus habitaciones.

Fue este nuevo compañero sentimental de Isabel persona muy discreta que, al contrario que todos los demás, no se distinguió por utilizar su situación para beneficiar a terceros. Para no tener que andarse con subterfugios, ella directamente le nombró gentil-

hombre de cámara, con lo cual él tenía directo y permanente acceso a su persona. No despertó Arana grandes animadversiones, pero siempre mostró su expreso rechazo por sor Patrocinio. Cuando, en 1851, la Reina dio a luz a la infanta Isabel, el pueblo comenzó a llamarla *la Araneja*, en directa alusión a aquella célebre *Beltraneja*, supuestamente tampoco hija de su reinante padre Enrique IV de Castilla. En esta ocasión, entre la multitud de cortesanos que esperaban en la antesala el anuncio del nacimiento, se encontraba el muy anciano general Castaños, el legendario militar que en la batalla de Bailén había derrotado a los invictos ejércitos de Napoleón. Antiguo tutor de la Reina, con más de noventa años y considerado como una gloria histórica viva, aquel discreto y prudente general era traído y llevado a todas las celebraciones, siempre cargando con todas sus muchas condecoraciones. Aquella movida madrugada, cuando medio dormido pudo ver por fin a la nueva infanta sobre una bandeja de plata, no pudo reprimir lo que le pasó por la cabeza: «¡Vaya! ¡Una mala noche y encima parir hembra!»

A lo largo de los más de seis años en que se mantuvo la relación con Arana, se sucedieron otros cuatro embrazos de la Reina. Eugenio García, cronista de la época, dejó un malévolo cuadro de aquella especial situación:

[...] Entregado el rey Francisco [...] a toda clase de concupiscencias, porque de todas ellas gustaba su estrañado organismo, era hasta más tolerante, como tenía

prometido, a cambio de que lo fueran con él, y tal y tan hedionda era su degradación que le decía con la mayor naturalidad a su mujer: «Mira Isabelita, que el “Pollo Arana” te la pega.» Arana [...] sacaba allí fuerzas de flaqueza para complacer a la concupiscente reina, nueva Mesalina, siempre sedienta, nunca harta de torpes y libidinosos placeres. [...] Hacíase llevar el valido, para forzarla, viandas estimulantes, así de tierra como de mar, y tomaba baños en mármóreas pilas llenas de rico vino de Jerez, que en el momento de salir era arrojado al suelo...

Acompañada siempre de alegre compañía, con el amante de turno bien visible, la Reina pasaba su tiempo en los Reales Sitios –Aranjuez y La Granja, El Pardo y El Escorial– o en un Madrid que lo mismo les veía entrar y salir sin parar de Lhardy que en los palcos del Teatro Real, en las ceremonias religiosas más solemnes que en las verbenas populares de los barrios castizos del centro o en los animados y frescos ventorros de los alrededores. Poeta anónimo hubo que, al hilo de tanto embarazo real, dejó preparado un epitafio para poner en su momento sobre la tumba del Consorte:

*Un marido complaciente
yace en esta tumba fría,
del cual afirma la gente
que nunca estuvo al corriente
de los hijos que tenía.*

A principios de 1852 la Reina fue víctima de un atentado nunca aclarado y producido en el mismo interior de Palacio. Cuando salía para presentar a la recién nacida infanta a la Virgen de Atocha, el cura Martín Merino, viejo liberal y párroco de Madrid, se lanzó sobre ella cuchillo en mano y la hirió levemente. Inmediatamente detenido, confesó haberlo hecho por «la necia ignorancia de los que creen que es fidelidad aguantar la tiranía de los reyes». Ajusticiado sin tardanza, su cadáver fue incinerado. Muy pronto, los rumores apuntaron al mismísimo Consorte como inductor del regicidio. La muerte de la Reina y la minoría de edad de la hija le hubieran puesto en las manos una larga regencia, de la que saldrían notables beneficios políticos para sus correligionarios integristas y, algo no menos importante, pingües ganancias económicas para él y sus socios. Ocasión hubo en que, cabe suponer que en estado de irritación, alguien le oyó rezongar, amenazador: «Si alguna vez se forma un ministerio bajo mi influencia, haré colgar del balcón de la Reina a todos los que hayan sido sus amantes.»

Cinco años antes, Isabel había sufrido su primer atentado en plena calle de Alcalá, que tampoco nunca quedó claro. Y, más adelante, en 1860, también otro solitario trató a de atentar contra ella en medio de la multitud que llenaba la Puerta del Sol. Esto era, en definitiva, algo que los monarcas reinantes de la época sufrían con una cierta regularidad y que el auge del anarquismo iba a convertir en un riesgo añadido a su posición

y, por tanto, parecía algo inevitable. Y, si no, que se lo dijesen a aquellas cabezas coronadas —zares, reyes o emperatrices— que en los años del cambio de siglo se enteraron en su propia carne de lo que «valía el peine» de estar en la brillante cúspide de un Estado.

La Reina madre María Cristina y su marido, Fernando Muñoz, hecho duque de Riánsares, el nombre de un riachuelo de su pueblo natal, habían vuelto de su exilio francés y se habían instalado en Madrid. Amparándose en su privilegiada posición habían convertido su residencia, el Palacio de las Rejas, en un verdadero centro de poder, donde se decidían fundamentales cuestiones políticas y, sobre todo, se acordaban negocios de gran envergadura. En estos momentos, con el país lanzado a una verdadera transformación en todos los órdenes, era llegada la hora para los grandes *tiburones*. El tendido de líneas férreas era el que presentaba unas más sustanciosas posibilidades en enriquecimiento a inmediato plazo y sobre él decidía el Marqués de Salamanca, con quien Muñoz estableció inmediatamente muy estrecha relación. En los grandes e iluminados salones de Las Rejas, cerca del Palacio del Senado y en adecuada proximidad del Palacio Real, los brillantes bailes y fiestas coexistían con las discretas reuniones de gabinete privado. Allí, Muñoz y sus socios organizaban operaciones que cada vez olían más y peor y que trascendían a un público que las veía con una creciente irritación. La propia Reina, con su habitual presencia en aquella casa, daba cobertura a toda aquella

maraña, que alguien había llegado a bautizar como «la segunda Bolsa» de Madrid.

Aquellas coplillas burlonas del principio dieron paso a las más duras críticas abiertas, que tuvieron incluso eco en el extranjero y fueron reflejadas en el prestigioso diario londinense *The Times*, cuya venta llegó a ser por ello temporalmente prohibida en España. De Muñoz y sus socios se mencionaban no solamente sus sospechosos negocios relacionados con fondos y subvenciones públicos, sino también una más que probada implicación en el productivo tráfico de esclavos en Cuba. De la rapacidad del matrimonio se decía que habían hecho sustituir las vajillas de plata de los palacios reales por duplicados de estaño, además de haber vendido ilegalmente cuadros del monasterio de El Escorial. Sobre Cristina, el periódico satírico *El Murciélagos* escribía:

A esta señora la ciega la codicia. Ni ve que ha robado tanto que nada queda ya que robar, ni ve que ha jugado con el país de tal manera que no es imposible que haga en ella un escarmiento saludable que deje memoria para siempre.

Cuando, en junio de 1854, se produjo el nuevo levantamiento militar progresista conocido como *la Vicalvarada*, las iras populares se dirigieron contra las casas de todos aquellos que eran identificados con la ya insoportable corrupción dominante. Los palacios del Marqués de Salamanca y de María Cristina fueron asaltados y todo su contenido lanzado a la calle, destrozado y entregado

a las llamas. Mientras en las calles y encrucijadas de Madrid se levantaban barricadas y se sucedían los enfrentamientos, en Palacio la Familia Real volvía a sufrir el asedio. En la locura y el terror del momento Isabel pensó en abdicar, pero se echó atrás cuando le dijeron que, si lo hacía, debía dejar en España a su hijita.

Cuando la situación se tranquilizó, una de las primeras condiciones de los sublevados fue el procesamiento de María Cristina. Pero, en definitiva, se trataba de la madre de la Reina y las nuevas autoridades acabaron prefiriendo no llegar a ello. Así, se le permitió a ella y a su detestada familia abandonar subrepticamente al amanecer su refugio en Palacio y alcanzar la frontera. Toda aquella rapiñesca actividad del *clan Muñoz* había sido decisiva para deteriorar irreparablemente la imagen de la Reina y de la misma institución monárquica. Pero María Cristina, de la que se decía que «soñaba con onzas de oro», y su familia podían dedicarse ahora, con todo lo que de una u otra forma habían ganado, a disfrutar de una confortable existencia en el castillo que se compraron en Normandía. Habían sacado mucho, como tan gráficamente anotara el incisivo *El Murciélago*:

Falta un cuadro en el Museo o en El Escorial; es que la duquesa de Riánsares lo hizo llevar a palacio para copiarlo, y se quedó con él o lo vendió. En su galería o en su libro de caja se encuentran todos los cuadros y todas las alhajas que se han perdido en España desde hace veinte años.

El 28 de noviembre de 1857 vino al mundo un nuevo niño, que finalmente sobreviviría: sería el futuro Alfonso XII. Francisco de Asís volvió a representar su lucrativa comedia de enfado para acabar, naturalmente, presentando a la Corte y sobre bandeja de plata al recién nacido. En este caso, la filiación no planteaba enigma alguno. De todos era conocida la apasionada relación que Isabel mantenía con el joven militar del Cuerpo de Ingenieros Enrique Puigmoltó. Alto y delgado, pálido y de cabello negro, aquel valenciano procedente de una familia de la nobleza media estaba arrasando en el siempre bien dispuesto corazón de la Reina. Su padre, el conde de Torrefiel, era un absolutista que había puesto pie en la camarilla del Consorte y desde allí había lanzado a su atractivo hijo a la movida escena cortesana, en busca de lo que pudiera pescarse.

Como siempre le sucedía con sus sucesivos *affaires* amorosos, ella escribía ahora a Puigmoltó inflamadas cartas, que él leía después a los amigos en animadas tertulias de café. También en este caso, Isabel demostró una vez más su acreditada generosidad, en sus diligentes gestiones para conseguirle a su amante un considerable ascenso en su carrera y para rehabilitarle un viejo título nobiliario familiar. Más adelante, la sentimental Reina le regalaría, además, la cuna de madera en la que durmió el niño Alfonso, que pasaría a integrarse como preciada pieza en el patrimonio de los Puigmoltó, conservado en la residencia familiar de Onteniente.

Entre las inevitables obligaciones de la política, las incesantes conspiraciones de las camarillas y los enredos de alcoba, Isabel sacaba tiempo para realizar largos desplazamientos por su Reino. La afección herpética que padecía en la piel había hecho regularizar las beneficiosas estancias en la playa. En La Concha de San Sebastián se había acotado un espacio para exclusivo disfrute de la familia, con casetas rodantes que permitían a Isabel introducirse en el agua, sin peligro de exponer su cada vez más abundante humanidad a cualquier mirada impertinente. En aquellos viajes oficiales, realizados ahora por el innovador ferrocarril, se movilizaban hasta trescientas personas, para sumergir en provincias a Isabel en unos baños de multitud, que ya todos veían como evidentes operaciones manipuladas en apoyo del prestigio de una institución irremisiblemente desacreditada.

Nueva ocasión de airear de nuevo banderas y sentimientos patrióticos fue la guerra que, en 1859, se llevó a Marruecos por un más que fútil motivo, pero que permitió al general O'Donnell alzarse al lado de la Reina como indiscutible héroe de una España que no parecía resignarse a ser ya una potencia de segundo orden. Pero todos estos brillos no eran capaces de ocultar una realidad, en la que la monarquía se estaba quedando sola frente a redes conspirativas cada vez más elaboradas y decididas. El mismo esposo de Luisa Fernanda y cuñado de la Reina, el ambicioso y riquísimo Duque de Montpensier, aportó considerables can-

tidades para ello, en la esperanza de acabar alzándose él mismo al trono. Su actividad, apoyada en ocasiones desde la sombra por el mismo Francisco de Asís, acabó haciendo que, a pesar de ser quien era, fuese Montpensier obligado a marchar al exilio portugués.

En los primeros días de 1866 y bajo un Gobierno presidido por O'Donnell, tenía lugar otro nuevo pronunciamiento progresista, dirigido ahora por el carismático general Prim. A continuación, la sublevación del madrileño cuartel de San Gil fue brutalmente sofocada y más de sesenta sargentos fueron fusilados. A una petición de la Reina exigiendo un mayor rigor en la represión, O'Donnell contestó airado: «¿Pero no ve esa señora que, si se fusila a todos los soldados cogidos, va a derramarse tanta sangre que llegará hasta su alcoba y se ahogará en ella?» Nuevamente, la camarilla palatina se puso en funcionamiento hasta que consiguió hacer caer del poder al general, firme frente a las arbitrarias órdenes y las absurdas directrices emanadas de aquella Corte que ya hedía a muerto.

La Reina tenía ahora algo que para ella era infinitamente más importante que las cuestiones políticas, que siempre la aburrían y la irritaban. Disfrutaba de las delicias y sorpresas que le deparaba un nuevo favorito: Miguel Tenorio de Castilla, otro atractivo capítulo en la vida privada de Isabel. Era un andaluz rico y culto, al que Narváez había encargado investigar las relaciones que con la masonería tenía el Consorte. No estaba interesado ni en enriquecerse ni en la mani-

pulación política, pero se dejó nombrar secretario particular de la Reina. A lo largo de los tranquilos seis años que duró esta relación fueron naciendo sucesivamente las infantas Pilar, Paz y Eulalia; el duodécimo y último parto de la reina dio un Francisco de Asís que apenas vivió un mes. Al final, Narváez se hartó de una situación que ya no aprobaba y propuso hacer una «limpia» general en Palacio, expulsando –como «elementos perturbadores»– a un mismo tiempo a Tenorio y al Meneses protegido del Consorte.

Sobre la paternidad de estas tres infantas se recuerda una conversación que, años más tarde, sostenía Isabel con algunos allegados. Cuando uno de ellos lamentó la frágil salud del príncipe Alfonso y deseó que sus tres hermanas pequeñas no fuesen tan débiles como él, la madre le respondió con la más absoluta tranquilidad: «No te preocupes. El padre de éstas tenía muy buena salud.» Agotada su relación con la Reina, percibió Tenorio en un momento dado el atisbo de una nueva historia y se apartó muy discretamente, nombrado embajador plenipotenciario de España en Berlín. Entraba entonces en escena un tenor de nombre Tirso Obregón y, como siempre, había la respuesta popular:

*De talento, sin razón,
presume Tirso Obregón,
y ayer dijo a su vecina
que era Tirso de Molina:
de Molina de Aragón.*

La incombustible Reina volvió a sentir una vez más el hervor de la pasión y se entregó a vivir este episodio con la misma intensidad que todos los demás, pero abandonando completamente la menor prevención o cuidado de las formas. Destacaba este nuevo amante por el extremo cuidado de su físico y llamaban la atención sus siempre muy ajustados atavíos, decía que para poner de manifiesto absolutamente «todos» sus valores físicos. El hecho es que el tal Obregón salió de aquella fugaz historia con el cargo de director del Conservatorio de Madrid y, en el bolsillo, las grandes cruces de Carlos III e Isabel la Católica. Ya entrado el año 1867, el general Narváez, harto de tanto intervenir en los asuntos de la alcoba de la Reina, decidió tomar las riendas y controlarlos él mismo. Puso así a un sobrino suyo, Carlos Marfori, en brazos de la insaciable *Isabelona*. Ya los días de la Monarquía estaban contados y los políticos, la opinión pública y la prensa no ocultaban su indignación ante la actuación de la Reina, enfangada en aquella nefasta mezcla de soberbia e ignorancia que la hacía indiferente a todo.

Era el granadino Marfori, como podía esperarse, físicamente atractivo y de gesto arrogante y un punto desdeñoso, rasgos tan del gusto de la soberana. Pero, al contrario que tantos otros que habían desfilado por delante y que aparecerían más tarde al lado de Isabel, no se dedicó abiertamente a explotar los beneficios materiales que su posición le possibilitaba. Aunque lo cierto es que no se negó a ser nombrado gobernador

de Madrid, intendente de Palacio y ministro de Ultramar... Algo que colmaba con mucho la capacidad de aguante de la opinión, que siguió creando coplillas, ahora sobre este protegido que el todopoderoso general Ramón de Narváez se había traído de su Loja natal:

*Con sombrero calañés
lo vi en Loja muy tronado,
y aquí elegante después:
siempre parece un criado
disfrazado de marqués.
Trajo a Madrid tal pelaje,
que don Ramón, a fortiori,
tuvo que comprarle un traje;
y desde entonces Marfori
piensa que es un personaje.*

El 17 de septiembre de 1868 estallaba la *Revolución Gloriosa*. Al grito de «¡Viva España con honra!» se alzaban los buques de la Armada surtos en la bahía de Cádiz. Al mando del general Prim, el Ejército se unía al levantamiento. La Familia Real estaba terminando su anual veraneo en San Sebastián. Ante el peligro revolucionario, las autoridades de Madrid pidieron a la Reina que regresase a la capital, pero ella se negó a hacerlo sin Marfori. Los revolucionarios no tardaron en dominar la situación y, el día 30, Isabel y los suyos hubieron de atravesar la frontera. Cuando su tren se cruzó con el que ocupaba un grupo de alegres exiliados que regresaban a España, ella comentó displicente: «Creía tener más



EL REY CABALLERO

Por completo diferente del caso de José I, el otro rey español no Borbón, incluido en esta panorámica, fue el de Amadeo I. Duque de Aosta, era el tercer hijo de Víctor Manuel II, rey de Piamonte-Cerdeña, que se convirtió en primer rey de la Italia unificada. Nacido en el Palacio Real de Turín en 1845, recibió una completa educación militar y realizó extensos viajes de formación por el extranjero antes de intervenir en las guerras contra los austríacos que hicieron posible la unidad de su país bajo el cetro de los Saboya.

De no ser más que príncipe secundario, que no pasaría de ser más que el hermano menor del futuro rey Humberto I, su nombre entró en la Historia debido a la permanente inestabilidad que soportaba España después del triunfo de la Revolución Gloriosa de 1868, que había arrojado del trono a una inaceptable Isabel II. Varios fueron los candidatos barajados para ocupar el trono del que tan justamente había sido arro-

raíces en este país.» Nació ahora la benevolente leyenda que la bautizó como *La de los Tristes Destinos*.

Los emperadores de Francia les recibieron en Biarritz y les instalaron en la cercana ciudad de Pau, en el antiguo Palacio Borbón, cuna de la dinastía. Por orden de Napoleón III, un buque de guerra francés «ponía a salvo» al mismo tiempo a la intrigante María Cristina, a la que la revolución había sorprendido en Gijón. Por suerte para Isabel, había tenido la buena idea de traerse de Madrid la mayor parte de su valiosísima colección de joyas. Poco después se instalaban en París, en una espléndida mansión de las proximidades del Arco de Triunfo, a la que bautizaron como Palacio de Castilla. Francisco de Asís decidió entonces terminar de una vez con la gastada farsa de la convivencia y se instaló a vivir con su compañero Meneses en un magnífico piso, exquisitamente decorado, cerca del Bosque de Bolonia. Por aquel parque solían los dos pasear a sus perritos, a los que habían puesto nombres de antiguos amantes de la incansable Isabel.

Treinta y ocho años tenía solamente cuando se vio obligada a tomar el camino del exilio. En el Palacio de Castilla, la destronada Reina organizó una pequeña Corte que generaba unos enormes gastos, pero de la que no podía prescindir y que estaba formada nada menos que por unas sesenta personas. Aquí también se multiplicaron los bien remunerados cargos y volvieron a brotar las camarillas. Un grupo estaba a la espera de que los acontecimientos que convulsionaban a

España tras la *Gloriosa* diesen paso a un retorno de Isabel al trono. Enfrente, otro sector apostaba por el príncipe Alfonso como futuro rey; esta opción sería finalmente la ganadora. Era Antonio Cánovas del Castillo quien impulsaba esta operación y no cesaba de presionar a la madre para que abdicase de sus derechos a favor de su hijo, convenciéndola de que ella ya no tenía posibilidad alguna de recuperar el trono. Así, el 25 de junio de 1870 triunfó la razón y la Reina abdicó en Alfonso, que todavía no había cumplido trece años.

En el acta de abdicación afirmaba que lo hacía sin ningún género de coacción y violencia, libre y espontáneamente y llevada, ante todo, de su amor a España. Y así, renunciaba a «todos mis derechos meramente políticos» y los transmitía «con todos los que corresponden a la sucesión de la corona de España, a mi muy amado hijo D. Alfonso, príncipe de Asturias». Se cuenta que, tras la breve ceremonia, la ya ex Reina se dejó caer en mullido sofá y comentó, lanzando un más que sonoro suspiro de los suyos: «¡Qué peso se me ha quitado de encima!»

Una carga, sin embargo, no la abandonaría durante muchos años: era la permanente pugna mantenida con su marido. En efecto, el de Asís vigilaba muy estrechamente la economía de su mujer, ya que de ella dependía el mantenimiento de la sustanciosa pensión que él recibía. Abogados y tribunales franceses hubieron de actuar en este sentido en varias ocasiones, ordenando incluso la inmovilización legal de las joyas de

la Reina, solicitada por Francisco para evitar su venta y la pérdida de la garantía que en ellas tenía su pensión. Fue ésta una larga y sucia historia, que se arrastraría durante años hasta solventarse, ya bajo el reinado de Alfonso XII, que siempre mantuvo con su padre legal unas correctas relaciones.

En París, Isabel mantenía un suntuoso tren de vida. Era recibida con mucha frecuencia en el Palacio de las Tullerías por los Emperadores y se relacionaba con todas las figuras y figurones de la realeza y la aristocracia que por allí pululaban a granel. Sin haber llegado nunca a molestarse en hablar francés de una forma mínimamente aceptable, se bandeaba en todos aquellos medios con el desparpajo que la caracterizaba. Y lo cierto es que sabía salir más o menos airosa de la no fácil tarea de compaginar los mayores refinamientos con la chabacanería que le era propia. Así, aquella visitante de los más brillantes palacios y de las pastelerías más exquisitas siguió manteniendo durante toda su vida la misma dieta alimenticia, integrada en exclusiva por tres platos: cocido, tortilla de patata y pollo con arroz muy especiado, aparte naturalmente de su siempre elevado y calórico consumo de dulces y bombones.

Cuando la guerra franco-prusiana de 1870 derribó al Segundo Imperio y levantó en insurrección al pueblo de París, Isabel y sus hijos buscaron refugio primero en Bretaña y, a continuación, en Ginebra. Al regreso a París, en el Palacio de Castilla, que había servido como hospital, se decidió la formación del Príncipe.

Arreglado aquel asunto y recuperado el ritmo normal de la vida, nuevamente demostraba Isabel estar necesitada de una agradable compañía en su nueva vida y, en esta ocasión, fueron el Duque de Sesto, el gran protector de su hijo Alfonso, y el mismo Cánovas del Castillo, los encargados de buscársela.

Ahora se trataba de un capitán de Artillería sevillano y casado, agregado a la embajada española. Con su espléndida planta unida a una hermosa voz, conquistó aquel real corazón, al que todos aquellos acontecimientos no habían hecho perder su permanente anhelo de novedades. José Ramiro de la Puente y su consentidora mujer arrastraban así a una radiante Isabel a teatrillos, garitos de juego, *cabarets* y salones galantes, haciendo que el desolado embajador escribiese a Cánovas: «[...] todos padecemos al ver a la que es Reina madre arrastrando por los suelos el decoro de una monarquía tan penosamente restaurada y tan rodeada aún de enemigos y peligros». Pero todo ello no era en definitiva más que otro episodio en la tan particular historia personal de Isabel, a la que todo parecía seguir dándole igual, con tal de que los sucesivos disgustos y sponcios fueran más o menos superándose.

Sobre esto, escribía el citado Répide:

Aquel farolón comprometía a la ex Reina con sus jactancias, y después de separado de ella no ponía en sus palabras el recato que todo hombre debe usar al referirse a sus triunfos amorosos. Hasta cuando no hablaba

dejaba conocer el mudo y elocuente testimonio de un reloj de oro que le suscitaba demasiado frecuentes deseos de conocer la hora, y en el cual se veía grabada esta inscripción: *A mi Ramiro, su Isabel.*

A las reconvenciones que ella recibía, recordándole la dignidad que debía mantener como madre de un futuro rey, ella respondía quejándose cínicamente de no poder vivir como una persona particular, haciendo lo que buenamente le placiera. Como si a lo largo de toda su vida no hubiera hecho otra cosa.

A mediados de 1873 quiso visitar en Roma al siempre comprensivo papa Pío IX, aquel que le había concedido la preciada *Rosa de Oro*, declarándola «carísima hija en Cristo» y destacando «las altas virtudes con que brillas». Durante esta estancia, insistió en subir hasta lo alto de la cúpula de la basílica de San Pedro, aun viendo que la estrechez de las escaleras iba a impedir el paso de su enorme humanidad. Resultado final del capricho fue una chusca escena, con una acalorada Isabel desternillándose de risa, con sus voluminosas carnes atascadas en el ascendente pasadizo, para dejarse caer finalmente con todo su peso sobre un esforzado aristócrata, que salió del asunto con lesiones de alguna importancia.

Con estas palabras, un historiador contemporáneo, O. Bertrand, describía sin piedad a la Isabel madura de sus primeros años de exilio:

Su ignorancia, su falta de educación y de tacto, lo mismo en el seno de la familia que en el pináculo de

una monarquía pseudoconstitucional, eran patentes [...]. La intriga era su elemento, y ni la generosidad, de que dio abundantes pruebas, ni los triunfos conseguidos por su voz y por su donaire de manola bastaron a borrar los desastrosos efectos de aquélla. Era reina, pero no de sus pasiones. Gordinflona y de piel reluciente, delataba su rostro fatiga inexplicable en quien, disfrutando de todas las comodidades, no se había privado de ningún capricho. Le quedaban, eso sí, dos encantos todavía: sus ojos traslúcidos y el espíritu zumbón y mordaz.

Para entonces, Isabel II había pasado ya a la Historia y el balance que su actuación personal como Reina arrojaba no presentaba ciertamente unos resultados nada positivos. Por mal rey que fuera su hijo y sucesor, siempre sería mejor que ella.

jada la familia Borbón. La voluntad nacional se manifestaba partidaria de mantener, si bien bajo planteamientos absolutamente nuevos, el sistema monárquico. La cuestión era encontrar la persona idónea para protagonizar tal operación.

El general Prim, entonces verdadero dueño de la situación, consiguió que —el 16 de noviembre de 1870— las Cortes votasen su decidida preferencia por Amadeo. Aquel día, las otras opciones fueron literalmente barridas por la elección hecha por los diputados: el piomontés obtuvo 191 votos, frente a los 64 republicanos, los 22 que obtuvo el tortuoso Montpensier, los 8 de Espartero y pequeños residuos testimoniales. Al conocer este resultado, un exultante Prim había exclamado: «¡Por fin tenemos rey!» Ya con la seguridad de contar con este respaldo legal, Amadeo, siempre expresamente preocupado por guardar el máximo respeto por las leyes, organizó el viaje a su nuevo Reino.

El día 30 de diciembre llegaba a bordo de la fragata *Numancia* al puerto de Cartagena. Muy pocas horas antes, su mayor valedor y potencial apoyo, el general Prim, era abatido a tiros en la madrileña calle del Turco. Este homicidio, que se convertiría en una verdadera *causa célebre*, nunca quedaría aclarado, lanzando sombras de sospecha sobre muchos destacados personajes de la vida política, comenzando por el siempre presente Montpensier. Con peores augurios no podía, pues, comenzar su reinado Amadeo, que nada más llegar bajo la nieve a la estación de Atocha, el 2 de enero

de 1871, marchó apenado y naturalmente temeroso a rendir homenaje al cadáver de quien le había ofrecido esta corona. Muchos pensaron entonces, con toda razón, que la muerte del héroe de aquellas campañas africanas que tanto gustaban a Isabel II había sellado un fatal destino para la monarquía que se había empeñado en traer a España.

Era entonces el nuevo monarca un joven de veinticinco años, al que algún conspicuo gracioso calificó de «niño con barbas». El que iba a ser llamado por sus partidarios *El Rey Caballero* era un personaje de muy buen ver. De gallarda figura, presentaba muchos rasgos fisonómicos de los Habsburgo, heredados de su madre, una archiduquesa austríaca. Amable y de pocas palabras, era sin duda un hombre atractivo, que cuidaba al máximo su presencia y gestos. En el mes de agosto de 1865 había realizado una prolongada visita por la España que, sin saberlo, vivía los últimos tiempos de la monarquía borbónica.

Fue homenajeado hasta la náusea por todo tipo de autoridades locales y por un gritador y aplaudidor pueblo, siempre dispuesto a encontrar en estas cosas una atrayente diversión, sirviendo además como útil y vibrante material de relleno humano para cualquier clase de evento. Desembarcado en Cádiz, recorrió Andalucía y quedó absolutamente fascinado por Granada, su enorme belleza y su profundo misterio. En Madrid, quedó instalado en el Hotel de París, en la Puerta del Sol esquina a Alcalá. Permanente e inme-

jorable compañía era el riquísimo, culto y cosmopolita Marqués de Alcañices y Duque de Sesto, que sería más adelante el principal soporte de la Familia Real durante el exilio que le esperaba, y elemento clave en la Restauración borbónica en la figura de Alfonso XII. Aquel viaje tenía un fin concreto: se trataba de ver si podía cuajar un matrimonio entre este príncipe de la Italia unificada y la infanta Isabel, «la Chata», entonces de catorce años, pero tan poco atractiva como lo sería a lo largo de toda su vida.

Cuando visitó a Isabel II y a su familia en su residencia veraniega de Zarauz, Amadeo, buen catador de fémias, apenas se fijó en aquella adolescente nada agraciada. Pero fue, sin embargo, objeto de atención por parte de las damas de la corte. La misma Reina, asimismo experimentada degustadora de jóvenes atractivos y arrogantes, comentó: «Es un guapo mozo. [...]» En aquellos momentos nadie podía ni remotamente imaginar que, solamente cinco años más tarde, aquel príncipe iba a convertirse en Rey de España sustituyendo a aquella Isabel, profundamente inculta, egoísta e infantiloides, únicamente preocupada por satisfacer sus caprichos.

Dos años después de aquel viaje, ante el Santo Sudario de la catedral de Turín —donde se había celebrado la tan lejana boda por poderes de Felipe V con su *Saboyana*— se había casado Amadeo con María Victoria del Pozzo, hija de los príncipes de La Cisterna. Al contrario que su marido, que estaba absolutamente apartado de cualquier interés cultural, la muchacha

dominaba varios idiomas, entre ellos el español, y dedicaba mucho de su tiempo a la lectura, la música y la pintura. Era, en definitiva y una vez más, el clásico esquema de militarote mujeriego e ignorante casado con mujer culta y refinada, que se dio en tantos casos en las clases más acomodadas de la época y que, sin duda, funcionó muy bien en muchos casos.

Como rey, Amadeo se mostró como un monarca acorde con el tiempo que vivía y manifestó siempre el mayor respeto a la Constitución. En esto, su actuación es perfectamente parangonable a la que, muy poco después, iba a mostrar Alfonso XII, otro honrado y voluntarioso monarca que siempre se preocupó por actuar dentro de la más estricta legalidad. Hizo expresión el piamontés en todo momento de un carácter netamente demócrata, que le valió el rechazo de la aristocracia, nada abierta al mínimo espíritu progresista que pudiera mostrarse en la cúspide del Estado. De ahí vino toda la inquina que se lanzó sobre la real pareja a lo largo de su breve estancia en Madrid.

A las recepciones que ofrecían en Palacio únicamente asistían los altos funcionarios, quienes obviamente lo hacían por obligación. La más vieja nobleza, los altos cargos militares y la gran jerarquía eclesiástica les hacían víctimas de su desprecio, hasta grados que verdaderamente alcanzaban el insulto. En este sentido, sufrió Amadeo la decepción de ver cómo aquel amable Duque de Sesto le negaba públicamente el

saludo, poniéndose al lado de todos sus «colegas de sangre» en su expresa negativa a aceptarle.

Sus muchos y decididos detractores aseguraban que Amadeo, tras su sosegada apariencia y su inexpresiva mirada, no escondía más que un carácter simple, una manifiesta pobreza mental que le convertía en incapaz para la realización de tarea de tal magnitud. «Honesto pero torpe», dirían otros, tratando de compaginar sus dos más visibles características. La verdad es que la compleja situación del país era precisamente la menos indicada para asegurarle un reinado medianamente tranquilo. A la permanente y agria polémica que encendía la vida política se añadía el nuevo despertar de las guerras carlistas y, para terminar de deteriorar la situación, el estallido de varias insurrecciones republicanas. Carecía el Rey de bases sociales en las que sustentarse. Solamente la clase media le aportaba algo de apoyo, pero nunca lo hizo de forma decidida y, por su parte, los elementos de los niveles bajos nunca vieron con buenos ojos la presencia de un nuevo rey —que además era extranjero— después de haber logrado con la *Gloriosa* acabar con la detestada Monarquía. Escribiría sobre él el Conde de Romanones:

En lo moral, no ofrecía rasgo alguno sobresaliente, salvo su valor personal bien probado, exento de ambición, ferviente católico, habiendo heredado de su padre una sola condición: una inclinación apasionada por las hijas de Eva.

En efecto, y a pesar de todos los pesares que hubo de soportar durante su experiencia como Rey, nunca dejó Amadeo de dedicarse a la compensatoria tarea de busca y captura de damas con las que establecer alguna relación, de mayor o menor intensidad, de más larga o breve duración.

Parece que el Rey estaba sinceramente enamorado de su mujer, con la que, en el momento de venir a España, tenía dos hijos de corta edad. Durante sus primeros meses en Madrid aprovechó que su mujer se había quedado por el momento en Turín para distraerse con algunas aventuras de diferente índole. Carente de amigos y de cualquier especie de camarilla de nobles que le proporcionasen oportunidades en este sentido, se buscaba la vida en solitario mediante esporádicos encuentros en las noches madrileñas. En esto también se asemeja muchísimo al Alfonso XII que haría exactamente lo mismo, para desespero e indignación de los miembros de la Policía encargados de su seguridad.

De entre las varias historias que mantuvo, tanto antes como después de la venida a Madrid de la Reina María Victoria, destacó una, que enseguida fue comidilla de la gente: la parece que fuerte pasión que unió a Amadeo con una hija de aquel malgrado y genial Mariano José de Larra, el literato que mejor supo describir, con sangrante gracejo y dolorida ironía, todas las oscuridades y miserias de la España de su tiempo, antes de que un certero tiro de pistola pusiese volun-

tariamente fin a una vida que el genial *Fígaro* no estaba interesado en proseguir.

Era Adela de Larra una bella e interesante mujer al menos diez años mayor que el Rey. Su físico respondía a los más clásicos cánones de la llamada «belleza española»: ojos y pelo intensamente negros y una tez blanca acaso algo aceitunada. Mostraba dos largas guedejas de cabello cayendo, a ambos lados del rostro, por delante de las orejas; un detalle especialmente llamativo que la había hecho bautizar popularmente como *La dama de las patillas*. De su pasado, por lo visto, había bastante que hablar, ya que si no se trataba de una *cocotte* en sentido estricto, sí había organizado su vida y relaciones de una forma absolutamente libre. Ello le había diferenciado sensiblemente de lo habitualmente considerado normal entre las señoras de su época dando, lógicamente, pábulo a todo tipo de comentarios, como cabe suponer.

Existen diferentes versiones de la circunstancia en la que Amadeo la conoció, pero lo que sí parece asegurado es que el encuentro tuvo lugar durante los meses en que el novel monarca vivía una fecunda y provisional soltería, a la espera de la llegada de Italia de la santa esposa y de los niños. Sin duda, aquellas atrayentes patillas ayudaron al inflamable Amadeo a superar mejor aquel tiempo de soledad, hasta el punto de que cuando la Reina llegó por fin a Madrid, él no pudo dejar de ver a una amada secreta, que de secreta nada tenía.

Para unos, el encuentro y el deslumbramiento se habría producido en el entreacto de una función en el Teatro Español; según otros, al cruzarse los coches de ambos durante el paseo vespertino que los elegantes de la época realizaban calmamente a lo largo de los Paseos del Prado y Recoletos. En cualquier caso, aquella especie de versión actualizada de las majas que Goya pintara se convirtió en refugio amoroso y, a la vez, centro de referencia vital para un Amadeo cada vez más acosado por los graves problemas que su reino no dejaba de plantear. Como sucedería más adelante con Alfonso XIII, una esposa obligadamente consentidora tenía que soportar el desaire de comprobar que todo el mundo estaba en el asunto.

En casa de Adela hallaría el Rey, sufriendo constantemente el desprecio y la inquina de casi todos sus súbditos, un ambiente cálido y tranquilo, donde podía psicoanalizarse ante su paciente y comprensiva amante, que le soportaba inacabables confidencias y lastimeras quejas ante lo mal tratado y lo poco querido que se veía. En fin, el asunto fue enfriándose por ambas partes y, mientras el veleidoso Rey se encaprichaba de una nueva cantante de ópera, ella no se privaba de retomar sus antiguas costumbres. Algún destacado forcejeo político hubo referido a la falsa acusación que se hizo acerca de un desvío de dineros públicos destinados a acallar en la prensa toda mención de esta historia. Lo cierto es que, en la conclusión del asunto, parece que sí hubo dinero por medio, que la interesada

recibió junto con un pasaporte para abandonar el país, a la espera de que los murmullos se calmasen.

Una última anécdota erótico-política a añadir. Se trata de un romance postrero del fugaz monarca. En este caso, habría sido su *partenaire* de aventura una dama de la más rancia nobleza, a la que los cronistas de la época ocultan púdicamente bajo el nombre de X. Ante la enorme satisfacción de Amadeo, precisamente rechazado de forma tan especial y ofensiva por aquella alta aristocracia, la dama se entregaría a fondo a la tarea de seducirle, si bien afirmando que lo hacía con una finalidad muy concreta. Se presentaba así ella como una entregada partidaria del príncipe Alfonso y, con sus carantoñas y todo lo que fuese preciso, estaría dispuesta a conseguir de Amadeo la renuncia al trono o, en caso de expresa resistencia, se convertiría en una nueva Judith que devolviese a España a los Borbones. Inducido o no por esta tan especial activista, Amadeo no tardaría en tirar la toalla, sin que fuese preciso así que llegase la prometida sangre al río...

Acusado de tonto, aquel efímero y bienintencionado Rey demostró, realmente, que sabía muy bien dónde se hallaba y con quien tenía que jugárselas. Y lo cierto es que el panorama nacional no podía ser más oscuro. Los exultantes republicanos únicamente contaban los días que les faltaban para alcanzar el poder; mientras, los partidarios de la restauración borbónica actuaban en todos los frentes, aprovechando la inestabilidad de la monarquía de Amadeo. Por último, los

carlistas que trataban de pescar en aquel revuelto río volvían a la carga, pero haciéndolo como siempre a su manera, a las bravas y por medio de una nueva y destructiva guerra.

Así, tras dos años de dificultoso reinado, se sintió Amadeo incapaz de seguir cumpliendo adecuadamente la tarea que se había comprometido a realizar y, el 11 de febrero de 1873, se leyó en las Cortes el documento que anunciaba su abdicación. Desde la sensación de una profunda frustración, el *Rey Caballero* afirmaba:

Estad seguros de que, al despedirme de la Corona, no me desprendo del amor a esta España tan noble como desgraciada, y de que no llevo otro pesar que el de no haberme sido posible procurarle todo el bien que mi leal corazón para ella apetecía. [...]

A continuación, en la misma sesión parlamentaria se preparaba la proclamación de la Primera República.

De regreso en Italia, vivió la familia –acrecentada por un tercer hijo, Luis Amadeo, nacido en Madrid– primero en Turín y más adelante en la Riviera. María Victoria, que había dejado en España un inmejorable recuerdo, murió tres años después. Tras desempeñar altos cargos militares bajo el reinado de su hermano Humberto I, Amadeo se retiró a Turín, donde volvió a contraer matrimonio, ya cuarentón, con una sobrina suya, veinticuatro años más joven que él, con la que tuvo un último hijo. El día 18 de enero de 1890

moría en su ciudad natal aquel hombre honrado, fiel hasta el fin a la legalidad, al que las circunstancias no le permitieron ejercer como un buen monarca. De su fugaz paso por el trono, puede quizá pensarse que habría podido ser uno de los mejores reyes de nuestra Historia. Pero no era el hombre adecuado para aquel momento y era evidente que su presencia sobraba en aquella efervescente escena de la España del momento. Como tan expresivamente apuntó el verborreico tribuno don Emilio Castelar:

Los reyes pueden salir de un templo, pero no de una asamblea; pueden descender de una nube, pero no de una urna electoral. [...]

Para terminar, una curiosa coletilla de vida cotidiana. En diciembre de 1876, casi cuatro años después de la marcha de Amadeo, su nombre volvía a sonar por causas indirectas, al saltar a todos los periódicos de Madrid una espectacular noticia, un escándalo que afectó a muchas personas en su peculio particular. Según ella, una bien conocida «Doña Baldomera» —que era otra hija de Larra y, por tanto, hermana de aquella *Dama de las patillas*— tenía establecido un negocio de inversiones en el que ofrecía unos beneficios del 30 por ciento de interés mensual. Y la cosa acabó, en medio de una gran resonancia, como cabía esperar, con la fuga de la interesada y la pérdida de todos los dineros de los incautos depositantes.



EL ROMÁNTICO SENSUAL

Cuando el infante Alfonso vino al mundo, el 28 de noviembre de 1857, caía de lleno sin saberlo en el mismo centro de aquel envenenado ambiente que asfixiaba a los habitantes del Real Palacio, convertido en un verdadero nido de víboras. Su misma verdadera paternidad no era siquiera discutida, sino absolutamente afirmada. El *fantasmón* de Puigmoltó ya se había preocupado de demostrar a quienquiera que fuese que él era ahora el amante de la Reina, contando por todas partes detalles del apaño que con ella mantenía. Sobre esto, el siempre tan informado Nuncio vaticano había «presentado» en Roma al militar valenciano, cuando en uno de sus informes escribía sobre un oficial del Cuerpo de Ingenieros que «llega a las habitaciones de la Reina después de medianoche, permaneciendo en ellas hasta el amanecer [...]». Por ello, cuando se anunció un embarazo, apuntaba: «Quiera

Dios que, dando a luz un varón, no se abran campo las dudas sobre la legitimidad del mismo.»

El nacimiento había permitido al Consorte montar otro de aquellos habituales numeritos de humillación y honor ofendido, de los que tanta rentabilidad había aprendido a sacar. Ahora, una vez más, organizaba sonrojantes escenas, lanzando fuertes amenazas contra su mujer y la camarilla que la rodeaba y, como siempre, dejando abierta la puerta al arreglo del asunto por la pacífica vía del acuerdo económico. Cierto que, en este caso, el «episodio Puigmoltó» había sido todo menos discreto y había llegado a producir una impagable escena que ningún libretista de dramas baratos se hubiera atrevido a firmar. Escena que había tenido lugar pocos meses antes del parto y en la misma antesala del dormitorio de Isabel.

Hallándose allí una noche el jefe del Gobierno, Narváez, y su ayudante, se presentaron repentinamente Francisco de Asís y Urbiztondo, ministro de la Guerra. La discusión se disparó cuando, con destemplados gritos, el Consorte exigió entrar en las habitaciones de su mujer y «El Espadón» se lo impidió. La cosa pasó a más y Urbiztondo asestó arteramente una mortal puñalada en la espalda del ayudante, a lo que el mismo Narváez respondió lanzando una estocada definitiva al agresor. Retirados los dos cadáveres, limpiados adecuadamente los restos de la sangre y ordenado el desarreglo que la pelea debió indudablemente de producir, un tupido velo se corrió sobre aquellas

dos muertes. Y las informaciones de la prensa del momento las presentaron, sin rubor alguno, como debidas a «causas naturales». A todo esto, muy cerca del escenario de tales hechos, ya se hallaban depositadas en otra habitación de Palacio, y a la espera de su buena influencia a la hora del nacimiento, las reliquias habituales en estos casos: el milagroso Cristal de San Valentín, el Brazo y la Mano de San Juan Bautista y la Reliquia de Santa Cristina, traída de la catedral de Tortosa, entre otras.

Nacido el niño, tuvo que ser la misma sor Patrocinio la que acabase convenciendo al de Asís para que aceptase formalmente la paternidad y presentase al bebé ante la Corte sobre la tan traída y llevada argéntea bandeja. Para el Consorte, la presencia de aquel niño le alejaba todavía más de la tan anhelada regencia y, lo que era peor, la demostrada fecundidad de Isabel, que realmente no paraba de parir, abría la posibilidad a futuros aumentos de la familia. Porque, como tan maliciosamente había comentado el escritor francés Merimée, tan aficionado a las cosas de España: «Si Francisco es incapaz de darle hijos a Isabel, la reina jamás carecerá de súbditos dispuestos a satisfacer sus necesidades. [...]»

El Nuncio vaticano, siempre tan informado y bien dispuesto hacia Isabel, nunca dejaba de encontrar razones para tratar de explicar su desordenada vida. Así, además de hallarlas en aquel desafortunado matrimonio, veía otra fuente de estas demasías físicas en un motivo tan peregrino como «la educación que le dieron

en los primeros tiempos de revolución, encaminada precisamente a pervertirla». Nada se sabe de lo que la interesada diría de conocer este posible origen intelectual de sus permanente ardores.

No existe noticia de que hubiera existido relación alguna entre Alfonso y Puigmoltó. Destinado a Valencia poco después del nacimiento del Príncipe, hay constancia de que vivió la existencia normal de un acomodado militar, con su título nobiliario y de que, después de haber contraído dos matrimonios, murió como general de división llegado el año 1900.

En aquel turbio ambiente nada recomendable, la educación de Alfonso se planteó sobre un cerrado y estéril clericalismo. El absoluto desinterés que su madre sentía por la formación cultural le hubiera llevado a convertirse en alguien parecido a ella. La mayor suerte para él fue el ser arrancado de allí, junto con toda la familia, por los vientos de la revolución. Uno de sus escasos preceptores racionales se planteaba, desesperado ante las materias que le enseñaban: «Me pregunto si educamos a un rey en ciernes, a un teólogo o a un monago sacristán...» Era el interior de Palacio, en aquellas corruptas postrimerías de reinado, un lugar que su hermana Eulalia describió con sombríos tintes años después:

Mi cuna se meció entre susurros, palabras en voz baja, miradas de desconfianza y los recelos de quienes viven siempre temiendo a quienes están más próximos.

Cuando a fines de 1868 se instaló la familia en París, Alfonso pasó a estudiar en el católico y selecto Colegio Stanislas, en cuyas aulas se daba una refinada educación tanto a los hijos de las viejas familias en decadencia como a los vástagos de los cada vez más numerosos y emprendedores nuevos ricos. Desde los primeros momentos del exilio no pudo dejar de tener conciencia de que a su alrededor iba fraguando un proyecto de recuperación del trono perdido. También le hacían comprender que él representaba el futuro y que su muy querida madre ya no era más que un residuo absolutamente irrecuperable de un tiempo que solamente merecía el olvido. Ella, por su parte, no hacía nada por ocultar su absoluto desinterés por todo lo que no fuera intrigar bajo mano y, al mismo tiempo, disfrutar de las delicias que la vida le ofrecía. Cuando por fin consiguieron decidirla a abdicar en él, dejar de ser titular de la corona podía suponerle a Isabel un pequeño disgusto, eso sí, pero ni siquiera se había preocupado en ocultar el alivio que ello le supuso. Ante todo, que no decayesen los ánimos... y ella conocía muchas formas para conseguir levantar la moral cuando era necesario.

Al regreso de Ginebra, en aquel París en el que ya no reinaban «los queridos tíos Luis Napoleón y Eugenia», se planteó la necesidad de ordenar la educación del futurible Rey en un centro adecuado. Era Alfonso un chico menudo y atractivo de catorce años, de piel pálida y cabellos negros, vivo de imaginación y

suestras maneras. Un tipo simpático, en fin, que sin duda a su madre le recordaría muchos de los buenos momentos pasados junto a Puigmoltó. Aparte de los fines educativos, los que preparaban la Restauración quisieron apartar al muchacho de la densa maraña de intrigas que ni la abdicación había dejado de trabar en los alrededores de Isabel, a la que nada le apetecía menos que adoptar un papel pasivo en todo lo que se preparaba. De hecho, desde el mismo día de su abandono de la corona, aquella gran necia ya se mostraba arrepentida de haber hecho caso de quienes se lo habían aconsejado.

Así, para la formación del Príncipe fue elegido, por su prestigio en toda Europa, el Colegio Theresianum de Viena, donde unos buenos niveles educativos se complementaban con sus magníficas escuelas de gimnasia y equitación, esgrima y natación. Allí pasó Alfonso dos años y medio, en medio de la mayor consideración, que le hacía ser frecuentemente recibido en el Palacio Imperial por Francisco José y Elisabeth, la misteriosa *Sissi* que estaba ya por entonces construyendo su turbadora leyenda. Dominado el francés, aprendió allí Alfonso alemán y se lanzó al inglés, caso verdaderamente insólito en un rey español, que haría que entre el pueblo se dijese de él que hablaba «todas las lenguas importantes de Europa, menos el ruso y el turco».

Mientras, en España, al efímero reinado de Amadeo de Saboya había sucedido una República a la que sus poderosos enemigos le impedían alcanzar un

mínimo grado de estabilidad. Cánovas, el gran orquestador de la obra de la Restauración, decidió entonces que Alfonso dejase de ser un colegial para convertirse en el verdadero jefe militar que debía ser el futuro rey y apuntaba: «Es menester que sea militar antes que todo y que sepa mandar a los mismos generales» y que, al mismo tiempo, «aparezca como hombre en las diversas Cortes de Europa». En Madrid, sus partidarios se organizaban en grupos y escuadrones, animadores de la opinión pública de cara a la vuelta de los Borbones al trono.

Los conspiradores proalfonsinos más aristocráticos y sofisticados formaban el *Veloz Club*; por debajo, el *Escuadrón del Agua de Colonia* agrupaba a señoritines de buena familia, que tenían una actuación moderada, que era superada por los miembros del *Escuadrón del Aguarrás*, compuesto por pequeños burgueses. Al final y como verdadera fuerza de choque, el Duque de Sesto había encuadrado en el *Escuadrón del Aguardiante* a decididos elementos marginales, que se enfrentaba en la calle a las fuerzas del orden y a sus cada vez más atemorizados adversarios políticos. Para entonces, Alfonso ya había dado más que sobradas muestras de una naturaleza que iba a condicionar toda su breve vida.

Durante la estancia en Viena, muy pronto se le vio lanzado a procurarse furtivos encuentros ocasionales donde solucionar la urgencia de un sexo rápido. También en ocasiones llegó a dejarse envolver en aventuras algo más largas, cuidándose siempre bien

de cualquier posible y engorroso compromiso, que hubiera podido comprometer su posición y su previsto futuro. A distancia, Isabel estaba perfectamente al tanto de todo esto, pero realmente nada tenía que decir. Lo que a muchos escandalizaba, solamente venía a demostrar que el hijo había heredado por vía materna aquella sensual naturaleza de los viejos Borbones, contra la que ella misma nunca había estado en absoluto interesada en luchar, sino todo lo contrario.

De frágil salud desde su nacimiento, la amenaza de la tuberculosis le había rondado a partir de sus primeros años. El grácil Alfonso era el perfecto exponente de aquella entonces tan extendida idea de la hipersexualidad de los tísicos. Sería así la sombría amenaza que pendía sobre su vida lo que le impulsaría a la frenética práctica del sexo como una forma de compensación. Siendo todavía muy jovencito, uno de sus preceptores había apuntado que mostraba «un exceso de imaginación “en cierto terreno”», mientras otro hablaba de «la vehemencia que tiene por los placeres que le agradan». Todos estaban de acuerdo en la conveniencia de que «no vuele demasiado pronto en cierto terreno y que su espíritu y su cuerpo sigan una vida metódica en que alternen sus estudios con los ejercicios corporales».

Opiniones y consejos que, naturalmente, no eran seguidos por el ardoroso Príncipe, que aprovechaba cualquier posibilidad que se le presentaba para entregarse a lo que más le placía y que, además, perentó-

riamente necesitaba. Aquí reaparecía el recuerdo de Felipe V, que tanto había sufrido a causa de esta misma compulsión, que sólo la inteligencia de Isabel de Farnesio había sabido canalizar. También se recuperaban las permanentes rijosidades del abuelo Fernando VII que, a pesar de sus sucesivos cuatro matrimonios, nunca había dejado de recurrir al tan gratificante sexo eventual, pagado en unos casos o decidido en otros «por ser él quien era». Y qué decir del más inmediato antecedente de la madre, que hasta su más extrema vejez iba a mostrar permanentes ansias de renovada satisfacción física.

Aquel perturbado fundador de la dinastía había soportado unas tremendas torturas morales ante cualquier forma de sexualidad no bendecida por la Iglesia. Algo que su hijo Carlos III había solucionado con una obsesiva y frenética práctica del ejercicio físico como bien efectivo calmante. Pero ni la reina María Luisa ni su hijo Fernando VII habían tenido en la materia religiosa fuente alguna de contención o de remordimiento. Ellos, al igual que más adelante Isabel y los dos Alfonsos, vivieron su desmesurada sexualidad como quisieron y, naturalmente, como pudieron. Pero lo cierto es que siempre contaron con muchas más posibilidades de «dar unas alegrías» al cuerpo que las que pudiera tener cualquier hijo de vecino. Estaba claro que siempre, pues, todos aquellos Borbones jugaron en este campo con la más declarada e insolente ventaja.

Pero quienes rodeaban a Alfonso, aun conscientes de la necesidad que tenía de llevar una vida privada tranquila, distinta de la que había elegido, nada hicieron para impedirle cumplir unas necesidades que su naturaleza le planteaba. Desde el colegio vienés, mantenía el mozo con Isabel una frecuente y cariñosa correspondencia. En un momento dado, la madre le anunció que una persona que le era muy querida estaría en Viena y le haría una visita en el colegio, llevándole un regalito de su parte. Siempre cumplidor, el hijo acusaba recibo del anuncio y, a principios de abril de 1872, le escribía: «Hoy vendrá a verme a las dos la Helena (*sic*) Sanz.»

Trece años mayor que Alfonso, había nacido Elena Sanz y Martínez de Arrizala en Castellón de la Plana. Huérfana sin fortuna, se había educado en el madrileño Colegio de las Niñas de Leganés, fundado en el siglo XVII por aquel Ambrosio de Spínola al que Velázquez retrató como vencedor en Breda, en la maravilla de *Las Lanzas*. Era aquella una institución un tanto especial, destinada a proteger y educar a niñas sin familia ni recursos, sobre todo a las más bonitas, que por lo mismo —y según rezaban sus particulares estatutos— «estaban más expuestas a los peligros del mundo». A una cierta edad, su hermosa voz de contralto había llegado a ser apreciada por la Reina, que le concedió una beca para estudiar en París y siempre mantuvo una afectuosa relación con ella.

Integrada en la prestigiosa compañía de ópera de Adelina Patti, había conseguido Elena hacer apreciar su voz en todos los teatros de Europa y de América. Fue a estas alturas cuando hizo la visita al Theresianum. Allí, cabe suponer el efecto que entre aquellos adolescentes en sazón causaría aquella bella, *glamourosa* y experimentada mujer de veintiocho años. En aquel momento ni ella ni Alfonso podían imaginar la historia que iba a acabar naciendo entre ellos, varios años después de aquella breve entrevista de mero compromiso.

Fue precisamente en las Navidades de aquel 1872 cuando se ha situado el muy novelado encuentro-revelación entre Alfonso y su prima Mercedes. Vivía por entonces la ex Reina un periodo de paz en sus siempre tensas relaciones con su hermana y cuñado y, por ello, aceptó pasar con los Montpensier aquellos días en el castillo que poseían en el centro de Francia. Después de varios años sin verse, los chicos apenas se recordaban y fue entonces cuando se dice que, al verse uno frente al otro, quedaron mutua y absolutamente encantados. Él comentaría más adelante sobre aquel momento: «Mercedes apareció ante mí como la imagen perfecta de la bondad y de la virtud.» Todo muy bonito y rosado, pero no debe olvidarse que, moviendo hábilmente los hilos por detrás, andaba el padre de ella. Frustrado en su deseo de reinar en España, aquel ambicioso, verdadero elemento inasequible al desaliento, vería ahora la posibilidad de, al menos, colocar a su hija

en el trono vía matrimonial. Algo que su cuñada Isabel se había jurado no permitir, ni siquiera «pasando por encima de su cadáver», como ella misma había amenazado.

Tras aquel *flash* del flechazo navideño, Alfonso pasó luego una temporada en Inglaterra. Cánovas consideraba ahora que le vendría bien realizar una instructiva inmersión en el espíritu británico y eligió para ello el Real Colegio Militar de Sandhurst. Y ciertamente, Alfonso iba a tener siempre muy presentes las referencias de la Historia inglesa, en su voluntad de respetar escrupulosamente la ley, evitando exquisitamente descender a la arena política y manteniéndose dentro de los límites marcados por su papel de monarca constitucional. El día en que cumplía diecisiete años, 28 de noviembre de 1874, lanzaba el llamado *Manifiesto de Sandhurst*, el programa que ofrecía al país, nuevamente ensangrentado por la Guerra Carlista. En él declaraba: «Sólo el restablecimiento de la Monarquía constitucional puede poner término a la opresión, a la incertidumbre y a las crueles perturbaciones que experimenta España.» En su residencia inglesa, Ramón Cabrera, el legendario y temible *Tigre del Maestrazgo*, el más prestigioso general carlista, reconvertido en liberal en su vejez, le había dado su reconocimiento.

El 29 de diciembre, adelantándose a todos los proyectos de los artífices de la operación restauradora y ante sus tropas desplegadas en un olivar cerca de Sagunto, el general Martínez Campos proclamaba a Alfonso XII

Rey de España. En Madrid, un apresurado trasiego de autoridades se encargaba de poner orden en la nueva situación. Para Alfonso había llegado la tan esperada, y a la vez temida, hora del regreso. Su madre, fiel a su vehemencia y natural estilo, le escribía, preocupada: «Hijo mío, no hagas locuras [...] y no des gusto, a los que no quieren tu causa, de romperte la crisma.»

El 5 de enero de 1875, la víspera de salir rumbo a España, el joven Rey fue el centro de atención de todas las miradas de los presentes en la brillante gala musical con la que se inauguraba el nuevo edificio de la Ópera de París. El Papa le había enviado su bendición personal, mientras en Madrid uno de sus amigos, de su misma talla, se prestaba para las pruebas de los uniformes de general de los Ejércitos, que un sastre le confeccionaba contra reloj. Por expreso deseo suyo, repitió la táctica de Carlos III cuando había llegado desde Nápoles y quiso empezar la tarea lanzando una suerte a la siempre problemática Cataluña. Así, entró en España desembarcando en Barcelona. En aquella urbe entregada a la más decidida expansión, hizo Alfonso halagadores elogios a las virtudes catalanas, que dejaron encantados a sus anfitriones. Estaba claro que el novel monarca debía contar con unos eficaces asesores de imagen.

El 14 de enero hacía su triunfal entrada en Madrid. Convirtiendo en realidad el sueño de tantos reyes sin corona, venía ahora a ocupar su trono cabalgando un brioso corcel blanco, en el fervor y el entusiasmo de

su pueblo. Descendiendo por la calle de Alcalá, ya a punto de desembocar en la Puerta del Sol, los estridentes vítores que no cesaba de lanzarle un paisano que corría a su lado le hicieron inclinarse, para decirle: «Pero, hombre, ¡que se va a quedar usted ronco!», a lo que el entusiasta replicó: «¡Qué va! ¡Si me hubiera oído cuando echamos a su madre...!»

No se podía perder tiempo y, apenas llegado a su capital, el nuevo Rey pudo estrenar aquellos uniformes y marchó a las provincias del norte para dirigir las operaciones de la guerra. Desde que el tan lejano Felipe V se había ganado en los campos de batalla el sobrenombre de «El Animoso», ningún otro monarca español había «ido a la guerra» y, después de Alfonso, ningún otro podría volver a justificar de esta forma su ocupación del trono. Junto al natural ímpetu de la juventud, en él se unían a la perfección el más puro espíritu castrense y un profundo romanticismo, que le había llevado a declarar: «Mi mayor placer sería estar a caballo asistiendo a batallas y batiéndome yo mismo.»

Ahora ya estaba en ello y este *Rey Soldado* podía cumplir la deseada misión. Lo hacía con tanta dedicación y empeño que en una ocasión estuvo incluso a punto de ser hecho prisionero por el enemigo. Fue por esos días cuando sufrió su primera hemoptisis, que naturalmente fue mantenida en el más absoluto de los secretos. Cuando, a principios de 1876, se alcanzó el definitivo fin de la guerra, ya su esperanzado pueblo le había bautizado como «El Pacificador», hon-

roso título con el que pasaría a la Historia. Ahora, de forma abierta, la tuberculosis había hecho acto de presencia y él, desafiando a su débil naturaleza, iniciaba su diario coqueteo con la muerte.

Iniciada la vida normal, quiso Alfonso demostrar inmediatamente su voluntad renovadora. Lo hizo introduciendo nuevos aires, tanto en el ámbito que le competía en la Administración del Estado como en la misma ordenación interna de la Corte y de Palacio. Pragmático y racional, era un agnóstico confeso que aceptaba, porque así lo establecían las leyes, la confesionalidad católica de su Reino. Con un profundo espíritu militar cumplió su papel como jefe de los ejércitos hasta donde fue preciso, pero después ya no volvió a «jugar a los soldados». Cuando la guerra acabó, había lanzado un vibrante y agradecido mensaje a los combatientes:

No olvidéis [...] que siempre me hallaréis dispuesto a dejar el palacio de mis mayores para ocupar una tienda en vuestros campamentos; a ponerme al frente de vosotros y a que, en servicio de la patria, corra, si es preciso, mezclada con la vuestra, la sangre de vuestro Rey.

En pocas palabras, un joven Alfonso que había aprendido bien la lección de la Historia estaba decidido a que su reinado fuese todo lo contrario de lo que había sido el de su madre.

Unía Alfonso al aura que le prestaba su condición de Rey y de victorioso general todo su personal atractivo, que era mucho. Divertido y agudo conversador, sabía instrumentar muy bien el aire soñador que desprendían su imagen y actitudes. No se olvide que hacía muy pocos años que aquel Gustavo Adolfo Bécquer, también precoz víctima de la tisis, había sabido expresar en el Madrid de la época todo el decadente encanto del Romanticismo tardío. Ahora, un emancipado Alfonso era dueño de sus decisiones y podía dedicar sus horas de ocio a lo que más le apeteciera. Era buen disfrutador de todo tipo de actos festivos, desde exclusivas funciones de teatro y ópera hasta las verbenas populares y los más vulgares bailongos de carnaval. Pero, eso sí, evitando en todo momento caer en aquel chabacano populismo de sus predecesores, que era para muchos uno de los rasgos más característicos y apreciados de los Borbones.

Muy pronto se divulgó ampliamente su fama de mujeriego. Incesantes salidas nocturnas le convirtieron en cliente habitual de los prostíbulos del centro de la capital, por donde aún andaba la sombra de su abuelo Fernando VII. Pero también solía frecuentar los pinares de los Altos de Chamartín, donde el apartamiento y la oscuridad prestaban todas sus posibilidades a furtivos y rápidos encuentros. Sus andanzas eróticas eran aceptadas por todos con simpatía y naturalidad. La mentalidad tradicional jugaba a su favor: era un hombre joven y soltero y, así, todas sus andanzas eran vistas

incluso con manifiesta complicidad. Muy equivocados estaban quienes pensaban que, una vez contraído matrimonio, iban a mitigarse estas ansias. Por el contrario, ni el primero y fugaz con Mercedes, a pesar del mutuo enamoramiento, ni el segundo, decidido por interés de Estado y sin amor por parte de él, le servirían de contención. En los dos casos, el Rey cumpliría como marido, pero esto no era para él suficiente y los «recursos exteriores» en ningún momento fueron abandonados.

Se ha repetido mucho una anécdota que habla de aquella aura de simpatía que siempre le rodeó. Habiéndose separado una noche de sus amigos, se perdió al tratar de encontrar el camino de regreso a palacio. No especifica el relato en qué estado se encontraba, pero lo cierto es que decidió preguntar a un transeúnte. Éste no se limitó a indicarle la forma de llegar sino que incluso le acompañó, quizá porque le vio algo incapacitado para caminar solo. Una vez llegados ante la gran portada del Palacio de Oriente, el Rey extendió la mano hacia su amable acompañante y le dijo: «Alfonso XII. Aquí, en Palacio me tiene usted.» Y el buen hombre decidió entonces seguir la corriente al supuesto bromista, contestándole muy seriamente: «Pío IX. En el Vaticano, a su disposición.»

Por expresa imposición del Rey, la Corte estaba siendo transformada de arriba abajo, quitándole todos los viejos resabios que conservaba de pasadas épocas que era mejor olvidar. Estaba decidido a hacer una «casa respetable» de aquel nido de víboras en el que había

pasado su primera infancia. Ya no se formaban por aquellos rincones susurrantes camarillas y, entre otras normas modernizadoras, suprimió la antigua obligación de besar la mano al monarca y nunca usó de aquel tuteo generalizado que tanto gustaba a quienes veían en él otro rasgo de la campechanía borbónica. Era su hermana mayor, la infanta Isabel, Princesa de Asturias, la protagonista femenina del escenario cortesano. Profundamente orgullosa de su posición y prerrogativas, «la Chata» sabía al mismo tiempo entenderse muy bien con el pueblo, ingenuamente convencido de hallar en ella «una de sus iguales». «Digna nieta» del querido y odiado abuelo Fernando, como alguien apuntó, era el mejor resto viviente de aquel zafio populismo que su madre había sabido llevar a su más alta expresión. Tras un fugaz matrimonio con un conde italiano, que había terminado suicidándose, era ahora la infanta Isabel la mujer de la casa del hermano soltero.

Desde París, la Reina madre no hacía más que repetir machaconamente su deseo de volver a poner pie en España. Cánovas trataba de disuadirla, en muchas ocasiones con dureza: «Vuestra majestad no es una persona, es un reinado [...] y lo que el país necesita hoy es otro reinado.» Finalmente, intervino Alfonso y, después de que ella rechazase ofendida la propuesta de residir durante su visita en el palmesano castillo de Bellver, se acordó que fuese a instalarse en Sevilla. De hacerlo en Madrid, ante su irritación, nadie le dijo una sola palabra.

En Santander la recibieron, en julio de 1876, sus hijos Alfonso e Isabel. Con su habitual descaro, ella no debió de encontrar motivo para privarse de lo que en cada momento le apetecía y así se presentó con su amante de turno, aquel alocado y encantador Ramiro de la Puente. Pasaron ya en septiembre unas semanas en El Escorial y, nuevamente su afán intervencionista en asuntos que ya no le concernían, obligó a Cánovas a reducir su estancia en Madrid a solamente siete horas. Tras comer en Palacio, visitar a su querida Virgen de la Paloma y recorrer un poco la ciudad, hubo de meterse en el tren que la llevaba a Sevilla.

La ciudad andaluza era un verdadero feudo de la familia Montpensier, que en su Palacio de San Telmo seguía manteniendo una especie de pequeña corte, con toda su parafernalia que tanto gustaba al lucimiento de la abundante y parasitaria aristocracia del lugar. Isabel se instaló en los Reales Alcázares, enorme construcción destartada e incómoda de habitar. Los intentos de normalizar las relaciones con su cuñado y hermana fracasaron enseguida, mientras los nobles andaluces le mostraban todo su mojigato rechazo e hipócrita desprecio, por la ostentación que hacía al presentarse en todo momento y ocasión agarrada del brazo de su insolente amante. Finalmente, en un clima de absoluta crispación, el Gobierno obligó a éste a abandonar el país. Pero por encima de todo y a pesar de todos estos disgustos, interesaba ahora a Isabel tener controlado el fundamental asunto de la boda de su hijo.

Como Rey con decisión sobre su vida, aquel flechazo navideño de años atrás con la primita Mercedes parecía tener ahora posibilidades de poder convertirse en algo serio. Alfonso veía su matrimonio como una obligación más inherente a su cargo y lo cierto es que Mercedes era, de todas las mujeres que había conocido, la que le parecía más adecuada para convertirla en reina. Además, parece que le gustaba de verdad. Había tenido sin embargo que admitir que el Gobierno gestionase otras posibles opciones matrimoniales, que con satisfacción fue viendo cómo no llegaban a buen puerto. Posible candidata había sido Beatriz, una de las hijas de la reina Victoria; pero ni siquiera el hecho de convertirse en reina la había decidido a cambiar de religión. Muchos menos escrúpulos tendría treinta años más tarde su hija Victoria Eugenia, que no dudó en hacerse católica para casarse precisamente con el siguiente Alfonso, hijo del que ahora rechazaba su madre.

Otra gestión se hizo en la católica Bélgica, pero la princesa disponible, Estefanía, era todavía demasiado joven para casarse. Esta pudibunda Estefanía acabaría convirtiéndose en la desgraciada esposa de Rodolfo, aquel enigmático heredero de la Corona austrohúngara que terminó su vida con su amante en el nunca aclarado episodio del pabellón de caza de Mayerling. Quedaba así la «opción Mercedes» y, a pesar de la oposición que suscitó, tanto por parte de la Reina madre como por la de los adversarios de Montpensier, la boda

fue aprobada por las Cortes, según ordenaba la Constitución. Isabel había dicho: «Contra la muchacha no tengo nada, pero con ese Montpensier no transigiré nunca.»

Testigos de esta vehemente declaración aseguraban que, para darle más fuerza, Isabel se había dado una sonora palmada en uno de sus generosos muslos. Mercedes era, de hecho, la última mujer con la que Isabel deseaba ver casado a su hijo. Ante tal peligro, a su regreso de la frustrante estancia en Sevilla, la ex Reina había llegado a convocar, en El Escorial y a espaldas del Gobierno, a los embajadores alemán, francés y ruso para manifestarles su total rechazo de tal unión y pedirles una relación de posibles princesas de sus respectivos países para casarlas con su hijo. Esto fue ya la gota que hizo colmar el vaso de la paciencia del hijo y del Gobierno e Isabel fue prácticamente obligada a abandonar el país. Alfonso había transigido con todas aquellas operaciones de búsqueda de novia, pero desde un principio tenía bien claro que Mercedes iba a ser su mujer y nunca se había privado de afirmar de la forma más tajante: «Jamás me casaré en contra de mi voluntad.»

Nunca, hasta el fin de sus días, iba a dejar Isabel de enredar y malmeter en la política española y tanto su hijo como sus sucesivos gobiernos siempre tuvieron presente su calidad de permanente e impredecible peligro potencial. Así, en la Navidad de aquel 1877 lanzó una desafiante respuesta al mal trato que decía

haber sufrido en su visita a España. Recibió con toda cordialidad en su palacio al pretendiente carlista, aquel Carlos VII que había disputado por las armas el trono a Alfonso y al que éste acababa de derrotar tras una sangrienta guerra. Un irritado Cánovas hubo de ordenar publicar entonces una nota en la prensa internacional declarando que la ex Reina era una persona particular «con quien nada tienen que ver políticamente el Gobierno del Rey ni la nación española».



NACIDO PARA LA LEYENDA

Tras haber obtenido la dispensa papal, obligada dado que los novios eran primos hermanos, la boda de Alfonso y Mercedes se celebró finalmente, entre el fervor popular, el 23 de enero de 1878. Parecía hacerse realidad un bello relato poético. Pese a todas las oposiciones en contra, el amor se alzaba como torrente incontrolable y acababa venciendo. Y eso a la gente le gustaba. Muy sonada fue la ausencia de Isabel II, que había dicho que «no iría ni atada». La siempre diplomática abuela, María Cristina, se ofreció entonces para actuar como madrina, aunque en el último momento un repentino soponcio le impidió lucir sus galas en la ceremonia. Junto a los satisfechos suegros Montpensier, actuó como padrino un feliz Francisco de Asís, «padre oficial» del novio, al que tenía que agradecer tanto el título nobiliario con que había distinguido a «su fiel» Meneses como su satisfactoria intervención en

el vidrioso asunto de su pensión, que le enfrentaba a su mujer.

Aquel día, el centro de Madrid estrenaba iluminación eléctrica y la suntuosa y brillante fiesta que a continuación se celebró en Palacio ni siquiera fue suspendida cuando hubo noticias de una explosión de una bomba en las proximidades de Cibeles. Un muerto y varios heridos fueron discretamente apartados del lugar del suceso, que la prensa no hizo público.

Este interés en no causar alarma por la irrupción del terrorismo directo en las bodas del padre no pudo hacerse realidad en las del hijo; treinta años más tarde, la bomba lanzada el día del matrimonio de Alfonso XIII tendría mucho más amplias y sangrientas consecuencias. Por aquellos mismos días, la noticia de la firma de la paz en la agotadora guerra de Cuba fue motivo de verdadera alegría entre la población. Por el momento, todo estaba bien, todos eran felices y nada impedía que la gente canturrease ñoños estribillos:

*Quieren hoy con más delirio
a su rey los españoles.
Pues por amor se ha casado,
como se casan los pobres.*

Tres meses antes, en la *rentrée* de aquel otoño en el Teatro Real, la ópera *La Favorita* de Donizetti había abierto la temporada. Junto al gran tenor Julián Gayarre actuaba la contralto Elena Sanz. Así, en víspera de

su romántica boda, Alfonso se reencontraba –ya en circunstancias bien distintas– con aquella mujer que de jovencito le había deslumbrado en Viena. El tribuno parlamentario Emilio Castelar la describía, inflamado:

La color morena, los labios rojos, la dentadura blanca y la cabellera negra y reluciente como el azabache. La nariz remangada y abierta con una voluptuosidad infinita, el cuello carnoso y torneado a maravilla, la frente amplia, como la de una divinidad egipcia, los ojos negros e insondables, cual dos abismos que llevan a la muerte y al amor.

Puestas en comparación, poco tenía que ofrecer Mercedes, aquel retraído «ángel», de infantiles maneras, grandes pestañas y marcado bozo sobre el labio superior, en un rostro excesivamente redondo y cuyo mayor encanto parecía estar en su gracioso acento sevillano. Además, en correspondencia privada, un alto cortesano hablaba en las mismas fechas del matrimonio real de ciertas «éstas y las otras» con las que Alfonso tenía relación e incluso citaba a una nombrada «N», a la que estaba decidido a seguir tratando «en su servicio íntimo», tras aquella boda de cuento de hadas con la adorable prima.

La verdad es que la sangre no tuvo siquiera tiempo de llegar al río, porque la muerte lo impidió. El 26 de junio de 1878, a los cinco meses de aquellos alegres esponsales, moría la reina Mercedes y entraba por

la puerta grande en la leyenda. Poco antes, había sufrido un aborto y a él achacaron algunas versiones su rápido fin. Se le había diagnosticado fiebre gástrica, pero de hecho murió de unas fiebres tifoideas crónicas que padecía desde la niñez. El esplendor del sevillano palacio de San Telmo y la belleza de su extenso parque ocultaban la gran amenaza de sus pozos de agua contaminada. Otros cinco hermanos de Mercedes morirían jóvenes por aquella misma causa. Pero, para evitar que cundiese el pánico si se declaraba la verdadera razón, se ocultó la verdadera causa del fallecimiento, mientras el pueblo de Madrid desfilaba compungido ante el ataúd donde se exponía su joven cuerpo, vestido con el rudo hábito de la Orden de la Merced.

Y, mientras también nacían los romancillos que a su fugaz paso por el trono y a su repentina muerte le dedicaron,

*Los faroles de Palacio
ya no quieren alumbrar,
porque Mercedes se ha muerto
y luto quieren guardar,*

algún prohombre político podía aprovechar aquel episodio para afirmar con sobria retórica parlamentaria: «Ayer celebramos sus bodas. Hoy lloramos su muerte.» La rápida descomposición de su cadáver hizo nacer y difundirse ese siempre atractivo rumor, que tanto gusta, de que había sido envenenada. La autora señalada

de tal acto sería en este caso la infanta Isabel, aquella «Chata» que seguía siendo Princesa de Asturias y cuyo talante autoritario quizá hubiese tropezado con el de la nueva Reina. Nada tenía de raro que en el interior de Palacio la presencia de las dos mujeres hubiera levantado más de una chispa.

Rumores aparte, la modesta sepultura en que fue depositado el cadáver de la efímera Reina en el Monasterio de El Escorial siempre fue considerada provisional, ya que el emocionado viudo decidió en su congoja elevarle una gran iglesia para que descansase eternamente. Las obras de la que sería catedral de la Almudena comenzaron de inmediato, frente al Patio de la Armería del Palacio de Oriente, pero acabaron eternizándose. Tras largas vicisitudes y no menos controversias, la construcción del estrambótico templo fue finalizada y, en el mes de noviembre del año 2000, fueron depositados en su interior los restos de aquella soberana de romance, bajo una muy adecuada inscripción: «María de las Mercedes, de Alfonso XII Dulcísima Esposa.»

Como había sucedido con otra lejana y fugaz existencia, el que fuera rey Luis I, también había en el pasado de Mercedes un episodio protagonizado por una gitana adivinadora del futuro. En este caso se contaba que, junto a las verjas del palacio sevillano, la mujer habría visto en la mano de la niña una corona de reina y le había anunciado: «Por la gracia de tus bondades y por la bondad de tus gracias, un rey se postrará de rodillas a tus pies». Pero, a continuación, la adivina-

dora habría detectado en las líneas de aquella manita algún signo de muerte prematura que la había empujado a echar a correr, dejando a la interesada –como le había sucedido también a aquel «Bien Amado» en El Retiro– hundida en la mayor de las zozobras.

Volviendo a la realidad, después del natural disgusto y la consabida pena, que pasó en la soledad del palacio de Riofrío, el viudo recuperó la normalidad y volvió a sus tareas y costumbres habituales, salió con suerte de dos atentados más y superó un peligroso accidente en la sierra. Muy pocos meses después, cuando en los bellos atardeceres de Madrid los niños jugaban en torno a la fuente de la Plaza de Oriente, cantando aquello de

*¿Dónde vas, Alfonso XII?
¿Dónde vas, triste de ti?
Voy en busca de Mercedes,
Que ayer tarde no la vi,*

no sabían que a donde iba el Rey cada día era a la suntuosa mansión que, en la cercana cuesta de Santo Domingo, acababa de ponerle a Elena Sanz. Parece que ya en aquel mismo agosto aquellas relaciones se estabilizaron. Hay una carta dirigida a la Sanz por el preocupado mayordomo del Rey en la que, tras el accidente serrano, le hace sus sugerencias de lo más expresivo: «Le ruego, señora mía, le encargue, por Dios, no haga ningún esfuerzo [...], pues de hacer ensayos

podría quedar mal. Dígaselo usted, por Dios, que a usted le hará caso.» A cambio de su retirada de los escenarios y de su absoluta dedicación, Alfonso le pasaba a su amante una pensión de mucha menor cuantía que los honorarios que ella podía ganar en los teatros. Pero la relación parecía satisfactoria para los dos y ni siquiera la evidencia de la obligación que él tenía de contraer un nuevo matrimonio les hizo plantearse la idea de modificar la situación.

También en agosto de aquel luctuoso 1878 desaparecía alguien importante. En su castillo de *Mon Desir*, cerca de El Havre, moría la abuela María Cristina. Viuda desde hacía cinco años, nunca había mantenido buenas relaciones con su hija la ex Reina. Ahora, encontrándose muy mal, había llamado a Isabel, que desde el cercano París no se había dado mucha prisa en acudir al lado de su agonizante madre y se la había encontrado ya muerta. Terminaba con ella un complicado y escabroso episodio de la Historia española, donde la picaresca cotidiana se había aliado con la más alta y productiva corrupción, bajo el manto de lustrosos linajes y seculares derechos. A pesar de sus deseos, el cuerpo de la napolitana fue enterrado en el monasterio de El Escorial, como le correspondía como madre de monarca reinante.

En su polvoriento Tarancón natal quedaba así, en el abandono y con un solo cuerpo en su interior, el pretencioso mausoleo que para los dos había mandado construir aquel gran bribón que había sido su

segundo marido, Fernando Muñoz, Duque de Riánsares y Marqués de San Agustín por gracia de su mujer, el que más que sobradamente se había ganado el grosero apodo de «hidalgo de teta y bragüeta».

Para todos estaba claro que una nueva unión matrimonial del viudo Rey tenía la exclusiva finalidad de dar herederos al trono. Era, por tanto, un matrimonio profesional y en este sentido actuó el principal interesado. Contando con la estabilidad amorosa que le proporcionaba la Sanz, y sin abandonar nunca sus esporádicas y muy frecuentes escapadas, Alfonso estaba absolutamente desinteresado acerca de quién pudiera ser la elegida para convertirse en su esposa. Así, había dado absoluta libertad a sus colaboradores para que la buscasen donde considerasen oportuno. Cuando le hablaron de aquella poco agraciada y seca archiduquesa austríaca, que podía cumplir más o menos las condiciones requeridas, escribió al embajador español en Viena:

Vaya usted a ver cómo es. No pretendo que sea de una extraordinaria hermosura. Básteme que sea agradable y de noble aspecto. Pero lo que sobre todo deseo es que sea discreta y bien educada. Averigüe usted todo esto y escríbame a mí directamente todo lo que haya observado.

En fin, el interés normal por una transacción de cierta importancia, pero sin ningún añadido emocional, que él tenía muy claro que no iba a aportar.

El matrimonio con la austríaca tenía, por otra parte, la gran ventaja de que interrumpía aquella peligrósima práctica de uniones entre parientes consanguíneos cercanos, que tan desastrosos efectos había tenido en el pasado. La elegida ahora no tenía grado de parentesco próximo alguno con el Rey, aparte de aquellas lejanas referencias a enlaces entre las dos ramas de la Casa de Habsburgo, que ya solamente eran presencias en la memoria histórica y rostros que de sus protagonistas habían dejado en sus telas los grandes pintores del Siglo de Oro.

Hija de nada acaudalados archiduques, primos, eso sí, del mismo emperador Francisco José, María Cristina de Habsburgo-Lorena era un año más joven que su prometido. La familia vivía en su propiedad rural en Bohemia, al pie de los Cárpatos. Era una joven muy culta y apreciable intérprete de piano; hablaba además varios idiomas. A los dieciocho años, el Emperador la había nombrado abadesa del Imperial y Noble Convento Teresiano del Palacio Real de Praga. Aquella institución albergaba a una treintena de *nobles canonesas*, muchachas aristócratas de familias venidas a menos y, por ello, más o menos condenadas a una indeseada pero obligada soltería. Parece que tal cometido, que no debía ser nada fácil, fue cumplido a la perfección por María Cristina. En España, aquellas informaciones sobre su vida habían dado lugar a confusiones erróneas y la gente comentaba, entre la natural rechifla, que el Rey –con

la fama que tenía— iba a acabar casándose nada menos que con una monja.

Cuando se vieron en persona por vez primera, en la localidad balnearia francesa de Arcachon, el buen ojo de Alfonso solamente se fijó en su futura suegra, la bella archiduquesa Isabel, comentándoles a sus próximos: «Lástima que, gustándome más la madre, tenga que casarme con la hija. [...]» Y se decía que había añadido, relamiéndose, impresionado por su aspecto: «La madre es una señora madre.» Pero, tal como estaba previsto, siguió resignado adelante con el compromiso de casarse con aquella a la que muchos aduladores de primera hora consideraban ya como «la princesa más completa de nuestros días y la más adecuada para ceñir la corona de España». María Cristina, por el contrario, al verle al natural, tan atractivo y simpático, con aquellas grandes patillas «a lo Francisco José» que gastaba, quedó completamente fascinada y comenzó a alimentar un enamoramiento que solamente iba a servirle para sufrir.

Con respecto a la Reina madre, la elegida podría haber sido perfectamente la nuera ideal que toda suegra desea para su hijo, y en sus cartas hizo saber que estaba encantada ante tal enlace, al que sí estaba totalmente decidida a asistir. Pero el ciertamente distinguido y muy envarado porte de la novia era la evidente tapadera de un carácter estricto y de una moral extremadamente rígida, lo que no dejó de notar Isabel cuando la visitó por vez primera en París. Aquella puritana

joven estaba sin duda perfectamente al tanto de la trayectoria personal de su futura suegra y todo hacía pensar que lo lógico es que sintiese hacia ella una mezcla de horror y rechazo. A pesar de las apariencias de cordialidad, todo ello produjo entre ambas un inmediato desencuentro que, naturalmente, nunca iba a evidenciarse de forma abierta. Con seguridad, también alguien habría informado puntualmente a María Cristina de que Isabel nunca se privaba de repetir que consideraba a Elena Sanz como «mi nuera ante Dios».

La ceremonia de la boda tuvo lugar el 29 de noviembre de 1879 en la basílica de Atocha. Y, como en esta ocasión sí asistía Isabel, fue Francisco de Asís el que decidió no aparecer en escena y se quedó en casa. Pocas semanas después, en enero de 1880, Elena Sanz daba a luz en París —cerca, pues, de su afectuosa «suegra ante Dios»— a un hijo que se llamaría Alfonso. Con el nacimiento del que era su primer nieto, la exultante Isabel se mostraba absolutamente feliz y la «nuera ante Dios» pasaba a convertirse para ella en la siempre muy querida «madre de mis nietos».

Consecuente con su carácter, María Cristina se tomó muy en serio su nuevo cometido y, ante todo, se propuso aprender castellano. Lo hizo con gran rigor, sin tener conciencia del significado de la gran cantidad de tacs y expresiones groseras que su burlón marido le enseñaba, con la idea de que los empleara en los momentos menos adecuados, como de hecho hacía. Mostraba ella gran interés por todo y todo lo quería

conocer, incluso las corridas de toros, que la dejaron absolutamente horrorizada. El desganado Alfonso ni se molestaba en ocultar que todos aquellos meritorios esfuerzos de adaptación le tenían absolutamente sin cuidado. Él consideraba que cumplía su parte del acuerdo y solamente esperaba que ella hiciese lo mismo, aportando herederos, a ser posible varones. Pero a lo largo de seis años de matrimonio, la frustración de este deseo no iba a servir más que para enfriar su trato con aquella «esposa perfecta» que muy pronto se había ganado el malévolo apodo de «Doña Virtudes».

En septiembre de 1880 nació el primer hijo; ante la decepción general, era una niña. A pesar de la poca gracia que le haría recordar el primer y mitificado matrimonio de su marido, María Cristina insistió en bautizar a la infanta con el nombre de Mercedes. Pero la verdad es que tan evidente y burdo intento de congraciarse con todos no consiguió convencer a nadie. Mucho menos pudo agradar al esquivo marido aquella supuesta y tan interesada muestra de afecto. En febrero de 1881 nació en Madrid Fernando, el segundo hijo del Rey y Elena Sanz. Ahora, con la ex cantante vivían estos dos niños, además de uno algo mayor, Jaime, producto de una relación anterior.

Mientras tanto, en París, el paso de los años no era obstáculo para que Isabel siguiera haciendo de las suyas. Decidida a terminar su etapa con Ramiro de la Puente, le despidió con un título de marqués, que se añadía a otras distinciones varias y más materiales bene-

ficios que su amantazgo le había ido aportando. El final de tal historia era semejante al de las demás: placas, cruces y encomiendas civiles y militares para el ex amante, que de vuelta a Madrid pasó a regentar aquel cementerio que Francisco de Asís había montado, en donde se dijo que se había dedicado a una labor de rapiña, «como un vulgar asaltatumbas».

Pero, además de todo esto, Isabel no dejaba de intrigar, llevándola su mala cabeza hasta actuaciones que perjudicaban claramente a su hijo. El regusto por las permanentes intrigas y la politiquilla secreta no le abandonaría nunca y el magnífico tren de vida que llevaba en París, donde era uno de los más destacados y activos personajes de la vida social, nunca le hizo olvidar sus años de Reina. Tras la abdicación, había querido ser ya simplemente conocida y tratada como Condesa de Toledo, pero aquel «gusanillo del poder» nunca la abandonaría. Incluso hay pruebas de que alguien, todavía a estas alturas, llegó a convencerla de la absurda posibilidad de dar marcha atrás y declarar nula su abdicación.

Pocos años más tarde tuvo la melancólica satisfacción de recibir al general Serrano, aquel gran amor de su primera juventud, aquel *general bonito* ahora convertido en un anciano. Era ahora embajador de España en París e Isabel, al verle, no pudo evitar exclamar vehementemente, con algo de aquel viejo cariño: «Pero, ¡qué viejo estás! ¡Dios mío!, ¡qué viejo! Vamos, acércate. Ven a sentarte aquí. [...]» A partir de la muerte de

Mercedes, Isabel volvía con frecuencia a España para estar con la familia. Con el paso de los años, aquellos deseos de volver a figurar en la vida pública del país sobre el que había reinado iban apagándose, pero realmente nunca desaparecerían del todo.

En noviembre de 1882 se produjo una nueva decepción con el nacimiento de otra infanta, María Teresa. Naturalmente, nada más llegar a España, María Cristina había sido adecuadamente informada de la estable relación que el Rey tenía con la Sanz y sabía del sucesivo nacimiento de los dos hijos que, para mayor afrenta a ella, eran chicos. Profundamente enamorada de un marido que la ignoraba, a los naturales celos añadía el sufrimiento que a su rígida ética producía aquella relación moralmente condenable. Siempre había, además, quien le enviaba anónimos, en los que se describían con todo detalle aspectos muy íntimos de aquella relación, que se desenvolvía en la tan cercana cuesta de Santo Domingo, a pocos pasos del Palacio Real.

La pasión por la música que sentía la Reina la llevaba al Teatro Real prácticamente a diario. Y allí, desde su palco, debía soportar todas las miradas y comentarios que llenaban el ambiente cada vez que salía a escena alguna de aquellas otras varias cantantes de las que se afirmaba que algo tenían que ver con la voracidad «escenística» de su marido. Esto era algo que cada vez llevaba peor y que, en un momento dado, la hizo reaccionar fulminantemente. A mediados de 1883 realizó un inesperado viaje a Viena, después de que se pro-

pagase el rumor de que, en un inesperado estallido de cólera, había llegado a exclamar, más o menos, refiriéndose a alguna conocida relación de Alfonso: «¡Si no expulsan del país a esa cualquiera, la que se marcha soy yo!» Otras versiones mejoraban la escena y apuntaban que el término que había utilizado para referirse a aquella «rival» fue otro, bastante más contundente y que sin duda debió causar gran sorpresa a quienes se lo oyeron.

Aquello se interpretó como el inicio de la ruptura, episodio que al conspicuo republicano Emilo Castelar inspiró un relato mordaz, que levantó algunas ampollas y se titulaba *Los celos de una sultana. Leyenda árabe*. Lo cierto es que nada pasó finalmente; ella volvió, la otra nunca dejó de estar y el ansioso Alfonso redobló sus incesantes búsquedas de nuevos alicientes eróticos. Toda la frialdad y contención de la austríaca convivían en ella con un apasionamiento de enorme fuerza cuanto más reprimido estaba. Así, junto a unos terribles celos nacieron en ella unas furibundas ansias de venganza, que iba a poner en práctica en cuanto las circunstancias se lo permitiesen.

En el punto de mira de su rencor, además de Elena Sanz, por supuesto, se situaba el Duque de Sesto y Marqués de Alcañices, viejo amigo del Rey y gran protector de la Familia Real en el exilio. Éste había sido además un destacado promotor de la causa de la Restauración, en la que se había gastado verdaderas fortunas. María Cristina hacía de él el principal culpable del permanente desvío de su marido, sin querer admitir

que su desinterés por ella no venía de cualquier otra presencia o aventura femenina, sino de los mismos orígenes de su matrimonio.

En el otoño de 1883 realizó Alfonso el que sería el último de sus largos viajes. Con el objetivo principal de asistir a las grandes maniobras otoñales del potente Ejército alemán, el más poderoso de Europa, visitó también Austria, Bélgica y Francia. En ruta, se reunió en su residencia de Epinay, cerca de París, con su «padre» Francisco de Asís, y con su ex suegro Montpensier. Una reunión que debió de sentar muy mal a su madre cuando tuvo noticia de ella. En Viena, Francisco José tuvo para con él un muy especial detalle, ya que fue la primera vez que el Emperador se acercó a la estación de ferrocarril para recibir a un visitante extranjero y, a continuación, le agasajó con una estancia jalonada por los mayores honores. Ya en Alemania, Alfonso se reunió con los demás miembros de la realeza que también estaban invitados a las maniobras. El emperador Guillermo y Bismarck, el «Canciller de Hierro», le prestaron asimismo todos los honores y le concedieron las más altas condecoraciones.

En el itinerario de regreso, en Francia, la manifiesta actitud progermana del Rey español, que se manifestó partidario de aliarse con Alemania en caso de una nueva guerra, levantó una fuerte oleada de protestas, que incluso llegaron a desaconsejar su paso por París y su retorno a España por mar. Decidido, sin embargo, a seguir con sus planes previstos de viaje, se vio

enfrentado Alfonso en la capital francesa a grandes manifestaciones de hostilidad, que inmediatamente tuvieron el efecto de producir sonadas reacciones anti-francesas en Madrid.

A estas alturas, Alfonso no esperaba un hijo varón y, por tanto, su esposa había dejado ya de interesarle por completo. Vivió así los últimos años de su breve vida lanzado a su desquiciado frenesí erótico que merizó irreversiblemente su frágil salud. Cuando ya la relación con la Sanz vivía momentos de desapasionada tranquilidad, reapareció una vieja historia, la también cantante de ópera Adelina Borghi, a la que llamaban «la Biondina» por el color de su pelo. Lo llamativo del *affaire* que había tenido con el Rey ya antes del primer matrimonio de éste la había llevado a ser puesta en la frontera, con el consiguiente enfado del amante. Ahora volvía y, junto a crecientes exigencias de compensaciones materiales a sus favores, se mostraba absolutamente despreocupada de guardar las mínimas apariencias.

Menos visibles, pero asimismo conocidas por todo el mundo, fueron las relaciones que Alfonso mantuvo con Blanca de Escosura, hija de un ministro liberal y, sobre todo, nieta del gran poeta romántico Espronceda. A las veladas literarias que ella organizaba en su palacete de la Castellana acudía con especial frecuencia el Rey, que no se ocultaba de evidenciar su papel de amante de la dueña de la casa. Junto a estos amores «adecuados», por decirlo de algún modo, había siempre

la posibilidad del encuentro rápido con mujeres de toda condición social. Al igual que le sucedería a su hijo, este Alfonso siempre demostró tener una manga muy ancha y ser un «caballo de buena boca» en sus preferencias sexuales.

Su salud estaba cada vez más quebrantada y los agotadores episodios de hemoptisis se sucedían con mayor frecuencia. Ahora, recurría cada vez más al gran pañuelo rojo que para tales urgencias llevaba metido en el zapato o la bota. Hasta el final en su papel de Rey constitucional y moderno, insistió con su actuación en su voluntad de devolver al trono de España la dignidad perdida, arrastrada por un siglo de degeneración por la nefasta actuación personal de sus sucesivos titulares. En esta línea de estrechar lazos con el pueblo, prodigó sus actividades y llegó a despreocuparse insensatamente del estado de su salud.

En enero de 1885 visitó, a temperaturas extremadamente bajas y en contra de todas las opiniones, las comarcas andaluzas y murcianas devastadas por un fuerte terremoto. Llegado el verano, acompañado solamente de un ayudante, hizo un viaje secreto a Aranjuez, convertido en uno de los mayores focos de la epidemia de cólera que cada día se cobraba decenas de vidas. Cuando regresó por la tarde a Madrid, ante una gran multitud que le aclamaba en la estación de Atocha, agradeciéndole aquel gesto, apenas pudo ocultar las sacudidas de un fuerte vómito de sangre.

Los médicos decidieron entonces su traslado al Palacio de El Pardo, donde Francisco de Asís había paseado sus soledades y meditado a la vez negocios y venganzas. Esperaban que el buen aire del entorno pudiera ser beneficioso a los deshechos pulmones de Alfonso. Pero él, a la mínima mejoría que creía experimentar, huía a Madrid. Esto duró hasta aquel otoño, cuando ya su debilidad no le permitió ninguna escapatoria más. María Cristina cumplía a la perfección todas las tareas que recaían sobre ella y que las circunstancias habían multiplicado. Pese a su preocupación por el estado de su marido y la angustia ante el futuro, sin duda sentía la satisfacción de que, por vez primera, le tenía por completo para ella, a su merced, lejos de cualquier ultrajante presencia o influencia externa.

Mientras su marido se consumía en el que iba a ser su lecho mortuario, para sorpresa de todos, la Reina anunció que estaba nuevamente embarazada. En la visita que le hizo por entonces un viejo amigo, Alfonso le comentó, alicaído: «¡Quién lo habría pensado! ¡Ya había perdido completamente la esperanza de tener hijos...!» Y, mirando hacia un pasado muy próximo, hacía por vez primera una especie de examen de conciencia:

Pensaba que era físicamente muy fuerte [...]. He quemado la vela por los dos extremos. He descubierto demasiado tarde que no es posible trabajar durante todo el día y divertirse durante toda la noche...

La noticia del embarazo había modificado sustancialmente la situación. En medio de aquella agonía, volvía a encenderse la luz de la esperanza y el posible —y tan deseado— nacimiento de un varón se veía como un decisivo refuerzo a la estabilidad de la Corona. Los políticos trabajaban febrilmente para dejar bien atada la situación y sus dos principales personalidades, el conservador Cánovas y el liberal Sagasta, acordaban por el Pacto de El Pardo el mantenimiento del sistema, asegurándolo por el establecimiento del turno pacífico de gobierno entre los dos partidos.

Pero todavía el Gobierno se negaba a informar sobre la extrema situación del Rey y, debido a ello, la ya casi viuda se veía obligada a seguir cumpliendo en Madrid sus obligaciones oficiales como si nada sucediese. En El Pardo, junto al lecho de su hijo, la incorregible Isabel seguía suscitando a su alrededor vientos de camarilla. Algunos hubo que llegaron a convencerla de que, cuando se produjese la muerte, sería ella la elegida para presidir una Regencia. Las persistentes ansias de protagonismo de la todavía vigorosa destronada volvieron así a agitarse, hasta que hubo que decirle expresamente que se olvidase de una vez de ello y que la Regente iba a ser su nuera.

Aduciendo la necesidad de descanso del enfermo, a su mujer no se le permitía acceder a su habitación. En su idea de conservar las formas de tranquilidad, Cánovas insistía en que las dos reinas hiciesen una vida normal. La noche en que se produjo final-

mente la muerte, Isabel y María Cristina estaban así en su palco de la Ópera cuando se les comunicó que la cosa estaba a punto de terminar. Encolerizada, Isabel exclamó: «¡Se muere y le dejan morir solo, como a un perro!» En la mañana del 25 de noviembre de 1885 expiraba Alfonso XII, cuando sólo le faltaban tres días para cumplir veintiocho años. La tradición ha dejado inscrito que, segundos antes de morir, había exclamado, se supone que refiriéndose a la complicada situación en que dejaba al país: «¡Qué conflicto, Dios mío, qué conflicto!»

Según el historiador Claudio Sánchez Albornoz, también el moribundo había tenido tiempo, fuerzas y humor para darle a su mujer algunas recomendaciones ante la difícil coyuntura que la aguardaba tras su muerte: «Cristinita, no llores, que todo puede arreglarse en bien de nuestros hijos y de España. Guarda el coño, y de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas.» Estaba claro que la agudeza de ingenio y la capacidad de síntesis no las perdía Alfonso ni en aquel extremo de su etapa terminal. Genio y figura.

Cristina fue separada de la tarea de amortajamiento del cadáver para cumplir con la ceremonia formal en la que se le comunicaba que se convertía en Reina Regente de España. Solamente prestó juramento como tal una vez hubo confirmado ante el jefe del Gobierno que, efectivamente, se encontraba embarazada. Ya solamente se pensaba ahora en el ansiado varón que pudiera nacer al cabo de seis meses. La Regente debía

actuar solamente como el adecuado soporte material de lo que se esperaba iba a ser el futuro Rey.

Aprovechando tan difícil situación, los carlistas parecían volver a levantar cabeza, mientras que los republicanos hacían demostración de su creciente fuerza.

Penas, lutos y obligaciones aparte, la dulce hora de la venganza había llegado para la rencorosa viuda, que no perdió tiempo en actuar de la forma más directa contra aquellos a los que consideraba los mayores responsables de sus males. Alfonso había muerto cuando todavía estaba tratando de resarcir materialmente a su amigo y protector Alcañices por las grandes cantidades que éste se había gastado durante el exilio y en la preparación de su ascenso al trono. Ahora, la Regente le exigió desabridamente cuentas por las cantidades que había ido percibiendo por aquel concepto, y que en ningún caso alcanzaban a ser una pequeña parte de lo que él había gastado. Ofendido tras la inicial sorpresa, el aristócrata actuó como un verdadero gran señor y le presentó el inventario de todos sus bienes, para que ella eligiera lo que quisiera, como compensación equivalente a aquellas parciales restituciones.

Ella no se contuvo y fue entonces directamente a hacerle el mayor daño posible al «enemigo». Decidió así quedarse con el Ducado de Sesto, título y tierras del sur de Italia, de antigua propiedad de la familia de Alcañices. Muchos años después, «Doña Virtudes» vendió muy ventajosamente tierras y título obtenidos de forma

tan mezquina como irregular. Pero, nota curiosa que hablaba de su verdadero carácter e intereses, ordenó que los suculentos beneficios obtenidos por esa venta no pasasen a engrosar el patrimonio de la Corona, sino el suyo personal.

De forma paralela, y también sin perder un minuto, «todavía con el cadáver caliente», como suele decirse, se lanzó la Regente sobre la odiada rival e hizo que se suprimiese la pensión que Elena Sanz percibía. Ésta, que no se debió de sorprender ante una reacción que sin duda esperaba, contrató a un abogado para que defendiese legalmente sus intereses. Y en su elección de letrado no se quedó corta: era Nicolás Salmerón, que fuera primer mandatario de la Primera República y persona de la más acreditada moralidad. Se propuso entonces a Palacio un acuerdo económico a cambio de no hacer público el contenido de más de un centenar de cartas de Alfonso, que no dejaban absolutamente ninguna duda sobre la paternidad de los dos niños.

Ante aquel cierto riesgo, los responsables de las finanzas palaciegas se vieron obligados a comprometerse a la entrega de una gran cantidad de dinero –unos dos millones y medio de euros actuales– como pago por las cartas y por la expresa renuncia a cualquier petición legal de reconocimiento de paternidad. Las cartas se entregaron a cambio de un primer pago que suponía un tercio del total; se pactó que con el resto se crearía un fondo, del que los dos chicos podrían dis-

poner a la llegada a su mayoría de edad. Elena Sanz murió en Francia, en 1898. Nada más producirse el fallecimiento, elementos de la embajada española se presentaron en su casa y se llevaron de ella, sin levantarse acta o efectuar inventario alguno, una serie de objetos, joyas y documentos varios, entre ellos la partida de nacimiento del hijo pequeño, nacido en Madrid.

En 1903, cuando los dos hermanos, Alfonso y Fernando, hubieron cumplido la mayoría de edad, pudieron comprobar que de aquel depósito nada quedaba. Fuese por la quiebra del establecimiento donde se había realizado, por mala gestión y adelantos realizados o —lo que parece muy posible— por voluntario incumplimiento del contrato por parte de Palacio. Considerándose estafados, presentaron en 1907 una demanda judicial de reconocimiento de paternidad, con los efectos económicos de ella derivados. Alfonso XIII no fue citado como testigo en la causa, ya que la ley le situaba por encima de estas eventualidades. Pero sí declaró ante el juez su madre. María Cristina volvió ahora a demostrar su carácter y tuvo el aplomo de asegurar, bajo juramento, que en ningún momento había tenido noticia de la existencia de una relación extramatrimonial de su difunto marido, que hubiera producido el nacimiento de tales hijos...

El Tribunal Supremo actuó como podía esperarse y desestimó aquella presunción de paternidad, a pesar de las pruebas presentadas. La prensa de la época incluyó, como también debía suponerse, muy reducidas y

discretas referencias a este caso. Una resolución judicial se basaba en la Constitución vigente para negar la posibilidad legal de existencia de hijos «naturales» del Rey. Los hijos de la Sanz eran, de esta forma, inexistentes.

El menor, Alfonso, tenía un gran parecido físico con su padre, que él aumentaba ostentando unas grandes patillas iguales a las que él había llevado. Hasta su muerte vivió en Madrid y de él se decía que acostumbraba a pasear, al caer la tarde, por las calles y plazas próximas al Palacio Real. Convertido en conocida presencia habitual para los vecinos, conseguía causar la sorpresa de quienes le veían por vez primera, que creían encontrarse ante el mismísimo fantasma de Alfonso XII saliendo de casa para alguno de aquellos bien conocidos y placenteros paseos nocturnos.



EN LOS DOMINIOS DE LA PURITANA

Nació finalmente el tan esperado varón el 17 de mayo de 1886 y fue proclamado Rey en ese mismo día. Su difunto padre había apuntado que le hubiera gustado que, si nacía un niño, se llamase Fernando. Por lo visto, tan histórico nombre le atraía, ya que con él se había bautizado al segundo vástago que había tenido con Elena Sanz... Lo cierto es que hubo un cambio «democrático», en circunstancias que la infanta Eulalia recordaría con mucho énfasis:

Madrid entero está entusiasmado. Quieren que el niño se llame Alfonso en vez de Fernando. Todo el mundo viene pidiéndolo a Palacio. Dicen que *XIII* no tiene nada que ver, que el Papa tiene también ese número y no le ha traído desgracia. Además, León XIII es el padrino del niño y 13 es un número de suerte...

No fue así un Fernando VIII y quedó finalmente como Alfonso XIII aquel niño nacido Rey. Este poco

habitual hecho de ser Rey incluso ya antes de nacer fue en definitiva el elemento fundamental que condicionó toda la formación de su carácter. A su lado y protegiéndole de forma permanente, la que fue su referencia vital básica, sin competencia posible de ningún género: su madre, aquella cuya vida un entregado Romanones describió como «una línea recta, todo claridad, diáfana y sencilla». Aquella hermética personalidad que trataba de ocultar el más férreo orgullo, bajo la máscara de una supuesta humildad, como cuando afirmaba, por ejemplo, que su regencia no venía a ser más que un mero «hilo» entre dos reinados. Aquella mujer de estricta moral que, con inteligencia más que suficiente, no dudó en potenciar en su idolatrado hijo algunos de los peores rasgos de personalidad posibles para un hombre corriente y, en este caso, de mucha mayor trascendencia para las responsabilidades y exigencias de un monarca.

Desde el momento de su nacimiento, el niño Alfonso solamente conoció los excesivos mimos de un universo familiar íntimo compuesto exclusivamente por mujeres, dedicadas a adorarle y a complacer hasta su más mínimo y absurdo capricho. Alrededor de este pequeño grupo, las sistemáticas adulaciones de los cortesanos actuaban en la misma dirección. Su considerable nivel de inteligencia se veía siempre negativamente compensado por su carácter caprichoso y su débil y muy variable voluntad, que le hacían cambiar

de opinión y de actitud con extraordinaria rapidez y sin motivo justificado.

Aquí, el testimonio de su tía Eulalia vuelve a ser inestimable fuente histórica. Es precisamente por venir de quien viene por lo que cabe aceptar la fiabilidad y objetividad de estas informaciones, no demasiado positivas. Sin duda, resultan así más aceptables que las procedentes de alguno de los muchos adversarios que tendría y que tan negativamente habían de calificarle. Anotaba así la infanta escritora que Alfonso era un muchacho que desde sus primeros momentos demostró estar poseído por la sed de mando y el afán de empezar a gobernar, enmarcados por permanentes demostraciones de autoritarismo «que alentaba toda la Corte, que tomaba esta función de gobernar, no como un deber y responsabilidad, sino como un rito casi religioso».

Ya se ha visto que la tan popular infanta Isabel, aquella castiza «Chata» cuya aparente campechanía y populismo ocultaban el mayor orgullo de casta, había fracasado en sus intentos por ser una activa influencia reaccionaria para su hermano, el irreprochable Alfonso XII. Ahora tenía en su sobrino un amplio y libre campo de actuación y no cesaba de estimular obsesivamente estas tendencias que tan perverso ambiente había generado en el niño. Y, una y otra vez, y sin importarle si estaba equivocado o no, aquella «digna nieta de su abuelo Fernando VII» imponía, sin posible respuesta: «Hay que hacer cuanto el Rey mande.»

A ello, Eulalia apostillaba:

Y esto, repetido cien veces al día, en todas partes y por todo el mundo, hacía crecer en mi sobrino el deseo de experimentar su autoridad. Los primeros ocho días de su reinado efectivo fueron de desconcierto y de agitación en la Corte. El Rey jugaba con su autoridad como un muchacho, al fin, que era. Se ensañaba con nosotras haciendo ensayos que nos irritaban, pero que Isabel consideraba dignos de todo acatamiento y obediencia. Imaginad, además, un grupo de cortesanos prestos a seguir la corriente, dispuestos a tomar en serio los caprichos de un jovenzuelo, todavía en edad de estudiante de bachillerato.

En estas primeras etapas de su vida Alfonso XIII no tuvo amigos, ya que su propia realidad se lo impedía. Un reducido número de niños, irreprochables vástagos de la más alta aristocracia, fueron elegidos para convertirse en compañeros de sus juegos, siempre en el interior de estancias palaciegas. Forzados «amigos» que nunca dejaron de tener la certeza de ser sus subordinados, como él mismo bien se preocupaba en demostrarles en todo momento. El Rey niño era el exclusivo protagonista de una Corte sin iguales ni posibles rivales; sus propias hermanas, siempre tan queridas y veneradas, no eran allí más que actrices secundarias dentro de aquella permanente representación. Ciertamente, de haber vivido el padre, la formación del hijo

hubiera sido muy diferente y de esto la Regente no podía dejar de tener clara conciencia. Por el momento, Alfonso vivía en aquel mullido y asfixiante ambiente casi monacal, donde decrépitas y enjoyadas damas marcaban el tono. Algo que justificaría la espontánea opinión que dio un embajador de Marruecos cuando salió de su primera audiencia real: «El palacio es magnífico, pero el harén parece muy avejentado. [...]»

Como era lógico dada la época, la educación del Rey se llevó a cabo en el interior de Palacio. Bajo la directa supervisión de la Regente, un grupo de personajes muy estrictamente seleccionados elaboró un plan de estudios que siguieron Alfonso y otro selecto grupo de «privilegiados» jóvenes aristócratas. Las opiniones más progresistas del momento no dudaron en criticar acerbamente esta formación que, a punto de iniciarse el siglo XX, apartaba al muchacho de las realidades del país, con unos profesores profundamente conservadores y un excesivo peso de la formación religiosa y militar.

A fines de 1898, todavía bajo el régimen de la Regencia, se produjo la pérdida de las últimas colonias. Tras el desastroso enfrentamiento que supuso la guerra con los Estados Unidos, la España postrada y en ruinas únicamente podía dedicarse a asumir todas las consecuencias de una debilidad en todos los órdenes que la hacían «tocar fondo» de la forma más dramática. Fue al Gobierno liberal de Sagasta al que correspondió la firma del impuesto acuerdo que decidía la entrega

de Cuba, Puerto Rico y Filipinas en manos del vencedor. España se veía obligada a recogerse sobre sí misma, a lamer sus heridas y, en algunos destacados casos, a examinar las causas de tal situación e idear las formas de superarla. Se dijo que la Regente quiso representar un personal y patético acto simbólico de duelo, que sabía iba a ser adecuadamente difundido. Al tener noticia de la firma de los tratados que dejaban a España sin colonias, parece que cerró con llave la tapa de su amado piano y ya nunca más volvió a abrirlo, prohibiéndose así el disfrute del que era su mayor deleite.

Tras el *Desastre*, que conmovió hasta los cimientos a toda la sociedad española, muchos veían en la figura del Rey, a punto de alcanzar su mayoría de edad, una esperanza de radical renovación que impulsase como decisivo motor a todo el país. En su diario de adolescente, Alfonso escribía notas que hablaban de su personalidad, ponían de manifiesto sus intereses y siempre dejaban traslucir lo que sentía. Demostraba que las tradicionales ideas del patriotismo que le habían sido imbuidas habían hallado en él un fértil campo de cultivo. También daba muestras de su interés y amor por el siempre idolatrado Ejército, al que veía como la más fiable y firme institución del Estado. Así, escribía al empezar el año 1901: «Es preciso tener Ejército y Marina cueste lo que cueste porque sin estas dos manos que sostienen a España caerá como una pelota que se disputarán Inglaterra, Alemania, Francia y los Estados Unidos.»

El año clave para el muchacho fue 1902, ya que el 17 de mayo, al cumplir los dieciséis años, dio comienzo su reinado efectivo. Semanas antes, en su diario había hecho unos planteamientos de futuro. En ellos podían adivinarse algunos rasgos de un tímido regeneracionismo:

En este año me encargaré de las riendas del Estado, acto de suma trascendencia tal como están las cosas, porque de mí depende si ha de quedar en España la Monarquía borbónica o la República. Porque yo me encuentro al país quebrantado por nuestras pasadas guerras, que anhela por alguien que le saque de esta situación; la reforma social a favor de las clases necesitadas, el Ejército con una organización atrasada a los adelantos modernos, la marina sin barcos, la bandera ultrajada, los gobernadores y alcaldes que no cumplen las leyes. En fin, todos los servicios mal organizados, y mal atendidos.

Y seguía, yéndose hacia el futuro:

Yo puedo ser un rey que se llene de gloria regenerando a la patria, cuyo nombre pase a la Historia como recuerdo imperecedero de su reinado, pero también puedo ser un rey que no gobierna, que sea gobernado por sus ministros, y por fin puesto en la frontera.

No hay duda de que dotes de clarividencia e incluso de premonición no le faltaban, a la vista del desa-

rollo de las siguientes décadas de vida española. El primer decreto que firmaba como Rey efectivo era el que concedía a su madre rango y honores de Reina en ejercicio.

Desde el primer momento de su actuación, la actitud del monarca puso sobre aviso a todos los políticos que trabajaban con él. En total oposición al exquisito respeto que por la Constitución había sentido y mostrado su padre, el nuevo Rey no ocultaba que se sentía por encima de esta norma suprema. Quería demostrar que, para él, su naturaleza de Rey y su visceral patriotismo le situaban más allá de cualquier límite legal. En el primer Consejo de Ministros que presidió, el impetuoso joven se vio obligado a escuchar que —incluso para el Ejército, cuya ordenación y ascensos pretendía llevar personalmente— cualquier decisión del Rey que no llevase el refrendo de sus ministros no tendría validez legal alguna. Era el primer toque de atención, absolutamente necesario vista la autoritaria naturaleza del recién estrenado monarca.

Durante la Regencia, María Cristina no había aflojado las riendas del poder e intervenía de forma permanente y muy directa en ceses y nombramientos, caídas de gobiernos y apartamiento de ministros, en muchos casos por meras cuestiones de simpatía o antipatía personales. Alfonso la imitó y se entrometió una y otra vez en los asuntos políticos, en función de sus inclinaciones personales, ocultadas siempre por supuestos motivos de interés dinástico o general de la nación. Con

ello contradecía de forma evidente los planteamientos constitucionales, que exigían una absoluta abstención de los monarcas en las tareas directas de gobierno.

Había nacido así una forma de intervencionismo con episodios que la prensa de la época calificaba de «crisis orientales», es decir, preparadas y provocadas desde el Palacio de Oriente. Se comentaba de algún prestigioso político que se había visto obligado a buscar el retiro tras haberse atrevido a indicar respetuosamente a la Reina que dejase de seguir diseñando y guiando las funciones de su hijo. Estas permanentes interferencias introducían en la escena pública una situación de interminable fricción y de sospechas de corrupción y amiguismo absolutamente negativas para la estabilidad de la que tan necesitado estaba el país.

Muy poco antes del comienzo efectivo del reinado de Alfonso, en su residencia francesa de Epinay moría, en abril de 1902 y rodeado de sus libros, antigüedades y bellos objetos, aquel turbio Francisco de Asís, el tan especial marido de Isabel II, padre legal de todos los hijos que ella había ido teniendo con sus sucesivos amantes; chantajista profesional, que había logrado vivir espléndidamente de aquello mismo que lo sumía en la vergüenza. Como Rey consorte y padre de rey, su cadáver fue trasladado al Panteón de El Escorial. Pasarían solamente dos años hasta que el de su mujer fuese también depositado allí.

Para entonces, en el exilio parisino, un extraño personaje se mostraba al lado de Isabel II y mangoneaba

absolutamente el Palacio de Castilla. Era un judío húngaro de nombre José Haltmann, o Altman, que ejercía de secretario jefe de la casa y del que nadie sabía a ciencia cierta de dónde había salido. El hecho es que llevaba varios años allí y las malas lenguas aseguraban que su relación con la ex Reina tenía unas características que iban mucho más allá que las meramente laborales. Ya entrada en la setentena, Isabel cada vez hacía menos vida social, en gran medida debido al decisivo impedimento que suponía su enorme volumen físico. La obesidad, que durante toda su vida había marcado su aspecto, ahora triunfaba libre y definitivamente. Pero, por lo visto, debía todavía de tener ganas de contar al lado con alguien que le alegrase la vida.

A pesar de su natural decadencia, todavía su imagen, voz y gestos recordaban a aquella *reina castiza* de otros tiempos, figurón de comedia de *farsa y licencia*, a la que con tan cruel mordacidad retratara Ramón del Valle-Inclán:

*Ríe la comadre feliz y carnal,
y un temblor cachondo le sube del papo
al anca fondona de yegua real.*

Ante el horrorizado y avergonzado rechazo de los ilustres visitantes de su palacio, el tal Haltmann era quien hacía y deshacía en él. Acompañó a Isabel en sus postreros años, organizaba sus horarios y su economía, llevaba su correspondencia y le concedía todos

los caprichos, preocupándose de que ningún domingo faltase en la mesa aquel consistente cocido madrileño sin el cual la ex Reina no podía vivir. Recibía Isabel, figura viva de otra época que se sentía ya por encima en casi todo, muchas visitas. Algunas eran de personas que podrían resultar absolutamente inesperadas, como el gran prócer de la República Nicolás Salmerón, que había defendido los intereses de Elena Sanz y sus hijos cuando el rencor de María Cristina se había cebado sobre ellos. También se entrevistó largamente con otro conspicuo republicano, el gran Benito Pérez Galdós, al que sedujo su marcada personalidad y que dejó amplio testimonio de lo que hablaron.

Al novelista canario le comentó acerca de su vida:

Carecí de gente desinteresada que me guiara y aconsejara. Los que podían hacerlo, no sabían una palabra del arte de gobierno, eran cortesanos que sólo conocían la etiqueta. Los que eran ilustrados y diestros en constituciones no me aleccionaban, dejándome a oscuras si se trataba de algo en que mi buen conocimiento pudiera favorecer al contrario. A veces, me parecía estar metida en un laberinto por el cual tenía que estar palpando las paredes, pues no había luz que me guiara. Si alguien encendía la candela, venía otro y me la apagaba...

A fines de marzo de 1904, convaleciente de una gripe, Isabel sufrió un enfriamiento cuando abandonó

sus cálidas habitaciones para recibir a su vieja amiga, la ex emperatriz Eugenia, que venía a visitarla. Después de yacer varios días con fiebre muy elevada, murió en la mañana del día 9 de abril. Su voluminoso cuerpo fue vestido con un sobrio hábito franciscano y, tras recibir los homenajes consabidos, fue trasladado a la estación d'Orsay para su traslado a España. La República Francesa, que había tenido siempre en ella a uno de los más conspicuos personajes de su escena pública, le rindió todos los honores. Su cortejo fúnebre recorrió París, descendiendo desde la Plaza de la Estrella por los Campos Elíseos hasta la Concordia, en medio de negros crespones, mientras la Guardia de Coraceros desfilaba ante su féretro. Pero su entierro final, en el Panteón de Reyes de El Escorial, ya no tuvo apenas repercusión pública alguna. Era sólo el fin de una vida. Su época había terminado cuando empezaron a sonar los cañones de los triunfantes revolucionarios, en aquel lejano septiembre de 1868.

En Madrid, solamente algunos nostálgicos sintieron aquella muerte. El nuevo siglo no quería tener nada que ver con el pasado y ahora era el necesario matrimonio de Alfonso XIII lo que ocupaba todo el interés. España, que fuera cabeza de un Imperio casi universal, era ahora pieza a utilizar por las potencias europeas en su política de intereses estratégicos y coloniales. Como era natural, la ex Regente se inclinaba por una decidida vinculación con los poderes germánicos de la Europa Central, pero los políticos del sis-

tema consiguieron sobreponerse a esta preferencia personal y Francia y Gran Bretaña, modelos de democracia, fueron las referencias buscadas en política internacional. Dentro de estos esquemas se situaban los planes matrimoniales para el Rey. La vinculación a la familia real inglesa aparecía como la mejor de las posibilidades y a ello se encaminaron las gestiones.

Como entregados intermediarios actuaron en esta empresa la ex emperatriz Eugenia y dos de sus sobrinos, el muy anglófilo Duque de Alba y su hermana, la duquesa de Santoña, de la que se decía que había sido elegida para que iniciase al joven Alfonso en lo que entonces se llamaba «secretos de la vida». Para entonces, ya se comentaba abiertamente acerca de las precoces aventuras galantes del muchacho que, al igual que su padre, siempre mostró una fuerte atracción por las damas de la escena. Parecía llegado el momento de buscarle una esposa, pero cuando una comisión parlamentaria le indicó la necesidad de tomar una decisión a este respecto, él respondió altivamente que solamente se casaría por amor. Siempre, su orgullo de casta se revolvería ante lo que considerase cualquier intromisión en su vida privada. Ignoraba voluntariamente que los enormes privilegios que su posición le aportaba tenían la contrapartida de unas obligaciones, entre las que se encontraba en primer lugar la de asegurar la sucesión a la Corona.

En mayo de 1905 iniciaba en París Alfonso su primer gran viaje. Realizó la obligada visita que un admi-

rador tan profundo de lo militar tenía que hacer a la tumba de Napoleón Bonaparte en Los Inválidos. A la salida de una brillante gala en aquella suntuosa Ópera a cuya inauguración había asistido su padre, un anarquista le lanzó una bomba. Tras comprobar que apenas había daños, el episodio permitió que se le atribuyese una altanera frase que se difundió como espléndida prueba de su valor personal: «Son gajes del oficio.» A continuación, en Londres fue adecuadamente agasajado por el rey Eduardo VII, aquel *bon vivant* que durante tantos años había paseado y hecho célebre por todo el mundo su título de Príncipe de Gales, como sinónimo de desenvuelta elegancia y desenfreno de altos vuelos.

Se había considerado un posible noviazgo con la princesa Victoria Patricia, nieta de la reina Victoria y sobrina, por tanto, de Eduardo VII. Pero todas las dotes de seductor que Alfonso desplegó, y de las que tanto rendimiento sacaba con cantantes y actrices de los teatros madrileños, se demostraron ineficaces para despertar el interés de ella. Durante varias de las celebraciones de aquellos días se encontró con la belleza rubia de Victoria Eugenia de Battenberg. Familiarmente llamada Ena, era otra de las muchas nietas de la reina Victoria y pudo comprobar el interés que suscitaba en Alfonso, despechado por el no expresado pero visible rechazo de la otra prima. Ella, relataría más adelante, le vio: «Muy delgado, muy meridional, muy alegre, muy simpático. Guapo no era, luego mejoró mucho.»

Contando con el decidido soporte del periódico monárquico *Abc*, que desde un principio apoyó a aquella posible novia, la opinión pública española pronto supo de la existencia de la joven. Su correspondencia con el Rey iba gradualmente mostrando un marcado incremento en su intensidad afectiva. La cosa fue muy rápida y, antes de que finalizase aquel año 1905, ya las respectivas madres se habían comunicado tanto acerca del mutuo enamoramiento de sus hijos como de la preparación de todo lo que había que organizar. A marchas forzadas, Ena proseguía sus estudios de español.

Pero ello planteaba un enorme problema: la diferencia de religión entre los novios. Para ser Reina de España Ena debía sustituir su religión anglicana por la católica. Consciente de esta necesidad y soportando en su país duras críticas que la acusaban de «desertora por interés», ella se entregó a fondo a preparar lo que algunos prefirieron llamar «conversión por amor». La ceremonia de abjuración de su religión anglicana se celebró en el Palacio de Miramar de San Sebastián, en un acto que a la nueva católica le produjo un verdadero trauma que nunca superaría.

Con el acompañamiento de un brillante grupo de invitados reales, la ceremonia de la boda se celebró el 31 de mayo de 1906 en la iglesia de San Jerónimo el Real donde, tradicionalmente, desde la época medieval, habían prestado juramento los Príncipes de Asturias. A su término, los recién casados abandonaron el templo e inauguraron la magnífica escalinata construida

para tal motivo, que desciende hasta las espaldas del Museo del Prado. Luego, las masas de Madrid les esperaban abarrotando las aceras, en su desplazamiento hasta el Palacio Real. Ya casi al final de la calle Mayor, cuando ya enfilaban el último tramo del vibrante recorrido, los vítores y muestras de alegría se vieron sustituidos por una fuerte explosión, los desgarrados gritos de dolor de las víctimas y los de horror de los supervivientes. Desde un balcón, un anarquista había lanzado una bomba envuelta en un ramo de flores. El resultado fue de veintitrés muertos y más de un centenar de heridos. Victoria salía arrastrando su ensangrentado vestido de novia de aquel primer encuentro con los que ya eran sus súbditos. Parece que, a partir de entonces, fue absolutamente incapaz de relajarse en cualquiera de los actos masivos a los que su cargo le exigía acudir. El comentario del Rey: «Muchos son los que se casan a los veinte años, pero la verdad es que pocos podrán decir lo que yo: que se han casado el día en que han nacido...»

La presencia de la joven Reina parecía introducir nuevos aires en aquella polvorienta y anquilosada Corte. La práctica de deportes hasta entonces apenas conocidos, sus costumbres y gustos personales y su particular estilo de vestir impusieron a aquellos niveles una estética muy alejada de la austera y extremada sobriedad que tanto amaba la suegra. Por el momento, las relaciones entre ambas eran cordiales y aun cariñosas. El 10 de mayo de 1907 veintiún cañonazos anunciaron

la venida al mundo de un varón, que fue bautizado con el nombre de Alfonso. Muy pronto, aquel «saludable infante» iba a mostrar todos los síntomas de la hemofilia, enfermedad entonces poco conocida e incurable, definida por la dificultad de coagulación de la sangre, lo que provocaba hemorragias muy abundantes y, en ocasiones, imparables. Aquel mal, considerado una verdadera maldición y transmitido pero no padecido por las mujeres, estaba entrando en las casas reales de Europa a través de los descendientes de la reina Victoria de Inglaterra. Los casos de los pequeños herederos Alfonso de España y el zarevich Alexis de Rusia iban a ser los más conocidos, de entre muchos otros.

Todavía hasta hoy, no existe acuerdo sobre el hecho de si el Rey había sido informado de esta terrible *herencia* antes de su boda o si, por el contrario, se enteró cuando su primer hijo la puso en evidencia de la forma más sangrante, nunca mejor dicho. Fuese uno u otro el caso, lo cierto es que a partir de aquel momento las relaciones entre los dos se enfriaron de forma irreversible. Aunque siguieron cumpliendo con todas sus obligaciones, desde continuar aportando sucesivos hijos hasta su presencia conjunta en cuantos actos y ocasiones era necesario, aquella inicial felicidad que se les suponía apenas había durado un año. Todo lo demás no iba a ser más que una obligada convivencia.

En 1908 nació Jaime, el segundo hijo. Pensando que padecía tuberculosis, a los cuatro años fue enviado

a una clínica suiza y, a su regreso, una fortísima afec-
ción de oídos hizo que se le diagnosticase una doble
mastoiditis, que decidió a efectuar una doble trepana-
ción. De resultas de ella, quedó convertido en sordo-
mudo. Al año siguiente nació Beatriz, una niña com-
pletamente sana, pero en 1910 otro infante, Fernando,
apenas vivió el tiempo suficiente para que le fueran
administradas las aguas del bautismo. Contribuyó a
superar este bache, a fines de 1911, la venida al mun-
do de otra niña sana, María Cristina. A pesar de los
varios pesares conyugales que soportaba, la real pare-
ja seguía cumpliendo sus deberes conyugales y, a media-
dos de 1913, nació Juan, sano como sus hermanas.
Cerraba el conjunto, en el otoño de 1914, el también
hemofílico Gonzalo.

Para entonces, los Reyes ya estaban absolutamen-
te distanciados. Lo que aparecía ante ellos era, así, la
obligación de representar su papel institucional, mos-
trando una imagen de familia unida y ocultando siem-
pre de forma oficial tanto aquellas graves enfermeda-
des como las mismas desavenencias íntimas. A pesar
de la precaria salud del Príncipe de Asturias, el Rey se
negaba a admitir la irreversibilidad de su situación e
insistía en que cumpliese obligaciones propias de su
cargo y que practicase ejercicios, que solamente ser-
vían para aumentar el peligro de sufrir alguna hemo-
rragia de imprevisibles consecuencias.

Mientras llegaban de Inglaterra las amenazadoras
noticias de las muertes de dos hermanos de Victoria, así-

mismo hemofílicos, el estado de salud del heredero exigía cada vez mayores cuidados. Recluido por prescripción facultativa en el Palacio de El Pardo, era sometido a un intenso programa de transfusiones de plasma. En la calle, los crecientes sentimientos antimonárquicos encontraban en este secreto a voces un buen filón para manifestarse y se llegó a difundir la truculenta historia de que niños y soldados eran asesinados secretamente con el fin de extraerles sangre y órganos para trasplantarlos al infante. Todo este horror doméstico afectaba a ambos padres, pero sin duda el más fuerte carácter y personalidad de la Reina le permitía sobrellevarlo mejor. Eso sí, buscándose todo tipo de compensaciones materiales, como las permanentes visitas de parientes y amigos ingleses, el disfrute de objetos de uso de alta calidad, la adquisición de joyas —que sería para ella una verdadera pasión— o la práctica de unos deportes reducidos a uso de unas minorías extremadamente exiguas, como el tenis, el golf y el polo. De los «deportes nacionales», su primera visión de una corrida de toros la había dejado, como correspondía a una inglesa de pro, totalmente horrorizada. Pero como el protocolo la obligaba a presenciarlas de vez en cuando, unas gafas de cristales negros la convertían en temporal invidente, preservándola de ver la sangría que tanto hacía disfrutar a los demás ocupantes de los tendidos.

En Alfonso, la debilidad de su carácter le arrastraba, por el contrario, a niveles de desesperación. En su actividad como monarca y sin abandonar nunca su ten-

dencia intervencionista, sus simpatías o antipatías personales, el cumplimiento o no de sus ideas o meros caprichos, actuaban como elementos de primer orden sobre la acción de los políticos. Aquel deteriorado y corrupto régimen mostraba todas sus irreparables deficiencias y parecía en definitiva ser igual quien estuviese al frente de las decisiones, Silvela o Canalejas, Dato o Moret, Maura o Romanones. A estas alturas, confesaba el Rey: «Cada vez se apodera más de mí el pesimismo y la desesperación de no poder hacer nada útil por mi país. [...]»

La figura de Alfonso XIII parecía reproducir de alguna forma los rasgos de la evolución vital de Felipe V, el primer Borbón español de dos siglos antes. Aquel joven Rey que abrió todas las esperanzas de un pueblo cuando se presentó como «El Animoso» y que no tardó en sumirse en los largos periodos de depresión que le valieron el sobrenombre bien distinto de «El Melancólico». En el caso de Alfonso XIII, aparte de los graves problemas familiares, el panorama del país no podía presentar rasgos más preocupantes. Al verdadero trauma social que significó la Semana Trágica de 1909 se había venido a unir la conflictividad laboral y militar. El fuerte auge económico generado por la Primera Guerra Mundial no había sido capaz de tranquilizar la situación y, frente a unas extensas masas campesinas desposeídas y hundidas en la miseria, el activismo reivindicativo obrerista era respondido con

la más dura y feroz represión. Hubo por entonces quien definió al monarca como «un piloto sin brújula».

En el norte de África se había vuelto a abrir el antiguo conflicto. La defensa de los intereses de las compañías de extracción de minerales allí establecidas había degenerado en una sangrienta guerra que no terminaba. Un verdadero cáncer que roía a la sociedad española, que cada año entregaba allí miles de vidas jóvenes, en general procedentes de familias que no habían podido pagar la cantidad que se exigía para evitar aquel destino. El Rey, siempre imbuido de su profundo sentido militar, observaba en todo momento con especial interés aquella guerra. En ella, bajo las constantes llamadas al patriotismo y la defensa de la fe cristiana frente al infiel, nacían enormes fortunas y se mostraba la más extendida corrupción a todos los niveles. Muchos de los jefes militares escalaban puestos de mando y se adjudicaban beneficios materiales, oportunamente ocultos por la ferralla de los galones y medallas que iban colgándose de las guerreras.

En el interior de la Corte, y a pesar de aquella bocanada de aire fresco que supuso la entrada de Victoria, seguían dominando los más añejos usos. La tan proclamada y festejada campechanía del Rey le llevaba a recuperar aquel uso del tuteo generalizado que su padre había suprimido, considerado como tan específicamente borbónico y que tanto gustaba a muchos. Al mismo tiempo, recuperaban su actividad las ya conocidas camarillas palaciegas, como decisivos centros de

poder y beneficio. A los viejos aristócratas que se aferraban con uñas y dientes a su tradicional y privilegiada posición, se añadían ahora los nuevos ricos, procedentes de los nuevos sectores dinámicos de la sociedad: financieros, industriales y empresarios. Todo un conjunto de afanosos intereses que disfrutaba de la cobertura de la Corona y que no venía precisamente a contribuir al prestigio de la cada vez más cuestionada Monarquía.

En aquel ámbito palaciego, Alfonso XIII seguía siendo allí el indiscutido actor principal de la escena. Toda un caterva de interesados cortesanos servía para asegurarle su más absoluta fidelidad e, independientemente de la razón, seguir aquella máxima de «Hacer todo lo que el Rey mande». A la cabeza de estos «grupos de decidido apoyo» se situaban naturalmente la Reina madre y la infanta Isabel. María Cristina y «la Chata» no veían por más ojos que por los de «su» Alfonso y cualquier actuación de éste, fuese como fuese, era tenida por buena, admitida, justificada y aun ensalzada.

Fuera de este espacio delimitado por los históricos muros de los Reales Sitios, se agitaba muy activa «la otra vida» del Rey. Para nadie era un secreto que las aventuras extraconyugales de Alfonso habían mostrado un fuerte incremento paralelo al proceso de enfriamiento interno de su matrimonio. Al igual que su padre, era hombre poco selectivo en sus preferencias eróticas. Su tendencia a la promiscuidad le llevaba a buscar

mujeres de un amplio arco social y de características físicas muy variadas. Aquí intervenían de forma muy destacada los llamados «amigos del Rey», bien conocidos elementos con los que se veía en los exclusivos clubes deportivos, participaba en cacerías, hacía sus frecuentes viajes privados por el extranjero o comprobaba las altas velocidades que alcanzaban los nuevos automóviles, una de sus grandes pasiones. Eran ellos quienes le propiciaban aquellas aventuras galantes. Bajo la formal respetabilidad que le aportaba el entorno familiar, presidido nada menos que por aquella estricta Reina madre, Alfonso se autoconcedía incesantes alegrías. Hasta el punto de que linajuda dama madrileña hubo que resumió con agudeza y humor lo que todos comentaban: «Acostarse con el rey se convirtió en una ambición distinguida y casi respetable.»

No todas aquellas aventuras proporcionaban a las implicadas «especiales honores» o beneficios pecuniarios, que de todo había. Se difundían sabrosos testimonios de mujeres de toda condición que aseguraban su más absoluto desinterés e incluso expresa negativa por repetir la experiencia «real», tras haberla probado una vez. Quizá también aquí se volvía a poner de manifiesto que, como en cualquier compulsión, la bulimia erótica casi nunca es capaz de producir efectos de suficiente calidad. Y la calidad volvía a verse perjudicada en favor de la cantidad.

Hijos extramatrimoniales reales o atribuidos tuvo en abundancia Alfonso XIII. De los primeros, se ha

citado el que tuvo con una bella y «moderna» francesa, en los mismos momentos en que, por medio de un intenso intercambio de tarjetas postales, vivía su idílico noviazgo con la joven Ena. Ya casado, parece que en su absoluto desparpajo, no tenía inconveniente alguno en invitar a su amante a Palacio, donde era recibida por una amable joven esposa que por el momento nada sabía de aquella relación. Más adelante, acabaría enterándose una indignada y humillada Victoria Eugenia del embarazo, por obra y real gracia de su marido, de una de las criadas irlandesas que se había traído con ella de Londres.

Los cuatro años que duró la Gran Guerra, entre el verano de 1914 y el otoño de 1918, sirvieron a la real pareja para desplegar una gran cantidad de actividades que sirvieran, aparte de como opciones personales de los interesados, como útiles operaciones de imagen de la desacreditada institución. Así, a las muy aplaudidas actuaciones de Victoria en los ámbitos de la enfermería, se añadía la acción exterior del Rey, dedicada a problemas inmediatos y tangibles provocados por la guerra europea, tales como la localización de prisioneros, la atención sanitaria, el envío y recepción de correo y toda clase de intermediación de naturaleza humanitaria. La posición de neutralidad de España propiciaba así, además de un gran auge económico, la posibilidad de actuar por encima de intereses concretos de cada uno de los combatientes, en busca solamente de finalidades humanitarias. En este sentido, la

actuación real debe ser considerada moralmente impecable.

Pero la neutralidad oficial del país no pudo naturalmente impedir la constante manifestación de voluntades partidarias de uno u otro de los bandos. *Germanófilos* y *aliadófilos* se enfrentaban con pasión y vehemencia en la calle, en los periódicos, en los cafés, en los teatros y en los propios domicilios familiares. Los primeros, partidarios de las potencias germánicas, mostraban en general una ideología conservadora y en muchos casos autoritaria, defensora del más exacerbado patriotismo y de los más rancios valores militares. Los segundos, por su parte, apoyaban a las democracias, cuyos valores éticos veían como la mejor forma de organización de una comunidad humana. De forma paralela, los años de aquel destructivo conflicto también crearon una situación nueva en el mismo interior de Palacio, que afectó de forma muy directa a las relaciones entre los miembros de la familia, extremando tensiones ya existentes y creando otras nuevas.

La Reina madre, además de haber nacido súbdita de aquel chirriante Imperio Austrohúngaro, era por su formación personal un típico producto del mismo. Su rígida educación había estado basada en unos inalterables principios de obediencia y respeto a la autoridad, adoración por la jerarquía y absoluto rechazo de cualquier elemento que fuese presentado como perjudicial para el viejo orden establecido. En los más absolutos antípodas, Victoria Eugenia, sin olvidar nunca el

condicionante que suponía su nacimiento como princesa, provenía de un mundo totalmente diferente. Con todas sus carencias y defectos, Gran Bretaña se alzaba como el indiscutido y admirado modelo de sistema democrático. Sus instituciones aseguraban la participación popular en las decisiones y los cuerpos armados siempre habían estado situados bajo la decisión del poder civil.

Los contrastes entre ellas no podían ser más evidentes. La rigidez moral y el envaramiento físico que se habían convertido en señas de identidad de la mayor eran el más llamativo contrapunto de las distendidas costumbres de la más joven. Si María Cristina se había autocastigado con la penitencia de privarse de tocar el piano en momentos de grave crisis nacional, Victoria Eugenia, ni en los peores momentos de su vida personal y familiar, iba a abandonar sus particulares y gratificantes consumos, entre los que el exquisito tabaco rubio tenía una destacada presencia. Eran, pues, dos formas antagónicas de plantearse la vida, que hasta estos momentos habían coexistido sin graves problemas. Pero ahora, mientras los cañones y el gas tóxico se enseñoreaban del suelo europeo, iban a hacer aflorar sus discrepancias abriendo una suerte de *guerra fría* que, en algunas ocasiones, a punto estuvo de convertirse en conflicto doméstico abierto.

Cuando incluso los hermanos de una y otra combatían en frentes contrarios, el asunto adquiría un cariz extremadamente personal, que superaba ya con mucho

cualquier sentimiento patriótico. Existen testimonios varios de esta extremada tensión ya que, si bien siempre las dos mujeres se habían preocupado por mantener un aceptable nivel de convivencia, las dramáticas circunstancias que definían esos años lo llevaban hasta el mismo borde del precipicio en cada momento. Quienes estuvieron entonces presentes han relatado que ninguna de las dos ocultaba discretamente su alegría cuando había noticias de éxitos bélicos de «su» bando, lo que suponía consecuentemente derrotas en el de «la otra». Hubo ocasiones en que los almuerzos o cenas familiares estuvieron a punto de convertirse en campos de batalla verbales o quizá incluso algo más que, si no hubiera sido por la gran capacidad de auto-dominio de ambas, hubiera incluso llegado a poner en peligro la integridad de las ricas vajillas de porcelana y de los espejos más próximos.

Hay que suponer que cuando, en noviembre de 1918, se firmó la derrota de los Imperios germánicos y se proclamó la victoria de los Aliados, una exultante Victoria debió mostrarse considerada y comprensiva ante la decaída Cristina. Ésta recibía un duro golpe al contemplar la desaparición del mundo en el que había nacido y con el que tan identificada se sentía. Pero había algo mucho más importante: seguía conservando el absoluto control emocional de su hijo, para el que era referencia de amor sin competencia posible. Era una madre comprensiva, que le admitía cualquier cosa y que siempre iba a estar dispuesta, hasta el final,

a dar por bueno todo lo que tan querido hijo hiciese. A pesar de su tan estricta moral, el conocimiento y comprensión de las repetidas aventuras extraconyugales de Alfonso, no dejaría, por otra parte, de darle el regustillo de participar en cierta venganza contra la nuera escasamente querida. Y de cuestiones de venganza sabía algo la buena señora...

Para entonces, ya Alfonso había conocido a la mujer que iba a convertirse en referencia fundamental en su vida durante los siguientes años. Discípula de la maestría teatral de María Guerrero, la joven Carmen Ruiz Moragas era una bella, culta y apreciada actriz, que empezaba a destacar en los escenarios madrileños, con tanta frecuencia visitados por el Rey y sus amigos. Tras un fugaz matrimonio con el torero mexicano Rodolfo Gaona, que por entonces llenaba los cosos españoles junto con figuras clásicas de la talla de *Gallito*, *Machaquito* y *Bombita*, reinició una relación establecida anteriormente con el Rey. Fue el comienzo de una historia que, entre muchas otras cosas, le sirvió a Alfonso para mantener el tan difícil equilibrio emocional a lo largo de los siguientes y difíciles años.

Con «la Moragas», como se la conocía en el ambiente teatral entre colegas y aficionados, conoció una relación diferente, fuera del proteccionismo materno y de la tensión conyugal. Con la tranquilidad de lo estable, pero sin que por ello su veleidoso carácter le llevase a abandonar el disfrute de fugaces aventuras. El nacimiento de dos hijos, María Teresa en 1925 y

Leandro Alfonso en 1929, fortaleció y estabilizó aquella relación. La correspondencia intercambiada entre ambos, en la que él firmaba como «El Soldadito», demuestra el alto grado de compenetración y complicidad que alcanzó la pareja. Huyendo del envenenado ambiente que asfixiaba a los habitantes del Palacio Real y apartándose durante algunos momentos de una escena pública cada vez más compleja, el Rey encontraba al lado de «su otra familia» la tranquilidad, con la satisfacción de ver crecer a aquellos dos hijos perfectamente sanos.

Desde el principio, Victoria conocía la existencia de aquella relación y de sus tan particulares características, tan alejadas de las habituales y admitidas eventualidades «de urgencia». Y por ello debió de ser algo que le causó permanente vejamen y tormento, considerando además que aquella relación pronto adquirió una total notoriedad. Pero las obligaciones del cargo imponían una disciplina y era preciso seguirla. Así, la familia real siguió mostrándose en público en todas las ocasiones en que era necesario, a las que la prensa gráfica, que conocía por entonces un espectacular desarrollo, daba una muy extensa cobertura.

El desastroso desarrollo de la guerra de Marruecos pesaba como una losa sobre el país. Siempre llevado por su ciego amor a lo militar, el Rey seguía impulsando aquel conflicto. Del terrible verano de 1921 es el tan difundido telegrama que envió a los mandos en combate, animando, en el castizo estilo que le gustaba

mostrar, a las exhaustas tropas: «¡Olé los hombres!» Aquella demostración de frivolidad ante la sangrienta tragedia que tenía lugar venía a unirse a un nunca verificado supuesto comentario suyo, que tuvo una amplia repercusión. Según se difundió con gran escándalo, al enterarse de la elevada cantidad que, como rescate, los insurrectos del Rif exigían por la entrega de los prisioneros españoles que habían hecho, el monarca habría comentado algo sobre el alto precio que había alcanzado «la carne de gallina». Puede, sin lugar a dudas, decirse que la propia actuación del Rey contribuyó en medida muy importante al deterioro de una institución que se demostraba incapaz de enfrentarse a las necesidades del tiempo.

Cuando terminaba el mes de julio de 1921, mientras millares de soldados morían en las jornadas más cruentas de la guerra, el Rey aprovechaba las fastuosas ceremonias que se celebraron para trasladar los restos del Cid a la catedral de Burgos para lanzar otro más de sus poco medidos mensajes: «¡Con lo que nos pertenece del otro lado del Estrecho, tenemos bastante para figurar entre las primeras naciones de Europa!» Más adelante, mientras los cadáveres de aquellos hombres se pudrían al sol en los secarrales rifeños, todavía seguía el monarca indagando la posibilidad de convertirse en director efectivo de la política española por medio de una Junta de Defensa Nacional. Pero estos permanentes deseos de convertirse en dictador iban a

borrarse inmediatamente, porque tal cargo ya tenía un aspirante con muchas más posibilidades.

En efecto, el 13 de septiembre de 1923, el general Primo de Rivera daba un golpe de Estado e implantaba la Dictadura. El Rey aceptó el hecho y le confirmó en el poder. Nunca Alfonso había mostrado la más mínima consideración hacia la Constitución liberal y su despegue de los políticos había sido proverbial y más que evidente. Ahora, se prestaba a colaborar con un régimen de fuerza, personificado en un militar de prestigio, con el que indudablemente debía sentirse más identificado que con aquellos profesionales de la política, a los que abiertamente despreciaba. Llamativa prueba de esta identificación personal fue la visita conjunta que realizó con el dictador a la Italia fascista a las pocas semanas del golpe. Allí, muy satisfecho, le presentó a los reyes de Italia como «mi Mussolini».

Fue alrededor de este viaje cuando nacieron los rumores acerca de una posible petición de nulidad matrimonial por parte de Alfonso. Apoyado ahora moralmente por el hecho de disfrutar de una relación estable y satisfactoria, podría haber aducido en este sentido el hecho de no haber sido informado antes de su boda de la herencia hemofílica que aportaba la novia. Ello podría ser presentado como causa suficiente de anulación, en una espectacular e insólita decisión que hablaba por sí misma del grado de deterioro que había alcanzado la comunicación matrimonial. Lo cierto es

que nunca se llegó a ello y la Familia Real, siempre en aparente armonía, pasó los siguientes años presentándose como la mejor imagen «de marca» en todos los abundantes actos inaugurales de las obras públicas que la Dictadura llevaba a cabo. El punto máximo de tal actividad mediática se alcanzó, ya al borde del abismo para sus protagonistas, en 1929, con ocasión de los fastos que rodearon a las grandes Exposiciones Internacionales de Sevilla y Barcelona. A partir de ahí, en rápida pendiente, todos ellos se verían apartados de la escena; primero, el verborreico y fogoso dictador e, inmediatamente detrás, su real protector y familia.

A pesar del progreso que se manifestó en todos los órdenes y de las realizaciones materiales que la Dictadura plasmó, el régimen cayó por la misma dinámica de la Historia. En sus últimos tiempos, ya no solamente eran los sectores económicamente menos favorecidos los que mantenían su adversa actitud, sino que también las crecientes clases medias apoyaban la posibilidad del cambio. Caído el dictador a principios de 1930, era evidente que de nada podía servir el recurso del Rey a arcaicos militares palatinos para que salvaran la situación. Alfonso XIII seguía demostrando, como había hecho a lo largo de toda su vida, la más absoluta incapacidad de ver la realidad de las cosas. A pesar de unas costumbres y gustos personales absolutamente acordes con el arrollador ritmo de cambio que marcaban los *locos años veinte*, aquel monarca seguía viendo el mundo desde una óptica absolutamente

superada. Esta posición de incuestionada superioridad le había empujado a sucesivas y nefastas actuaciones, que siempre traslucían un pensamiento escasamente democrático, algo que ya no era admisible en los tiempos que corrían.

A principios de 1929 había muerto repentinamente su madre, la referencia vital básica para él. Pero, al poco tiempo de faltarle aquel fundamental soporte para su estabilidad psíquica, había tenido la mejor compensación con el nacimiento del segundo de sus hijos con Carmen Ruiz Moragas. Entrada la primavera de 1931, la escena pública española se había ya disparado en una imparable dinámica y el triunfo republicano en las elecciones municipales del día 12 de abril se consideró un verdadero plebiscito a favor del cambio de régimen. El día 14, en medio de un gran entusiasmo popular en todo el país, se proclamaba la República. Ante tan inesperados hechos, incluso los más decididos defensores del Rey le aconsejaron que abandonase. En su boca se puso entonces una frase altisonante, de esas acuñadas con voluntad de pasar a la Historia: «No quiero que por mí se derrame una sola gota de sangre».



«¡NO SE HA *MARCHAO*,
QUE LO HEMOS *ECHAO!*»

A sí, aquella misma noche, por las mismas puertas del Campo del Moro por donde dos siglos antes había huido un aterrorizado Carlos III tras el Motín de Esquilache, abandonaba silenciosamente Palacio Alfonso XIII. Según lo pactado con las nuevas autoridades, marchaba a Cartagena a embarcarse para el exilio. Todavía durante unas horas en las estancias palaciegas quedarían Victoria y sus hijos, mientras oían procedente de las calles adyacentes el griterío de los entusiasmados manifestantes que vitoreaban a la naciente República. Al día siguiente, despedidos por apenas unos cuantos fieles, tomaban el tren hacia la frontera. Habían desaparecido todos aquellos monárquicos «hasta la muerte» que hasta ese momento les habían rodeado. Por lo visto, no había nadie dispuesto a entregar siquiera aquella única gota de sangre en su defensa. Mientras, el infante Juan pareció sentirse en peligro y «buscaba refugio» en Gibraltar. En las aba-

rrotadas calles, la gente gritaba exaltada: «¡No se ha *mar-
chao*, que lo hemos *echao!*»

Desde Francia, el ex Rey, que ya era *Ciudadano Bor-
bón*, emitió un manifiesto que concluía afirmando:
«Mientras habla la nación, suspendo deliberadamente
el ejercicio del Poder real y me aparto de España, reco-
nociéndola así como única señora de sus destinos.» Por
las calles de todas las ciudades y pueblos de España, una
ciudadanía alborozada vivía esperanzada aquella his-
tórica ocasión que parecía anunciar la entrada en una
nueva y muy diferente época. Entre continuos víto-
res, se blandía por doquier la bandera tricolor, mien-
tras la música del viejo *Himno de Riego* servía para acom-
pañar las creaciones de la musa popular adaptada al
momento. Así, estrofas festivas como:

*Si el rey quiere una corona
que se la haga de papel,
que la que tuvo de oro
no la supo defender*

se unían a otras que parecían lanzar cierta amenaza
contra algunos de los más detestados símbolos del pa-
sado:

*Si los curas y frailes supieran
la paliza que van a llevar,
subirían al coro gritando:
¡Libertad, libertad, libertad!*

Llegada la hora del exilio, ya no era imprescindible mantener la ficción del matrimonio feliz y Victoria y Alfonso decidieron vivir por separado. Las tensiones volvieron a aflorar, si bien bajo la más absoluta discreción, a la hora de concretar las cuestiones económicas. Finalmente se alcanzó un acuerdo que ordenó esta separación de hecho, a la que nunca los interesados quisieron darle valor legal ni canónico. Así, cada uno se organizó a su manera y, mientras Victoria se lanzaba a realizar una interminable serie de viajes, Alfonso y sus hijos se instalaban en un pequeño pabellón en Fontainebleau. Si bien el ex Rey continuaba utilizando en París el lujoso Hotel Meurice para unos encuentros eróticos cuya apetencia ni aún las difíciles circunstancias que atravesaba eran capaces de disminuir. Las nuevas autoridades republicanas habían dado a la popular «Chata» todas las seguridades para su permanencia en su casa madrileña, pero ella había decidido seguir a su sobrino al exilio y en París murió a los pocos días de llegar.

El político conservador catalán Francesc Cambó recordaba, sobre estos primeros momentos del destronado Rey en París, una muy expresiva escena:

Yo iba al *Meurice*, a visitar a una familia amiga. Era media tarde. En un rincón del hall *vitré*, detrás de una mesa, estaba sentado don Alfonso: solo, sin la compañía de un libro, de un diario, de una copa. Al cabo de hora y media, yo seguía el mismo camino, en direc-

ción inversa, hacia la puerta: Don Alfonso continuaba igual, sentado detrás de la misma mesa, ¡sin un libro, ni un diario, ni una copa!

Curiosa escena en verdad que plantea un interrogante: ¿Era un rey recién destronado que meditaba sobre su porvenir; era el hombre que esperaba la llegada de una pactada compañía o, por el contrario, era aquella la forma de pasar un tiempo vacío por parte de un espíritu simple y carente de intereses?

En noviembre, las Cortes Constituyentes de la República iniciaron un proceso parlamentario para investigar las actividades del antiguo monarca. A partir de un *Acta de acusación contra Alfonso XIII*, se hacía un repaso de las manifestaciones de su intervencionismo político y sus responsabilidades en la guerra de Marruecos, la política de la Dictadura y las tan repetidas acusaciones de corrupción de que había sido objeto. De todos aquellos fervientes monárquicos de la víspera, solamente Romanones le defendió. El proceso no alcanzó a establecer pruebas concluyentes en ninguno de estos asuntos, pero la Cámara declaró al exiliado rey culpable de alta traición y la incautación de sus bienes personales que se encontraban en España, le dejaban privado de toda seguridad jurídica y le aseguraban la detención caso de que regresase.

Lo cierto es que, en la documentación de su economía personal, nunca pudo demostrarse el más mínimo atisbo de corrupción o de beneficio por tráfico

de intereses. A pesar de lo que todo esto significaba en el plano material, Alfonso, que siempre había contado con muy buenos asesores en materia de inversiones, tenía desde mucho tiempo atrás una considerable parte de su patrimonio puesta a buen recaudo en el extranjero. Esto les permitiría, a él y a la familia, mantener durante su exilio una existencia desahogada.

Los problemas más graves venían ahora precisamente del más íntimo círculo familiar. El Príncipe de Asturias, siempre arrastrando su enfermedad, conoció en la clínica suiza donde estaba ingresado a la rica y hermosa hija de una familia cubana de azucareros, Edelmira Sampetro. Su insistencia en contraer matrimonio con ella decidió al padre a solicitar de él la renuncia —para él y para sus posibles descendientes— a sus derechos a la sucesión a la Corona a cambio de una pequeña renta. Pocas semanas después, el sordomudo Jaime fue adecuadamente convencido de la necesidad de renunciar a estos derechos, que ahora habían pasado a él como segundo hermano. Estas dos renunciaciones, obtenidas en mayo y junio de 1933, apartaban así de la hipotética sucesión al perdido Trono a aquellos dos débiles minusválidos y daban paso, como heredero de la Corona, al fornido infante Juan.

El ex Príncipe de Asturias, ya como Duque de Covadonga, casó con la cubana para vivir una errática existencia, siempre en medio de la precariedad económica. En París pagaban los costos de su estancia en un hotel evidenciando su presencia en el comedor y

actuando así como reclamo publicitario del establecimiento. Más adelante, desde Nueva York, el patético infante llegó a pagar un anuncio en la prensa denunciando la nulidad de su renuncia a sus derechos dinásticos. Tras superar varios graves baches de salud y el divorcio de su efímera esposa, volvió a casarse con otra espectacular cubana, la modelo Marta Rocafort, con la que terminó enseguida. A los treinta y un años era una plena muestra más de aquella bien conocida compulsión erótica familiar que en este caso, como había sucedido con Alfonso XII, actuaba de forma muy directa contra su misma supervivencia. Se mató a principios de septiembre de 1938, al estrellarse el automóvil que conducía —en estado de ebriedad y en compañía de la camarera de un bar— contra un poste de carretera en Florida.

Cuatro años antes, la desgracia había vuelto a cebarse en la familia. En julio de 1934, otro accidente de tráfico, producido en este caso en una carretera de Austria, había acabado con la vida de Gonzalo, el menor de los hermanos, al chocar el automóvil en el que viajaba y que conducía su hermana Beatriz. Por su parte, Jaime, que utilizaba ahora el título de Duque de Segovia, veía fracasar todos los intentos que le proponían para curarle de su sordomudez, pero tuvo al menos una compensación: en marzo de 1935 contraía matrimonio en Roma con la joven aristócrata Emmanuelle Dampierre. Un matrimonio de corta duración que

dejaría dos hijos que iban a dar que hablar en el futuro: Alfonso y Gonzalo de Borbón Dampierre.

A poco de iniciarse el exilio, Victoria había comentado a un confidente acerca del estado de ánimo de su marido: «Yo sé que no le importa haber abandonado el trono. Lo único que le preocupa y siente con toda su alma es eso de que los españoles hayan dejado de quererle», y añadía: «Porque el problema moral de Alfonso no es el de un rey destronado, sino el de un hombre que adora ciegamente a una mujer que le ha abandonado sin darle explicación alguna.» Una reflexión ciertamente curiosa, que la ex Reina completaba con un interrogante: «¿Qué han de hacer los reyes de España para que el pueblo les ame?», y completaba con un comentario que parecía toda una autoexculpación:

Yo tengo la conciencia tranquila de haber tratado a todo el mundo con la misma cortesía y haber dedicado todos los esfuerzos que he podido a la organización de la beneficencia y de la caridad en España. Sin embargo tengo la sensación de que no he sido nunca verdaderamente querida, de no haber llegado a ser popular...

Ciertamente, Victoria Eugenia nunca había gozado de la simpatía de la gente a lo largo de aquel cuarto de siglo de reinado. Su altivez y su distante frialdad, junto a la evidencia de los grandes gastos que sin duda generaba su suntuoso, moderno y confortable

tren de vida, reflejado ampliamente por las revistas gráficas, no eran las mejores recomendaciones ante una población que en una elevada proporción se debatía en condiciones de vida absolutamente lamentables. Poca queja, sin embargo, podía tener de las nuevas autoridades republicanas, que ahora le habían hecho llegar su amada y riquísima colección de joyas, olvidada en Palacio en medio de las nerviosas prisas de tan imprevista marcha.

Instalado finalmente en la capital italiana, desde su *suite* del *Grand Hotel*, el destronado monarca dedicó su tiempo a los contactos y operaciones conspirativas que se organizaban en contra de la República, ya desde los primeros momentos de su existencia. El régimen democrático establecido permitía la existencia legal de partidos —como el furibundamente monárquico Renovación Española y la católica Confederación Española de Derechas Autónomas, CEDA— que de forma abierta trabajaban por su misma destrucción. El ex Rey prestaba a todos sus posibles apoyos y su respaldo personal, llegando incluso a tratar de pactar con los adversarios carlistas.

El exilio no era en absoluto precario, y Alfonso pudo consolar sus nostalgias del trono y la corona perdidos organizándose continuos viajes y estancias en lugares acordes con lo que debía de considerar propio de su rango. Así, el popular periodista que firmaba bajo el seudónimo de *El Caballero Audaz* podía escribir en 1935:

En los tres años que han pasado desde aquella noche trágica, Alfonso XIII ha recorrido todas las rutas del mundo [...] su silueta fue descubierta en todas las carreteras, en los pasillos de los grandes expresos y en el puente de los transatlánticos de lujo. [...] Desde Francia inició sus rutas por todas las puntas de la rosa de los vientos. [...] Estuvo en Austria, Alemania, Bélgica, Dinamarca, Italia, Inglaterra. [...] En las islas del Báltico y en Egipto, en Mónaco y en Malta, en Checoslovaquia y en Suiza, en Tierra Santa y en Turquía, en la India inglesa y en Grecia.

En aquel año, además de la de Jaime, había habido otras dos bodas en la familia. En enero, la infanta Beatriz contraía matrimonio con el príncipe Torlonia, de familia y título pontificios y recientes; el simbólico 12 de octubre, Día de la Raza, fue el elegido por el heredero Juan para su boda con María de las Mercedes de Borbón y Orleans.

Más adelante, la infanta Cristina se casaría con el ennoblecido magnate del vermut *Cinzano*. A ninguna de las tres bodas, celebradas en Roma, donde vivía el ex Rey, asistió Victoria Eugenia. Ahora estaba claro que ya no había motivos para disimular la absoluta fractura que dividía a la familia; irreversible división a la que no eran ajenos intereses materiales nunca aclarados a satisfacción de las partes interesadas. Se dijo que, en un momento dado, la fría Victoria Eugenia había abandonado momentáneamente algo de su británica

compostura para lanzarle a su marido un agresivo «¡No quiero ver nunca más tu fea cara!».

La victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 hizo incrementar todavía más, si cabe, la implicación de Alfonso XIII en la conspiración antirrepublicana. Cuando, el 17 de julio, se inició en Marruecos el levantamiento militar contra la legalidad, aquel golpe de Estado que iba a convertirse en una guerra civil encontró en el exiliado de Roma su más fervoroso partidario. El general Franco, su antiguo protegido, a quien había apadrinado en su boda y que fuera gentilhombre de cámara suyo, se erigió inmediatamente en jefe absoluto de los sublevados. Un exaltado Alfonso veía ahora con esto renacer de nuevo todas las esperanzas para su recuperación del Trono y escribía: «Todos tenemos que ayudar al movimiento de salvación de España y vencer.»

Desde Roma o durante sus frecuentes viajes por una Europa que vivía sus últimos años de paz, el ex Rey no solamente contribuyó materialmente a la causa rebelde, a la que aportó inicialmente la considerable suma de dos millones de libras esterlinas. También utilizó su prestigio personal para gestionar y agilizar las aportaciones de armamento que el Gobierno de Burgos trataba de adquirir en Italia. Sin duda fue él quien impulsó a su heredero, Juan, en las repetidas ocasiones en que intentó sin éxito integrarse como combatiente de a pie –bajo el nombre de *Juan Español*– en las filas franquistas. Pero el frío e implacable general ferrolano

estaba ahora absolutamente entregado a la doble tarea de conservar el poder absoluto y de ganar la guerra, y no pensaba siquiera en ser un mero instrumento para una restauración monárquica. En sus habitaciones, Alfonso movía todos los días las banderitas que tenía clavadas en un mapa de España, reflejando los movimientos bélicos que, cuando se plasmaban en éxitos para el bando franquista, siempre obtenían la expresión de sus fervorosos parabienes y felicitaciones, expresados en cartas y telegramas.

Franco se guardaba mucho de hacer promesa alguna en ningún sentido e incluso llegó a escribir a Alfonso XIII haciendo memoria de que, en aquel abril de 1931, la Monarquía se había hundido carente de defensa alguna y «entregada por los propios monárquicos». No dejaba de ser un ultrajante recordatorio para el destronado, al tiempo que daba largas sobre el futuro de España, al que afirmaba ver «tan lejano aún que no lo vislumbramos». El día 1 de abril de 1939, a las pocas horas de la emisión del último parte de guerra que anunciaba la victoria final de los militares sublevados, la alborozada felicitación de Alfonso fue una de las primeras que se recibieron en el cuartel general de Burgos.

Muy poco después, se dirigía de nuevo al vencedor, haciéndole llegar sus más vivos halagos y poniéndose a sus órdenes, seguro de que la victoria bélica abría los caminos que conducirían a España «hasta el final por el camino de la gloria y de la grandeza que todos

anhelamos». Finalizaba expresando su deseo de que el dictador se colgase del pecho la Gran Cruz Laureada de San Fernando, que consideraría nunca con mayor justicia otorgada. Para entonces, ya había encargado la celebración de un solemne y agradecido tedéum por el deseado «y feliz» final de la guerra.

A pesar de todas estas expectativas, que muchos de sus próximos fomentaron en él, Alfonso pudo ir comprobando con desolación que la tan esperada restauración no llegaba. Acabó finalmente convenciéndose de que las cosas no eran como había imaginado; no se podía volver sin más al día siguiente de aquel 14 de abril. Sus consejeros consiguieron decidirle y, el 15 de enero de 1941, firmó el documento de abdicación en la persona de su hijo Juan, que habría de ser «cuando la Patria lo juzgue oportuno, el rey de todos los españoles». Aquel heredero sin futuro relataría posteriormente que, tras la oficialización de aquel acta, su padre le había dicho: «Ya no me queda más que morir. [...]»

Efectivamente, muy poco después, en la tarde del 28 de febrero de 1941, moría de una afección cardíaca. A las pocas horas, su hijo Leandro Alfonso, de doce años y alumno del Real Colegio de Alfonso XII de El Escorial, era informado de la muerte de su padre. Sobre ello, escribiría mucho más tarde, en su reciente libro de memorias *El Bastardo Real*:

Hasta el momento de su muerte, estuvo aguardando confiado la comunicación o el telegrama de Franco,

en el que le dijera que le esperaba para que volviera otra vez a España para ocupar el Trono. Como todo el mundo sabe, eso nunca llegó y él murió en aquella esperanza.

El Gobierno de Madrid decretó tres días de luto nacional. En Roma, un fastuoso y espectacular entierro, presidido por el rey Víctor Manuel y su jefe de Gobierno Mussolini, acompañó el cuerpo hasta la iglesia española de Montserrat. Muy poco antes, el dictador italiano había apuntado a un alto gerifalte franquista:

Dígale al Generalísimo que no instale la monarquía, que el rey será siempre su enemigo; a mí me pesó mucho no haberme desentendido de la casa de Saboya cuando los camisas negras avanzaron sobre Roma.

Casi cuatro décadas iban a pasar hasta que, el día 18 de enero de 1980, los restos de Alfonso XIII fueron trasladados al lugar que tenía destinado junto a sus antepasados, en el Panteón de Reyes del monasterio de El Escorial. Los había mandado traer el Rey de España, que no era su heredero Juan, sino su nieto Juan Carlos, elevado al trono por personal y exclusiva voluntad del dictador Franco.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, J. L., *Liberalismo y Romanticismo*, Espasa Calpe, Madrid, 1984.
- ANES, G., *El Antiguo Régimen. Los Borbones*, Alfaguara, Madrid, 1995.
- ARTOLA, M., *La burguesía revolucionaria*, Alianza/Alfaguara, Madrid, 1976.
- DÍAZ PLAJA, F., *La vida cotidiana de los Borbones*, Espasa Calpe, Madrid, 1988.
- EGIDO, T., *Carlos IV*, Arlanza, Madrid, 2001.
- FERNÁNDEZ, R., *España en el siglo XVIII*, Crítica, Barcelona, 1985.
- , *Carlos III*, Arlanza, Madrid, 2001.
- FERNÁNDEZ DE PINEDO, E., *et al.*, *Centralismo, Ilustración y agonía del Antiguo Régimen*, Labor, Barcelona, 1980.

- GARCÍA CÁRCCEL, R., y FERNÁNDEZ, R., *Manual de Historia de España. Siglo XVIII*, Historia 16, Madrid, 1991.
- GARCÍA RICO, E., *La vida y la época de Isabel II*, Planeta, Barcelona, 1997.
- GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., *Fernando VI*, Arlanza, Madrid, 2001.
- GUIMERÁ, A., *El reformismo borbónico*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.
- JOVER, J. M., et al., *Revolución burguesa. Oligarquía y caciquismo*, Labor, Barcelona, 1981.
- JUNCEDA, E., *Ginecología y vida íntima de las Reinas de España. Casa de Borbón*, Temas de Hoy, Madrid, 1992.
- MARGARIT, I., *La vida y la época de Alfonso XII*, Planeta, Barcelona, 1997.
- MARTÍNEZ CUADRADO, M., *La burguesía conservadora*, Alianza/Alfaguara, Madrid, 1976.
- MARTÍNEZ SHAW, C., y ALFONSO, M., *Felipe V*, Arlanza, Madrid, 2001.
- PÉREZ SAMPER, M. A., *La vida y la época de Carlos III*, Planeta, Barcelona, 1999.
- QUERALT, M. P., *La vida y la época de Fernando VII*, Planeta, Barcelona, 1999.
- ROJAS, C., *La vida y la época de Carlos IV*, Planeta, Barcelona, 1999.
- RUEDA, G., *Isabel II*, Arlanza, Madrid, 2001.
- SÁNCHEZ MANTERO, R., *Fernando VII*, Arlanza, Madrid, 2001.

- SECO, C., *Alfonso XIII*, Arlanza, Madrid, 2001.
- TUSELL, J., *Manual de Historia de España. Siglo XX*, Historia 16, Madrid, 1990.
- VIDAL-SALES, J.A., *La vida y la época de Felipe V*, Planeta, Barcelona, 1998.
- VOLTES, P., *La vida y la época de Fernando VI*, Barcelona, Planeta, 1998.
- VV.AA., *Manual de Historia de España. Siglo XIX*, Historia 16, Madrid, 1990.

